

UNIVERSIDAD DE DEUSTO

**LA SOCIOLOGIA DEL DESARROLLO: DE LA PERSPECTIVA
NACIONAL A LA PERSPECTIVA DEL SISTEMA MUNDIAL
UNA REVISION CRITICA**

ANTONIO YABAR MAISTERRENA

TESIS

DOCTORAL

VOL. 1

-LA SOCIOLOGIA DEL DESARROLLO: DE LA PERSPECTIVA
NACIONAL A LA PERSPECTIVA DEL SISTEMA MUNDIAL.
UNA REVISION CRITICA-

Tesis Doctoral presentada por:
DON ANTONIO YABAR MAISTERRENA

Dirigida por el Dr. D. JOSE JI-
MENEZ BLANCO, Catedrático de So-
ciología de la Universidad Com-
plutense de Madrid.-

P R O L O G O

El largo título que encabeza este estudio, -"La Sociología del Desarrollo: De la perspectiva nacional a la perspectiva del sistema mundial. Una revisión crítica"-, resume su objetivo y tesis central: revisar críticamente los contenidos fundamentales de las principales corrientes sociológicas que, bajo diferentes modelos, han intentado una aproximación al problema del desarrollo y el subdesarrollo actual, mostrando, a la par, el cambio radical que ha supuesto la adopción de una perspectiva del sistema mundial frente a la tradicional perspectiva nacional.

Esta revisión no tiene por objeto un mero ejercicio intelectual, sino que responde a la apremiante, -y no neutra-, necesidad de encontrar una aproximación, adecuada para el análisis, -del que derivar después una praxis más consciente-, de lo que hoy parece ser el problema capital de la humanidad: el del desarrollo. Afortunadamente, ya no es necesario aportar datos dramáticos para sensibilizar a la comunidad científica, ni a la opinión pública, sobre los acuciantes problemas ante los que nos encontramos. El mundo entero está tomando conciencia de la encrucijada ante la que se halla, y

ello constituye ya un primer y decisivo paso en la búqueda de soluciones.

Todo ello resulta, sin embargo, insuficiente. La adopción de nuevos rumbos exige el conocimiento no sólo del lugar en el que nos encontramos, sino del camino por el que hemos llegado hasta él. Porque si lo que queremos es construir la Historia y no sólo padecerla, debemos intentar comprender las estructuras limitativas de la acción que se interponen entre las buenas voluntades y la búsqueda consciente de nuevas posibilidades.

Centrados en el análisis de las teorías sociológicas del desarrollo elaboradas durante las poco más de tres últimas décadas, -aunque con una referencia obligada a los clásicos-, nuestro interés ha estado dirigido hacia una clarificación de la profunda crisis en la que esta disciplina, con sus contradictorias interpretaciones, se ha visto envuelta.

El epígrafe, -"De la perspectiva nacional a la perspectiva del sistema mundial"-, con el que deseamos subrayar uno de los principales focos de las desavenencias existentes entre los paradigmas contendientes, no pretende hacer referencia a un mero desarrollo o evolución cro

nológica de las posiciones en ellos adoptadas, sino que intenta resaltar el punto de "ruptura", -aunque todavía parcial-, existente entre ellos. En este sentido, vemos el surgimiento de la perspectiva del sistema mundial no sólo como una elevación del nivel de análisis en el que se moldearon las primeras teorías, sino como un serio intento de trascenderlas, como el surgimiento, en definitiva, de un paradigma alternativo.

La época en la que la nueva perspectiva era considerada propia de países subdesarrollados, en mi opinión, ha pasado ya. La crítica radical a la que han sido sometidos los presupuestos desde los que se derivaban ciertas conclusiones acerca del proceso de desarrollo de unos países y el subdesarrollo de otros han obligado a un replanteamiento del problema sobre nuevas bases. El enorme esfuerzo investigador encaminado a la reinterpretación del proceso histórico de desarrollo de los propios países avanzados da buena prueba de ello.

El florecimiento de esta Sociología del desarrollo que busca en la Historia comprender el presente para intentar desde él abrir el campo de posibilidades alternativas a la acción consciente del hombre sólo puede ser bienvenido. En ella, sin embargo, no puede estar ausente

la crítica. Sin ésta, es imposible progresar en el conocimiento. De ahí que nuestra revisión crítica no se limite a señalar los problemas no resueltos que acompañan a las teorías elaboradas bajo otras perspectivas, sino que se dirija también a apuntar las limitaciones y peligros que acechan a esta nueva perspectiva.

No es necesario decir que el problema abordado, -el problema del desarrollo-, al constituir la médula misma de la teoría sociológica, ofrece, en cada uno de los aspectos y en los diferentes enfoques y autores tal cantidad de ramificaciones que resulta imposible un tratamiento completo y adecuado de todos ellos. En cualquier caso, la necesaria labor de poda que impide ver la frondosidad de los árboles nunca ha tenido como finalidad, por supuesto, negar los diferentes frutos cosechados en ellos.

Aunque, evidentemente, la responsabilidad de los posibles errores en este trabajo es sólo mía, no puedo menos que agradecer a las muchas personas e instituciones que con su estímulo y ayuda lo han hecho posible. Así, deseo hacer especial mención, entre las personas, de los Profs. Chase-Dunn, Chr. y Rubinson, R., en Estados Unidos, y del Prof. J. Jiménez Blanco aquí, sin cuya orientación y crítica, -no siempre compartida-, nunca hubiera

llegado a término. Y entre las instituciones, seré siempre deudor del Banco de Bilbao quien, mediante la concesión de una beca Fulbright / Banco de Bilbao, me permitió disfrutar de dos años de estancia en la Universidad de Chicago y en la Johns Hopkins University de Baltimore a las que también quiero testimoniar mi agradecimiento.

1.- INTRODUCCION

1.1.- EL DESARROLLO Y LAS CIENCIAS SOCIALES

La idea del desarrollo como transformación progresiva de la sociedad comenzó a adquirir su forma moderna desde los primeros escritos de los fundadores de la ciencia social. Los profundos cambios sociales que estaban teniendo lugar en Europa constituyeron la tierra fecunda de la que brotaron las teorías de los economistas políticos y los sociólogos evolucionistas de la segunda mitad del siglo XVIII y el XIX.

Desde sus inicios en el S. XVIII la idea estuvo íntimamente asociada a una visión optimista de la Historia según la cual el desarrollo era definido como "progreso". (1) (2) Y aunque nunca faltaron quienes desde distintas posiciones vaticinaron males futuros (como Malthus) o pusieron de relieve como contrapunto, -aunque sin abandonar la visión optimista-, la enormidad del

(1) Las raíces de esta concepción del desarrollo hay que buscarlas no sólo en la Filosofía de la Ilustración y su concepción de la Historia como un avance progresivo hacia la supremacía de la razón sino también, como ha puesto de manifiesto C. Furtado, en otras dos ideas del pensamiento europeo del siglo XVIII: en "la idea de la acumulación de riqueza" en la que se supone un bienestar futuro creciente, y en la idea de que "la difusión geográfica de la civilización europea" significaba para el resto de los pueblos el acceso a formas superiores de vida. Ver FURTADO, Celso: "Development" en International Social Science Journal, vol. XXIX, nº 4, 1977, pág. 628.

(2) Por supuesto para encontrar el origen de la idea de progreso en el pensamiento occidental tendríamos que remontarnos, como lo ha hecho R. Nisbet, veinticinco siglos atrás. Cf. NISBET, Robert: "History of the idea of progress", New York: Basic Books, Inc. Publishers, 1.980.

sacrificio humano que el proceso conllevaba (como Marx), tendría que llegar la primera mitad del siglo XX, con los acontecimientos de todos conocidos, para que las voces optimistas se acallaran y los cantos del progreso dejaran de resonar, (3) al menos temporalmente.

El final de la Segunda Guerra Mundial marca el resurgir del optimismo asociado a la idea del desarrollo, esta vez con acentos nuevos. En contraste estratégico con muchas de las concepciones anteriores el énfasis se coloca ahora en la acción consciente para llevar a cabo grandes cambios en una dirección deseada mediante la utilización centralizada o coordinada, por parte de los diferentes gobiernos y administradores, de los recursos disponibles. La aspiración al cambio y a los medios institucionales para alcanzarlo se convierte en el eje central de las preocupaciones políticas del desarrollo por parte de los diferentes Estados. La creación de Agencias y Organizaciones para el desarrollo y la elaboración de cada vez más sofisticados modelos de crecimiento que intentaban una aproximación dinámica al modelo Keynesiano hacían crecer por todas partes las esperanzas de un futuro mejor para todos.

El optimismo no era patrimonio exclusivo de los economistas. También la sociología, de la mano de T. Parsons, con su neoevolucionismo redivivo, vendría a sumarse pronto al coro de los economistas neoclásicos y de los políticos que cantaban las glorias de un futuro promisor.

(3) Una de las primeras manifestaciones de esta nueva actitud es la obra de SPENGLER, Oswald: "La decadencia de Occidente", Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1.944.

La clara y manifiesta incapacidad de los modelos de crecimiento para dar cuenta de la interrelación entre lo económico y lo no económico, la conciencia creciente de la insuficiente contribución de la sociología y las demás ciencias sociales a la clarificación de la naturaleza plenamente social del desarrollo económico, así como la incapacidad mostrada, en la práctica, por los gobernantes para reconciliar las aspiraciones de las políticas económicas de sus respectivas naciones, ennegrecieron pronto el panorama anterior.

La reacción no se haría esperar. Era necesario revisar las bases sobre las que las ciencias sociales se habían desarrollado históricamente, volviendo a una concepción unidisciplinar del desarrollo.

1.1.1.- El desarrollo y otros conceptos: ambigüedad.

Según C. Furtado, ningún otro concepto ha contribuido tanto al actual acercamiento entre las distintas disciplinas sociales como la idea de desarrollo. (4) La clara ambigüedad con la que la idea de desarrollo aparece en las ciencias sociales no parece ser ajena a esta fecundidad.

Sin pretender hacer una revisión sistemática, ni exhaustiva de los contenidos científicos o de las connotaciones ideológicas con los que la idea de desarrollo aparece vinculada en las diferentes corrientes del pensamiento so-

(4) Cf. FURTADO, Celso: "Development", op. cit., pág. 628.

cial, intentaremos en este apartado poner de manifiesto la ambigüedad del concepto examinando algunas de las ideas con las que frecuentemente ha ido asociado. (5)

Ya hemos indicado la clara connotación ideológica, de signos diferentes, que la idea de desarrollo ha conllevado en su asociación con la idea de "progreso". Vincular el proceso de transformación social a esta última idea significa reclamar que las nuevas condiciones sociales son "mejores" que las anteriores. Evidentemente ello supone como requisito previo el establecimiento de un criterio valorativo comúnmente aceptado mediante el que poder emitir un juicio razonable. La parcialidad que necesariamente acompaña a cualquier concreción de los valores absolutos hace inviable cualquier proyecto en esta dirección.

Esta connotación ideológica ha ido frecuentemente de la mano de la conexión del concepto de desarrollo con otra idea diferente, la de "evolución social". Cuando ésta ha sido concebida como el proceso por el que las sociedades o civilizaciones avanzan hacia etapas "superiores" de desarrollo, la idea del progreso aparecía inevitablemente asociada. Gran parte del pensamiento sociológico del S. XIX da buena fe de ello. Tal conexión no fue privativa del pensamiento organicista conservador (como Comte y Spencer) sino que abarcó también, bajo formas diferentes, a las teorías marxistas revolucionarias de la época.

(5) Para un estudio más profundo en esta dirección puede verse la obra ya citada de NISBET, R., así como el ensayo de BOCK, Kenneth: "Theories of progress, development, evolution", cap. 2 de la obra editada por BOTTOMORE, Tom y NISBET, Robert: "A History of Sociological Analysis", New York: Basic Books Inc. Publishers, 1.978.

Sin embargo, la idea de "evolución" no tiene porqué ir necesariamente emparejada a la de "progreso", aunque la tentación de madiraje parece siempre acechar en esa dirección. El resurgir actual de las corrientes neoevolucionistas, de distinto signo, bajo la fructífera distinción entre evolución "general" y "específica" iniciada por Marshall Sahlins en 1.960, así parece confirmarlo. (6) Desde esta perspectiva se eliminan aquellos elementos de algunas teorías evolucionistas generales criticadas como metafísicas (determinismo estricto y supuesto de progresión unilinear) e ideológicas (preferencia constructiva por el gradualismo).

Para esa necesaria distinción entre evolución y progreso no es preciso, obviamente, substituir el primero por el también frecuentemente asociado a la idea de desarrollo, de "crecimiento". Para K. Boulding ambos tienen entidad propia si consideramos al "crecimiento" como el desarrollo de un potencial y reservamos el de "evolución"

(6) Este resurgir del pensamiento neoevolucionista no sólo afecta a la corriente que podríamos denominar "gradualista" y que hoy parece tener a su máximo impulsor en la figura de Gerhard Lenski, sino también a los nuevos impulsores de la tradición marxista como Amin, Wallerstein, etc. cuyos intentos más amplios apuntan en tal dirección. Una breve síntesis del pensamiento de LENSKI, G. puede verse en la ponencia por él presentada en 1.978 en la reunión anual de la American Sociological Association bajo el título "Directions and continuities in societal growth" y publicada como cap. 2 de la obra editada por HAWLEY, Amos H.: "Societal growth: Processes and Implications", The Free Press, 1.979. En tal sentido puede verse también la respuesta que este autor dirige a la demoleadora crítica que NISBET, R. dirigió en 1.969 contra la concepción neoevolucionista en la American Journal of Sociology, vol. 82, nº 3, Nov. 1.976, págs. 548-563. Omitimos aquí cualquier referencia a otras variedades de neoevolucionismo puesto que más adelante se hará explícita mención de ellas.

para expresar la creación de un potencial. (7) Tal substitución, pese a su aparente mayor neutralidad y rigor empírico, ofrece serias limitaciones para la comprensión del desarrollo histórico y es claramente inadecuada desde el punto de vista teórico.

Otro de los conceptos que el resurgir neoevolucionista de los años 50 trajo consigo y vino a oscurecer más el ya confuso panorama de las ideas acerca del desarrollo, es el de "neodernización". (8) Este concepto que entroncaba con la tradición evolucionista decimonónica pareció afianzarse durante cierto tiempo como término que sintetizaba la totalidad del proceso por el que las sociedades, aunque a ritmos diferentes, habían alcanzado o alcanzarían las características de las sociedades occidentales desarrolladas. Paulatinamente, sin embargo, la puesta en evidencia de las limitaciones de diferente índole que acompañaban a tal caracterización han conducido a un abandono progresivo de dicho concepto.

Esta reciente y parcial retirada del concepto de mo-

(7) Cf. Boulding, Kenneth F., "The limits to societal growth", cap. 20 de la obra citada Hawley, Amos H. (ed.): "Societal growth".

(8) Un amplio estudio sobre el contenido de la idea de modernización así como el intento de ofrecer una definición operativa que evite las críticas de relativismo, endogenismo y etnocentrismo contra él dirigidas, puede verse en la obra de Sole, Carlota: "Modernización: Un análisis sociológico" Ediciones Península (Colec. Homo Sociologicus, 12), Barcelona, 1.976. Asimismo, más adelante en este estudio tendremos ocasión de analizar críticamente las teorías vinculadas a este concepto.

dernización, junto con la creciente renovación de los estudios marxistas y su ascendente influencia en la sociología, han hecho resurgir con nueva fuerza la utilización del concepto de desarrollo en el pensamiento sociológico actual. Sin duda, la marcada diferencia existente en el siglo XIX en la utilización de los términos "evolución" y "desarrollo" por parte de las dos grandes corrientes de pensamiento social en aquella época tienden a desaparecer. Por aquel entonces, aquéllos cuyas teorías presentaban connotaciones ideológico-políticas revolucionarias adoptaron el concepto de "desarrollo" mientras que los teóricos más conservadores prefirieron el uso del de "evolución". La errónea, o al menos ambigua, oposición entre "evolución" y "revolución" debió sin duda influir en tal discriminación. (9)

En su acepción amplia el término "desarrollo" ofrece un contenido y alcance similar al de "evolución" cuando eliminamos de este último la connotación "gradualista" con la que comúnmente ha ido asociada. Ambos parecen hacer referencia a los grandes hitos que marcan las principales transformaciones de la sociedad humana desde sus orígenes hasta nuestros días. Como tal, la "evolución" o el "desa-

(9) La oposición entre evolución o revolución como tipos exclusivos de cambio dejan de ser un problema cuando son entendidos históricamente. El cambio revolucionario puede ser un proceso a largo plazo, siendo su referente "revolucionario" la extensión y la naturaleza básica de tal cambio más que su rapidez. Así podemos hablar de la Revolución Industrial. Al mismo tiempo las revoluciones, en su sentido más usual y dramático (político), significan la cristalización de los conflictos sociales que se acumulan e intensifican en cualquier cambio social fundamental.

rollo" se refiere a la búsqueda "hipotética" de la existencia de una "direccionalidad" en el devenir histórico social. En este sentido, la diferencia con la noción de "progreso" aparece clara. Este último implicaría la demostración de la existencia de un cambio en la "dirección de seada".

A partir de la Segunda Guerra Mundial, -y de la mano inicialmente de los economistas-, el término desarrollo adquirió también una significación más restrictiva. Con el énfasis puesto en la acción consciente y el cambio deliberado hacia metas deseadas, la idea del desarrollo hacía referencia fundamentalmente a los procesos y problemas particulares que acompañan al logro del bienestar material y a los medios institucionales para alcanzarlo. El concepto quedaba en cierta medida restringido al estudio de los cambios contemporáneos, particularmente a los relacionados con el proceso de industrialización.

La lista anterior de conexiones quedaría incompleta si no mencionáramos la estrecha vinculación que el concepto de desarrollo tiene con otro concepto de amplia resonancia sociológica y al que indirectamente hemos estado ya mencionando, nos referimos al de "cambio social". Este término evita sin duda las connotaciones biogénéticas que la idea de desarrollo puede conllevar y/o la supuesta direccionalidad que el término evolución implica. En su estudio, y en la adecuación o inadecuación de las explicaciones en torno a él, parecen resumirse los principales problemas de las teorías del desarrollo y de la ciencia social.

En resumen pues, podemos decir que la ambigüedad que rodea a la idea del desarrollo se deriva en gran parte de

su asociación con las ideas de progreso y evolución. Sobre la primera no es posible un acuerdo con base en la ciencia, la segunda constituye una hipótesis que dista mucho de haber sido demostrada. En cualquier caso el problema del desarrollo es el problema del cambio. Y referido el proceso de desarrollo al proceso de cambio en la sociedad moderna es desde una teoría del cambio social desde donde debe ser explicado.

1.1.2.- Pluralidad de significados

Si bien la idea de desarrollo puede hacer referencia al proceso histórico general de transformación de las sociedades, -y de hecho frecuentemente tal es la intención más amplia de los teóricos del desarrollo-, el interés primario por el desarrollo desde épocas recientes es un interés "práctico" por resolver los problemas que acompañan al pretendido logro de un mayor bienestar para todos.

La insistencia en el desarrollo como acción deliberada de cambio planeado en una dirección deseada adquirió desde finales de la 2ª Guerra Mundial y de la mano de los economistas, -a cuya zaga, y complementándoles fueron frecuentemente los sociólogos y otros científicos sociales-, diversos significados. Durante cierto tiempo, el desarrollo se entendió como la capacidad de una economía nacional, cuyas condiciones económicas iniciales habían sido más o menos estáticas durante largo tiempo, para generar y sostener un aumento anual en su PNB en tasas del 5 ó 7%, o más. Así por ejemplo, en la denominada, y declarada por las Naciones Unidas, "Década del Desarrollo" (los

años 60), la meta propuesta era la de alcanzar un crecimiento del PNB en los países subdesarrollados del 6% anual. La consecución de tal objetivo requería fundamentalmente una alteración de las estructuras de producción y empleo de tal forma que la parte de ellas constituida por la agricultura fuese descendiendo en beneficio de los sectores industriales y de servicios. Este proceso económico era visto y medido complementariamente con referencia, -a veces causal-, a otros indicadores no-económicos como la alfabetización, el grado de escolarización, las condiciones sanitarias, de vivienda, servicios, etc.

La experiencia de los años 50 y 60, en los que un gran número de países no consiguió alcanzar las metas fijadas por las Naciones Unidas y la constatación de que el "crecimiento" no implicaba una mejora en las condiciones de vida de grandes sectores de la población, puso en evidencia la estrechez e inadecuación de tal definición. El clamor por el "destronamiento" del PNB y su substitución por una acción directa contra la pobreza absoluta, la creciente desigualdad en la distribución del ingreso, y el desempleo, no se hizo esperar. El desarrollo económico fue así redefinido "en términos de reducción o eliminación de la pobreza, la desigualdad, y el desempleo dentro del contexto de una economía en crecimiento". (10)

Paralelamente al interés y preocupación por los problemas del desarrollo económico del denominado Tercer Mun-

(10) TODARO, Michael P.: "Economic development in The Third World", New York: Longman, 1.977, pág. 61.

do, surgían en los países Occidentales, que en gran medida habían alcanzado aquello a lo que los otros parecían aspirar, el descontento por los costes sociales crecientes que el desarrollo económico conllevaba (11) y los temores ante la incertidumbre futura a la que la dirección emprendida parecía conducir. (12) A la repulsa pacífica por parte del movimiento "hippie" de los valores que la ideología del desarrollo parecía consagrar, siguió la menos pacífica rebelión estudiantil que en su slongan "la imaginación al poder" sintetizaba el desencanto por los logros alcanzados y la necesidad de un cambio de dirección. Las sociedades occidentales que se autoproclamaban desarrolladas vieron así surgir movimientos y organizaciones que ponían el acento en la "calidad" del desarrollo económico más que en el crecimiento. Tampoco faltaron por supuesto las protestas de grupos minoritarios, raciales, etc. que en medio de las sociedades opulentas se veían privados no sólo de los beneficios del pretendido desarrollo sino hasta de sus propios derechos humanos.

De esta forma, el acento puesto por muchos estudio-

(11) Uno de los primeros y más prestigiosos economistas cuya obra puso en entredicho los cantos de sirena del desarrollo en los países Occidentales fue MISHAN, E.J. con su obra "Los costes del desarrollo económico" Oikos-tau s.a. - ediciones, Barcelona, 1.971.

(12) Los diferentes informes del Club de Roma han tenido un particular impacto en este sentido. "Los límites al crecimiento" (1.972) intentaba documentar el hecho de que los recursos limitados de la tierra no podrían sostener una continuación de las altas tasas de crecimiento sin grandes catástrofes económicas y sociales. Ver MEADOWS, Dennis L.: "The limits to growth" (2ª ed.) New York: Universe Books, Publishers, 1.975. Un interesante libro que resume la polémica sobre los límites del crecimiento es el de Ramón Tamames: "Ecología y desarrollo", Alianza Editorial, Madrid, 1.977.

sos del desarrollo en los problemas de los países subdesarrollados encontraba su contrapunto en las voces de los economistas y demás científicos sociales que reclamaban la urgencia de cuestionarse el desarrollo sobre nuevas bases.

La etapa anterior ha significado el retorno a la eterna pregunta. ¿Cuáles son los valores que deben dirigir el desarrollo? Algunos autores como el Prof. Goulet han señalado lo que consideran los tres valores centrales que deben servir como base conceptual y guía práctica para entender el significado del desarrollo: el mantenimiento de la vida, la autoestima y la libertad. Estos valores relacionados con las necesidades humanas fundamentales representan, en su opinión, las metas comunes buscadas por todos los individuos y todas las sociedades. (13)

En efecto, pocos científicos sociales estarán en desacuerdo con una definición del desarrollo en torno a estos valores centrales e incluso con una primera explicitación de su contenido concretizado en los objetivos de satisfacción de las necesidades humanas básicas como alimentación, vivienda, salud y protección (mantenimiento de la vida), de respeto a la dignidad de las personas y a la identidad de los pueblos (autoestima), y de emancipación de las condiciones materiales alienantes y aumento de las posibilidades de elección (libertad). (14)

(13) Cf. G. GOULET, Denis: "The cruel choice: A new concept in the theory of development", New York: Athenium, 1.971, págs. 87-94.

(14) TODARO, Michael, en la obra ya citada, ha puesto de manifiesto las interrelaciones existentes entre los logros, o no, de estos valores centrales, mostrando los efectos acumulativos que el desarrollo y subdesarrollo conllevan, y ampliando así los conocidos "círculos viciosos de la pobreza" o del subdesarrollo elaborados por R. NURKSE y otros.

Evidentemente, sino creemos, -como efectivamente no lo hacemos-, que los procesos históricos siguen un curso predeterminado sino que pensamos que podemos y debemos influir en ellos, el discernimiento acerca de los valores del desarrollo y sus metas deseadas, así como el compromiso en tal dirección, son absolutamente necesarios. Sería, sin embargo, cuando menos ingenuo, pensar que el logro de un acuerdo, necesariamente valorativo, acerca de los objetivos del desarrollo constituye la base de la resolución del problema. Tal acuerdo, en definitiva, no nos llevaría demasiado lejos en la comprensión de las realidades del mundo contemporáneo sobre cuya base hay que buscar el rango de opciones históricas reales y luchar por ellas, mediante, -como dice Cardoso-, "una pasión por lo posible"

(15)

En este sentido, tan falsa es la aproximación tecnocrática que ve la consecución del desarrollo en la aplicación de la racionalidad abstracta de las técnicas de previsión, localización y estimación, libre de las interferencias de la política, como ingenua la argumentación de que los brutales datos del hambre, las muertes y las privaciones de todo tipo de gran parte de la humanidad, deben sobreponerse a los intereses de la política. Tales posiciones muestran una obstinada desconsideración de la naturaleza estructural de la desigualdad así como una negación de los componentes de los que la política puede ser creada. Por eso ambas son inadecuadas para la importante

(15) CARDOSO, F.H. y FALETTI, E.: "Preface to the English Edition" de su obra "Dependency and development in Latin America", University of California Press, 1.979, pág. xi.

responsabilidad del análisis efectivo y de la acción consiente y consecuente.

En definitiva pues, como acertadamente expresa H. Bernstein: "Perseguir el significado del desarrollo por tanto no es iniciar un ejercicio semántico, sino una primera etapa necesaria para pensar claramente acerca del rango de situaciones, problemas y posibilidades subsumidas en los usos del término." (16)

Afortunadamente, los enfoques parciales a los que la evolución paralela de las diferentes disciplinas sociales llevó en el pasado al estudio del desarrollo, parecen estar cambiando. El enfoque unidisciplinar del problema bajo una perspectiva histórica, aunque no hagan previsible, -dada la naturaleza del tema y sus implicaciones de todo tipo-, un acuerdo en los resultados obtenidos es sin duda esperanzador.

(16) BERNSTEIN, Henry: "Introduction" a la obra por él editada "Underdevelopment and development. The Third World today", Harmondsworth: Penguin Books, Inc., 1.973, pág. 14.

1.1.3.- Unidisciplinarietà de su estudio

Con excesiva frecuencia el trabajo interdisciplinar de la ciencia social, y más particularmente del estudio del desarrollo, ha sido abordado desde el presupuesto de que las diversas disciplinas existentes, -a cada una de las cuales correspondía con fines propios el estudio de un área específica de la realidad social que era considerada prácticamente autónoma-, debían aunar esfuerzos para ofrecer una visión más completa de la realidad total. Así por ejemplo, en los Organismos y Agencias para el desarrollo ha sido norma ya desde los años 50, la presencia de sociólogos, sicólogos, antropólogos, etc., junto al grupo principal de los economistas.

Tal colaboración, buscada muchas veces en términos de una mayor integración en lugar de como el intento necesario de trascender los propios moldes en los que las diferentes disciplinas han llegado a dividir y encajonar la realidad social, no puede reportar mucho fruto. Al menos resulta difícil entender cómo se puede obtener un cuadro más completo de los procesos de desarrollo sumando meramente los heterogéneos resultados obtenidos desde diferentes supuestos, o a través del mero incremento de los factores considerados y en ausencia de una orientación teórica común. Por eso, en lugar de denominar a esa necesaria colaboración que trasciende las fronteras de las ciencias sociales como un estudio multidisciplinar, preferimos denominarlo "unidisciplinar", entendiendo por tal el esfuerzo común "por comprender las formas y procesos históricos concretos en su totalidad" (17)

(17) BERNSTEIN, H., op. cit., pág. 24.

Puesto que los procesos económicos son a la vez y fundamentalmente procesos sociales siempre resulta, por supuesto, imposible dar cuenta del "desarrollo" en términos estrictamente "económicos" sin un explícito análisis de las fuerzas sociales y movimientos que impulsan o sostienen el proceso en determinadas direcciones. Desgraciadamente y durante mucho tiempo, la ciencia económica en lugar de dirigirse hacia una explicación de los procesos sociales totales, tendió a limitar su campo de observación confinándose al estudio de los procesos económicos desde la supuesta racionalidad de los agentes individuales aislados. Manteniendo constantes aquellos factores que no eran estrictamente definidos como "económicos" o tratándolos como residuales, -como el término "no económico" implica-, difícilmente podía la teoría económica ortodoxa aportar alguna luz sobre los procesos reales de desarrollo.

Por su parte la sociología, aunque inicialmente mejor dotada para enfrentarse al estudio de esos procesos desde una perspectiva más amplia y con una rica tradición en tal sentido, pareció emprender similares derroteros. No sin cierto complejo ante los indudables resultados prácticos que la ciencia económica estaba aportando, la sociología aceptó muchos de sus presupuestos y dirigió su atención al estudio empiricista de una realidad social entendida como complementaria, -lo "sociológico"-, o bien intentó crear desde ellos unos sistemas formales que nada tenían que ver con la realidad que pretendían analizar.

Pero si lo que pretendemos es estudiar los procesos de desarrollo con el fin de conocer el rango de opciones posibles para poder influir en el cambio en una dirección deseada es indudable que nuestra atención debe dirigirse a la historia. Como indica R. Nisbet: "todo sobre lo que versan

las Ciencias Sociales contemporáneas es acerca de la Historia". (18) De esta forma el estudio unidisciplinar del desarrollo se concreta y cobra su verdadero sentido como "ciencia social histórica" que trasciende la parcelación a que el desarrollo multidisciplinar ha conducido.

La construcción de esta ciencia social histórica desde la que entender las realidades presente exige el compromiso teórico de evitar la trampa que supone el asignar al estudio de la "historia" una función ideográfica, -como secuencia de sucesos únicos- reservando para la "ciencia social" la búsqueda de leyes históricas universales, -como teoría social formalista. Ambas, ni son ni pueden ser independientes so pena de convertirlas en trivialización y tautología.

Tanto Marx como Weber, dentro de la más pura tradición sociológica, comprendieron bien esta imperiosa necesidad de dirigirse a la Historia, no para entresacar de ella unos datos con los que rellenar unos esquemas básicos elaborados con una imaginación más o menos fecunda, sino para partir de ella y volver a ella.

Esto requiere indudablemente un proceso de abstracción pero una abstracción que no haga caso omiso de la naturaleza concreta de lo social, del tiempo histórico. Para ello es necesario, primaria y fundamentalmente, la elaboración de categorías analíticas que sirvan para demarcar

(18) NISBERT, R.: "Social change and history. Aspects of the Western History of development", New York: Oxford University Press, pág. 268.

los diferentes tipos históricos de sociedades. Sólo después será posible intentar la elaboración de una teoría del cambio histórico, que dé cuenta del desarrollo lógico, -no cronológico-, de los diferentes tipos de sociedades en un hipotético esquema evolutivo.

Pese a los renovados intentos en tal dirección, los resultados no parecen, sin embargo, satisfactorios. Ello no impide el que se centre la atención en el estudio histórico de lo que constituye un tipo original de sociedad, la sociedad capitalista. Es más, precisamente del estudio de sus peculiares características y de funcionamiento podemos, comparativamente con el análisis de otras sociedades, caracterizar la existencia de diferentes tipos.

Y lo que es más importante y apremiante, sólo mediante el análisis histórico de esta sociedad capitalista podremos comprender los procesos sociales que han conducido a un innegable aumento de la eficiencia del sistema productivo a la par que, -paradójicamente-, a la insatisfacción de las necesidades básicas de una gran parte de la humanidad, para desde ahí emprender una acción decidida en favor de lo que consideremos una sociedad deseable que incorpore los valores antes mencionados.

Desde esta perspectiva tres parecen ser los problemas fundamentales que deben guiar la investigación. En primer lugar, el estudio de los orígenes de la sociedad moderna, en segundo lugar el análisis de su funcionamiento y el desarrollo de sus tendencias, y finalmente la búsqueda de sus límites y alternativas posibles. Todo ello exige una aproximación adecuada al análisis del cambio histórico. Ello no es tarea fácil. Diferentes definiciones de los pro

blemas incorporan supuestos e intereses particulares dando lugar a metodologías diferentes que a su vez ofrecen resultados heterogéneos.

1.2.- OBJETIVO Y PLAN DEL TRABAJO.

Desde el punto de vista del investigador, la elección de un tema de estudio por muy arbitrario que parezca nunca es fruto de la casualidad, sino el resultado de un cúmulo de circunstancias en el que se entremezclan las preferencias o intereses intelectuales, -forjados a su vez tanto a lo largo del estudio y de la reflexión como de la experiencia vivida de la vida cotidiana-, con los medios y recursos disponibles para llevarlo a cabo.

En el caso de este trabajo, la opción por "una revisión crítica de la sociología del desarrollo" aunque evidentemente hunde sus raíces en la propia experiencia personal del autor con el mundo subdesarrollado y en su ya lejano, aunque siempre vivo, interés por las teorías y análisis que trataban de explicarlo y proponer salidas alternativas a aquella situación, surge más inmediatamente de la necesidad de buscar un marco teórico adecuado para el análisis de los procesos de desarrollo en nuestro país, y de la constatación de la existencia de una multiplicidad de teorías que con diferentes enfoques hacen interpretaciones distintas, cuando no contradictorias, de los procesos de desarrollo y subdesarrollo en diferentes países. Todo ello, junto con la posibilidad de acceso directo a un gran número de obras gracias a la permanencia en universidades americanas, determinaron la génesis de este estudio.

1.2.1.- El problema

Desde finales de los años 40 hasta el presente, el creciente interés por los problemas teórico-prácticos del desarrollo económico ha dado origen en las distintas disciplinas relacionadas con él a un sinnúmero de estudios enmarcados dentro de diferentes corrientes de pensamiento. La preponderancia de uno u otro enfoque en los estudios em pí ri co s llevados a cabo durante este tiempo, puede ser trazada en una secuencia que va desde la primacía de los estudios económicos y del marco conceptual de la modernización, hasta la acentuación de los estudios históricos y el desarrollo de la perspectiva del sistema mundial.

En gran medida, la coexistencia de distintas escuelas, que bajo marcos conceptuales diferentes delimitan y definen la realidad de manera particular dando lugar a metodologías e interpretaciones diferentes de ella, parece ya algo conatural a la ciencia social más que a ninguna otra. La historia del pensamiento sociológico da buena prueba de ello.

Lo que hoy resulta más "problemático" no es la existencia de tales divergencias teóricas, -constantes en el desarrollo científico anterior- sino la virulencia e incom pre n s i ó n que el debate en torno a la sociología del desarrollo lleva consigo. El atrincheramiento de las posiciones to ma da s está dando lugar a guerras particulares en diferentes frentes que nada tienen que ver con la necesaria crítica científica. El debate se parece más a una confrontación ideológica de la que no cabe esperar un cambio de posiciones, que a un diálogo científico en el que la crítica mutua debe conducir a la revisión y corrección de los plantea-

mientos originales.

Ello no significa que establezcamos que las diferencias existentes tienen su raíz en las posiciones ideológicas particulares mantenidas por los diferentes autores. Tal asignación resultaría cuando menos simplista. Tampoco negamos, por supuesto, que el particular mundo de valores personales que todo científico lleva dentro de sí tenga que ver con su decisión de adoptar una u otra forma de aproximación al estudio del desarrollo. Afirmar lo contrario sería al menos ingenuo. Pero si queremos promover el diálogo fecundo, en nada contribuye a ello la atribución de posiciones más o menos liberales o conservadoras, o más o menos progresistas (todo ello con criterios ideológicos), a unos u otros autores, a unas u otras escuelas.

Nuestro interés se centra en hacer una revisión crítica de las teorías del desarrollo que ponga de manifiesto los "supuestos" desde los que las distintas teorías definen los problemas, construyen sus modelos y explican los procesos reales de desarrollo. Sólo mediante una discusión abierta acerca de la adecuación o no de los presupuestos desde los que se construyen los modelos, así como de los modelos mismos, es posible iniciar un diálogo que no sea de sordos. Por desgracia, la falta de explicitación acerca de tales supuestos en las teorías del desarrollo hace que el diálogo se convierta en monólogo. Todo ello hace necesaria y urgente la tarea clarificadora que nos hemos propuesto.

Tarea que por otra parte, y desde un punto de vista e interés personal, no significa un prejuicio, -y mucho menos menosprecio- hacia lo que frecuentemente constituye el objetivo de una tesis doctoral: la validación (no refutación)

de una teoría específica mediante la contrastación empírica de una hipótesis lógicamente derivada de ella. Todo lo contrario, significa un paso previo, un punto de partida para un trabajo posterior en tal dirección. Lo que sucede es que siendo firme y convencido partidario de la necesidad del trabajo empírico y aun de la rigurosa cuantificación, aunque no a la manera empiricista, lo que comenzó siendo intencionalmente una etapa previa, cobró entidad propia y se convirtió, merced a las deficiencias halladas en torno al tema, en un fin en sí mismo aunque no último.

Ahora bien, enfrentarse a una revisión crítica de las teorías del desarrollo no es evidentemente una tarea neutra que pueda llevarse a cabo asépticamente. Ello exige, en primer lugar, una delimitación de las principales orientaciones así como de las particulares contribuciones que en torno al tema han venido desarrollándose durante el período que vamos a analizar. Y, en segundo lugar que, respetando tan fielmente como sea posible la orientación de una corriente o el pensamiento de un autor, pongamos de manifiesto, si las hay, las inconsistencias existentes en términos del propio discurso teórico analizado, y señalemos por otra parte los presupuestos, que consideramos aceptables o no, que sustentan la teoría. Todo ello evidentemente sólo puede hacerse desde una determinada perspectiva.

Con relación al primer aspecto hay que señalar que la selección de las principales corrientes o escuelas de pensamiento ha respondido al criterio ya apuntado de la necesidad de considerar la naturaleza plenamente social del proceso de desarrollo económico. Ello no significa que minusvaloremos las importantes contribuciones llevadas a cabo durante este tiempo por prestigiosos economistas. Significa que si su contribución parcial ha puesto de relieve as-

pectos importantes que han sido subsumidos dentro de una teoría sociológica más amplia será en este nivel más general en el que centraremos nuestra atención. De hecho, como veremos, muchas de las ideas que han dado lugar a nuevas orientaciones sociológicas han partido de esos economistas. (19)

En este sentido, la aparente violación del compromiso interdisciplinar al centrarnos en las teorías sociológicas del desarrollo económico, marginando en cierta medida las teorías puramente económicas, resulta superficial al acentuar la inseparabilidad del desarrollo económico y

(19) La obra por ejemplo de G. Myrdal, ya durante los años 50, representa un esfuerzo temprano por ofrecer una caracterización del subdesarrollo en términos dinámicos y relacionales frente al modo dominante de hacerlo como una condición estática de retraso. En este sentido, su teoría de la causación circular acumulativa, poniendo de manifiesto que las fuerzas del mercado en lugar de tener un efecto distributivo positivo y estimulante mantenían e incluso intensificaban las relaciones desiguales existentes, significó un gran avance frente a los postulados de equilibrio imperantes en el análisis económico. El hecho sin embargo de que su análisis se redujera a resaltar el mantenimiento de las ventajas competitivas originales por parte de las áreas desarrolladas sin adentrarse en la investigación del contenido histórico de las relaciones entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado, aun cuando no restan importancia a su contribución, nos obligan a reseñarla sólo marginalmente. Algo similar podríamos decir de la obra del eminente historiador de la economía. A. Gerschenkron con su conceptualización del atraso relativo y de los modos como ello afecta a las posibilidades de desarrollo futuro. Cf. MYRDAL, Gunnar: "Economic Theory and underdeveloped regions", London: Duckworth 1.957; y GERSCHENKRON, A.: "Economic Backwardness in historical perspective" en HOSE LITZ, B.F. (ed.): "The progress of underdeveloped areas", Chicago: University of Chicago Press 1.952; Para una breve síntesis de las principales contribuciones de algunos economistas a la teoría del desarrollo puede verse el artículo de C. Furtado anteriormente citado, "Development".

el social. (20)

Respecto al segundo aspecto, el de la crítica de las teorías del desarrollo seleccionadas, es preciso aclarar previamente algunos de los conceptos fundamentales que sirven para enmarcar y organizar el conjunto del trabajo así como para, -desde nuestra propia posición respecto a su contenido-, señalar las deficiencias observadas en ellas. Es lo que intentamos hacer a continuación.

(20) Una buena introducción a las teorías económicas del desarrollo es la de ELKAN, Walter: "Introducción a la teoría económica del desarrollo", Alianza Editorial, Madrid, 1.975. Asimismo puede verse la ya clásica obra de HIGGINS, Benjamin: "Economic development: Principles, problems and policies", New York: Norton, 1.968.

1.2.2.- Perspectivas, modelos y supuestos

Con frecuencia la exaltación de la ciencia hace olvidar, -no a quienes la practican sino a quienes la "mitifican" y utilizan-, dos dimensiones fundamentales de ella: En primer lugar que cualquier "hecho" científico es un hecho sólo desde una "perspectiva" bien definida, y en segundo lugar que la ciencia, por su propia naturaleza, es "tentativa", y por tanto en cada caso específico los conocimientos científicos esperan la revisión o su sustitución.

El término "perspectiva" en su acepción cotidiana sirve para expresar el punto de vista particular desde donde se contempla algo. En este mismo sentido puede ser útilmente trasladado o incorporado al quehacer científico para significar, como lo hacen A. Galt y L. Smith, "el punto de vista especial desde el que el constructor del modelo (científico) elabora su modelo". (21) Así entendido, el término perspectiva hace referencia al conjunto de "supuestos" que los científicos sociales hacen al iniciar su trabajo, y que como tales no se expresan en las proposiciones (22), a no ser

(21) GALT, Anthony H. y SMITH, Larry J.: "Models and the study of social change", Cambridge, Mass.: Schenkman Publishing Company, Inc., 1.976, pág. 33.

(22) Tal como lo define la Real Academia de la Lengua Española, el término "supuesto" indica: " El objeto y materia que no se expresa en la proposición; pero que es aquello de que depende, o en lo que consiste o se funda, la verdad de ella".

que se engloban genéricamente bajo la rúbrica del "ceteris paribus" o expresiones similares.

Lo dicho acerca del término perspectiva nos pone en la necesidad inmediata de definir otro de los conceptos más ampliamente y más ambiguamente utilizados en las ciencias sociales: el de "modelo". El término modelo es frecuentemente utilizado como sinónimo de teoría. Otro modo bastante común de entender un "modelo" consiste en tomar como tal un sistema que sirva para entender otro sistema. En cualquier caso, la distinción entre teoría y modelo no es en ocasiones fácil. D. Willer ofrece una interesante distinción cuando indica que: "Un modelo es la conceptualización de un grupo de fenómenos, elaborada mediante un principio racional, cuyo propósito final es suministrar los términos y relaciones -las proposiciones- de un sistema formal que una vez validado se convierte en teoría". (23)

Teniendo en cuenta que los modelos tratan de representar de alguna manera a la realidad, un modelo puede ser definido, siguiendo a A. Galt y L. Smith, como "un constructo mental que constituye una unidad en un cuerpo de teoría y que ayuda al científico social a conceptualizar y generalizar aspectos del comportamiento social o procesos, mediante el mecanismo de quitar detalles y generalizar de lo específico". (24)

(23) WILLER, David: "La sociología científica: Teoría y Método", Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1.969, pág. 44.

(24) GALT, A.H. y SMITH, L.J., op. cit., pág. 27.

Evidentemente el valor o la utilidad de un modelo reside fundamentalmente en su capacidad de ofrecer un principio racional explicativo de las relaciones a las que se refiere. Con demasiada frecuencia, por desgracia, los modelos sociológicos han sido elaborados tomando prestado de otra ciencia (biología, física, etc.) ese principio racional o mecanismo explicativo, dando lugar a modelos metafóricos o analógicos que muy poco han ayudado a la explicación de los fenómenos sociales analizados. R. Nisbet nos previene contra el uso abusivo de tales modelos en los estudios del cambio social, cuando concluye su obra "Cambio Social e Historia" con las siguientes palabras:

"Está fuera de toda duda que es la generalización lo que buscamos de lo empírico y concreto. Pero es la generalización de lo empírico, lo concreto, y lo histórico, no la generalización alcanzada mediante su destitución; no la generalización extraída de la metáfora y la analogía. Cualesquiera que sean las demandas de la teoría social, las primeras que deben ser servidas son las de la realidad social que encontramos sólo en el archivo histórico. Todo lo demás es ciertamente secundario." (25)

Clarificado lo que entendemos por modelo, -según la definición de Galt y Smith-, podemos comprender ahora mejor la íntima conexión que existe entre los conceptos indicados de perspectiva, modelo y supuesto. Si la perspectiva es el punto de vista desde el que se elabora el modelo (supuestos generales) podemos decir, metafóricamente, que los supuestos vienen a ser los moldes en los que los

(25) NISBET, Robert: "Social change and history: Aspects of the Western History of development", New York: Oxford University Press, 1.969, págs. 303-4.

modelos son moldeados y en ocasiones la argamasa con la que están conectados.

Desde un punto de vista general, la "perspectiva" desde la que se elabora un modelo puede ser discutida desde un amplio número de categorías, siendo las más importantes: la orientación temporal y la orientación al nivel de análisis. En torno a la primera de estas categorías existen un cierto número de dicotomías que son utilizadas por las distintas disciplinas sociales con significados similares. Así se habla de orientación "histórica" o "ahistórica", de análisis "sincrónico" o "diacrónico", etc., para referirse a la consideración, o no, del tiempo como interno al funcionamiento del modelo. Respecto a la segunda, se habla también intercambiamente de orientación "parcial" o "general", "micro" o "macro" y más generalmente de orientación "particular" o "holista", para referirse a la orientación que no tiene en cuenta, o sí, la proposición filosófica de que las entidades totales tienen una existencia distinta que la mera suma de las partes. (26)

Obviamente, para estudiar los procesos de desarrollo necesitamos un modelo diacrónico que tenga en cuenta el tiempo histórico como interno a su funcionamiento. Tiempo que no tiene porqué ser un tiempo absoluto en el sentido de un cierto número de años entre dos fechas, sino que puede ser más bien un concepto abstracto y no siempre especificado en unidades mensurables. Lo que no ofrece dudas es

(26) La diáda particularista / holista connota por tanto un interés directo por lo que los lógicos llaman la "falacia de la composición", que es el error implícito en el razonamiento de que "lo que es verdad para una parte puede ser generalizado como verdadero para el todo".

que las meras observaciones en puntos particulares del tiempo constituyen observaciones sincrónicas o estáticas y que la simple comparación entre dos o más de ellas no harían de ello un análisis diacrónico, puesto que las similitudes y diferencias sólo podrían ser plenamente entendidas con referencia al tiempo y al cambio.

Respecto al nivel de análisis, suscribimos plenamente la premisa filosófica de la que el término "holismo" deriva, e intentaremos buscar un modelo para el análisis del desarrollo elaborado desde la perspectiva que incluya esta orientación de totalidad. Más concretamente, y unido al aspecto anterior, nuestro interés se centra no en un holismo descriptivo, sino procesual.

En definitiva pues, creemos que la elaboración de un modelo analítico, y no puramente metafórico, que sea fiel al presupuesto de construcción de una ciencia social histórica y útil para el análisis de los procesos de desarrollo histórico, exige una perspectiva histórica de totalidad. Y desde esta perspectiva fundamental criticaremos las diferentes aportaciones que serán analizadas.

El segundo hecho, que la mitificación de la ciencia olvida, -hemos indicado al iniciar este apartado-, es el carácter "tentativo" de la ciencia. La idea de la "revisión" científica es consustancial a la misma idea de la ciencia y se pone de manifiesto en el quehacer normal del científico. Esta revisión es normalmente, pero no siempre, acumulativa y raramente niega lo que antes ha conseguido. Por eso va íntimamente unida a la idea de progreso, idea que constituye un aspecto básico de la ciencia y de la fe sobre la que está fundada.

Hay momentos, sin embargo, en el desarrollo de la ciencia en los que surgen aspectos que no pueden ser explicados desde la perspectiva y modelos existentes, (o en la terminología de Kuhn, desde el "paradigma" normal) y en los que el carácter tentativo de la ciencia aparece en toda su crudeza y la idea de progreso parece eclipsarse. Son momentos de "crisis" y cambio de paradigma (27) o perspectiva. Evidentemente, esos aspectos inexplicados han estado siempre presentes cuando se trabajaba con una determinada perspectiva pero eran ignorados o dejados inexplicados me diante la utilización de ciertos supuestos.

De esta forma, la idea de "perspectiva" viene a ser fundamental no sólo para entender los diferentes modelos vigentes durante cierto tiempo, sino incluso para dar cuenta del surgimiento de nuevos modelos. Es lo que intentamos poner de manifiesto con la expresión incluida en el título de esta tesis "De la perspectiva nacional a la perspectiva del sistema mundial". En ella se recoge un aspecto fundamenta

(27) El concepto de paradigma es un viejo concepto utilizado en la investigación pero recibió nuevo énfasis tras la publicación de T. Kuhn de "La estructura de las revoluciones científicas" en 1.962. El Webster's New World Dictionary lo define como "una pauta, ejemplo o modelo" (Cfrt. "Webster's New World Dictionary of the American Language" Cleveland: World 1.968, pág. 1.060). Tal como el término es utilizado frecuentemente en las ciencias sociales, y nosotros lo entenderemos, un paradigma viene a ser una perspectiva o marco de referencia para mirar el mundo social consistente en un conjunto de conceptos y presupuestos. Por ello, aun cuando utilicemos la obra de Kuhn para poner de manifiesto más adelante el cambio de perspectiva que desde finales de la década del 60 tiene lugar en los estudios del desarrollo, la utilización del término paradigma por nuestra parte, será siempre analógica respecto al sentido, por otra parte siempre ambiguo, dado por este autor. Ver KUHN, Thomas S.: "The structure of scientific revolutions", Chicago: The University of Chicago Press (Phoenix Edition) 1.964.

tal del cambio en los "supuestos" que orientan la elaboración de los modelos, el cambio en la orientación al nivel de análisis. Cambio que afecta también a algunos de los supuestos de la orientación temporal en los que se moldean y desarrollan los análisis anteriores.

Con lo dicho podemos pasar ya a indicar la "tesis" central de este trabajo así como la forma en que va a ser organizado.

1.2.3.- Tesis y plan del trabajo

La tesis central de este estudio consiste en mostrar que la raíz de las diferencias existentes entre las distintas teorías del desarrollo radica en las diferentes perspectivas desde las que cada corriente se aproxima al problema y consiguientemente en los supuestos diferentes bajo los que se elaboran los diferentes modelos. Ello "explica" el problema fundamental que antes mencionábamos: la disensión, más que debate en marcha, existente entre los proponentes y defensores de cada una de las aproximaciones. En este sentido intentaremos demostrar que a los paradigmas de la modernización y del marxismo clásico-ortodoxo ha venido a sumarse más recientemente uno nuevo: el del sistema mundial. Todos ellos, bajo perspectivas y supuestos en parte similares y en gran parte diferentes, compiten por ofrecer una explicación científica de los procesos de desarrollo.

Y puesto que nuestro interés último en esta revisión es encontrar un marco teórico para el análisis de los procesos históricos de desarrollo, nuestra crítica tendrá co-

mo eje directivo la búsqueda de un modelo que no disocie los hechos de la teoría, ni la teoría de la historia.

Hay también una cuestión marginal a la tesis central, pero íntimamente vinculada al problema que nos ocupa, y que guarda relación con el propio desarrollo de la teoría sociológica, que debemos al menos someramente abordar, es el de la relación que estas teorías del desarrollo guardan con algunos autores clásicos a los que frecuentemente hacen referencia y con cuya tradición intentan conectar. Particularmente con la obra de Marx y Weber.

Para llevar a cabo toda esta tarea y en orden a la claridad expositiva hemos organizado (28) el trabajo dividiéndolo básicamente en tres partes. En la primera parte, y a modo de introducción, expondremos y criticaremos los "modelos teóricos fundamentales" de los que las teorías del desarrollo parten o con los que pretender entroncar. En ella se incluirán en sucesivos capítulos las líneas básicas del pensamiento de dos autores "clásicos", Marx y Weber, así como las de un autor "moderno", Parsons. Las razones para la inclusión de este último junto a los anteriores estriban en primer lugar en que, -aunque evidentemente es un teórico de la modernización-, su importancia como moldeador e impulsor

(28) La organización de un trabajo, cualquiera que sea el criterio que se adopte, obliga a renunciar o al menos a tratar marginalmente algunos aspectos del problema que se plantea. En nuestro caso, y en orden a resaltar la oposición entre los que denominamos perspectivas nacional y del sistema mundial, dejaremos de lado algunas corrientes que pueden considerarse "intermedias" como la representada por I. Horowitz, y otras que habiendo sido esbozadas no parecen haber encontrado, al menos por ahora, un desarrollo convincente (como es el caso de muchos intentos marxistas). Como ejemplo de la corriente "desarrollista" representada por Irving L. Horowitz puede verse la obra de este autor "Three Worlds of Development: The Theory and Practice of International Development", Oxford University Press, 1.972 (1ª ed. 1.966).

de la corriente es tal que merece ser considerado separadamente, y en segundo lugar, porque de esta forma pueden verse mejor las diferencias con el modelo teórico Weberiano al que los teóricos de la modernización dicen a veces seguir. La no inclusión de otros modelos teóricos clásicos obedece, no a una minusvaloración de su aportación a la teoría sociológica, sino a que su influjo directo en las teorías del desarrollo de este período es considerablemente menor. Tal es el caso, por ejemplo, de la obra de E. Durkheim.

La segunda parte, y bajo el epígrafe de "el desarrollo desde la perspectiva nacional", englobará la revisión crítica de las teorías elaboradas desde el modelo estructural-funcional Parsoniano y la versión del desarrollo ofrecida por el marxismo ortodoxo. Evidentemente la inclusión de ambas corrientes, aunque en capítulos independientes, bajo un mismo rótulo, no responde a la semejanza o igualdad de todos los supuestos que rodean a ambos modelos, sino a la perspectiva común que adoptan respecto a la unidad de análisis.

La tercera y más extensa de las partes estará dedicada a la exposición de la nueva perspectiva a la que denominamos del "sistema mundial". En ella expondremos, en primer lugar, el heterogéneo grupo de las teorías latinoamericanas englobadas bajo el denominador común de la "dependencia", las cuales, partiendo de algunos supuestos fundamentales comunes, -aunque con esquemas conceptuales y modelos a veces diferentes y no siempre precisos-, marcan la "transición" hacia la nueva perspectiva. Seguidamente, y en los dos capítulos sucesivos, abordaremos la exposición y crítica de la obra de los dos autores que más parecen haber contribuido al desarrollo y difusión de esta nueva perspectiva. Sus

modelos aunque comparten supuestos similares, -y no en vano los desarrollos de su obra se entrecruzan influenciándose en ocasiones mutuamente-, son diferentes. La obra del primero de ellos, S. Amir, viene a constituir una interpretación "tercermundista" del marxismo, mientras que la del segundo, I. Wallerstein, viene a refundir las aportaciones de todos los anteriores en una síntesis que, pese a las limitaciones que serán señaladas, consideramos de gran utilidad para la comprensión de los procesos y alternativas actuales.

Finalmente, y en un último capítulo de "conclusiones", recapitularemos los aspectos parciales que hayamos recogido a lo largo del análisis anterior para sintetizarlos en el estado actual de la cuestión del desarrollo y el subdesarrollo con el fin de poder apuntar las líneas fundamentales hacia donde creemos debe dirigirse la investigación tanto teórica como empírica.

Ia PARTE

TRES MODELOS PARA EL ANALISIS DEL DESARROLLO

Sería erróneo pensar que la elección de los tres autores cuyos modelos vamos a exponer de modo introductorio en esta Parte Iª (Marx, Weber y Parsons), responde a la pretensión o creencia de que ellos agotan la totalidad de los modelos teóricos generales para el análisis del desarrollo. Su selección obedece más bien al hecho de que es a partir de ellos, aunque con legitimidad interpretativa discutible, como la teoría sociológica se enfrenta al renacer de la problemática del desarrollo en el período de la postguerra mundial.

Los dos autores clásicos (Marx y Weber), desde metodologías y concepciones científicas diferentes, intentaron fundamentalmente una aproximación al problema del origen y desarrollo del capitalismo occidental moderno como un fenómeno original europeo.

El primero de ellos, desde una posición que ha sido definida como "realista" (1), pretendió explicar el surgimiento y desarrollo de la sociedad capitalista occidental "concreta", buscando la caracterización interna de su modo de producción y las leyes de su desarrollo. En una pretensión teórica más amplia, trató también de caracterizar las estructuras de otros modos de producción, llegando a establecer secuencias lógicas entre ellos aplicables al desarrollo histórico de algunas sociedades, particularmente a las europeas.

(1) Para una análisis de las diferentes concepciones científicas de los autores indicados puede verse la obra de KEAT, Russell y URRY, John: "Social theory as science", Routledge and Kegan Paul, 1.975.

Adoptando una perspectiva de totalidad, su modelo analítico para el estudio del capitalismo pretende dar cuenta, no sólo de los cambios que tienen lugar dentro de la estructura de ese modo de producción, sino del cambio fundamental de estructuras que supone su surgimiento a partir de un modo de producción distinto, el feudal. Para elaborar este modelo diacrónico, Marx asume que el cambio es esencialmente endógeno a la sociedad que lo experimenta y viene a ser el resultado de las contradicciones internas de la propia sociedad (dialéctica).

Max Weber, por su parte, desde su pretensión metodológica de llegar a una "comprensión explicativa" de los fenómenos sociales, intentó presentar una interpretación universal de la civilización occidental, de la "exclusividad" de su sistema de valores y de sus pautas de comportamiento, mediante el análisis comparativo de esta sociedad con otras sociedades históricas. Para ello utilizó el instrumento metodológico de los tipos ideales.

Su modelo no pretende ser un modelo analítico para el estudio del desarrollo social. Sus tipos ideales no representaban ningún esquema evolutivo lineal o circular si no que constituían categorías abstractas para examinar el rango de variación en la sociedad humana.

Junto a los modelos teóricos de estos dos autores clásicos, expondremos también el de un autor moderno, Parsons, cuya obra ha ejercido un influjo dominante en las teorías del desarrollo de este período. El hecho de que las aportaciones de algunos autores clásicos se incorporen a éstas pasando por la reinterpretación y síntesis Parsoniana no es ajeno al relativo olvido en el que quedaron.

Parsons, partiendo de una posición epistemológica a la que él denomina como "realismo analítico", (2) pretende establecer un esquema conceptual lógicamente articulado que sea útil para la investigación empírica de cualquier fenómeno social. Su intención última es la de llegar a establecer las leyes que rigen el desarrollo de la vida social.

Adoptando también una perspectiva de totalidad, su modelo estructural-funcional pretendía ser un modelo analítico para el estudio (fundamentalmente sincrónico) de cualquier sociedad. La caracterización de diferentes tipos de sociedades y la necesidad de ofrecer una explicación de su transformación le llevaron a incluir en su modelo algunos supuestos evolucionistas. Las transformaciones son conceptualizadas como procesos de diferenciación cuyo resultado es el incremento de la capacidad adaptativa de la sociedad. El cambio, se asume, es esencialmente interno y tiene su origen en los valores culturales de la sociedad.

Evidentemente no es nuestra intención el hacer una exposición exhaustiva de la obra de estos tres autores. Resultaría cuando menos ingenuo y simplificador, dada la complejidad de sus obras y las variaciones en su propio pensamiento, pretender sintetizar todo ello en tres breves capítulos. Dado por otra parte, el carácter introductorio asignado a esta exposición de los modelos básicos sobre los que se elaboran las teorías del desarrollo, tal intento rebasaría sus propios límites.

(2) Un estudio sobre el problema epistemológico en Parsons puede verse en BERSHADY, Harold J.: "Ideology and social Knowledge", New York: Halsted Press, 1.973.

Por todo ello, debemos resaltar desde ahora que nuestro interés estará centrado en la exposición de los elementos fundamentales de los modelos elaborados para el análisis del desarrollo y subdesarrollo capitalista por estos autores. El hecho de que tales modelos se inscriban en perspectivas evolutivas más amplias será también reseñado. En cualquier caso, se prescindirá sin embargo de las innegables variaciones existentes en sus obras ciñéndonos a lo que consideramos fundamental. Evidentemente, esto supone un sesgo expositivo cuya validez no trataremos de demostrar. De cualquier manera, dada la multiplicidad de interpretaciones existentes sobre puntos controvertidos, no será difícil encontrar voces más autorizadas coincidentes con lo que indiquemos.

Finalmente señalaremos que, puesto que para la elaboración de sus modelos los distintos autores parten de concepciones científicas diferentes, éstas serán brevemente apuntadas al inicio de la exposición, sin que ello signifique que entremos directamente en su discusión.

2.- EL MODELO DE MARX

No hay probablemente otro autor cuya obra haya ejercido un influjo comparable al de Marx en las distintas disciplinas sociales. El carácter no académico de su obra junto a la naturaleza eminentemente polémica, -en cuanto retadora del statu quo-, y política, -en cuanto conductora de una praxis-, de toda su obra, han suscitado siempre un renovado interés que ha dado como fruto las más diversas interpretaciones. Y ello no sólo entre quienes oponiéndose a su conceptualización teórica o política trataron de desvirtuar su contenido mediante lecturas parciales, más o menos simplificadoras de su obra, sino entre quienes aceptando sus principios metodológicos y el marco general del materialismo histórico, como más adecuados para el análisis social, enfatizaron diferentes aspectos de su obra, desarrollaron algunos de sus elementos de acuerdo a las cambiantes vicisitudes históricas, o trataron de suplir sus deficiencias.

El fuerte dramatismo que en ocasiones ha adquirido la polémica interna durante los pasados cien años pone de manifiesto que el origen de muchas divergencias radica, no sólo en el carácter inconcluso, sino en las ambigüedades, e incluso inconsistencias, de la propia obra de Marx. Mas no sólo en esto. Su propia concepción metodológica y la naturaleza de su teoría constituyen permanentes focos de tensión en torno a los que han surgido diferentes posiciones internas. (3)

(3) Como ejemplo no lejano puede verse la obra de E.P. Thompson: "The poverty of theory and other essays", Monthly Review Press, 1.978, en la que el autor polemiza con

El carácter inconcluso de la obra de Marx se evidencia no sólo en el hecho de que su análisis del capitalismo quedase truncado por ejemplo en un punto tan esencial como el de las clases sociales, o en que sus análisis de algunas sociedades ofrecieran las limitaciones y sesgos propios del conocimiento histórico de su época, sino, lo que es más importante, en la implícita invitación desde su propia concepción de la dialéctica a una permanente revisión de ella.

Tampoco faltan ambigüedades e inconsistencias en su obra que dificultan una exposición clara de su pensamiento y dan lugar a interpretaciones diversas. No nos referimos sólo a la posible evolución o ruptura entre uno u otro período, sino también a la diferencia de énfasis sobre los aspectos subjetivos y objetivos del proceso de desarrollo histórico puesto en diferentes pasajes, a la ambigüedad de ciertos conceptos utilizados con contenido diverso en diferentes momentos, a las simplificaciones y abusivas extrapolaciones contenidas en varios textos, etc.

El hecho, por otra parte, de que Marx presenta su teoría no sólo como un marco teórico para el análisis del desarrollo social, particularmente el capitalista, sino fundamentalmente como una teoría orientadora de una pra-

tra la interpretación estructuralista de L. Althusser. Más recientemente Perry Anderson en "Arguments within the English marxism" London: N.L.B. and Verso Editions, 1.980, ha realizado una revisión crítica de la obra de E.P. Thompson poniendo de manifiesto las profundas diferencias interpretativas existentes dentro del marxismo inglés.

xis revolucionaria, (4) constituye otro foco permanente de tensión y renovación que hace difícil la evaluación de la legitimidad de sus múltiples interpretaciones.

Si a todo ello añadimos el hecho de que las diferencias interpretativas, internas al marxismo, no han derivado exclusivamente de los aspectos anteriores, así como de un análisis más atento de la obra de Marx en búsqueda de sus elementos esenciales, sino también del progresivo desarrollo de otras perspectivas sociológicas y filosóficas, -existencialismo, fenomenología, estructuralismo, etc.-, y su parcial incorporación al pensamiento marxista mediante sucesivas nuevas lecturas de Marx, pretendidamente más legítimas, tendremos una idea más clara no sólo de porqué el marxismo "está lejos de ser un cuerpo homogéneo o unificado de pensamiento", (5) sino de la dificultad que supone cualquier intento de exponer y criticar la complejidad de la teoría y el modelo de desarrollo social elaborado por Marx.

En cualquier caso, nuestra exposición, así como la crítica que hagamos a ciertas interpretaciones del materialismo histórico de Marx, aunque necesariamente sesgada por la propia lectura e interpretación de su obra, no

(4) A este respecto un marxista escribe: "no hay tal cosa como un pensamiento Marxista puro capaz de progresar académicamente aislado de la práctica Marxista, i.e., del proletariado revolucionario". Ver CHATTOPADHYAY, Paresh: "Twenty-five eventful years", Monthly Review, Junio 1.974, pág. 49. Subrayado del autor.

(5) BOTTOMORE, Tom: "Marxist sociology", N.Y.: Holmes and Meier Publishers, 1.975, pág. 65.

tendrá como finalidad la defensa de una determinada posición marxista ni estará amparada en ninguna escuela con dicho calificativo. Encontrará, -eso sí-, al menos el respaldo de la propia ambigüedad de muchos pasajes de la misma obra de Marx.

2.1.- EL MATERIALISMO HISTORICO

La aproximación de Marx al análisis del desarrollo social pretende ser, frente a la "filosofía idealista" y a la "historiografía" de su tiempo, un nuevo "tipo de aproximación al análisis histórico", (6) una aproximación que busca discernir la realidad por debajo de las apariencias.

Desde su concepción científica "realista" el propósito fundamental de la ciencia consiste en descubrir las conexiones necesarias entre los fenómenos mediante la adquisición del conocimiento profundo de las estructuras y mecanismos subyacentes a ellos. De ahí que su modelo para el análisis del desarrollo social tenga que estar basado en el establecimiento de unas relaciones de causa-efecto según el cual las primeras deben estar contenidas en la misma naturaleza de la sociedad. (7)

Según esta concepción, el punto de partida para un análisis realista de la sociedad y de su desarrollo no puede ser "la sociedad en general" puesto que ello constituiría un objeto ideal, una abstracción, sino la socie-

(6) GIDDENS, A.: "Central problems in Social Theory", U. of California Press, 1.979, pág. 150.

(7) Desde una posición "realista", indican Keat y Urry, la teoría científica viene a ser "una descripción de las estructuras y mecanismos que generan causalmente los fenómenos observables" cuyo valor reside esencialmente en su carácter explicativo. Ver KEAT, R. URRY, J., op. cit., pág. 5.

dad "concreta", un objeto real determinado materialmente.

De ahí que Marx, frente a muchos economistas de su época interesados en el estudio de la sociedad en abstracto y sus leyes de funcionamiento, dirigiese su atención fundamentalmente a explicar el surgimiento y desarrollo de la "concreta" sociedad capitalista occidental. Ello exigía la caracterización interna del modo de producción capitalista y la búsqueda de las leyes de su desarrollo. Lo mismo debería hacerse, -y el propio Marx elaboró descripciones de las estructuras de otros modos de producción-, para el análisis de otras sociedades históricas concretas.

Ahora bien, puesto que el punto de partida es una sociudad concreta, la moderna sociedad capitalista por ejemplo, el punto de llegada no son las leyes del desarrollo universal aplicables a toda sociedad, sino las leyes del desarrollo de esa sociedad capitalista moderna(o de cualquier otro modo de producción). En este sentido, para Marx, no existen leyes generales del desarrollo, independientes de las estructuras históricas dadas. La pretensión de abstraerlas del estudio de la sociedad capitalista conduce a la presunción de que el capitalismo es eterno, y sus leyes, naturales, en lugar de sociales. (8)

(8) Ver MARX, K.: "Letters: Marx to P.V. ANNENKOV" (Paris 1.846), en "Selected Works", vol.I, MOSCOW: Progress Publishers 1.973, pág. 522.

2.1.1.- La concepción materialista

Marx elabora su modelo (frente a posiciones individualistas y a abstracciones idealistas) desde el supuesto carácter materialista de la sociedad concreta de la que parte. (9) Para él, el elemento específico fundamental de la historia humana no son las "ideas" sino el modo de organización de la producción.

Si "no es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino por el contrario, su ser social lo que determina su conciencia", (10) la abstracción idealista que ve a las ideas como el elemento específico de la sociedad humana y de su historia, -análisis por tanto al nivel exclusivo de las ideales relaciones sociales-, no puede captar el objeto real, la sociedad concreta.

El carácter materialista de la sociedad concreta vie

(9) El término "materialista" expresa la aceptación por parte de Marx del "realismo filosófico" y no supone una posición ontológica. Esto es al menos lo que consideran hoy muchos autores tanto marxistas como no marxistas. Uno de estos últimos A. Giddens escribe a este respecto: "La concepción general del materialismo histórico que se establece en La Ideología Alemana y posteriores escritos es por tanto muy diferente de la de Feuerbach y de las anteriores tradiciones del materialismo filosófico. Como Marx lo emplea, materialismo no se refiere al supuesto de ninguna posición ontológica lógicamente razonada. Marx acepta indudablemente una posición realista...". Ver GIDDENS, A.: "Capitalism and modern social theory", Cambridge University Press, 1.971, pág. 21.

(10) MARX, K.: "Preface to a Contribution to the critique of political economy" en "Selected Works", Vol. I, op. cit., pág. 503.

ne dado por el punto de vista de Marx del papel del trabajo en la historia. Este punto de vista, tal como es expuesto en "La Ideología Alemana", puede ser resumido como sigue. (11)

El trabajo crea un mundo humano a través de la producción de objetos materiales. Tal producción, -objetivación del hombre mismo-, constituye el medio por el que los hombres se crean a sí mismos como humanos y pueden ser distinguidos de los animales. Actuando sobre el mundo externo, lo transforman y se transforman ellos mismos. Ese proceso de trabajo, en sí mismo, un proceso social. De ahí que los hombres no puedan ser concebidos al margen de la sociedad, su existencia depende de las relaciones con otros hombres.

En concreto, el proceso de la producción material es un proceso de creación, satisfacción y regeneración continua de las necesidades humanas mediante el trabajo. Estas necesidades difieren según el tipo de sociedad y son satisfechas mediante distintas formas de organización de la producción. Pero tanto las necesidades como las capacidades o habilidades de los hombres son ellas mismas históricamente producidas, dependen de los modos específicos de articulación del trabajo humano en cada sociedad particular. Esto significa que el modo en que el trabajo aparece es históricamente variable. Por tanto, el estudio del hombre debe estar siempre situado dentro de las estructuras históricas específicas, -fundadas sobre los diferen-

(11) Ver MARX, K.: "The German Ideology" en "Selected Works", Vol. I, op. cit., págs. 20 y ss.

tes modos de organización de la actividad productiva, en las que necesariamente se inserta.

Esta concepción materialista no supone por parte de Marx una reducción de las relaciones sociales a las relaciones de producción (material) sino que implica la imposibilidad de separar la producción como creación material, de la producción como creación de relaciones sociales, en el marco de la sociedad concreta. Tal es el sentido de su afirmación de que: en orden a producir "los hombres entran en unas relaciones definidas" con otros hombres, y es sólo dentro de esas relaciones donde tiene lugar su acción con la naturaleza, es decir, la producción. (12)

Por eso, partir de la sociedad concreta supone para Marx, como acertadamente indica L. Colletti, "tomar ambas juntas: producción y distribución; relaciones de producción y relaciones sociales; estructura económica y nivel ideológico político; estructura y superestructura".

(12-bis).

(12) MARX, K.: "Preface", op. cit., pág. 503.

(12-bis) COLLETTI, Lucio: "From Rousseau to Lenin: Studies in Ideology and Society", N.Y.: Monthly Review Press, págs. 7-8.

2.1.2.- El proceso de desarrollo histórico.

El "Prefacio a la Contribución a la Crítica de la Economía Política" ofrece sin duda una simplificación del proceso histórico en términos de las relaciones entre la base económica y su determinación de la superestructura. (13)

En este texto Marx indica que a cada etapa definida del desarrollo de las fuerzas productivas corresponde un conjunto de relaciones de producción. Más aún, expresa que lo realmente importante es la organización de esas fuerzas en un particular modo de producción. Las relaciones sociales de producción constituyen las conexiones relativamente estables entre los hombres, y entre los hombres y las cosas, que resultan de sus funciones en el proceso de producción y en el control de las fuerzas de producción. (14)

(13) Ello ha conducido a defensores y oponentes de Marx a señalar, en ocasiones, una unilateral dependencia entre ambas, -la de la superestructura de la organización social por la base-, eliminando completamente la relación de influencia mutua.

(14) Tales fuerzas de producción consisten tanto en tierra, materias primas, conocimiento técnico y científico como en fuerza de trabajo y organización técnica de la producción. Mientras que las relaciones de producción incluyen relaciones de servidumbre, señorío etc., relaciones de propiedad, relaciones de trabajo o supervisión por otros y relaciones de trabajo con los instrumentos de producción.

Marx señala que un conjunto específico de tales relaciones constituye la base económica de cada tipo de sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura legal, política e ideológica. Es más, si la "base económica" cambia también la "superestructura es más o menos rápidamente transformada". (15) La principal fuente de cambio de un tipo de sociedad a otro es la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. Más allá de un cierto punto, éstas últimas actúan como un freno sobre el desarrollo de las fuerzas productivas. La agudización de esta contradicción agudiza el conflicto de clases y puede dar lugar a la revolución social.

Sin embargo, continúa escribiendo Marx, ningún orden social desaparece hasta que todas sus fuerzas productivas hayan sido plenamente desarrolladas. Cualquier nueva sociedad se genera en el seno de la antigua. Concretamente, la sociedad capitalista constituye el último sistema antagónico de producción. Con su desaparición termina "la prehistoria" y una verdadera sociedad comunista, no antagónica, puede ser establecida. (16)

Tomado aisladamente, el pasaje que acabamos de reseñar puede conducir claramente, por la simplificación que supone, a una interpretación mecanicista del desarrollo social, a un materialismo económico y no a un materialismo histórico.

(15) MARX, K.: "Preface...", op. cit., pág. 504.

(16) Ibidem.

No parece, sin embargo, ser ésta la interpretación adecuada cuando se tiene en cuenta la concepción materialista antes indicada y el análisis del modo de producción capitalista llevado a cabo por Marx.

Bajo esta perspectiva, la sociedad concreta de la que Marx parte y a la que pretende llegar (conjunción de relaciones de producción y relaciones sociales) constituye un proceso en el que el sujeto viene a ser una parte del objeto, un momento dentro del objeto. (17) Es decir, la sociedad es concebida como un proceso objetivo que establece la relación entre las condiciones objetivas de la producción (entre objetos), pero al mismo tiempo, puesto que esos objetos son activos, puede ser vista como un proceso entre agentes socio-históricos (entre clases sociales).

De esta forma, el sujeto histórico no es una abstracción genérica sino una entidad histórica: las clases sociales generadas en las relaciones sociales de la producción material. Y el desarrollo social es concebido como materialismo histórico no reductible al materialismo económico.

Tanto Marx como Engels reaccionaron duramente contra cualquier interpretación reduccionista en tal sentido. El primero con su conocida expresión: "Yo sólo se u-

(17) En palabras de L. Colletti, la sociedad constituye "un proceso objeto-sujeto objetivo". COLLETTI, L., op. cit., pág. 12.

na cosa: que no soy Marxista", (18) y el segundo con su ya clásica carta a Bloch en la que escribe:

"De acuerdo con la concepción materialista de la historia, el elemento determinante en la historia es en último término la producción y reproducción de la vida real. Marx y yo nunca hemos afirmado más que esto. Si, por tanto, alguien la cambia en la afirmación de que el elemento económico es el único determinante, la transforma en una frase sin sentido, abstracta y absurda. La situación económica es la base pero los varios elementos de la superestructura (...) también ejercen su influencia sobre el curso de las luchas de clase y en muchos casos prevalecen en determinar su forma". (19)

Pese a estas aclaraciones es evidente que las propias ambigüedades de las obras de ambos autores han dado pie a múltiples interpretaciones del materialismo histórico, algunas de las cuales serán apuntadas y rechazadas en la crítica con la que ceremos este capítulo. Por ahora baste señalar que, en nuestra opinión, aun cuando el materialismo histórico pueda ser entendido como un punto de partida para la elaboración de un modelo, o mejor de diversos modelos, en sí no constituye un modelo. Para e-

(18) Ver "Carta de Engels a Conrad Schmidt" (5 de Agosto de 1.890), citada por SCHAFF, A.: "The Marxist Theory of Social Development" en EISENSTADT, S.N. (ed.): "Readings in social evolution and development", London: Pergamon Press, 1.970, pág. 79.

(19) ENGELS, F.: "Carta a J. Bloch" (1.890), en "Selected Works" Vol. III, op. cit., pág. 487.

llo es necesaria la caracterización de las estructuras y mecanismos internos de los diferentes modos de producción correspondientes a los diferentes tipos de sociedades concretas. En este sentido no se puede olvidar que la obra de Marx, -interesado obviamente en explicar el origen y desarrollo de la sociedad capitalista-, tuvo como objetivo primordial la caracterización del modo de producción capitalista y el descubrimiento de las leyes de su desarrollo. A la exposición de este modelo dedicaremos el siguiente apartado.

2.2.- EL MODO DE PRODUCCION CAPITALISTA

Desde la perspectiva que acabamos de exponer, un modo de producción incluye siempre una cierta combinación de los dos aspectos de la producción: como producción material y como proceso social. En definitiva, una específica articulación de las fuerzas productivas bajo unas de terminadas relaciones de producción. (20)

Más concretamente, se puede decir que un modo de producción incluye, según Marx, tres aspectos fundamentales: cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, (21) cierto tipo de relación con los medios de producción (forma de propiedad esencialmente), (22) y cierta forma de apropiación del excedente de trabajo. (23)

(20) Como indica M. Dobb, Marx al hablar de modo de producción "no se refería meramente al estado de la técnica, -a lo que él llamó el estado de las fuerzas productivas-, sino al modo en que los medios de producción eran poseídos y a las relaciones sociales entre los hombres que resultaban de sus conexiones con el proceso de producción". DOBB, M.: "Studies in the development of capitalism", N. Y.: International Publishers, 1.978, pág. 7.

(21) MARX, K.: "El Capital" Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1.978, Vol.III, Cap.LI, pág. 811.

(22) MARX, K.: "The German Ideology" en "Selected Works", Vol. I, op. cit. pág. 51 y "Preface...", op. cit., págs. 503-4.

(23) MARX, K.: "El Capital", op. cit., Vol. I, Cap. VII, pág. 164.

2.2.1.- Caracterización del M.P.C.

Según lo dicho, el modo de producción capitalista se caracteriza por un determinado desarrollo de las fuerzas productivas bajo unas relaciones sociales capitalistas, es decir, bajo el dominio del "capital" sobre el "trabajo". Sus tres elementos esenciales son: la producción de mercancías, la separación y no posesión por parte del trabajador de los medios de producción, y la apropiación por el capitalista del excedente de trabajo en forma de plusvalía.

a) Producción de mercancías

Marx inicia el estudio del Capital con el análisis de la mercancía. (24) Las mercancías son bienes cuya utilidad o valor de uso difiere de su valor de cambio. (25) La única condición para su producción es que los productores de bienes no produzcan sólo para ellos mismos sino también para la venta en el mercado. Como tal, la producción simple de mercancías ocurre bajo cualquier modo de producción.

En el sistema capitalista, donde la producción de mercancías es lo más importante, los objetos son produci-

(24) Las mercancías son objetos producidos que poseen a la vez un "valor de uso" (utilidad para el consumidor) y un "valor de cambio" (el valor que el producto tiene cuando es ofrecido en intercambio por otros productos).

(25) MARX, K.: "El Capital", op. cit., Vol. I, Cap. I, pág. 8.

dos por su valor de cambio. Este valor de cambio de una mercancía es visto como una propiedad fija, natural, de la mercancía, siendo así que en realidad es el resultado del trabajo humano, "cristalizaciones de trabajo humano", en palabras de Marx-, (26) bajo unas relaciones de producción determinadas.

De esta forma, la realidad, las relaciones sociales de producción capitalista, -en definitiva, la organización del capital y el trabajo basada en la producción y apropiación de plusvalía-, se oculta y presenta a sí misma en una forma invertida. Es el "fetichismo de la mercancía". (27)

b) Dominio del capital sobre el trabajo

En el modo de producción capitalista, el trabajador no posee sus medios de trabajo y "en orden a sobrevivir" se ve por tanto obligado a "vender" su "fuerza de trabajo" al capitalista. Su aparente libertad de elección se limita a elegir a cuál de los poseedores de capital venderá su fuerza de trabajo, convertida de este modo en "mercancía". (28)

El trabajador aparece en relación al capitalista como un valor de uso porque el capitalista compra su fuerza

(26) Ibidem, pág. 17.

(27) Ibidem, pág. 36.

(28) MARX, K.: "Wage labour and capital" en "Selected Works", op. cit., Vol. I, pág. 153.

de trabajo, su capacidad de trabajar, durante un cierto período de tiempo. (29) El capitalista paga al trabajador el valor de su fuerza de trabajo, es decir, la cantidad de salario necesaria para su reproducción".(30)

En realidad, lo que mueve al capitalista a comprar la fuerza de trabajo del trabajador es el hecho de que esta fuerza es capaz de producir, y produce, una cantidad de valor superior al valor de su fuerza de trabajo. Esta diferencia es lo que constituye la "plusvalía" que es la fuente del beneficio capitalista.

La apariencia de equidad en la relación de intercambio trabajo-salario, bajo las relaciones capitalistas, oculta el carácter explotativo de estas relaciones. Trabajo y capital constituyen así los dos elementos centrales del modo de producción capitalista, la unidad antagónica de opuestos donde el capital domina al trabajo. Su relación se estructura explotativamente a través de la apropiación capitalista de la plusvalía creada por el trabajador.

(31)

(29) MARX, K.: "Grundrisse Foundations of the critique of political economy", Harmondsworth: Penguin 1.973, págs. 283-4.

(30) MARX, K.: "Wage labour and capital", op. cit., pág. 158.

(31) MARX, K.: "El Capital", op. cit., Vol. I, cap. XIV.

c) La apropiación de plusvalía

La plusvalía se crea en el proceso de producción como una consecuencia del tiempo de trabajo por el que el trabajador no es pagado. La ratio entre este tiempo de trabajo no pagado y el tiempo de trabajo necesario, -tiempo en el que el valor creado por el trabajador es equivalente al valor de los bienes que necesita para vivir-, constituye la tasa de explotación. (32)

Para Marx el "trabajo excedente" puede existir en cualquier modo de producción. (33) Lo que caracteriza a los diferentes modos de producción es la forma particular de apropiación de ese trabajo excedente. Como escribe en el Capital: "Lo único que distingue unos de otros tipos económicos de sociedad, v.gr. la sociedad de la esclavitud de la del trabajo asalariado, es la forma en que este trabajo excedente le es arrancado al productor inmediato, al obrero". (34)

En el capitalismo la apropiación del "trabajo excedente" por parte del capitalista adquiere la forma de plusvalía. Esta puede así ser definida como el modo de apropiación

(32) MARX, K.: "El Capital", op. cit., Caps. V-VII.

(33) Para ello bastaría, como indica Culley, que "las condiciones de reproducción del trabajador" no fueran "equivalentes a las condiciones de reproducción de la economía". CULLEY, L.: "Economic development in Neo-Marxist theory" en HINDESS, B.(ed.): "Sociological theories of the economy". N.Y.: Holmes and Meier Publishers, Inc., 1.977, pág. 107.

(34) MARX, K.: "El Capital", op. cit., Vol. I, cap. VII, pág. 164.

ción específicamente capitalista del excedente de trabajo.

La caracterización que acabamos de hacer de los tres elementos del modo de producción capitalista evidencia su interrelación. Como señala M. Dobb: "El capitalismo no era simplemente un sistema de producción para el mercado -un sistema de producción de mercancías como Marx lo llamó- sino un sistema bajo el cual la fuerza de trabajo había ella misma llegado a ser una mercancía y era comprada y vendida en el mercado como cualquier otro objeto de intercambio". (35) A lo que más adelante el mismo autor añade: "Hombres de capital, aunque adquisitivo, no son suficientes: su capital debe ser usado para someter al trabajo a la creación de plusvalía en la producción". (36)

La realización de esa plusvalía, y la consiguiente reproducción ampliada de capital, requiere la propiedad privada de los medios de producción y la separación de la fuerza de trabajo de las condiciones objetivas de trabajo. (37)

Según esta concepción, el modo de producción capitalista no puede ser definido simplemente como el movimiento de la producción agrícola a la industrial, ni como un sistema de producción para el mercado. De hecho, el desarrollo extensivo de la producción de mercancías, así como el comercio y el consiguiente desarrollo del capitalismo mercantil, fueron considerados por Marx como "condiciones" para su aparición.

(35) DOBB, M., op. cit., pág. 7.

(36) Ibidem, pág. 8.

(37) MARX, K.: "El Capital", op. cit., Vol. I, Cap. XXIV, pág. 608.

Lo esencial en el concepto de producción capitalista, para Marx, es que el capital actúe como un instrumento de producción de plusvalía y que ésta sea "realizada" por la clase capitalista. La diferencia entre la producción capitalista de mercancías y la producción "simple" de mercancías radica precisamente en que, en la primera, el capital domina la producción y capturando la producción no sólo transforma al productor independiente en proletario, sino que se libera a sí mismo de las limitaciones anteriores para su acumulación. (38) Como escribe G. Kay:

"En ambos casos el circuito del productor directo debe pasar a través del circuito del capital: pero mientras que los circuitos del productor independiente y el capital mercantil se cruzan sólo en el mercado, los del trabajador asalariado y el capitalista industrial convergen en la esfera de la producción". (39)

Ahora bien, caracterizar a la sociedad moderna por su "modo de producción" capitalista no significa olvidar sus relaciones de intercambio y distribución. Estas, al presuponer la producción como su antecedente, son consideradas por Marx como "esencialmente idénticas a las relaciones de producción, el reverso de ellas". (40)

Esta caracterización del capitalismo (por su modo de

(38) Ibidem, caps. XXI y XXII.

(39) KAY, G.: "Development and Underdevelopment: A marxist analysis", New York: St. Martín's Press, 1.975, pág. 70.

(40) MARX, K.: "El Capital", op. cit., Vol. III, Cap. LI, pág. 811.

producción) contrasta con la de quienes ven la esencia del capitalismo en el trabajo por motivo del beneficio, o en la actitud de sobria racionalidad, o en la simple producción para un mercado lejano. Para Marx, tanto la competencia capitalista como la continua expansión del mercado se derivan de esa unidad antagónica fundamental que constituyen el capital y el trabajo, los capitalistas y los trabajadores asalariados. (41)

Como él mismo resume en las últimas páginas del Capital: "El análisis científico del modo de producción capitalista demuestra (.....) que este régimen constituye un régimen de producción de tipo especial y que responde a una condicionalidad histórica específica; que al igual que otro régimen de producción concreto, presupone como condición histórica una determinada fase de las fuerzas sociales productivas y de sus formas de desarrollo: condición que es, a su vez, resultado y producto histórico de un proceso anterior y del cual parte el nuevo tipo de producción como su base dada; que las relaciones de producción que corresponden a este régimen de producción específico históricamente determinado -relaciones que los hombres contraen en su proceso social de vida, en la creación de su vida social- presentan un carácter específico, histórico y transitorio". (42)

(41) MARX, K.: "Wage-labor and capital", op. cit., pág. 171.

(42) MARX, K.: "El Capital", op. cit., Vol. III, cap. LI, pág. 811.

2.2.2.- Las clases sociales en el M.P.C.

Si hasta ahora en la caracterización del modo de producción capitalista hemos resaltado sobre todo un lado del proceso objeto-sujeto al que Marx denomina sociedad, a continuación debemos fijarnos en el otro lado del mismo y único proceso. Porque como dice Engels: "La economía no trata con cosas sino con relaciones entre personas y, en último término, entre clases; estas relaciones están, sin embargo, siempre incorporadas a las cosas y aparecen como cosas". (43)

Para Marx, como ya indicamos, la relación capital-trabajo es al mismo tiempo una relación capitalistas-asalariados, el sujeto histórico es también parte del proceso del objeto. La relación capital-fuerza de trabajo expresa, por una parte, una relación de producción que es una relación entre simples objetos (materias primas y maquinaria por un lado y el resto de los medios de producción por otro), pero, por otra parte, esa relación entre meras condiciones objetivas de producción es una "relación social de producción", (44) es decir, una relación entre "objetos activos", entre "agentes socio-históricos", (45) en definitiva, entre capitalistas y proletarios como clases sociales.

(43) ENGELS, F.: "Marx, a contribution to the critique of political economy" en "Selected Works", Vol. I, pág. 514.

(44) MARX, K.: "Wage - labour and capital", op. cit., pág. 160.

(45) COLLETTI, L., op. cit., pág. 13.

Las clases sociales, para Marx, se generan en las relaciones sociales de la producción material ya que es dentro de esas relaciones donde los hombres como agentes llevan a cabo las funciones necesarias para la reproducción de aquellas relaciones de producción. El concepto de clase adquiere así, "una doble significación: primeramente como factores o condiciones objetivas de producción (como una cierta fase histórica de la producción del trabajo, por supuesto) y en segundo lugar como los agentes políticos de todo el proceso social humano". (46)

Tiene razón, pues, Poulantzas cuando concede al concepto de clase un contenido más allá del puramente económico (derivado de una interpretación de las clases sociales como meros elementos de la base económica), Las clases en Marx constituyen, como escribe este autor: "los efectos de la estructura global en el dominio de las relaciones sociales". (47)

La relación entre las clases dicotómicas, derivadas de un modo de producción, constituye según Marx, una rela-

(46) COLLETTI, L., op. cit., pág. 14.

(47) POULANTZAS, N.: "Poder político y clases sociales en el estado capitalista", Ed. Siglo XXI, 1.972, pág. 75. Por tanto un adecuado análisis de las clases sociales debe referirse no sólo a su lugar y función en las relaciones de producción material sino en el conjunto de las relaciones que constituyen un modo de producción (incluyendo el Estado y la superestructura ideológica), ya que no es posible una definición de las relaciones productivas independientemente del modo de producción en el que se desarrollan.

ción antagónica. (48) Bajo este prisma escribe su conocida frase: "Hasta ahora toda la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases". (49)

En este texto del "Manifiesto" acentúa Marx, como contrapunto a lo expresado en el "Prólogo", el lado subjetivo del proceso social, el lado de los agentes-históricos, el conflicto antagónico de clases. En él expone que el proceso de transición de un modo de producción a otro requiere el desarrollo de las fuerzas productivas, lo cual exige una readaptación de las relaciones sociales de producción. A su vez el carácter rígido de tales relaciones provoca la agudización de la lucha de clases que se constituye así en el motor de la historia.

(48) Aunque se comprenda teóricamente un modo de producción por la relación central de sus clases dicotómicas, hay que tener presente que para Marx en una sociedad están siempre presentes un mayor número de clases cuyas relaciones son variables.

(49) MARX, K. y ENGELS, F.: "Manifiesto of the communist party" en "Selected Works", Vol. I, pág. 108.

2.3.- EL DESARROLLO DEL M.P.C.

La caracterización del modo de producción capitalista ha permitido ver sus elementos antagónicos, el capital y el trabajo, y el mecanismo que permite la acumulación o reproducción ampliada de capital, la apropiación de plusvalía.

La diferencia respecto al modo de producción feudal del cual surgió en Europa es clara. Allí, el señor feudal adquiría su ingreso apropiándose directamente de una parte del producto (o del valor del producto) creado por el siervo. En el capitalismo, en cambio, existe libertad de elección para empleadores y asalariados, así como competencia entre los individuos para comprar y vender trabajo y mercancías. Estos elementos son precisamente los que dan al nuevo sistema un enorme dinamismo.

El proceso de desarrollo capitalista es visto por Marx como un proceso de acumulación de capital con contradicciones y crisis. La principal contradicción es la que opone "el desarrollo ascendente de la fuerza productiva social del trabajo" y la búsqueda del mayor beneficio individual. Y se manifiesta a través de la ley de la tendencia decreciente de la tasa media de ganancia expuesta por Marx (50), tras establecer el proceso que conduce a la nivelación de las tasas de ganancias. (51)

(50) MARX, K.: "El Capital", op. cit., Vol. III, cap. XIII, pág. 213.

(51) Ibidem, Cap. X.

2.3.1.- Ley de la tendencia decreciente de la
tasa media de ganancia:

Esta ley corresponde a una tendencia histórica inherente a la dinámica del proceso de acumulación capitalista. (52) Marx la presenta bajo la forma de una aparente pa
radoja: cuanto más se desarrolla el capitalismo, más decli
na la tasa media de beneficio del capital. A largo plazo decrece la tasa media de ganancia debido a la creciente composición orgánica del capital, es decir, debido a un aumento más que proporcional del capital constante con relación al capital variable.

La composición orgánica del capital tiende a elevarse como resultado de los cambios tecnológicos que, asume Marx, tomarán la forma de ahorro de trabajo. Dicha elevación conlleva un incremento en la productividad, lo cual induce la tendencia a aumentar la tasa de plusvalía. De esta forma, la tasa de ganancia tenderá por una parte a crecer, a medida que la tasa de explotación crece, y tenderá por otra parte a decrecer, a medida que la composición orgánica del capital aumenta. Ambos ratios, en el supuesto de Marx, se incrementan a medida que el capitalismo se desarrolla. El efecto del incremento en la composición orgá-

(52) Marx expone simultáneamente la existencia también de "contratendencias" que afectarían a esta tendencia estructural. Indica las siguientes: la creciente intensidad de la explotación; el descenso de los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo; la superpoblación relativa, el abaratamiento de los elementos del capital constante; el comercio exterior y el aumento del capital disponible. Ver MARX, K.: "El Capital", Vol. III, cap. XIV.

nica del capital, pensó Marx, será sin embargo superior, por lo cual el efecto neto sobre la tasa de ganancia le conducirá a una tendencia a decaer con el tiempo. (53) Así, paradójicamente, el mismo desarrollo del capitalismo tiende a debilitar su propio estímulo de desarrollo.

Es preciso notar aquí, que la composición orgánica del capital expresa una idea diferente a la composición técnica del capital pues, si bien esta última se refiere a la relación capital fijo y trabajo, "la composición orgánica del capital en cambio se refiere a una relación de valores, la relación entre el valor (la cantidad del trabajo social) usado en la producción de medios de producción, materias primas y otros objetos de trabajo (capital constante) y el valor usado en la reproducción de la fuerza de trabajo empleada en el proceso de producción (capital variable)". (54)

De esta manera, al constituir el trabajo la única fuente de valor y al ser el "trabajo vivo" reemplazado por "trabajo muerto" que sólo puede transmitir a las mercancías la misma cantidad de valor que el ya incorporado en los medios de producción, la tendencia a incrementar la composición orgánica del capital, a medida que avanza el proceso de acumulación, debe conducir por tanto al descen-

(53) Una exposición crítica de esta ley puede verse en MEEK, Ronald L.: "The falling rate of profit" en "Economics and Ideology and others essays" London: Chapman and Hall Ltd, 1.967 págs. 129-142. Una breve revisión de los principales argumentos contra ella puede verse en CASTELLS, Manuel: "The economic crisis and american society", Princeton University Press, 1.980, págs. 21-26.

(54) CASTELLS, M.: "The economic crisis and american society", op. cit, pág. 16.

so de la tasa media de ganancia.

Evidentemente, esta tendencia al aumento de la composición orgánica del capital no puede ser vista, siendo fiel al pensamiento de Marx, como un proceso mecánico natural, sino como un proceso histórico en el que la lucha de clases juega un papel importante. (55)

El descenso de la tasa media de ganancia no es el único efecto a largo plazo del proceso de acumulación de capital. Este proceso conduce también a un proceso histórico de "creciente miseria", "empobrecimiento" y "polarización social". (56)

(55) Según sintetiza M. Castells a Marx, el proceso de crecimiento de la composición orgánica del capital "es el resultado del efecto combinado de tres fenómenos: 1.- La competencia intercapitalista (...) 2.- El desarrollo de las fuerzas productivas (...) 3.- El elemento fundamental es (...) la predisposición del capitalista a ahorrar la mayor cantidad de capital variable y a reemplazarlo progresivamente por capital constante. Y ésto es debido esencialmente al desarrollo del movimiento obrero, al énfasis en la lucha de clases ... Aunque esta tercera causa estructural está explícitamente expresada en el Vol. III del Capital, es una clara consecuencia de todo el análisis desarrollado por Marx en el Vol. I. M. Castells, op. cit., págs. 17-18.

(56) MARX, K.: "El Capital", op. cit., Vol. I, cap. XXIII.

2.3.2.- Ley de la creciente miseria:

Brevemente, esta ley tendencial puede ser descrita como sigue. La elevación en la composición orgánica del capital implica el desplazamiento del trabajador por la máquina, es decir, el aumento del desempleo. Ello, junto a la presión ejercida por los antiguos artesanos y campesinos independientes a quienes el capitalismo arroja al mercado de trabajo, conduce a un crecimiento (si es que se produce) lento en el nivel de los salarios reales. El nulo o escaso crecimiento de los salarios reales y el aumento de la productividad significan una elevación en la tasa de explotación. Ello implica, por definición, un aumento en la parte del ingreso total que vá a parar a manos de los capitalistas y un descenso en la parte correspondiente a los trabajadores. De ahí que, aun en el caso de que los salarios reales de los trabajadores crezcan absolutamente, siempre descienden en relación a los ingresos de los capitalistas.

De esta forma, la "polarización social" se agudiza cada vez más. El crecimiento de los monopolios en la propiedad del capital acentúa más esta polarización. Los efectos de esta "creciente miseria" se agravan por la cada vez mayor degradación del trabajador convertido progresivamente en un apéndice de la máquina. En palabras de Marx:

"Esta ley determina una acumulación de miseria equivalente a la acumulación de capital. Por eso lo que en un polo es acumulación de riqueza es, en el polo contrario, es decir, en la clase que crea su propio producto como ca-

pital, acumulación de miseria, de tormentos de trabajo, de esclavitud, de despotismo y de ignorancia y degradación moral". (57)

Esta ley pone así de manifiesto la oposición antagónica entre capital y trabajo, entre capitalistas y trabajadores, ya que la tendencia del capitalismo se dirige hacia "el desarrollo absoluto de las fuerzas productivas prescindiendo del valor y de la plusvalía implícita en él y prescindiendo también de las condiciones sociales dentro de las que se desenvuelve la producción capitalista". (58)

Ambas tendencias, engendradas en el mismo proceso de acumulación capitalista, permiten así vaticinar el resultado final de la sociedad capitalista: la destrucción de su modo de producción y su sustitución por uno nuevo.

En efecto, indica Marx, ante el progresivo desarrollo de las fuerzas productivas, el cada vez más estrecho marco de las relaciones de producción capitalistas terminará por romperse para dar lugar a unas nuevas relaciones de producción, las socialistas, como paso hacia una sociedad sin clases, la comunista. El autor resume así su análisis del proceso:

"Hemos visto que la creciente acumulación de capital entraña también una concentración creciente de él. Crece así la potencia del capital, la sustantivación de las condiciones sociales de producción personificada en el capi-

(57) Ibidem, Vol. I, cap. XXIII, pág. 547.

(58) Ibidem, Vol. III, cap. XV, pág. 247.

talista frente a los productores reales. El capital se revela cada vez más como un poder social cuyo funcionario es el capitalista y que no guarda ya la menor posible relación con lo que el trabajo de un individuo puede crear, sino como un poder social enajenado, sustantivado, que se enfrenta con la sociedad como una cosa y como el poder del capitalista adquirido por medio de esta cosa. La contradicción entre el poder social general en que el capital se convierte y el poder privado del capitalista individual sobre estas condiciones sociales de producción se desarrolla de un modo cada vez más clamoroso y entraña, al mismo tiempo, la supresión de este régimen, ya que lleva consigo la formación de las condiciones de producción necesarias para llegar a otras condiciones de producción colectivas, sociales. Este proceso obedece al desarrollo de las fuerzas productivas bajo el régimen de producción capitalista y al modo como este desarrollo se opera". (59)

De esta forma, el resultado último de la producción capitalista es la transición necesaria hacia la reconversión del capital en propiedad de los productores, no ya como propiedad privada, sino como "propiedad social". (60)

(59) Ibidem, Vol.III, Cap. XV, págs. 260-1.

(60) Ibidem, Vol. I, cap. XXIV, pág. 649.

2.4.- EL CAPITALISMO Y EL "SUBDESARROLLO"

Es evidente que el interés de Marx estuvo centrado fundamentalmente en el estudio, -y en la transformación, por supuesto-, de la sociedad capitalista, de su modo de producción y de su desarrollo. Ahora bien, puesto que el capitalismo tuvo su origen en la sociedad feudal "europea", en ella buscó Marx las condiciones que determinaron su surgimiento.

Más aún, de acuerdo a su método, la única vía posible para el análisis de ese modo de producción e intercambio capitalista era el estudio de la concreta sociedad europea y, más específicamente, de Inglaterra, puesto que só lo este país reunía entonces las condiciones modélicas indispensables. Como expresamente declara al exponer al objeto del Capital:

"En la presente obra nos propondremos investigar el régimen capitalista de producción y las relaciones de producción y circulación que a él corresponden. El hogar clásico hasta ahora es Inglaterra. Por eso tomamos a este país como principal ejemplo de nuestras investigaciones teóricas". (61)

Centrado en el análisis del proceso histórico europeo, su obra no se limitó a la elaboración de un modelo del modo de producción capitalista y su desarrollo, sino

(61) MARX, K.: "Prólogo a la 1ª ed. del Capital", op. cit., pág. XIV.

que, en un intento más ambicioso, trató también de caracterizar otros modos de producción correspondientes a otras épocas de la historia europea, e incluso de otras so ci ed ades relacionadas con ella.

La enumeración de estos diferentes modos de producción es, como se sabe, variable en la obra de Marx. Así, mientras que por ejemplo en "La ideología alemana" habla de tres estadios de desarrollo, en el quizás más conocido texto del "Prefacio" se contabilizan cinco modos diferentes.

Más problemático es, sin embargo, el hecho de que estos diferentes modos se describan en ocasiones como pro gres ivos en el desarrollo social. Así, en el "Prefacio" escribe: "En líneas generales, los modos de producción Asiático, antiguo, feudal y burgués moderno pueden concebirse como épocas progresivas en la formación económica de la sociedad". (62)

Conceptualizar a las épocas correspondientes a esos modos de producción como progresivas, ¿significa establecer una secuencia temporal necesaria y universal para todas las sociedades? Evidentemente, considerando el carácter lógico-histórico de estas categorías elaboradas por Marx, la respuesta tiene que ser negativa.

Estas aclaraciones eran necesarias para entender la falta de teorización de Marx en torno al "subdesarrollo".

(62) MARX, K.: "Preface...", op. cit., pág. 504.

Desde su perspectiva este término, o los sucesivos eufemismos creados para designar la situación económica y social de ciertos países o áreas del mundo, carece de significado. Siguiendo su conceptualización habría que referirse a sociedades con un particular modo de producción diferente al capitalista, o bien a sociedades en las que el modo de producción capitalista ha generado un tipo particular de desarrollo.

Es con relación a este segundo caso, donde Marx, exponiendo con claridad la vocación universal del capitalismo, pudo aportar luz sobre este fenómeno. Ateniéndose a su obra hay que decir sin embargo que los pocos pasajes que tratan directamente de la expansión del capitalismo parecen anticipar no el "subdesarrollo" sino el "desarrollo" capitalista. Así, en "El Manifiesto Comunista" escribe:

"La burguesía, mediante el rápido desarrollo de todos los instrumentos de producción, mediante las inmensas facilidades de los medios de comunicación, conduce a todas las naciones, incluso a las más atrasadas, a la civilización. Los precios baratos de sus mercancías son la artillería pesada con la que derriban todas las murallas chinas con la que obliga a capitular al inmensamente obstinado odio a los extranjeros que tienen los indígenas. Ello obliga a todas las naciones, so pena de extinción, a adoptar el modo burgués de producción; ello les obliga a introducir lo que se llama civilización en su interior, es decir, ellos mismos llegan a ser burgueses. En una palabra, ello crea un mundo tras su propia imagen". (63)

(63) MARX, K.: "Manifiesto.....", op. cit., Vol. I, pág. 112.

Igualmente, en un artículo publicado 5 años más tarde (en 1.853) sobre los efectos de la actuación Británica en la India volvemos a encontrar la misma idea más ilustrativamente expuesta:

"Yo sé que la millocracia Inglesa intenta equipar a la India con ferrocarriles, con la mirada puesta exclusivamente en la extracción, al menor costo, del algodón y otras materias primas para su manufactura. Pero una vez que se ha introducido la máquina en el transporte de un país que posee hierro y carbón es imposible detener su fabricación. No se puede mantener una red ferroviaria sobre un inmenso país sin introducir todos aquellos procesos industriales necesarios para cumplir los inmediatos y normales deseos de transporte ferroviario y de ahí que debe aumentar la aplicación de maquinaria a aquellas ramas de la industria no inmediatamente conectadas con el ferrocarril. El sistema ferroviario llegará a ser así en la India, en verdad, el precursor de la industria moderna". (64)

Finalmente, en el ya más conocido texto del "Prólogo a la 1ª edición del Capital" en 1.867, Marx volvió a escribir: "Los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos desarrollados la imagen de su propio porvenir".(65)

(64) MARX, K.: "The future results of British rule in India" en "Selected Works", op, cit., Vol. I, pág. 497.

(65) MARX, K.: "Prólogo a la 1ª ed. del Capital" op. cit., Vol. I, pág. XIV.

Es evidente que estos efectos de la expansión del capitalismo previstos por Marx, no se corresponden con la situación que hoy vemos en muchos países y áreas denominadas subdesarrolladas.

Este error de previsión no puede ser atribuido al desconocimiento o desconsideración por parte suya, del impacto de las relaciones internacionales. De hecho, Marx fue perfectamente consciente tanto de la naturaleza de ese impacto como del hecho de que tales relaciones internacionales estaban basadas en un desarrollo desigual. Así, señala por ejemplo con claridad, que el estado de las fuerzas productivas en cada nación afecta a las relaciones internacionales, y que, a su vez, estas relaciones internacionales afectan a la estructura interna de cada nación. Con palabras suyas:

"Las relaciones entre unas naciones y otras dependen de la extensión en que cada una de ellas haya desarrollado sus fuerzas productivas, la división del trabajo y el intercambio exterior. Esta afirmación es algo generalmente reconocido. Pero no sólo las relaciones entre una nación y otra, sino también toda la estructura interna de la nación depende del grado de desarrollo de su producción y de su intercambio exterior e interior". (66)

Marx no llegó, sin embargo, a realizar un análisis de esas relaciones de intercambio desigual. Más aún, podría decirse que cuando hizo previsiones en tal sentido, sus análisis históricos concretos fueron prisioneros de

(66) MARX, K.: "The German ideology", op. cit., pág. 21.

ese marco nacional, Inglaterra, de donde extrajo su modelo.

En este sentido es preciso reiterar que su modelo teórico fundamental, el del modo de producción capitalista, tenía por objeto el estudio del origen y desarrollo de la sociedad capitalista. Las tendencias de él deducidas respondían al supuesto de la existencia, -como puso de manifiesto R. Luxemburg-, de una sociedad capitalista cerrada, sin otros modos de producción. (67) En el análisis histórico concreto, por supuesto, Marx siempre contempló la coexistencia de diferentes modos de producción en el seno de esta sociedad capitalista. Cómo se articulan entre sí, y cuáles son los resultados de tal articulación es, sin embargo, algo que Marx nunca desarrolló teóricamente, y que ha dado pie a algunos a afirmar la necesidad de alterar algunos supuestos de su modelo, cuando no su modelo mismo.

(67) R. Luxemburg en "La acumulación de capital" criticó el supuesto de un sistema capitalista sin formaciones precapitalistas, y revisó, bajo nuevos supuestos, las conclusiones de Marx. No sin razón, es este sentido considerada como precursora de la que después será considerada como perspectiva del sistema mundial. Ver LUXEMBURG, R.: "L'Accumulation du capital", Paris: Maspero, 1.967.

2.5.- CRITICA Y CONCLUSIONES

La polémica en torno al marxismo es tan antigua como la misma obra de Marx. Varios aspectos, como señalábamos ya en la introducción previa, han contribuido a ello. Así, su posición metodológica "realista", a la par que ha sido interpretada por algunos oponentes como una posición ontológica, ha dado pie a afirmaciones dogmáticas por parte de algunos seguidores.

Sin entrar a debatir esta importante cuestión, es preciso indicar a quienes consideran "problemática" la pretensión de discernir la realidad por debajo de las apariencias, que no son menos problemáticas otras concepciones científicas. Y, a quienes se muestran proclives al dogmatismo en sus afirmaciones acerca de la realidad, habría que recordarles que toda teoría, máxime si establece como principio metodológico la dialéctica, debe ser sometida a alguna forma de contrastación con los hechos, y es, por tanto susceptible de modificaciones sucesivas. En este sentido, cualquier aproximación exige rigor científico, y no puede hacerse depender el valor de una teoría de una determinada "visión del mundo".

El mismo efecto divisorio, de aceptación o rechazo, ha provocado el hecho de que Marx elaborase su teoría no sólo como un marco de análisis, sino primaria y fundamentalmente como una teoría de la clase trabajadora que a la par que explicaba su desarrollo, "proveía también, -como indica T. Bottomore-, una visión de la sociedad y de la historia que podía ser asimilada por la conciencia de la

clase trabajadora y guiar su práctica política". (68)

A este respecto hay que señalar que si bien esta unidad entre teoría y práctica en el seno de un sujeto colectivo, real e identificable, constituye una virtud particular de la obra de Marx, ella no está exenta del peligro, como históricamente se ha puesto de manifiesto, de "llegar a estar tan comprometida en una clase específica de práctica, especialmente cuando esta práctica está incorporada en las actividades de un partido político organizado, que la teoría llega a ser no-crítica y es tratada como un cuerpo de verdades establecidas que deben ser defendidas a toda costa en orden a asegurar la continuación de la práctica". (69)

Pero lo que quizás es más importante de todo, -y no sólo para comprender la aceptación o repulsa que la obra de Marx siempre ha provocado, sino para explicar las distintas interpretaciones internas a las que continuamente ha dado lugar-, es el propio carácter y las mismas ambigüedades de su extensa obra.

A este respecto es claro que ciertas divergencias que desde su inicio han marcado el desarrollo del pensamiento marxista tienen su origen en el propio texto de Marx. Así por ejemplo, la división existente entre quienes conciben el marxismo como una "filosofía de la historia", y quienes lo interpretan como una "ciencia social

(68) BOTTOMORE, T., op. cit., pág. 52.

(69) Ibidem, pág. 62. Conviene resaltar que no es meramente la unidad entre teoría y práctica lo que diferencia al pensamiento marxista de otras concepciones sociales, -aunque es evidente que el primero la reconoce y afirma más explícitamente que ninguna otra-, sino en que para el marxismo esa práctica es concebida como actividad práctico-crítica, revolucionaria, de una clase.

general" o sociología, encuentra su fundamento en los propios escritos del fundador. Lo mismo podría decirse de las interpretaciones más o menos deterministas, o más o menos voluntaristas, del proceso de desarrollo social.

Esas ambigüedades hacen que no resulte difícil, basándose en la selección de textos particulares y no en el conjunto de su obra, ofrecer diferentes versiones, incluso contradictorias, de ella.

Nuestro interés al criticar a continuación algunas de esas interpretaciones tiene como objetivo, al margen de cualquier disputa o de la defensa de una u otra posición marxista, tratar de discernir los elementos aportados por Marx que pueden ser considerados fundamentalmente válidos para el análisis del desarrollo social.

a) La interpretación del materialismo histórico

La primera interpretación que resulta inaceptable es la que considera el materialismo histórico como una teoría general del cambio social que afirma la primacía de los factores económicos en la determinación del desarrollo social. Tal afirmación necesita, cuando menos, una previa especificación de lo que por "económico" y "determinación" se entiende. Pues bien, cuando la teoría queda reducida a un determinismo económico, e incluso tecnológico, del cambio histórico resulta inaceptable.

En primer lugar, porque como indica T. Bottomore: "Es evidente... que muchas fuerzas no económicas en la vida

social, que son más o menos autónomas aunque puedan algunas veces estar conectadas con intereses económicos... tienen una influencia significativa sobre el cambio social y la existencia del conflicto". (70)

En segundo lugar, porque, como ha puesto de manifiesto A. Giddens, tal versión descansa fundamentalmente sobre una interpretación de "la significación del trabajo en el desarrollo de la sociedad humana" en Marx, entendido con referencia exclusiva a "la esfera de la actividad económica". (71) Para ello pueden por supuesto esgrimirse citas aisladas entresacadas de la obra del autor. (71) No creemos sin embargo que tal interpretación responda a la perspectiva adoptada en la globalidad de su obra.

Puesto en sus más amplios términos, el problema se refiere a la interpretación del esquema fuerzas productivas/relaciones de producción como marco general para la explicación de las transformaciones sociales radicales. Más concretamente se refiere al problema de si en cualquier tipo de sociedad y en cualquier período histórico

(70) Ibidem, pág. 69.

(71) GIDDENS, A.: "Central problema in Social Theory", University of California Press, 1.979, pág. 75.

(72) El más conocido texto en esta línea se encuentra en "La pobreza de la Filosofía" donde Marx escribe: "Las relaciones sociales están íntimamente unidas a las fuerzas de producción. Al adquirir nuevas formas de producción, los hombres cambian su modo de producción, su modo de ganarse la vida, cambian todas sus relaciones sociales. El molino manual dará lugar a una sociedad con el señor feudal, el molino de vapor a una sociedad con el capitalista industrial", MARX, K.: "The poverty of Philosophy" London: Lawrence and Wishard, pág. 92.

el desarrollo de las fuerzas productivas constituye el resultado de procesos de cambio económico relativamente autónomos.

A este respecto las recientes investigaciones, incluso marxistas, acerca de algunas formaciones sociales precapitalistas han puesto de manifiesto la peculiaridad del capitalismo europeo frente al desarrollo de otras so ci ed ades, por ejemplo Asiáticas. (73) En este sentido se puede afirmar, como lo hace A.Giddens, que el propio Marx, centrado fundamentalmente en el estudio del desarrollo social europeo y más específicamente de la sociedad capitalista, "subestimó su peculiaridad en relación a otras formas históricas de sociedad". (74)

Esta nueva interpretación (75) implica la consideración de que "es sólo con la llegada del capitalismo cuando la evolución de las fuerzas de producción ocurre característicamente al nivel de las fuerzas de producción. Puesto que el capitalismo (como se indica en el hecho de que el nombre pueda ser aplicado tanto a un tipo de sistema de producción como a un tipo total de sociedad) cambia la explotación de la naturaleza en una fuerza impulsora

(73) HINDESS, B. y HIRST, P.: "Pre-Capitalist Modes of Production", London: Routledge and Kegan Paul, 1.975.

(74) GIDDENS, A., op. cit. pág. 154.

(75) Existen, por supuesto, otras interpretaciones marxistas como la de L. Althusser, quien manteniendo la ortodoxia ha "solucionado" el problema de la no dominación de los factores económicos en sociedades no capitalistas relegando su influencia a la controvertida categoría de la "determinación en última instancia".

del cambio social. El desarrollo del capitalismo pone en funcionamiento un estímulo para la continua innovación técnica y expansión de las fuerzas productivas: éste es autónomo en el sentido de que la reproducción ampliada de capital es promovida por el funcionamiento de la misma producción capitalista". (76)

Esta no aceptación del determinismo económico de la historia, en cuanto que únicamente bajo el capitalismo el desarrollo de las fuerzas productivas constituye el resultado de procesos de cambio económico relativamente autónomos, (77) no significa interpretar el materialismo histórico simplemente como una "teoría funcional de las relaciones entre infraestructura y superestructura" en la que se acentúa "la necesidad de conectar las instituciones políticas e ideológicas a las instituciones económicas como elementos de una totalidad". (78) Tal interpretación funcionalista, aunque considerase la actividad económica como el prerrequisito funcional fundamental del sistema, desvirtuaría el pensamiento de Marx.

Es preciso señalar finalmente, en esta breve revisión de algunas versiones inaceptables relacionadas con el materialismo histórico, la interpretación del influjo de las condiciones reales de existencia sobre el pensa-

(76) GIDDENS, A., op. cit., págs. 154-155. Subrayado del autor.

(77) A este respecto es preciso notar que Marx no construye ninguna teoría general de qué es lo que produce la expansión de las fuerzas de producción. Ello corresponde al análisis histórico y social concreto.

(78) GIDDENS, A., op. cit., pág. 152.

miento, como una teoría reduccionista de la conciencia, según la cual, el contenido de la conciencia está determinado por los factores materiales. Más concretamente, esta interpretación consideraría que las ideas no poseen "autonomía" respecto a la realidad económica o material, y en su versión más deformante implicaría la consideración de las ideas como un simple "reflejo" de las condiciones de la vida social.

A este respecto es preciso indicar que de la afirmación de Marx de que las "ideologías" están enraizadas en las condiciones materiales de la vida no se sigue que haya, como ya ha quedado claro en la exposición anterior de su pensamiento, una relación universal o unilateral en tre la base real de la sociedad y la superestructura. Como dice Giddens: "La conclusión específica a la que Marx llega al criticar a Feuerbach es que las ideas son productos sociales que no pueden ser entendidos por el filósofo que se sitúa fuera de la historia". (79)

Veamos a continuación cuál es la concepción del desarrollo en Marx criticando al mismo tiempo algunas de sus interpretaciones.

b) Algunas interpretaciones del desarrollo

Tal como sucede con la interpretación del materialismo histórico, algunas de las ambigüedades e inconsis-

(79) GIDDENS, A.: "Capitalism and the modern social theory", op. cit., pág. 209.

tencias de la obra de Marx han dado lugar a distintas interpretaciones del desarrollo histórico. Una de las interpretaciones dominantes, hasta tiempos relativamente recientes, ha sido la del "marxismo oficial" que vió en la obra de Marx una descripción cerrada del proceso evolutivo de la humanidad al interpretar sus modos de producción como sucesivas etapas históricas universales. (80)

Esta interpretación que conlleva la idea de un desarrollo unilineal de la sociedad ha sido ampliamente abandonada en muchos de los recientes estudios marxistas incluso como representando el punto de vista del mismo Marx. Para ello acertadamente se aduce que la obra de Marx estuvo centrada fundamentalmente en la historia europea y que a ella se refería alguno de sus tentativos esquemas de desarrollo histórico. Por otra parte, cuando Marx discute el desarrollo social en más detalle y en términos geográficos más amplios, no confinado ya a Europa, como es el caso de los "Grundrisse" de 1.857-8, parece indicar, -como señala E.J. Hobsbawm-, la existencia de varias rutas alternativas desde el sistema comunal primitivo".(81)

En este sentido parece más acorde con la misma obra de Marx una interpretación de los diferentes modos de producción como categorías lógico-analíticas, y no cronológicas, del proceso de desarrollo. Ello no significa negar que ciertos supuestos evolutivos no subyazcan al pensa-

(80) Por las consecuencias que tal interpretación ha tenido en el análisis de la situación del subdesarrollo, más adelante se expondrán y criticarán más ampliamente los fundamentos de esta concepción.

(81) HOBBSAWM, E.J.: "Pre-Capitalist economic formations", pág. 32.

miento de Marx sobre la prehistoria, ni que ciertos elementos teleológicos, como el supuesto de un final preconcebido hacia el cual progresa la sociedad, no se hallen en su obra.

Lo dicho significa que, cualquiera que fuera la intención de Marx al esbozar los diferentes tipos de sociedades, en modo alguno puede considerarse ello como una aportación esencial de su obra, Y que la interpretación de su modelo general como una teoría sistemática y bien fundamentada del desarrollo histórico carece de todo rigor.

Como indica T. Bottomore respecto a este controvertido punto, difícilmente puede hoy reclamarse que cuestiones como las de "cuántos distintos modos de producción hay: en qué orden se suceden y cómo se explica su secuencia; qué formas de sociedad corresponden con, surgen de, o son determinadas por, los diferentes modos de producción; y finalmente, cuáles son las formas de Estado, o sistemas políticos que son característicos de, o producidos por, diferentes estructuras económicas y formas de sociedad... han sido ya respondidas".(82)

En este sentido creemos que, el interés fundamental de la obra de Marx reside en el estudio del desarrollo histórico europeo y, más concretamente, en el análisis del modo de producción capitalista, en la creación de un modelo que explique su dinámica, las condiciones de su apari-

(82) BOTTOMORE, Tom: "Political Sociology", New York: Harper and Row Publishers, 1.979, pág. 62.

ción y la necesidad de su transformación integrando en él los elementos objetivos y subjetivos del proceso histórico.

Desde su conceptualización de este modo de producción capitalista, el desarrollo no implica tan sólo la expansión de las fuerzas productivas, -la industrialización y el crecimiento económico podríamos decir-, sino fundamentalmente la destrucción de unas relaciones de producción explotativas y el consiguiente desarrollo de unas relaciones sociales no contradictorias. En este sentido el desarrollo no se identifica con la industrialización aunque la implique en su etapa final.

Como bien indican los editores de la revista Monthly Review, Marx "nunca concibió estas nuevas y más altas formas de sociedad (el socialismo y el comunismo) como meramente más productivas en bienes y servicios económicos: desde su punto de vista serían sobre todo más humanas, más justas, más productivas de una vida satisfactoria para todas las gentes". (83)

c) Conclusión

En las críticas anteriores hemos puesto de manifiesto la inaceptabilidad del materialismo histórico en su interpretación como teoría explicativa del proceso univer-

(83) SWEEZY, P. y MAGDOFF, H.: "Twenty - five eventful years" Monthly Review, Vol. 26, nº 2, Jun. 1.974, pág. 9.

sal de desarrollo. Ello no significa el rechazo total de una consideración materialista de la historia sino el rechazo de una interpretación reduccionista, economicista, del proceso histórico, que además, pensamos, contradice el propio pensamiento de Marx.

En este sentido se puede decir que la aportación esencialmente válida de Marx consiste en una concepción de la Praxis humana, según la cual, -en oposición al "idealismo" y al "materialismo mecanicista"-, los hombres no pueden ser tratados ni como objetos pasivos, ni como sujetos totalmente libres. La consideración de las estructuras de las relaciones sociales como derivadas de las relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza material, constituye algo esencial para comprender y explicar los fenómenos sociales históricos.

Estas relaciones sociales, aunque desde una perspectiva individual tengan una existencia separada del individuo, no pueden ser concebidas aparte de la actividad humana que las produjo y continúa produciéndolas. Como tal, no son pues el fruto intencionado de individuos particulares, sino el resultado de las actividades interdependientes de los miembros, tanto pasados como presentes, de una sociedad, y de otras sociedades relacionadas con ella.

La inserción necesaria del individuo en la estructura de estas relaciones limita necesariamente su libertad. En este sentido aunque las relaciones sociales no constituyan una entidad material son reales, y aunque no determinen completamente el comportamiento de los individuos son causalmente efectivas.

Esencial a esta concepción de la Praxis humana, y un acierto indudable de Marx, es la significación asignada al "trabajo" en el desarrollo de la sociedad. Trabajo que, como ya indicamos, no puede ser considerado en su sentido estrecho, sino como "la interacción de la actividad humana y la naturaleza material: una interacción que es la raíz del carácter histórico de la cultura humana". (84)

Es en la aplicación de esta concepción al análisis del modo de producción capitalista donde sin duda alguna podemos encontrar la mejor aportación de Marx. Es en este estudio donde su esquema fuerzas productivas/relaciones de producción, -y su contradicción-, adquiere su mayor valor como marco para la explicación de la transformación o revolución social. Revolución social que, por otra parte, nada dice directamente acerca del uso de la violencia. (85)

Esquema éste que debe implicar, -preciso es repetirlo para evitar equívocos-, la integración de los elementos objetivos y subjetivos, de las estructuras objetivas y de la acción social consciente. Y puesto que la contradicción estructural no produce sus efectos de un modo directo, "mecánico" e "impersonal", sino a través de la

(84) GIDDENS, A.: "Central problems...", op. cit., pág. 151.

(85) Aunque como puntualiza T. Bottomore: "Marx y los Marxistas posteriores, indudablemente, pensaron que en la mayoría de los casos las revoluciones políticas mediante las que tales transiciones son finalmente realizadas y las nuevas sociedades firmemente establecidas requerirían una lucha armada" en BOTTOMORE, T.: "Political sociology", op. cit., pág. 90.

lucha consciente de clases en la que otros factores sociales están también presentes, su "causalidad" no puede entenderse como simple "determinación" sino que debe ser concebida, como indica Bottomore, como "la producción de condiciones y limitaciones dentro de las cuales los diversos, pero no ilimitados, cursos alternativos de la acción política y el desarrollo son posibles". (86)

De esta manera, el modelo de Marx se presenta como fundamentalmente apto para el estudio de los procesos de desarrollo en las sociedades contemporáneas. Tal modelo, tomando como punto de partida la existencia de tensiones, contradicciones y conflictos en todos los sistemas sociales, da cuenta también del mantenimiento del orden y la estabilidad en la sociedad, no como algo, asumido o derivado simplemente de la existencia de valores comunes compartidos, sino como la consecuencia de la resolución parcial y temporal, -aunque en términos históricos no necesariamente breve-, de los diversos antagonismos y conflictos.

Esta consideración, en términos generales y con las matizaciones indicadas a lo largo de esta crítica, sobre la adecuación del modelo de Marx, de ningún modo prejuzga la total validez de su análisis concreto del desarrollo histórico capitalista, ni de sus previsiones futuras. Mucho menos implica la inmutabilidad de su modelo. Si no se quiere fosilizar la genial aportación de Marx al estudio de la realidad social es preciso afirmar la perfeccionabilidad de su modelo teórico e insistir en la necesidad de una mayor contrastación con esa realidad.

(86) Ibidem, pág. 96.

3.- EL MODELO DE WEBER

El intento de exponer en unas breves páginas la complejidad del pensamiento de Weber sobre el desarrollo histórico-social constituye sin duda una arriesgada empresa. A las dificultades que entraña la exposición del contenido sustantivo de su obra, se unen las derivadas de su peculiar posición metodológica sin cuya comprensión resulta imposible entender el primero.

Por otra parte, aunque toda su obra constituya fundamentalmente una sociología histórica, su evolución, -como señala W. Mommsen-, desde una perspectiva más histórica, dominante en sus primeros escritos, hacia una aproximación más plenamente sociológica, basada en el análisis típico-ideal, añade un mayor grado de dificultad a la interpretación global y unitaria de su obra. (1)

En este sentido no es de extrañar que las más o menos matizadas interpretaciones de su metodología, así como la mayor o menor consideración de los diferentes niveles de su análisis histórico, -todo lo cual entraña una cierta ambigüedad en su misma obra-, hayan conducido a diferentes interpretaciones de su concepción del desarrollo social.

Así, mientras la interpretación dominante, representada por autores como W. Mommsen, R. Bendix y G. Roth, ha enfatizado el esfuerzo de Weber por refutar los supuestos

(1) Ver MOMMSEN, W.J.: "The Age of Bureaucracy", London: Harper and Row, Publishers, 1974, pág. xiv.

fundamentales de cualquier tipo de evolucionismo, (2) otros, como F. Tenbruck, han visto en ella, -particularmente en su sociología de la religión-, una perspectiva evolutiva. (3) Tampoco faltan por supuesto quienes como W. Schluchter, se sitúan en una posición intermedia. (4)

El hecho, por otra parte, de que la obra de Weber esté en cierta medida marcada por su intento de dar una respuesta al marxismo ha llevado a algunos a acentuar unilateralmente la importancia concedida a los factores ideacionales en el desarrollo histórico, deformado en gran medida la propia concepción del autor.

Asumiendo, por nuestra parte, como más legítima y acorde con sus postulados metodológicos una interpretación que no ve en su obra la pretensión de presentar un esquema lineal o circular de la historia, sino la de ela-

(2) Cf. BENDIX, R.: "Max Weber: An Intellectual Portrait", Berkeley: U. of California Press, 1.977; ROTH, G.: "Introduction" a la obra de M. Weber: "Economy and Society", Berkeley: U. of California Press 1.978, y ROTH, G.: "Introduction" a la obra (por él traducida) de SCHLUCHTER, W.: "The Rise of Western Rationalism", U. of California Press, 1.981.

(3) Ver. TENBRUCK, F.H.: "The Problem of Thematic Unity in the Works of Max Weber" en British Journal of Sociology 31, año 1.980, págs. 313-51.

(4) Basado en la distinción de los diferentes niveles de análisis histórico en los que se desarrolla la obra de Weber (nivel de modelos socio-históricos o tipológicos, nivel de análisis histórico o evolutivo, y nivel situacional o descriptivo), este autor sostiene que: "Weber ofrece una teoría macrosociológica multidimensional para el análisis histórico de las configuraciones sociales básicas y sus variantes, desde una perspectiva evolucionista y comparativa". SCHLUCHTER, W.: "The Rise of Western Rationalism", op. cit., pág. 5.

borar "tipos ideales" que premitan iluminar los aspectos más significativos de la realidad, particularmente del capitalismo, comenzaremos por indicar el problema metodológico de Weber para después exponer su respuesta al problema sustantivo, su modelo típico-ideal mediante el que interpretar la "exclusividad" de la sociedad capitalista occidental. (5)

En todo caso, como hicimos con Marx, nuestra exposición y crítica del modelo de Weber, dadas las controvertidas interpretaciones, no se limitará a esgrimir citas de su obra, sino que se hará también eco de lo indicado por voces más autorizadas en la materia.

(5) La obra de Weber, como indica Mommsen, pretendió dar una respuesta "unitaria" a sus dos preocupaciones básicas, la metodológica y la sustantiva. Ver MOMMSEN, W., op. cit., pág. 2.

3.1.- EL MODELO DE TIPOS IDEALES DE ACCION SOCIAL

La posición metodológica de Weber intenta reconciliar dos concepciones diferentes de ciencia social. Por una parte, la "naturalista" con su insistencia en la necesidad de "explicaciones causales", y por otra, la anti-naturalista o "historicista" que exige una "comprensión interpretativa" de los significados subjetivos. (6)

Estudiar la sociedad, compuesta de hombres y no de cosas, requiere un método diferente al de las ciencias naturales, un método que permita explicar un mundo de motivos y valores. Los sucesos humanos, a diferencia de los naturales, vienen determinados por lo que no ha sucedido todavía. La base del comportamiento humano son los motivos e intenciones. Ninguna ciencia social inductiva, basada en la repetición de causas y efectos, es por tanto posible. La ciencia social exige la comprensión del "significado cultural" de la realidad de la vida social, y las "causas de que históricamente se haya producido" de ese modo particular. (7)

(6) Para una amplia exposición de la problemática de las ciencias humanas desde la segunda mitad del siglo XIX en la que se inserta la obra de Weber puede verse FREUND, Julien: "Las teorías de las ciencias humanas", Ediciones Península (homo sociologicus, 5), Barcelona 1.975.

(7) WEBER, M.: "Sobre la teoría de las ciencias sociales", Edic. Península, Barcelona 1.977, pág. 36.

3.1.1.- La comprensión explicativa

Analizar la realidad histórica, desde la perspectiva de Weber, significa estudiar la "exclusividad" de los objetos históricos. (8) Tal exclusividad no es algo que venga dado por el objeto en sí, sino que se establece como tal sólo si el objeto histórico en cuestión es interpretado a la luz de ciertos "valores culturales" particulares. En realidad pues, la "exclusividad" de los sucesos históricos viene dada por su relevancia con relación a los valores del observador. (9) De hecho, es este último quien les comunica un significado.

Para Weber los hechos históricos constituyen, pues, un conjunto caótico y sin significado en sí, de tal manera que sólo relacionándolos con nuestros valores últimos adquieren un significado. (10)

La "comprensión interpretativa" del significado cultural, para ser una "comprensión explicativa" requiere, según su metodología, conocer los motivos de la acción, entendiendo por tal un complejo de significado subjetivo que le parece al actor mismo o al observador, una causa adecua

(8) Lo que Weber llama "individuos históricos". Ver *ibidem*, pág. 45.

(9) *Ibidem*, págs. 42 y 49.

(10) Mediante este recurso a la "relación de valor", -distinta a los juicios de valor-, es como Weber intentó solucionar el problema de la comprensión interpretativa de la acción manteniendo la objetividad. Cf. *ibidem*, págs. 52-53 y 89.

da para la conducta en cuestión". (11)

Esta "comprensión explicativa" exige la contrastación empírica de las hipótesis mediante métodos comparativos, es decir, tratando de hallar casos que difieran del estudio sólo en la ausencia del motivo particular o factor que ha sido postulado como causa. Si las pruebas resultan satisfactorias, la hipótesis motivacional explicativa puede ser aceptada como explicación "causalmente adecuada" de la acción en cuestión. (12)

Dicho de otro modo, puesto que el experimento en las ciencias sociales es imposible (nunca podemos repetir las mismas condiciones), es necesario crear un método de análisis hipotético basado en la convicción de que será suficiente si podemos localizar el factor que, de ser suprimido, daría la diferencia decisiva en una secuencia de eventos dada. La presencia de tal factor podría entonces ser aceptada como la explicación adecuada. (13)

(11) WEBER, M.: "Economy Society" (ed. por G. Roth y C. Wittich), U. of California Press, 1.978, pág. 11.

(12) WEBER, M.: "Sobre la teoría ...", op. cit., págs. 46-7.

(13) Ibidem, págs. 76-7.

(14) Ibidem, pág. 63.

3.1.2.- Los tipos ideales de acción social

El recurso fundamental para lograr una interpretación de los fenómenos sociales e históricos a la luz de los valores últimos, absteniéndose de introducir en ella juicios de valor, lo constituyen los "tipos ideales". Estos no constituyen ningún ideal moral, o aproximación a la realidad histórica, sino que son meros instrumentos metodológicos para la interpretación de la realidad social en su "exclusividad". Como indica el autor: "De antemano queremos subrayar la necesidad de que los cuadros de pensamiento que tratamos aquí, ideales en sentido puramente lógico, sean rigurosamente separados de la noción del deber ser o modélico". (14)

Estos tipos ideales, aunque tampoco existen nunca en la realidad, son indispensables para comprenderla. El propio Weber sintetiza su concepción del tipo ideal indicando que: "No es la realidad histórica y mucho menos la realidad 'auténtica', como tampoco es en modo alguno una especie de esquema en el cual se pudiera incluir la realidad a modo de ejemplar. Tiene más bien el significado de un concepto límite puramente ideal, con el cual se mide la realidad a fin de esclarecer determinados elementos importantes de su contenido empírico, con el cual se la compara. Tales conceptos son formaciones en las cuales construimos unas relaciones con la utilización de la categoría de la posibilidad objetiva, que nuestra fantasía formada y orientada según la realidad juzga adecuadas". (15)

(14) Ibidem, pág. 63.

(15) Ibidem, pág. 65.

Contrariamente, pues, a lo que a primera vista pudiera parecer, el tipo ideal no tiene como objetivo mostrar el tipo o carácter promedio de algún aspecto de la realidad, sino hacer explícito el carácter individual único de los fenómenos con significación cultural.

El tipo ideal no es una teoría, ni una hipótesis. (16) Es simplemente una pauta de la sociedad que cobra sentido en virtud de nuestra experiencia y de la vida de la gente en nuestra propia sociedad. Es, como señala J. Lewis, "como si fuera una teoría. Si fuera una verdadera pauta, entonces es probable que la gente se comportara de cierto modo". (17)

Evidentemente, los tipos ideales de Weber son tipos ideales de acción social, puesto que ésta constituye el objeto de la sociología definida como la ciencia que intenta la comprensión interpretativa de la acción social. (18)

Es a través de este complejo método, expuesto aquí brevemente y no en toda su complejidad de matices, como Weber intenta poner orden y explicar los procesos históricos, los cuales no poseen ningún principio teleológico o de otro signo que les imponga un sentido. El sentido y la

(16.) Ibidem, pág. 60.

(17) LEWIS, J.: "Max Weber and value-free sociology", London: Lawrence and Wishart, 1.975, pág. 51. Subrayado del autor.

(18) WEBER, M.: "Economy and Society", op. cit., pág. 13. Weber asigna a la sociología la tarea de "formular conceptos tipos y uniformidades generalizadas de los procesos sociales", dejando para la historia "el análisis causal y la explicación de las acciones individuales, estructuras y personalidades que poseen significación cultural". Ver íbidem, pág. 19.

significación se lo transmiten los valores últimos del observador.

Con la metodología indicada se enfrenta a la tarea no de establecer una historia de la cultura, ni de discutir las leyes del desarrollo social, sino de llegar a una percepción comprensiva de la cultura mediante la presentación de cuadros parciales de ella en el marco de los tipos ideales de acción social.

Particularmente importante y "significativo" es el hecho de que la sociedad occidental en la que vive es una sociedad "capitalista". De ahí que el estudio de la peculiaridad de la civilización occidental, que con su particular sistema de valores dió origen al capitalismo, constituya el punto central de su obra.

3.2.- LA ACCION ECONOMICA Y EL TIPO IDEAL DEL CAPITALISMO.

La acción según Weber es algo que tiene lugar únicamente a nivel del sujeto individual. Así escribe: "La acción en el sentido de orientación del comportamiento subjetivamente comprensible, existe sólo como el comportamiento de uno o más seres humanos individuales". (19) Ello es así incluso para las agrupaciones sociales existentes en la sociedad:

".... para la interpretación subjetiva de la acción en el trabajo sociológico, estas colectividades deben ser tratadas únicamente como los resultantes y modos de organización de los actos particulares de las personas individuales ya que sólo éstas pueden ser tratadas como agentes en el curso de la acción subjetivamente comprensible". (20)

El sujeto individual es, pues, el único capaz de asignar un significado a su conducta, y lo decisivo en la comprensión de esa acción es precisamente la comprensión de ese significado. Es decir, de acuerdo con la metodología del autor no son las acciones en cuanto actos o comportamientos observables la clave para su explicación, sino el complejo de significado puesto en ellas por el actor.

(19) Ibidem, pág. 13.

(20) Ibidem. Subrayado del autor.

3.2.1.- La acción económica

La acción económica, en cuanto acción, sigue la misma pauta que cualquier otra acción humana. Ella es social sólo si tiene en cuenta el significado de los otros y se halla por tanto orientada en su curso. (21) Su definición debe partir, por una parte, del hecho fundamental de que "hay un deseo (demanda) de utilidades (lo cual es cierto incluso en el caso de la orientación a las ganancias puramente monetarias), y por otra parte, del hecho de que la provisión se hace para abastecer las ofertas que requiere esa demanda". (22)

Concretamente, Weber define la acción económica como "el ejercicio pacífico del control de un actor sobre los recursos el cual está, en su impulso fundamental, orientado hacia fines económicos". (23) Es decir, la acción económica es aquella que está orientada al abastecimiento de la demanda mediante una cierta disposición racional de los recursos.

De esta forma, su discursión en torno a las variaciones entre acción "económica" y acción "económicamente orientada" se centra en el problema de la relación entre fines y medios, relación en la que los distintos fines son sopesados con respecto a los diferentes medios, necesarios o creídos necesarios, para la consecución de un cierto fin.

(21) Ibidem, pág. 22.

(22) Ibidem, pág. 64. Subrayado del autor.

(23) Ibidem, pág. 63.

El autor distingue entre la orientación "instrumentalmente racional (zweckrational)" y la orientación hacia "la racionalidad de valor (wertrational)". (24) La racionalidad implica el supuesto de que la utilización de ciertos medios es necesaria para la consecución de determinados fines. Ella es instrumental si el actor puede evaluar los costos de perseguir una cierta meta de una cierta manera, y puede juzgar el valor de la meta misma en cuanto medio para otro fin. En ella, las "previsiones" acerca del comportamiento de los hombres y las cosas fundamentales la racionalidad de la acción. En la racionalidad orientada a los "valores", la meta constituye un fin válido en sí mismo, y no un medio para un fin posterior. (25)

La diferencia, pues, entre uno y otro tipo de racionalidad no viene determinado por el influjo, o no, de los valores, sino en que éstos, en la racionalidad instrumental, influyen en la elección de los medios y la jerarquía de las metas, pero no la determinación de la meta misma, mientras que en la racionalidad según valores, determinan los fines mismos.

Con respecto a la acción económica, individual o colectiva, es el elemento de calculabilidad lo que permite a Weber distinguir entre las dos formas de racionalidad en la orientación de la acción. Así escribe:

"El término 'racionalidad formal de la acción económica

(24) Ibidem, pág. 24. A ellas hay que añadir los otros dos tipos ideales de acción, según la orientación "afectiva" y "tradicional". Ver íbidem, pág. 25.

(25) Ibidem, págs. 25-6.

ca' será utilizado para designar la extensión del cálculo cuantitativo que es técnicamente posible y que es de hecho aplicado. La 'racionalidad sustantiva', por otra parte, es el grado en que el aprovisionamiento de bienes, de grupos dados de personas (...) se configura mediante la acción social orientada económicamente bajo algún criterio (pasado, presente o potencial) de valores últimos (...), sin tener en cuenta la naturaleza de esos fines". (26)

Hay dos tipos de acción económica que, aunque pueden estar ambos dirigidos por una orientación racional e implicar también ambos cierta orientación al intercambio, se pueden distinguir por los fines que persiguen y los significados que dichos fines conllevan. El primero lo constituyen las acciones económicas orientadas a la actividad adquisitiva monetaria a las que Weber denomina, orientadas a la "obtención del beneficio". El segundo tipo se refiere a las acciones dirigidas a la satisfacción de necesidades (consumo), orientadas al mantenimiento de la hacienda doméstica. Institucionalmente, estos tipos de acción económica constituyen las formas de economía doméstica y de empresa. (27)

(26) Ibidem, pág. 85.

(27) Ibidem, págs. 87-90.

3.2.2.- El capitalismo y la acción económica

La acción económica orientada a la "obtención del beneficio" no puede considerarse como algo exclusivo de la sociedad moderna capitalista. Más aún, si se concibe el capitalismo como una forma de actividad económica que tiene como meta la consecución del beneficio monetario, hay que afirmar su existencia a lo largo de toda la historia.

Lo que sucede es que, si bien la aparición del "dinero" tiene efectos tanto sobre la economía orientada al mantenimiento "doméstico" como sobre la orientada al "beneficio", es en esta última donde los efectos son mayores debido a la posibilidad de introducir un cálculo más racional. En este sentido Weber escribe:

"Existe una forma de cuenta monetaria que es peculiar a la obtención del beneficio económico racional; la llamada 'cuenta de capital'. La cuenta de capitales es la valoración y verificación de las oportunidades de beneficio y de éxito en la actividad de obtención del beneficio por medio de una valoración de las posesiones totales (bienes y dinero) de la empresa al inicio, y su comparación con una valoración similar de las posesiones todavía presentes y las adquiridas nuevas, al final del proceso". (28)

Lo peculiar pues de la sociedad capitalista occiden-

(28) Ibidem, pág. 91.

tal no es la existencia de una particular motivación de la acción económica orientada a la obtención del beneficio, sino el hecho de que la obtención del beneficio se realiza mediante la organización de la producción por el sistema de "empresa" capitalista. (29)

En este sistema, las empresas no se orientan hacia la satisfacción de necesidades, y en este sentido, éstas no determinan la producción. La satisfacción de necesidades viene a ser el efecto indirecto de la orientación fundamental al beneficio. (30) Dicho de otro modo, aunque en términos de la situación económica total debe haber un lugar de encuentro entre la oferta y la demanda, el mercado, la orientación de la acción económica hacia la obtención del beneficio implica primariamente un interés en el control racional de los recursos como actividad adquisitiva, más que como tendiente a la satisfacción de las necesidades.

Esta orientación del capitalismo hacia la adquisición

(29) Así en su "Historia Económica General" escribe: "El capitalismo está presente donde quiera que el abastecimiento industrial de las necesidades de un grupo humano se lleva a cabo por el método de empresa sin importar de qué necesidad se trata". Y continúa diciendo: "Más específicamente, una firma capitalista racional es aquella con cuenta de capital, esto es, una firma que determina su beneficio a través del cálculo, según los métodos de la moderna contabilidad y la creación de un balance". WEBER, M.: "General Economic History", Greemberg Publishers, Inc., 1.927, pág. 275.

(30) WEBER, M.: "Economy and Society", op. cit., pág. 92.

del beneficio conllevó en occidente la incorporación sistemática de los principios de la organización racional a la actividad económica, y permitió a las empresas alcanzar un alto grado de racionalidad formal y técnica". (31)

La pregunta que Weber ahora se hace es: ¿Porqué este capitalismo moderno surgió en el Occidente europeo? ¿Cuál es la "causa adecuada" que permite "comprender explicativamente" este relevante fenómeno que impregna nuestras vidas?

(31) Ibidem, pág. 165.

3.3.- EL SURGIMIENTO DEL CAPITALISMO

La aparición del capitalismo requería, según Weber varias "condiciones materiales" que él sintetiza al indicar "las características y prerequisites de la empresa capitalista", y que son las siguientes: "la apropiación de los medios físicos de producción por el empresario, la libertad de mercado, la tecnología racional, la ley racional, el trabajo libre, y finalmente, la comercialización de la vida económica". (32)

Estas condiciones, (33) sin embargo, no "explican el surgimiento del capitalismo, puesto que éste no es un mero sistema económico, sino una economía y un sistema de valores con sus motivaciones y formas de organización específicas, en definitiva, una forma de civilización que debe ser comprendida en su totalidad y como cultura.

El surgimiento del capitalismo desde la perspectiva de Weber requería, además de las condiciones materiales, la adopción de un conjunto específico de valores y actitudes, la adopción del "espíritu del capitalismo". Como él mismo indica:

(32) WEBER, M.: "General Economic History", op. cit., pág. 291.

(33) Estas condiciones son las que permiten la máxima racionalidad formal del sistema. En "Economía y Sociedad" las expone con gran detalle: la lucha entre los grupos económicos autónomos en el mercado (lucha del hombre contra el hombre); la economía monetaria; la libertad del mercado sin restricciones; la existencia formal del trabajo libre; la expropiación de los trabajadores de los medios de producción; y finalmente, pero no menos importante, la propiedad privada individual. Ver "Economy and Society", op. cit., cap. II.

"Si este desarrollo tuvo lugar sólo en el occidente, la razón tiene que encontrarse en las características especiales de su evolución cultural general que son peculiares a él". (34) Y más adelante específica que:

"En última instancia el factor que produjo el capitalismo es la empresa racional, la contabilidad racional, la tecnología racional y las leyes racionales, pero de nuevo no sólo éstas. Factores necesariamente complementarios fueron, el espíritu racional, la racionalización de la conducta de la vida en general, y una ética económica racionalista". (35)

La adopción de este espíritu racional del capitalismo implica: la adopción de la idea de una "llamada" o "vocación" (36) al compromiso en la adquisición económica como un fin en sí mismo más que como un medio de satisfacción hedonista; la justificación de virtudes tales como la laboriosidad, frugalidad etc., por referencia a su utilidad en promover la adquisición económica; y la insistencia en el uso sistemático del tiempo propio en la consecución

(34) WEBER, M.: "General Economic History", op. cit., pág. 313.

(35) Ibidem, pág. 354.

(36) La idea de la "llamada" o "vocación" es esencial en su obra "La ética protestante y el espíritu del capitalismo" en la que el interés fundamental de Weber radica, como él mismo indica, en descubrir "de qué espíritu es hijo aquella forma concreta del pensamiento y la vida 'racional' que dió origen a la idea de 'profesión' (vocación) y a la dedicación abnegada al trabajo". WEBER, M.: "La ética protestante ..." Ed. Península, Barcelona, 1.969, pág. 80.

ción de este fin.

Estos valores y actitudes que caracterizan al capitalismo contrastan con los propios de lo que denomina como "tradicionalismo". Weber ilustra esta contrastación entre ambos tipos ideales mediante la comparación de la diferente forma de respuesta ofrecida por los trabajadores orientados de una u otra manera ante un aumento en el pago por pieza producida. Así, mientras que los trabajadores orientados tradicionalmente tienden a disminuir la cantidad de trabajo, puesto que con menos tiempo ganan lo mismo, los no orientados tradicionalmente responden aumentando la producción, con lo que obtienen una mayor ganancia. (37)

La explicación de ese espíritu del capitalismo, precondición necesaria para el surgimiento del capitalismo, requiere, para Weber, una explicación independiente. Una indicación de la naturaleza de tal explicación la encuentra en las estadísticas escolares y ocupacionales del siglo XIX. En ellas aparecía una tendencia significativa por parte de los Protestantes, frente a los Católicos, a ocuparse en la "dirección de negocios", a poseer capital, y a dedicarse al estudio de carreras científico-técnicas en la educación superior. (38) Tendencia que por otra parte, como sigue indicando el propio autor, se remonta a los primeros tiempos de la existencia del capitalismo.

Este primer paso en la búsqueda de una "explicación adecuada" de la génesis del "espíritu del capitalismo" im-

(37) Ibidem, págs. 58-9.

(38) Ibidem, págs. 29-31.

plica, -siguiendo su metodología-, dos cosas: Por una parte, la demostración de la existencia de una congruencia de significado entre ese "espíritu del capitalismo" y la doctrina "ética del Protestantismo" (especialmente la Calvinista), y por otra, demostrar la ausencia de congruencia de significado entre ese espíritu y la ética del Catolicismo.

Respecto a lo segundo, Weber señala que el catolicismo sitúa a la vida monástica en el lugar más alto en la jerarquía de actividades. Como escribirá más tarde, para el Catolicismo "el realmente cristiano es el monje; pero su modo de vida no se les pide a todos, aunque algunas virtudes en una forma cualificada se mantienen como ideales".

(39)

Según él, la concepción orgánica y tradicionalista de la sociedad llevó a los católicos a un ideal de relaciones sociales no individualista. En la misma obra escribe a este respecto: "La típica antipatía de la ética católica, y consiguientemente de la luterana, hacia cualquier tendencia capitalista, descansa esencialmente en la repugnancia a la impersonalidad de las relaciones de la economía capitalista". (40)

Los Luteranos, por su parte, aún rechazando el status privilegiado de la vida monástica, mantuvieron una visión de la sociedad también "tradicional" e insistieron en que la salvación se alcanzaba por la fe, no por las obras. (41)

En contraste con el Catolicismo y Luteranismo, la éti-

(39) WEBER, M.: "General Economic History", op. cit., pág. 364.

(40) Ibidem, pág. 357.

(41) WEBER, M.: "La ética protestante...", op. cit., pág. 99.

ca del Calvinismo dictó una forma de vida cuya naturaleza era muy similar a la demandada por los valores y actitudes del espíritu del capitalismo. Pese a no requerir que la actividad mundana fuese económica, marcó una orientación fuertemente "individualista" y "metódica" de la actividad.

De acuerdo con este "espíritu del Protestantismo", se rechaza el tradicionalismo y se considera que el trabajo debe ser racionalmente ordenado, y que el capital no debe ser gastado en consumo innecesario sino que debe ser acumulado. En palabras de Weber: "El ascetismo laico del protestantismo.... actuaba con la máxima pujanza contra el goce despreocupado de la riqueza y estrangulaba el consumo, singularmente el de artículos de lujo; pero en cambio, en sus efectos psicológicos, destruía todos los frenos que la ética tradicional ponía a la aspiración a la riqueza, rompía las cadenas del afán de lucro desde el momento que no sólo lo legalizaba, sino que lo consideraba como precepto divino (en el sentido expuesto). (42)

Existe por tanto, según Weber, una congruencia de significado entre la "ética protestante" y el "espíritu del capitalismo" que permite concluir que la adopción de la ética protestante en Occidente condujo a la aplicación en la actividad económica del espíritu del capitalismo. Encuentra así la "causa adecuada" del origen del capitalismo.

Es importante señalar que Weber, en el proceso descri

(42) Ibidem, pág. 242.

to, está interesado también en explicar cómo la ética protestante fué generada de la doctrina teológica del Calvinismo, ya que, contrariamente a la relación entre la ética protestante y el espíritu del Capitalismo, no había congruencia obvia entre ambas.

Tres elementos de la teología Calvinista son para Weber particularmente importantes. En primer lugar, la creencia en la "predestinación". En segundo lugar, la creencia en que Dios creó el mundo y puso en él al hombre con la misión de construir su Reino sobre la tierra. Finalmente, la creencia en que la naturaleza y la carne significan pecado y muerte, a menos que los hombres escapen de ello por la gracia divina. (43)

Según Weber, el primer elemento provocó una "angustia psicológica" tal, (44) que condujo a una ética con insistencia en los otros dos elementos, y, en definitiva, inconsistente en su práctica con la propia doctrina al tratar de buscar un signo visible de su destino eterno.

Finalmente hay que señalar que en otros escritos sobre las regiones no cristianas, Weber encuentra un mayor apoyo para su tesis de la congruencia de significado entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, y de la necesidad de este último para el desarrollo inicial del capitalismo. (45)

(43) Ibidem, Segunda parte, cap. I.

(44) Ibidem, pág. 123.

(45) Esta tesis de Weber, -no siempre entendida en sus propios términos-, ha suscitado siempre una renovada polémica entre defensores y detractores. Una síntesis de estas posturas encontradas puede verse en: EINSENSTADT, S.N.:

3.4.- DESARROLLO Y CRITICA DEL CAPITALISMO

Para Weber, como hemos visto, el capitalismo no constituye únicamente un sistema económico, aunque ello sea un elemento esencial, sino un espíritu que invade todas las esferas de la vida social en las que el elemento de "calculabilidad", la racionalidad formal, dirige y orienta las acciones humanas. (46)

3.4.1.- La superioridad racional del capitalismo

En el capitalismo, la orientación fundamental de la acción económica hacia la obtención del beneficio se concreta en un sistema económico definido como un tipo ideal de "economía de mercado". Así escribe: "Se dirá que la satisfacción de las necesidades tiene lugar a través de una 'economía de mercado', en tanto en cuanto que ello resulta de la acción orientada a las ventajas del intercambio sobre la base del interés propio y donde la cooperación tiene lugar sólo mediante el proceso de intercambio". (47)

"Ensayos sobre el cambio social y la modernización" -Ed. Tecnos(Colección de CC.SS.),Madrid, 1.970, págs. 257-274.

(46) Para evitar falsas interpretaciones hay que insistir en que sus tipos ideales de acción no constituyen categorías excluyentes, sino formas de orientación de la acción que pueden coexistir simultáneamente.

(47) WEBER, M.: "Economy and Society", op. cit., pág. 109.

En esta definición típico-ideal se enfatiza el papel del mercado como fuente de la racionalidad formal específica del capitalismo y del propio dinamismo del sistema. La mayor capacidad de esta "economía de mercado" para alcanzar un máximo de racionalidad formal, -especialmente respecto al cálculo racional-, se pone de manifiesto al contraponerla con el otro tipo ideal, el de la "economía planificada" correspondiente al socialismo.

Esta última es caracterizada indicando que la satisfacción de las necesidades tiene lugar "en una 'economía planificada' en tanto en cuanto la acción económica está orientada sistemáticamente a un orden sustantivo establecido, bien sea por acuerdo o impuesto, que es válido dentro de una organización". (48)

Según Weber, este tipo de economía planificada, por una parte, conduciría a una "inevitable reducción de la racionalidad formal"(49) sin que, por otra parte, lograra su perar la tendencia universal del individuo a la búsqueda del beneficio. A este respecto escribe:

"Lo que es decisivo es que en el socialismo, también, el individuo, bajo esas circunstancias, preguntará primero si para él personalmente, las raciones dadas y el trabajo asignado, comparado con otras posibilidades, parecen estar de acuerdo con sus propios intereses. Este es el criterio por el que él orientaría su comportamiento, y las luchas violentas por el poder serían el resultado normal".

(50)

(48) Ibidem, pág. 109.

(49) WEBER, M.: "General Economic History", op. cit., pág. 356.

(50) WEBER, M.: "Economy and Society", op. cit., pág.203.

Es, por tanto, la libre competencia del mercado lo que garantiza el máximo de racionalidad instrumental y de dinamismo en el sistema capitalista y de ahí se deriva su superioridad sobre cualquier otro sistema económico. (51)

Paradójicamente, sin embargo, esta racionalidad instrumental, convertida en un fin en sí mismo y sin referencia a valores últimos, conduce al Estado capitalista, y a toda la sociedad, a un proceso de burocratización que destruye la actividad creativa individual, el carisma. La racionalidad formal se convierte así en sustantiva irracionalidad.

3.4.2.- El desarrollo burocrático: lá crítica al capitalismo

Es en referencia al desarrollo del Estado capitalista, donde la contradicción entre la racionalidad formal y sustantiva de la acción social es quizás más patente. La salvaguarda de la igualdad de derechos ante la ley, la representación, en definitiva, la democratización de la sociedad, no puede alcanzarse sin la formulación de nuevas regulaciones burocráticas, y sin el aumento de la administración y el aparato burocrático, en definitiva, sin la progresiva burocratización del Estado. De esta manera, como comenta Giddens:

"El crecimiento de los procedimientos abstractos lega-

(51) La razón estriba en las condiciones apuntadas en la cita (33).

les que sirven para eliminar los privilegios, reintroducen ellos mismos una nueva forma de monopolio firmemente establecido, que es en algunos aspectos más arbitrario y autónomo que los existentes previamente". (52)

En el desarrollo capitalista europeo, este proceso de burocratización no se ha limitado, según Weber, a la organización del Estado, sino que ha trascendido también a la esfera económica y en definitiva a toda la sociedad. Aquí radica fundamentalmente su crítica humanista al capitalismo de su tiempo. Esta crítica no se dirige a los fundamentos del sistema capitalista que él consideró los más apropiados porque garantizaban, al máximo, el dinamismo y la movilidad social permitiendo el desarrollo creativo individual, sino al creciente dominio de la legalidad formal, fundamentada en la letra y no en su espíritu, que destruye la orientación individual creativa. Como indica W. Mommsen:

"La característica más significativa que todos los sistemas sociales orientados por la racionalidad instrumental es que operan exclusivamente según el principio de la pura legalidad formal, más que de acuerdo a tales principios legales, en cuanto son derivados de, y dependen de, un conjunto particular de valores últimos". (53)

La dominación legal, primer tipo de la trilogía Weberiana de tipos ideales de dominación legítima, avanza, pues,

(52) GIDDENS, A.: "Capitalism and modern social theory", op. cit., pág. 180.

(53) MOMMSEN, W.: "The age of bureaucracy", op. cit., pág. 81.

progresivamente con el desarrollo del capitalismo de tal manera que apenas deja lugar para las otras formas de dominación valorativamente orientada. (54)

La creciente burocratización y el consiguiente énfasis en la legalidad formal conducen a la osificación y rigidez de las estructuras sociales que son dominadas por formas de interacción "despersonalizadas", instrumentalmente orientadas. Contrastando la regulación racional con las interacciones sustantivas y personales, Weber escribe:

"Ya que cada relación puramente personal entre hombres, de cualquier clase que sea e incluyendo incluso la completa esclavitud, puede ser sometida a requerimientos éticos y éticamente regulada. Esto es verdad porque las estructuras de estas relaciones dependen de las voluntades individuales de los participantes, dejando espacio en tales relaciones para las manifestaciones de la virtud de la caridad. Pero esta no es la situación en el campo de las relaciones económicamente racionalizadas, donde el control personal es ejercido en proporción inversa al grado de diferenciación de la estructura económica". (55)

(54) WEBER con los 3 tipos de dominación legítima no pretende construir un esquema lineal histórico en el que las formas carismáticas de gobierno se sitúan al comienzo, y las burocráticas al final. Ni pretende crear una teoría circular de la historia. Como Mommsen claramente expresa refiriéndose a "Economía y Sociedad": "En la versión última, sin embargo, Weber eliminó todas las alusiones a sucesos históricos particulares, o los colocó como mero comentario, al factor de tiempo histórico fué deliberadamente eliminado". MOMMSEN, W., Ibidem, pág. 74.

(55) WEBER, M.: "Economy and Society", op. cit., pág. 585.

Es decir, parece inherente al mismo proceso de desarrollo del sistema orientado por la racionalidad instrumental, como es el capitalista, la progresiva especificación de tareas y la consiguiente despersonalización de la acción (ya que la tarea es definida "para" el actor y no "por" el actor). De esta forma el capitalismo, tras una fase de estabilidad y progresivo desarrollo, parece engendrar las fuerzas que le conducen, en una fase posterior, a su propia destrucción.

La crítica Weberiana al capitalismo es así, la crítica de un liberal, profundamente convencido de las ventajas del capitalismo sobre cualquier otro sistema realmente posible, que ve, al mismo tiempo, cómo su desarrollo histórico amenaza con destruir sus propios fundamentos, es decir, la autonomía de la acción.

De hecho, -a decir de W. Mommsen-, el tema central de la obra "Economía y Sociedad" lo constituye la "lucha sin fin del carisma como una fuerza social particularmente poderosa, que Weber identificó más o menos con la actividad creativa individual, por una parte, y las fuerzas rutinizantes de la burocratización y racionalización por otra", (56) las cuales tienden a crear "la nueva jaula de hierro de la servidumbre".

(56) MOMMSEN, W.: "The age of bureaucracy", op. cit., pág. 20.

3.5.- EL SUBDESARROLLO

Sería exceder los límites de la obra de Weber, el pretender ver en ella una explícita caracterización del subdesarrollo, al menos en los términos en que hoy se plantea la problemática. Hay, sin embargo, en ella, -sobre todo en su conceptualización del desarrollo capitalista-, elementos que, por contraposición, esbozan una explicación de la situación de atraso y subdesarrollo actual de muchos países. De hecho, como veremos en próximos capítulos, la teoría estructural-funcional Parsoniana, así como las teorías de la modernización en ella sustentadas, han incorporado, -aunque reinterpretándolos en un modelo diferente-, algunos de los elementos del análisis Weberiano.

No es sólo en el hecho de que la congruencia de significado entre el espíritu del capitalismo y la ética protestante tuviera lugar en el Occidente Europeo, y no en otras partes del mundo, -en las que los intereses ideales y la orientación de la acción económica adquirieron formas más afectivas o tradicionales impidiendo, primero, que la universal tendencia a la búsqueda del beneficio se concretara en un moderno sistema capitalista, y resistiendo, después, a la extensión mundial del sistema originado en Europa-, donde podemos encontrar elementos explicativos del subdesarrollo actual.

Hay también en la obra de Weber una constante, -aunque no sistemáticamente desarrollada-, alusión a la necesidad del imperialismo como un elemento fundamental en la dinámica del capitalismo. La "lucha del hombre contra el

hombre", como competencia sin límites en el mercado, (57) se convierte en lucha entre las naciones-estado cuando la competencia se traslada a la escena de las relaciones internacionales.

Tal competencia va naturalmente asociada al mismo proceso dinámico del desarrollo capitalista. De hecho, la propia existencia de estados-nación separados y su alianza interna con el capital, posibilita el desarrollo económico continuado. A este respecto, Weber escribe:

"Los distintos Estados tuvieron que competir por capital móvil, lo que les dictó las condiciones bajo las que les ayudaría a obtener poder. Fuera de esta alianza del Estado con el capital, dictada por la necesidad, surgió la clase ciudadana nacional, la burguesía en el moderno sentido de la palabra. Por tanto, es el Estado nacional cerrado el que aportó al capitalismo su posibilidad de desarrollo y en la medida en que el Estado nacional no da lugar a un imperio mundial, el capitalismo también continuará".

(58)

Parece, pues, inherente a la dinámica del capitalismo nacional la tendencia a buscar, por cualesquiera medios y sin excluir la fuerza militar, el monopolio de los mercados coloniales que permitan obtener beneficios superiores a los del comercio e intercambio pacífico entre países. (59) Esta tendencia al expansionismo y a la anexión de nuevos territorios por parte del capitalismo pue-

(57) WEBER, M.: "Economy and Society", op. cit., pág. 93.

(58) WEBER, M.: "General Economic History", op. cit., pág. 337.

(59) WEBER, M.: "Economy and Society", op. cit., págs. 918-9.

de conducir a la constitución de un imperio mundial, con la consiguiente destrucción de la competencia y, por tanto, de la dinámica del capitalismo.

De cualquier forma, escribe Weber, "no es paz y felicidad lo que tendremos que entregar a nuestros descendientes, sino más bien el principio de la lucha eterna por la supervivencia y un más alto descendiente de nuestra especie nacional". Este aviso al pueblo alemán sobre el futuro de la humanidad se basa en que: "La competencia económica es sólo otra clase de lucha de unas naciones contra otras, y la lucha por la preservación de nuestra propia cultura nacional no resulta, realmente, bajo estas condiciones, más fácil sino más difícil porque los intereses materiales que están siendo invocados dentro de la misma nación, tienden a actuar contra su futuro". (60)

Si bien este panorama sombrío con respecto al futuro del capitalismo no es uniforme en la obra de Weber, (61) la lógica del imperialismo parece derivarse en ella de la propia dinámica del sistema. Por otra parte, su profunda convicción personal de que los intereses del Estado nacional debían anteponerse a cualesquiera otros intereses, le llevó a abogar, desde una posición pública, por una política colonial expansionista para su país.

(60) WEBER, M.: *Gesammelte politische Schriften*", citado por W. Mommsen, op. cit., pág. 30.

(61) Una relación de las distintas posturas mantenidas por Weber con relación al problema del imperialismo puede verse en MOMMSEN, W., op. cit., págs. 40-43.

Tampoco creyó Weber, por otra parte, que la destrucción del capitalismo pudiera conducir a la desaparición del imperialismo. En su caracterización del socialismo expresa su convicción de que tal sistema desarrollaría la misma tendencia expansionista en un grado incluso mayor debido a la fuerte expansión del sector público. (62)

Finalmente, es necesario notar que su conceptualización del imperialismo no descansa sólo sobre los intereses económicos nacionales, correspondientes a determinados grupos capitalistas que utilizan el Estado para sus propias políticas, sino también en intereses de expansión cultural y política.

Lamentablemente, sin embargo, Weber no desarrolló de una manera sistemática sus ideas acerca del imperialismo, y sólo mostró los efectos económicos y políticos para los Estados imperialistas, sin analizar las consecuencias de esta política para los países coloniales. En este sentido podemos decir que la problemática del subdesarrollo histórico está ausente en su obra.

(62) WEBER, M.: "Economy and Society", op. cit., pág. 919.

3.6.- CRITICA Y CONCLUSIONES

En la exposición del modelo típico-ideal de la civilización occidental elaborado por Weber, hemos adoptado una perspectiva "unitaria" de su obra, en un doble aspecto. En primer lugar, hemos considerado que una justa interpretación de sus respuestas a los problemas sustantivos planteados en ella exige la consideración simultánea, -puesto que ambas son inseparables y apuntan a un mismo objetivo-, de su planteamiento y respuesta metodológica. En segundo lugar, hemos interpretado la totalidad de su obra, -aún a sabiendas de que es posible trazar en ella una evolución desde una posición más histórica hasta otra más sociológica-, como una sociología histórica.

El hecho, por una parte, de que Weber permaneciese fiel durante toda su vida a la posición metodológica elaborada durante el período de 1.903 a 1.907, con una continua referencia a estos escritos en su obra posterior, constituye un primer indicio de la validez de la posición que hemos adoptado. El hecho, por otra parte, de que la atención de Weber estuviera siempre centrada en la dimensión histórica de todos los fenómenos sociales puesto que, para él, sólo de ese modo podía descubrirse su significación cultural, corrobora la afirmación de que su obra constituye ante todo una sociología histórica. En este sentido, como señala Mommsen:

"Max Weber nunca, ni incluso en sus primeros ensayos teóricos, sugirió que las ciencias sociales deberían limitarse a lo que hoy serían llamados estudios histórico-culturales. Al contrario, dejó claro desde el comienzo que a lo

largo de tales estudios, que ligaban los fenómenos sociales a las causas históricas individuales, -esto es, utilizando métodos históricos-, las ciencias sociales tenían que formular, mediante el análisis comparativo de diversas sociedades o diversos fenómenos sociales, conjuntos de conceptos y tipos ideales los cuales, podía así considerarse, que habían alcanzado, genuinamente, una aplicabilidad más o menos general". (63)

Ahora bien, aun reconociendo que los intereses intelectuales de Weber fueron constantes, hay que admitir que a partir de 1.913 hay un cambio de estrategia en su obra. En este sentido es preciso reconocer que en torno a 1.905 su posición es todavía ambigua, dejando la puerta abierta tanto para una sociología histórica cuyo propósito es analizar los fenómenos sociales particulares a la luz de su significación cultural, como para una sociología sistemática que, basada en el análisis comparativo de las civilizaciones a lo largo de la historia, pretende ofrecer cuadros parciales de la cultura en el margo general de los tipos ideales con el fin de alcanzar una percepción comprensiva de ella, en base a una evaluación de toda la información disponible acerca de las diversas sociedades históricas.

Es evidente que en "La ética protestante" Weber se inclinó claramente por la primera postura, mientras que en su obra posterior, a partir de 1.913, tendió a analizar los fenómenos sociales que él consideró más relevantes, a la luz de una perspectiva histórica universal y de un modo mucho

(63) MOMMSEN, W., op. cit., págs. 11-12.

más sistemático. (64)

En cualquier caso, es también claro que en la concepción metodológica de Weber, no hay una separación radical entre la sociología y la historia. Y ello no sólo porque, como él mismo subraya, el "material empírico subyacente es el mismo" para ambas, sino, sobre todo, porque "la contribución que la sociología puede hacer para la explicación causal de algunos fenómenos históricamente y culturalmente importantes", mediante la formulación de conceptos y generalizaciones, es fundamental. (65)

En esta perspectiva cobra sentido su conocida distinción entre sociología e historia: "... la sociología busca formular conceptos tipo, y uniformidades generalizadas, del proceso empírico. Esto le distingue de la historia, que está orientada al análisis causal y a la explicación de las acciones individuales, estructuras y personalidades que poseen significación cultural".(66)

Tal distinción, como ya señalamos al inicio de nuestra exposición anterior, no significa relegar del campo sociológico la explicación causal de los fenómenos culturalmente significativos. Como el propio autor indica, páginas antes de establecer la citada distinción: "La Sociología (en el sentido en que es utilizada aquí esta palabra enormemente ambigua) es una ciencia tocante a la comprensión interpreta-

(64) A decir de Mommsen, a partir de esa fecha: "el tipo ideal dejó de ser, exclusivamente, un instrumento metodológico de la investigación sociológica; se convirtió en una meta de la investigación en sí misma". Ibidem, pág. 14.

(65) WEBER, M.: "Economy and Society", op. cit., págs.19-20.

(66) Ibidem, pág. 19.

tiva de la acción y, con ello, a la explicación causal de su curso y consecuencias".(67)

Asímismo, conviene señalar que el contenido dado por Weber a la idea de la "significatividad cultural," -íntimamente unido al de la "exclusividad"-, aunque evidentemente conecta con la filosofía neokantiana, particularmente con la teoría de las ciencias de la cultura de Rickert (68), se separa parcialmente de ella al no compartir su creencia en la existencia de "valores culturales" objetivos.

En efecto, la "exclusividad" de los objetos históricos no viene dada por los objetos históricos en sí, sino por la "relación de valor" que tales objetos guardan con el observador, cuyos valores descansan fundamentalmente en su decisión espontánea. Con ello, como ha señalado Mommsen, entronca Weber con la filosofía de Nietzsche. A este respecto el mencionado autor escribe: "Como seguidor de Nietzsche, (Weber), estaba firmemente convencido de que no había otra base para los valores que la decisión espontánea de la personalidad. A este respecto su posición filosófica bien puede ser descrita como un decisionismo individualista". (69)

Finalmente, antes de pasar a indicar lo que consideramos aciertos y desaciertos de la perspectiva de Weber, merece la pena detenerse brevemente en la consideración de su

(67) Ibidem, pág. 4.

(68) Para una exposición de los diferentes problemas y respuestas en torno al estudio de las ciencias humanas, desde una perspectiva filosófica y sociológica, volvemos a recomendar la obra de Julien FREUD ya citada.

(69) MOMMSEN, W., op. cit., pág. 7.

polémico encuentro con el marxismo. Ello no sólo porque es indudable que su obra estuvo marcada por tal encuentro, sino porque al acentuar, determinadas interpretaciones, las indudables diferencias existentes entre ambos han contribuido a una progresiva separación, más allá, creemos, de la propia intención de Weber.

a) Weber y el marxismo

No se puede negar que la obra de Weber se halla, en gran medida, marcada por el intento de ofrecer una respuesta al marxismo. Basta recorrer las páginas de sus principales obras para percatarse de ello. La consideración de la obra de Weber como una réplica a la de Marx requiere, sin embargo, algunas matizaciones.

Sin duda, -como ha demostrado K. Löwith-, existe una coincidencia temática fundamental entre las obras de ambos pensadores, particularmente en su interés y preocupación por el posible futuro del hombre bajo las condiciones impuestas por el desarrollo del capitalismo industrial. (70)

Esta coincidencia temática y la desigualdad de sus respuestas han llevado con frecuencia a algunos de sus intérpretes a oponer ambas conceptualizaciones, etiquetadas, muchas veces, como "materialista" e "idealista", respectivamente. Así por ejemplo, N. Birnbaum escribe:

(70) LOWITH, Karl: "Max Weber und Karl Marx", traducido parcialmente en WRONG, Dennis: "Makers of Modern Social Science, Max Weber, N.Y.: Englewood Cliffs, 1.970.

"El interés de Weber en los efectos independientes de la ideología sobre el desarrollo social ... se originó en su polémico encuentro con el Marxismo. Esto le llevó a desarrollar, al menos, una implícita teoría general para oponerla a la de su gran predecesor del siglo XIX. La ocasión inmediata para este desarrollo fue, sin embargo, el interés de Weber en los hechos del caso empírico de Marx: el surgimiento del capitalismo. Al analizar estos hechos, se puede decir que Weber, claramente, ha construido sobre el trabajo de Marx". (71)

Por nuestra parte, no vamos a negar el carácter "idealista" de la obra de Weber, pero sí deseamos colocarlo en el nivel en el que el propio autor lo sitúa. En este sentido conviene recordar que Weber polémicamente insiste, contra los marxistas, en que no intenta reemplazar la interpretación materialista por su opuesta. Aun en "La ética protestante", -obra, por otra parte, en la que su corrección al marxismo se centra más ampliamente en poner de manifiesto el influjo de los factores ideales-, el autor insiste en ello al concluir su estudio con las siguientes palabras:

"... nuestra intención no es tampoco substituir una concepción unilateralmente 'materialista' de la cultura y de la historia por una concepción contraria de unilateral causalismo espiritualista. Materialismo y espiritualismo son interpretaciones igualmente posibles, pero como trabajo preliminar; si, por el contrario, pretenden constituir el término de la investigación, ambas son igualmente inadecuadas para

(71) BIRNBAUM, Norman: "Conflicting interpretations of the rise of Capitalism: Marx and Weber", The British Journal of Sociology, Vol, 4, Junio 1.953, pág. 140.

servir la verdad histórica".(72)

La oposición frontal de Weber a Marx es una oposición basada fundamentalmente en la interpretación "mecanicista", "economista", de la obra de este autor. Así escribe: "En la actualidad, la llamada 'concepción materialista de la historia' según el antiguo sentido genial-primitivista del Manifiesto Comunista acaso subsista en la mente de algún profano o de algún diletante. Entre esta clase de personas, sin embargo, todavía se halla muy difundido el singular fenómeno de que la necesidad causal en la explicación de un fenómeno histórico no queda satisfecha, mientras no se demuestre (aunque sea en apariencia) la intervención de causas económicas".(73)

Opuesto como estaba, desde sus principios metodológicos, a la posibilidad de establecer "leyes" del desarrollo histórico, Weber no podía menos que oponerse a quienes pretendían haberlas descubierto asignando un papel determinante a los factores económicos.

Frente a ese marxismo, trató de demostrar la importancia decisiva de las ideas, -convertidas en fuerzas efectivas en la historia-, en el desarrollo social. En ningún momento trató de negar la importancia de las condiciones materiales, lo que se pone de manifiesto no sólo en sus análisis sobre la "ciudad", etc.-, sino en la afirmación de que: "Es el hecho económico más elemental que el modo en que se distribuye la posesión sobre la propiedad material entre una

(72) WEBER, M.: "La ética protestante...", op. cit., págs. 261-2.

(73) WEBER, M.: "Sobre la teoría de las CCSS", op. cit., pág. 31.

pluralidad de gente, reunida competitivamente en el mercado con el propósito del intercambio, crea, por sí mismo, posibilidades de vida específicas". (74)

Este reconocimiento del condicionamiento material por parte de Weber, y en general su intento de integrar todo lo que consideró válido en la obra de Marx, no impidieron, dados sus presupuestos metodológicos, el que acentuara el papel de las ideas en el desarrollo histórico. (75) Indiquemos, pues, dónde radica uno de los problemas fundamentales de la obra de Weber, su carácter idealista.

b) El idealismo metodológico

La respuesta Weberiana a la interpretación "economista" del surgimiento y desarrollo del capitalismo no consistió meramente en conceder, -como indica N. Birnbaum-, "a la variable ideológica un status independiente, explíci-

(74) WEBER, M.: "Economy and Society", op. cit., vol. 2, pág. 927.

(75) R. Collins, quien expresamente admite el marcado acento puesto por Weber en los factores ideacionales para explicar el surgimiento del capitalismo en la obra "La ética protestante", señala que aún en esta obra se halla apuntado ya un marco institucional explicativo más amplio que Weber irá progresivamente desarrollando en "Economía y Sociedad" y que, siempre según este autor, culminaría con la exposición de las condiciones motivacionales e institucionales para la transformación mundial del capitalismo, llevada a cabo en su última obra "Historia económica general". La sistematización de la teoría de Weber acerca del capitalismo en esta última obra, puede verse en COLLINS, Randall: "Weber's last theory of capitalism: A systematization", American Sociological Review, Vol, 45, Dic. 1.980, págs. 925-942.

to, en el análisis del cambio social", para poner, así, a prueba la tesis de Marx, y corregirla (76) sino en alterar radicalmente los términos de la discusión, mediante la introducción de una concepción metodológica científica diferente.

Su solución al dilema del influjo determinante de los factores económicos o ideológicos, consistió en reformular el objetivo científico de las ciencias sociales, pasando de ser el intento científico de conocer la "realidad" social, a la comprensión "interpretativa" de la acción social.

De hecho, al limitar, metodológicamente, la "realidad" social, -la interacción humana y de los hombres con la naturaleza-, a la esfera de los significados subjetivos de la acción, y mediante su instrumento de los tipos ideales, sitúa y resuelve el dilema a un nivel ideal que necesariamente prejuzga su solución.

En este sentido, puede decirse que la obra de Weber no constituye propiamente una enmienda o réplica a la de Marx. En realidad, el dilema indicado sólo es dilema planteado en términos disyuntivos de "idealismo" o "mecanicismos". La dificultad de integrar ambos modelos radica precisamente en sus puntos de partida, sus concepciones científicas diferentes.

Weber, siguiendo su concepción de la ciencia social, define el capitalismo fundamentalmente, como un "espíritu". Su respuesta, pues, al surgimiento de ese "espíritu del capitalismo", no podía menos que encontrarla en el papel fundamental de otro espíritu, el de la ética protestante.

En este sentido, el idealismo de Weber, -o el determinismo ideológico al que a veces se alude-, no es algo derivado de su investigación científica, sino un "supuesto" metodológico fundamental, derivado de su concepción científica, y que descansa en su profundo convencimiento de que los valores constituyen un mundo en sí, cuyo fundamento último radica en la propia conciencia individual.

Esta concepción metodológica no sólo condiciona su respuesta al origen del capitalismo, sino todo su análisis del desarrollo occidental. Su caracterización del desarrollo del capitalismo es, fundamentalmente, una caracterización realizada al nivel ideal de las relaciones sociales y sus significados. De ahí que muchos autores, particularmente los marxistas, hayan enfatizado este aspecto, indicando que en el análisis de Weber: "el hombre es reducido a un ser puramente cultural; la misma estructura económica es reducida a la mera significación cultural de la estructura económica". (77)

c) La racionalidad y el mercado

Weber conceptualiza al capitalismo como una estructura formalmente racional cuyos fines llegan a ser indiferentes a los objetivos específicos de los sujetos individuales. Para ello se basa en su distinción entre racionalidad instrumental o formal y racionalidad según valores-fines o sustantiva. Tal distinción le permite caracterizar al sistema capitalista como racional, manteniendo así el presupuesto bá-

(77) COLLETTI, L.: "From Rousseau to Lenin", op. cit., pág. 39.

sico de toda acción económica individual, su racionalidad.

No insistimos aquí en la ambigüedad que en ocasiones rodea al concepto de racionalidad en la obra de Weber, -como señala Schluchter-, (78) ni en la "problematicidad" de su propia distinción, (79) únicamente queremos apuntar el hecho de que tal distinción le permite centrar su análisis de la economía capitalista en términos de adaptación de medios escasos a fines dados, el cual encuentra su lugar natural en el análisis del mercado. (80)

El mercado, entendido como principio racionalizador de la organización económica y, en definitiva, de las acciones económicas individuales racionalmente orientadas, constituye así la base sobre la que descansa la dinámica del sistema capitalista. Su mecanismo dinamizador es la **competencia**, la lucha del hombre contra el hombre.

(78) SCHLUCHTER, W.: "The paradox of rationalization: On the relation of ethics and world" en ROTH, G. y SCHLUCHTER, W.: "Max Weber's Vision of History. Ethics and Methods", U. of California Press 1.979, cap. I, pág. 14.

(79) Ver por ejemplo, MARCUSE, H.: "Industrialization and Capitalism in the Work of Max Weber" en su obra: "Negations: Essays in Critical Theory", Boston: Beacon Press, 1.968.

(80) Tal análisis ha sido criticado, desde la perspectiva marxista, como idealista, por centrarse en las relaciones de distribución e intercambio, olvidando el análisis central de la organización de la producción de la que éstas, se dice, son el reflejo. Ver por ejemplo: JONES, Br.: "Economic Action and Rational Organisation in the Sociology of Weber" en HINDES, B. (ed.): "Sociological theories of economy", N.Y.: Holmes and Meier Publishers, Inc., 1.977, cap. 2.

Consecuentemente con su análisis de la acción económica en el mercado está su conceptualización de las clases sociales. Aquellos que poseen bienes de intercambio similares (en bienes y servicios) "tienen en común un componente causal específico de sus posibilidades de vida". (81) Es decir, compartir una "situación de clase" significa compartir una misma situación en el mercado, estar sujeto a similares exigencias económicas. Ello influencia causalmente tanto el nivel de vida material como la experiencia de vida personal. La "clase", -como indica Giddens-, "se refiere a las características objetivas de la situación del mercado de muchísimos individuos". (82)

Ahora bien, compartir una situación de clase no significa para Weber actuar conciente y organizadamente como tal clase. Tal organización de clase ocurre sólo bajo ciertas condiciones: si están implicados otros oponentes económicos, si la organización es técnicamente posible, y si una "intelligentsia" es capaz de articular metas claras. (83) Más aún, como dirá más tarde: "Si las clases como tal no son grupos, no obstante las situaciones de clase surgen sólo sobre la base de la acción social. Sin embargo, la acción social que origina las situaciones de clase no es fundamentalmente una acción entre miembros de una misma clase; es una acción entre miembros de diferentes clases". (84)

Es evidente que esta conceptualización del capitalismo en base a la racionalidad del mercado, y su consecuente

(81) WEBER, M.: "Economy and Society", op. cit., vol. 2, pág. 927.

(82) GIDDENS, A.: "Capitalism and modern social theory", op. cit., pág. 166. Subrayado del autor.

(83) WEBER, M.: "Economy and Society", op. cit., pág. 305.

(84) Ibidem, vol. 2, pág. 930.

caracterización de las clases sociales, difiere sustancialmente de la realizada por Marx. (85) Para éste, el carácter relacional conflictivo asignado al concepto de clase, se fundamenta en la organización de la producción. Ello no significa que Weber no tuviera en cuenta a ésta en su análisis. Centrado como estaba, sin embargo, en su distinción entre la racionalidad instrumental y la sustantiva, y convencido de que sobre esta última, -al depender de una opción individual-, era imposible emitir un juicio científico, inclinó peligrosamente su análisis hacia un lado, haciendo descansar la dinámica del capitalismo en el mecanismo de la competencia, y olvidando, -o dando por sentado-, la explotación del trabajador.

d) En conclusión

La obra de Weber, comparable en cierta medida a la de su predecesor Marx, no ha tenido, sin embargo, un impacto directo tan grande. Su punto de partida, el análisis de la acción social, así como el contenido de muchos de sus penetrantes análisis, -si no ya su método y su modelo general-, continúan, no obstante, presentes en muchas de las corrientes sociológicas actuales.

Su influjo en las denominadas teorías de la modernización quedará patente, no sólo a través de la reformulación

(85) Un análisis comparativo entre ambas concepciones puede verse en BENDIX, R.: "Inequality and social structure: A comparison of Marx and Weber", American Sociological Review, vol. 39, nº 2, Abril, 1.974, págs. 149-161.

Parsoniana de su teoría de la acción, sino en aquellos autores, como McClelland, que intenten aplicar más directamente su perspectiva. A este respecto conviene señalar que no nos hemos detenido aquí en una crítica de las limitaciones del análisis Weberiano de la acción social individual y su problematicidad para articularlas en tipos de acciones no arbitrarios, porque este es uno de los cometidos de la revisión Parsoniana, cuya obra expondremos a continuación.

(86)

Pese a los innegables problemas que su perspectiva metodológica acarrea, no cabe duda de que la obra de Weber ha significado una notabilísima contribución para el análisis del desarrollo de la sociedad capitalista, particularmente en lo que se refiere a los problemas de legitimación.

Su primer mérito, en el estudio del desarrollo, consiste en haber situado el análisis de los problemas de la sociedad moderna en el amplio marco en el que cobran sentido, el del análisis del desarrollo capitalista. Más aún, su perspectiva comparativa y su intento de crear cuadros parciales de la organización económica en distintas sociedades, aunque, a nuestro entender, sesgado en sus resultados como consecuencia de su concepción científica idealista, apuntaba en la dirección más adecuada.

Tampoco se puede olvidar, por otra parte, sus penetran-

(86) Parsons no sólo reformula su teoría de la acción sino que transforma la perspectiva "comparativa" de Weber sobre las religiones mundiales y la ética protestante, en una perspectiva "evolutiva" de las ideas religiosas, y las tendencias motivacionales que les acompañan, que va desde el Antiguo Judaísmo hasta la cultura secularizada de las sociedades avanzadas.

tes análisis de la dinámica implacable del sistema capitalista mediante el mecanismo de la competencia que tiende progresivamente a autodestruir su propia fuerza impulsiva. El, mejor que nadie, comprendió que la acción de clase no queda restringida a los límites de los Estados sino que los trasciende. (87)

En cierto modo, resulta, sin embargo, paradójico, -en términos de los valores personales que el trataba de separar del análisis científico-, su defensa, por una parte, de un capitalismo que sólo podía subsistir mediante el mantenimiento de la competencia, y su invocación, por otra parte, de una política imperialista para su país que destruiría esa competencia.

El drama interno de Weber queda reflejado en la propia ambivalencia de su juicio valorativo acerca del proceso de desarrollo de la sociedad occidental. La racionalidad instrumental de la acción económica conduce, por un lado, a un desarrollo máximo de potencialidades, medido en términos de eficacia, (88) pero al mismo tiempo ese desarrollo tiende, por otro lado, a destruir los fundamentos mismos, racionales, de la acción.

(87) Ver WEBER, M.: "Economy and Society", op. cit., vol. 2, pág. 939.

(88) Es evidente que hoy muchos discutirían, desde una perspectiva ecosistémica por ejemplo, los mismos criterios de racionalidad instrumental que permiten llegar a tal afirmación.

4.- EL MODELO DE PARSONS

La figura de Parsons se alza, ya desde la década de los 40, como el teórico más importante de la sociología americana. Su reinterpretación de los clásicos de la sociología europea constituyó durante tiempo el camino casi obligado hacia los viejos maestros, y su síntesis el puente que unía las tradiciones de ambos continentes.

Con él, el funcionalismo que de la mano de antropólogos como Malinowski, Boas y Radcliffe-Brown, (1) y como reacción a las tendencias evolucionistas anteriores, se había inclinado hacia el estudio de las sociedades como sistemas en sí mismos mostrando una particular preferencia por los modelos sincrónicos, experimentó una profunda renovación (2) y alcanzó un nuevo florecimiento. Tan central llegó a ser el status alcanzado por este neofuncionalismo en la teoría de la ciencia social que K. Davis, en su discurso presidencial a la American Sociological Association en 1.959, declararía que era erróneo pensar que se podía distinguir este análisis funcional de cualquier otro tipo

(1) No hay que olvidar que el propio Parsons fue discípulo de Malinowski en Inglaterra, y que tanto este autor como Radcliffe-Brown impartieron sus enseñanzas durante algún tiempo en universidades americanas. El primero de ellos en la de Berkeley en 1.926 y el segundo en la de Chicago en los años 30.

(2) Junto a la persona de T. Parsons habría que colocar, en un lugar destacado por su importante contribución a la renovación del funcionalismo, la figura de R. Merton. Su penetrante ensayo sobre "Las funciones manifiestas y latentes" de 1.949, ejerció una notable influencia. Este ensayo puede verse en MERTON, R.: "Social Theory and Social Structure", Glengoe: The Free Press of Glengoe 1.963.

de análisis sociológico o antropológico. (3)

El punto de partida de la construcción modélica Parsoniana lo constituye el postulado de que la acción humana ofrece siempre las propiedades de un sistema. Ello implica el cumplimiento necesario de tres condiciones: una estructural (ciertos requisitos organizacionales de las unidades del sistema y del sistema mismo), otra funcional (ciertos prerequisites necesarios para el mantenimiento del sistema) y finalmente, la dinámica interna del sistema (ciertos principios reguladores de los cambios sistémicos).

Estos tres problemas sistémicos son resueltos por Parsons mediante las variables-pauta, los prerequisites funcionales, y el mecanismo de la diferenciación-integración, respectivamente.

Con este modelo sistémico, el funcionalismo de la post-guerra pudo comenzar a estudiar el cambio social, el desarrollo social, a nivel de reajuste interno, como una respuesta al cambio originado de alguna manera desde fuera del sistema.

El desarrollo posterior de su modelo sistémico llevó a Parsons, atrapado ya por la vorágine evolucionista de finales de los años 50 y comienzos del 60, a desarrollar más algunas de las tendencias implícitas en su modelo sis-

(3) Ver DAVIS, Kingsley: "The Myth of Functional Analysis as a Special Method in Sociology and Anthropology", en DEMERATH III, N.J. y PETERSON, R.A. (eds.): "System, Change, and Conflict", N.Y.: The Free Press, 1.967.

témico. Con ello pretendió suplir las deficiencias teóricas respecto a la explicación del cambio original.

En esta última etapa su modelo quedó convertido en un modelo de etapas universales por el que todas las sociedades debían pasar hasta alcanzar el status de las sociedades modernas. El sistema constitutivo de estas últimas venía a ser concebido como el más racional alcanzado en el desarrollo histórico. Su capacidad adaptativa, enraizada en su multidimensionalidad, jamás había sido sobrepasada. Su pluralismo estructural permitía su transformación progresiva, la cual, a cambio, fortalecía en último término la libertad individual. (4)

Prescindiendo en gran parte de la innegable evolución de su obra, que por otra parte la consideramos lógica y coherente con sus postulados iniciales, pasamos a exponer las líneas fundamentales del modelo teórico de este autor "clásico" entre los modernos.

(4) Nótese el contraste con la apreciación de Marcuse para quien la sociedad industrial avanzada es la sociedad más irracional. Su capacidad para manipular al hombre en virtud de su unidimensionalidad permite la supresión permanente del cambio progresivo. De ahí que las escasas libertades que todavía quedan de la época del capitalismo liberal, estén cada vez más amenazadas. Ver MARCUSE, H.: "El hombre unidimensional", México: Joaquín Mortiz 1.968.

4.1.- EL MODELO SISTEMICO

La pretensión primordial de Parsons y a la que dedica sus mayores esfuerzos es la de elaborar un "sistema teórico" que permita una aproximación analítica al estudio de la realidad de la vida social (el "sistema empírico").

Partiendo de una posición epistemológica que él denomina como "realismo analítico", (5) su sistema teórico no pretende ser un fiel reflejo de la realidad sino una reconstrucción mental de ella, "un esquema conceptual lógicamente articulado" útil para la investigación empírica. (6) En sus propias palabras, ese sistema teórico: "se limita a la formulación y a las interrelaciones lógicas de las proposiciones que contienen datos en relación directa con la observación de los hechos y, consiguientemente, con la verificación empírica de las proposiciones".(7)

Reinterpretando las aportaciones teóricas de varios predecesores (particularmente Weber, Pareto y Durkheim) Parsons construye una síntesis original que, a su decir, evita el caer en una concepción determinista del comportamiento colectivo que no deja espacio a la individualidad

(5) PARSONS, T.: "The Structure of Social Action", Glencoe, Ill.: The Free Press, 1.949, pág. 730.

(6) PARSONS, T.: "El Sistema Social", Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1.966, pág. 531.

(7) PARSONS, T.: "The Structure of S.A.", op. cit., pág. 24.

a la par que escapa también de una concepción extremadamente atomista desde la que resulta imposible explicar la existencia de un orden social. (8)

La clave de su solución a tales extremos reside en su interpretación normativa de la acción social. La determinación cultural de las actitudes y valores permiten limitar las alternativas entre medios y fines, y explicar en definitiva el problema del orden. Como indica en *El Sistema Social*:

"El problema del orden y por ello el de la naturaleza de la integración de los sistemas estables de la interacción social (o lo que es igual, de la estructura social), se centra en la integración de la motivación de los actores con los criterios normativos culturales que integran el sistema de acción". (9)

(8) Como intentos de des-Parsonizar a los clásicos, -tan frecuentes en la sociología americana de los años 70-, pueden verse por ejemplo: POPE, Witney: "Classic on classic: Parsons' Interpretation of Durkheim", American Sociological Review, vol. 38, nº 4, año 1.973, págs 399-415; y COHEN, Jere, HAZELRIGG, Lawrence y POPE, W.: "De-Parsonizing Weber", American Sociological Review, vol. 40, nº 2 (año 1.975), págs. 229-241.

(9) PARSONS, T.: "El Sistema Social", op. cit., pág. 55.

4.1.1.- La Acción como sistema

El punto de partida del análisis de Parsons lo constituye el estudio de la acción concebida como sistema. Un sistema de acción es un sistema de relaciones entre organismos en interdependencia y con los objetos no sociales en un medio o situación. (10) El actor y la situación constituyen así los dos componentes elementales de cualquier sistema de acción.

Ahora bien, puesto que toda acción humana se dirige a la consecución de una meta, la acción desde el punto de vista del actor implica: una orientación hacia el conocimiento de la situación, para satisfacer unos deseos, según unos criterios evaluativos. (11)

Para Parsons, estos tres elementos llegan a ser "sociales" mediante el proceso de interacción. La interacción ocurre siempre que un actor tiene en cuenta la acción del otro para actuar él mismo. De esta forma, la interacción es siempre "doblemente contingente", es decir, no se halla totalmente determinada por la motivación de cada uno de los actores sino que cada acción depende, además de la acción del otro.

La regularidad de la interacción permite el surgimiento gradual de ciertas expectativas mutuas que adquie-

(10) Ibidem, pág. 537.

(11) Son los tres aspectos, -cognitivo, catético y evaluativo-, del proceso motivacional que guía la acción. Ver íbidem, pág. 27.

ren el carácter de normas aceptadas que regulan y definen las condiciones particulares de la interacción, es decir, sus roles. (12)

El surgimiento y aceptación de las normas viene dado en el mismo proceso de interacción que crea y mantiene en los actores la necesidad de continuar la relación, motivando así al actor para adherirse a la norma. Ese proceso de interacción ofrece, al mismo tiempo, un mecanismo de control de la desviación de la norma puesto que cada actor necesita reciprocidad y aprobación por su conformidad a ella.

Se puede decir, resumiendo, que la aplicación parsoniana de la idea de sistema no se limita a la acción "per se", sino que se extiende a los "tipos" de acción. El sistema de acción prescribe uniformidades de orientación, evaluación y pensamiento, apropiadas a las situaciones. Ello conduce a la gente a realizar acciones similares bajo un espíritu similar, no porque tales acciones se hallen pre-determinadas de manera directa, sino porque son acciones sistémicas. (13)

(12) Ibidem, pág. 57.

(13) Ibidem, cap. 2.

4.1.2.- El Sistema Social.

El sistema total de acción social comprende tres sistemas parciales que corresponden a otros tantos aspectos de su estructuración: el sistema de la personalidad, el sistema social y el sistema cultural. Todos ellos son interdependientes y cada uno es impensable sin los otros. Su punto de unión radica en la relación fundamental existente entre las disposiciones de necesidad de la personalidad, las expectativas de rol del sistema social y las pautas de valor, institucionalizadas e internalizadas. (14) Cada uno de ellos, sin embargo, constituye un foco independiente de organización de los elementos del sistema de acción.

El análisis teórico de Parsons se ha centrado fundamentalmente en el sistema social. Ello implica la consideración del resto de los sistemas sólo en cuanto inciden en la estructura y funcionamiento de éstos. Como claramente pone de manifiesto su definición del sistema social:

"Un sistema social -reducido a los términos más simples- consiste, pues, en una pluralidad de actores individuales que interactúan entre sí en una situación que tiene, al menos, un aspecto físico o de medio ambiente, actores motivados por una tendencia a obtener un óptimo de gratificación y cuyas relaciones con sus situaciones -incluyendo a los demás actores- están mediadas y definidas por

(14) Ibidem, pág. 535.

un sistema de símbolos culturalmente estructurados y compartidos".(15)

El sistema social es, pues, el sistema de los procesos de interacción de los actores individuales. El proceso de interacción puede así ser considerado como un microcosmos de los sistemas sociales puesto que toda interacción contiene los elementos constitutivos de ellos.

Estos elementos son los sistemas compartidos de creencias, sentimientos y valores, así como los criterios, -culturalmente standarizados-, de evaluación técnica, estética y moral. Las diferencias en el sistema de valores e ideas en la sociedad son vistas, por tanto, como derivadas de las condiciones de la acción social e interacción.

Más aún, como indica Cohen, Parsons une la naturaleza de la acción social a las características de los sistemas sociales a través de los sistemas de orientación del actor o dilemas que confronta un actor en una situación social, y sugiere que los sistemas sociales pueden ser caracterizados por las soluciones que ofrecen a los diferentes pares de dilemas. (16)

Los dilemas se refieren tanto a la elección de las propias actitudes del actor hacia los objetos, como a la decisión sobre la orientación motivacional a tomar con respecto a ellos. Estas conocidas "variables-pauta" o pautas

(15) Ibidem, pág. 25.

(16) COHEN, P.: "Modern Social Theory", N.Y.: Basic Books, Inc., Publishers 1.968, pág. 98.

de valor que orientan el comportamiento de un actor con respecto a otros son los 'standards' en cuyos términos los individuos escogen entre un número de pares de alternativas. Son las siguientes: afectividad-neutralidad afectiva, autoorientación-orientación colectiva, universalismo-particularismo, adquisición-adscripción, y especificidad-difusividad. (17)

Respondido ya el primer problema, el de la "estructuración" de la acción, se enfrenta Parsons con el segundo problema sistémico, el de los requisitos funcionales para su mantenimiento.

Todo sistema social, compuesto por los actos de las personas y grupos que actúan en un ambiente físico, para poder sobrevivir, debe solucionar determinados problemas: son los imperativos funcionales.

El sistema debe, por una parte, "adaptarse" al medio para "conseguir una meta" (imperativos externos). Ello, a su vez, revierte en la necesidad de solucionar los efectos internos derivados de esa acción. Así, la solución del problema de la adaptación exige un reajuste, una "integración", y si el sistema integrado va a continuar en acción debe también "mantenerse" (imperativos internos). En palabras del autor:

(17) PARSONS, T.: "El Sistema Social", op. cit., págs. 77-82. Los tres primeros hacen referencia a los dilemas gratificación -disciplina, interés privado- interés colectivo e ideas-sentimientos, mientras que los dos últimos hacen referencia a las características de los objetos sociales.

"De acuerdo con la teoría general, el proceso en cualquier sistema social está sujeto a cuatro imperativos funcionales independientes, o "problemas", que deben ser cumplidos adecuadamente si el equilibrio y/o la existencia continuada del sistema va a mantenerse". (18)

La solución de estos cuatro problemas sistémicos (adaptación = A; consecución de la meta = G, integración = I, y mantenimiento = L) se realiza mediante la adopción de una determinada combinación de las variables-pauta que satisface las necesidades del sistema en cada caso. Así por ejemplo, cuando los sistemas sociales se enfrentan con problemas adaptativos, la solución más efectiva se obtendrá mediante la acción social orientada por la neutralidad afectiva, la especificidad, el universalismo y la adquisición.

Refiriéndose al sistema social, señala Parsons la necesidad de institucionalizar soluciones para los cuatro problemas mencionados. De hecho, cualquier sistema que sobrevive está consistente y continuamente solucionándolos. El sistema social desarrolla cuatro subsistemas interrelacionados, orientados cada uno de ellos, fundamentalmente, a la solución de uno de estos problemas. La economía se orienta a la solución del problema de adaptación al medio, la política a la consecución de metas sociales, la ley a la integración social, y finalmente los preceptos morales, religión etc. al problema del mantenimiento del sistema social. Economía, política, ley y preceptos morales etc. constituyen así los cuatro subsistemas del sistema social. (19)

(18) PARSONS, T. y SMELSER, N.J.: "Economy and Society", N.Y.: The Free Press, 1.965, pág. 16.

(19) Ibidem, pág. 53.

4.1.3.- El sistema general:

Finalmente, para esbozar el marco teórico Parsoniano en toda su amplitud, aunque no en toda su complejidad, hay que señalar que el conjunto de los tres sistemas indicados (la personalidad, social y cultural), al que hay que añadir el sistema del organismo físico, tomados conjuntamente, constituyen también un sistema general.

Como cualquier sistema, también el sistema general debe solucionar los cuatro problemas arriba mencionados. Parsons asigna a cada uno de los cuatro sistemas concretos el cumplimiento de otras tantas funciones para su resolución. Así, el sistema cultural compuesto fundamentalmente de principios legitimadores está asociado con la pauta de mantenimiento, el sistema social como conjunto de acciones interdependientes se identifica con la integración, el sistema de la personalidad como conjunto de motivos, de deseos, etc., mentalmente organizados del individuo se asocia con la consecución de la meta, y finalmente, el sistema del organismo físico que incluye el aspecto puramente físico de la persona así como el ambiente físico y orgánico en que vive se asocia con la función de adaptación. (20)

Estos cuatro sistemas concretos, por otra parte, se hallan jerárquicamente relacionados de tal manera que ninguno de ellos puede existir sin los otros tres restantes. Esta interrelación es analizada mediante los conceptos de

(20) SKIDMORE, William: "Theoretical thinking in sociology" N.Y.: Cambridge University Press, 1.975, pág. 166.

"información" y "energía" propios de los sistemas cibernéticos.

Como indica Parsons, existe "una jerarquía de control que organiza las interrelaciones de los sistemas distinguidos analíticamente. Esto incluye el aspecto cibernético del control por el que los sistemas altos en información pero bajos en energía regulan a los otros sistemas más altos en energía pero más bajos en información". (21) El más alto puesto en esta jerarquía cibernética es ocupado por el "sistema cultural", el "sistema social se sitúa después y el de la personalidad y el organismo descienden respectivamente debajo de aquél". (22)

Tras su análisis, Parsons sugiere que con el tiempo los cuatro sistemas se van ajustando mutuamente hasta llegar a ser cada uno más consistente con el otro, de tal manera que la energía e información puestas en la acción incorporan los valores culturales legítimos y las necesidades personales.

De esta forma, puesto que es natural esperar que haya personas que deseen hacer aquello que le es requerido hacer, la actividad ordenada del sistema social deja de ser problemática. El problema del orden social puede así ser explicado.

(21) PARSONS, T.: "Societies: Evolutionary and comparative perspectives", Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall Inc., 1.966, pág. 9.

(22) Ibidem, págs. 9-10.

4.2.- LA SOCIOLOGIA DE LA ECONOMIA

La preocupación de Parsons por la teorización de la economía ha estado casi siempre presente en su obra. Su explicitación y desarrollo teórico varían, sin embargo, de unos escritos a otros.

4.2.1.- De la crítica al modelo sistémico

En la "Estructura de la acción social" (1.937), como indica S. Savage, el principal objetivo de Parsons es "demostrar que la teoría voluntarista de la acción es la única formulación verdaderamente general de la relación entre lo económico y lo no-económico, la que incorpora to dos los elementos análíticos del marco de referencia de la acción". (23)

Los intentos de la teoría económica clásica son vistos en ella como insuficientes porque, o bien han descansado en el postulado de la racionalidad intrínseca de la acción, -lo que conduce a considerar los fines y la esfera no económica como dados al azar-, o bien ha formulado la determinación de los fines de una manera metafísica o positivista, como la "identidad natural de intereses", "ne

(23) SAVAGE, Stephen P.: "T. Parsons and the Structural-Functionalist theory of the economy" en Hindess, B.(ed.), op. cit., pág. 3.

cesidades" etc., sin tener en cuenta el elemento voluntarista de la acción orientada a estos fines.(24) En este sentido, la crítica Parsoniana de la teoría económica se limita aquí, fundamentalmente, a poner de manifiesto las ausencias o limitaciones de las teorías anteriores sin ofrecer una explícita formulación alternativa a ellas.

Esta situación cambia radicalmente cuando examinamos la obra "Economía y Sociedad" escrita (junto con Smelser) tras su "Marshall Lectures" en la Universidad de Cambridge. El intento ahora parece explícito tanto en el subtítulo de la obra, -"Un estudio de la integración de la economía y la teoría social"-, como en las primeras palabras con las que los autores abren el Prefacio: "Este volumen está concebido como una contribución a la síntesis de la teoría económica y la sociología". (25)

El problema al que pretende dar una solución aquí es el de la teorización de las condiciones no-económicas de la esfera económica (26), puesto que a nivel de la economía tal conceptualización o no existe, o simplemente descansa en "hipótesis ad hoc acerca de la 'naturaleza humana' que son psicológicamente y sociológicamente dudosas, si no absolutamente insostenibles". (27)

La solución la encuentra en la reformulación de ciertos parámetros de la teoría económica de acuerdo a su conceptualización de la teoría sociológica del sistema de

(24) PARSONS, T.: "The Structure of Social Action", op. cit., págs. 701-702.

(25) PARSONS, T. y SMELSER, N.J., op. cit., pág. XVii.

(26) Ibidem, pág. 5.

(27) Ibidem, pág. 184.

acción social. En sus propias palabras:

"La teoría económica debe (...) ser vista como la teoría de los procesos típicos de la 'economía' que es un subsistema diferenciado de otros subsistemas de la sociedad. El aspecto específicamente económico de la teoría de los sistemas sociales, por tanto, es un caso especial de la teoría general del sistema social. Si esto es verdad, debemos clarificar la posición en la que este caso especial se sitúa con relación a otros posibles casos especiales, para 'colocar' la teoría económica en relación a otras ramas de la teoría".

Y concluye afirmando: "Pero las variables básicas que operan en todos los casos especiales son las variables de una teoría más general. La peculiaridad de la teoría económica, por tanto, no es la clase distinta de variables que ella emplea sino los parámetros que distinguen el caso especial, o clase de casos, que llamamos económico, en el uso de las variables generales de la teoría social de los otros tipos importantes de caso especial". (28)

La diferencia, pues, entre economía y sociología no son las variables sino los parámetros, vistos en términos de relaciones entre subsistemas funcionales, que ambas disciplinas deben conceptualizar.

Existen, señala Parsons, un conjunto de congruencias entre la teoría económica y la sociológica que permiten una complementariadad de sus respectivos marcos de referencia. En primer lugar, la distinción de la teoría económi-

(28) Ibidem, pág. 6. Subrayado de los autores.

ca entre oferta y demanda "es un caso especial de la distinción entre actuación y sanción en la teoría general de la interacción social". (29) En segundo lugar, la distinción entre bienes y servicios "es un caso especial de la distinción general entre objetos físicos y sociales". (30) En tercer lugar, "la ventaja mutua en el intercambio" ocupa un lugar central tanto en la economía como en la sociología. (31) Finalmente, y a nivel más general, está la consideración de ambas como "un sistema de unidades interactuantes". (32)

De esta forma, la pretensión de Parsons en "Economía y Sociedad" no es ya complementar la teoría económica mediante la consideración de las variables sociológicas que permitan cubrir las ausencias anteriormente criticadas, sino más bien subsumir la teoría económica dentro de la teoría de los sistemas sociales anteriormente expuesta. La economía constituye un "subsistema de la sociedad total" y como tal está sujeta a los procesos que dan cuenta de la aparición de un sistema, procesos de "diferenciación estructural", y a aquellos procesos concernientes con su persistencia como sistema, los ya conocidos "imperativos funcionales".

(29) Ibidem, pág. 9.

(30) Ibidem, pág. 11.

(31) Ibidem, pág. 13.

(32) Ibidem, pág. 13.

4.2.2.- La economía como subsistema social:
niveles de diferenciación

El proceso de diferenciación estructural-funcional se refiere a la tendencia evolutiva de los sistemas sociales a fragmentarse siguiendo líneas funcionalmente beneficiosas para la sociedad como un todo. (33) La existencia, como totalidad específica, de estos subsistemas es debido al hecho de que todos los sistemas sociales están impelidos a conformarse con ciertos requerimientos internos y externos. Ello conduce al segundo orden de procesos, los derivados de los cuatro imperativos funcionales". (34)

Como ya vimos, los dos primeros se refieren a la relación entre el sistema y su situación: A (adaptación) se refiere a la capacidad de un sistema para controlar su ambiente con el propósito de alcanzar ciertas metas; G (meta) se refiere al establecimiento de una relación entre el sistema y sus objetivos situacionales en términos de la formulación de una meta, en dirección a la gratificación del sistema como un todo. Los otros dos se refieren a mecanismos internos del sistema: I (integración) implica el mantenimiento de la solidaridad entre las unidades del sistema para su funcionamiento efectivo, y L (mantenimiento) implica el mantenimiento de una consistencia cultural, un sistema de valores estable y el control de tensiones motivacionales internas que amenazan la persistencia del sistema.

(33) Ibidem, pág. 15.

(34) Ibidem, pág. 19.

Son pues, estos "imperativos funcionales" los que inducen al sistema social a un proceso de diferenciación funcional, es decir, a producir subsistemas constituidos con referencia primaria a uno de los cuatro requerimientos funcionales. De esta forma, cada subsistema puede ser visto como un modo limitado de organización que se articula con su ambiente a través de ciertos "intercambios de límites". Como escribe Parsons:

"Si el punto de vista de la economía como un subsistema de la sociedad total es aceptado como punto de partida, entonces tal subsistema está sujeto a tipos particulares y determinados de intercambio de límite con el resto de la sociedad y con el ambiente físico". (35)

La economía es conceptualizada a la vez como un subsistema funcional del sistema social y como un sistema social en sí mismo, donde los diferentes procesos económicos son concebidos como diferenciación de "primacía funcional". Estos procesos de diferenciación funcional de la economía dan cuenta de los distintos modos y niveles de la organización económica. (36)

Esta conceptualización Parsoniana de la economía implica la consideración de la esfera no económica como una "situación" para la economía y no como algo dado o como una generalización empírica, como un sistema de límites e intercambios funcionalmente determinado. En otras pala-

(35) Ibidem, pág. 27. Subrayado de los autores.

(36) Ibidem, pág. 44.

bras, lo económico y lo no económico son contemplados como diferentes modos de organización centrados en torno a los diferentes problemas funcionales del sistema social.

La diferenciación funcional es también estructural. Los distintos subsistemas constituyen la estructura funcional interrelacionada del sistema social. La "economía" es el subsistema organizado en torno al problema A y su "meta" es "producir medios generalizados" para la sociedad. La "política" cumple la función G, lo que implica "la movilización de los prerequisites necesarios para la consecución de las metas colectivamente dadas". (37) El subsistema I está interesado primariamente en la "coordinación" de los "actores individuales" y en el "control" de la desviación. (38) Finalmente, el subsistema L organizado en torno a los problemas de la "integración" de las "relaciones entre unidades" y del "mantenimiento de los estados y procesos intraunidades" tiene como funciones el mantener la conformidad con los valores dominantes y el desarrollar la motivación de los actores individuales. (39)

Antes de pasar a analizar el segundo nivel de diferenciación funcional, es decir, la diferenciación de la propia economía, hay que subrayar que la afirmación de la "primacía funcional" de los distintos subsistemas implica su autonomía funcional a la par que presupone la interdependencia funcional entre ellos. Parsons desarrolla esta idea en términos de relaciones de intercambio mutuo de a-

(37) Ibidem, pág. 48. Subrayado de los autores.

(38) Ibidem, págs. 48-49. Subrayado de los autores.

(39) Ibidem, págs. 50-51. Subrayado de los autores.

portaciones dirigidas todas ellas al sostenimiento del sistema como un todo. La contribución de cada subsistema al sistema social es concebido en términos de resultados producidos en cada uno de los subsistemas situacionales. A nivel del sistema social, la economía produce "riqueza", la política "poder", el subsistema I produce "solidaridad" y el subsistema L produce "prestigio". (40)

El proceso de diferenciación funcional de la economía es conceptualizado, también, de acuerdo al paradigma de los cuatro imperativos funcionales de todo sistema. Tomando la economía como sistema, la función A es cumplida a través de la "capitalización e inversión", la función G mediante la "producción" (incluyendo la distribución y venta), la función I mediante la "organización" (función empresarial), y finalmente la función L es cumplida por lo que Parsons denomina "los compromisos económicos: recursos físicos, culturales, y motivacionales". (41)

Siguiendo la teoría general de los sistemas, también aquí, cada uno de los subsistemas económicos tiene, pues, una "primacía funcional" a la par que una interdependencia funcional con el resto. Sus relaciones son conceptualizadas, como en cualquier sistema, como "intercambios" de inputs-outputs con su "situación" que contribuyen al mantenimiento del sistema como un todo. (42)

El proceso de diferenciación de la economía no ter-

(40) Ibidem, pág. 49.

(41) Ibidem, pág. 44.

(42) Ibidem, pág. 307.

mina aquí. Todavía es posible considerar a cada uno de los cuatro subsistemas de la economía, -capitalización, producción, organización y compromisos económicos-, como otros tantos sistemas y, por tanto, sujetos a los cuatro imperativos funcionales ya conocidos. Baste mencionar uno de ellos como ejemplo, el sistema empresarial u organización. Aquí la función A es cumplida mediante "la financiación de la innovación", la función G a través de "nuevas combinaciones de los factores de producción", la función I mediante la "oportunidad para la innovación" y la función L por la "movilidad, flexibilidad y sustituibilidad de los factores de producción (flujo de recursos)" (43).

Mediante estos "progresivos niveles de diferenciación" es posible descender desde el sistema social a la economía primero, de ésta a los subsistemas económicos (que corresponden a los factores de producción), y de ahí "hacia lo microscópico". (44)

Es preciso, sin embargo, insistir, como lo hace Parsons, en que este descenso en el nivel de diferenciación no cambia "el significado del problema funcional relevante" que se le asigna a un elemento en un sistema dado, aunque sí el "contenido o significado particular" que le es asignado en otro nivel inferior. Un ejemplo del propio Parsons aclara esta idea: "La economía difiere en contenido del subsistema finanzas y capitalización, aunque cada uno es adaptativo al nivel de su respectivo sistema". (45)

(43) Ibidem, pág. 203.

(44) Ibidem, pág. 198.

(45) Ibidem, pág. 197.

Podemos, pues, decir resumiendo que la solución Parsoniana al problema de la relación economía-sociología consiste en subsumir la teoría económica dentro de la teoría de los sistemas sociales. Mediante el paradigma de los imperativos funcionales y los subsiguientes procesos de diferenciación intenta presentar un modelo teórico que pueda "ser aplicado a cualquier sociedad, no sólo a la Occidental". (46)

Tal pretensión universal la fundamenta en la distinción entre el nivel analítico y el nivel concreto. En este sentido, su obra quiere ser la exposición de un modelo analítico universal por lo que sus elementos concretos constituirían tan sólo ilustraciones ejemplificadoras o guías para la investigación empírica. Sería esta última, la que en definitiva permitiría, mediante un análisis comparativo, establecer las diferencias estructurales entre unas sociedades y otras. El propio Parsons enfáticamente afirma:

"Mantenemos que nuestro esquema teórico generalizado para el análisis de la sociedad y la economía como uno de sus subsistemas, no está ligado a ningún tipo estructural particular de sociedad o economía. Los elementos analíticos que hemos distinguido (...) son distinguibles como elementos en cualquier sociedad, sin duda, en cualquier sistema social". (47)

(46) Ibidem, pág. 283.

(47) Ibidem, pág. 83. Subrayado de los autores.

Pese a la pretensión analítica anterior, es posible exponer a continuación su concepción del desarrollo económico Occidental. De hecho, la caracterización y explicación de esta sociedad es una constante latente en "Economía y Sociedad". Las palabras que escribe, tras proclamar el carácter universal de su modelo, son significativas a este respecto:

"Estos elementos analíticos no están, sin embargo, igual de estrechamente relacionados con la estructura concreta de las colectividades y roles en todas las sociedades. En general, nuestras categorías de subsistemas funcionales se corresponden más estrechamente con los sectores organizacionalmente diferenciados de la estructura social a medida que la sociedad se aproxima a una diferenciación estructural mayor". (48)

Veamos, pues, a continuación cuál es la concepción teórica de Parsons del surgimiento y desarrollo de esta sociedad capitalista occidental.

(48) Ibidem, pág. 83. Subrayado de los autores.

4.3.- EL CAMBIO SOCIAL Y EL DESARROLLO ECONOMICO
OCCIDENTAL

Antes de exponer la visión Parsoniana del desarrollo económico occidental es necesario indicar brevemente su concepción general del cambio social, ya que como él indica: "Si (...) la economía es tratada como un sistema social en el pleno sentido, entonces (...) el problema del cambio estructural en la economía (...) debe, por tanto, ser tratado primariamente como un problema sociológico". (49)

4.3.1.- Los procesos de cambio del sistema social:

Parsons en su teoría del Sistema social, comienza por distinguir dos tipos de procesos dinámicos que pueden tener lugar en un sistema: en primer lugar, los procesos "dentro" de la estructura dada de un sistema, y en segundo lugar, los procesos que resultan en cambios importantes "en" esa estructura. (50)

El punto de partida para el análisis de estos procesos lo constituye la situación de "equilibrio" del siste-

(49) Ibidem, págs. 246-7.

(50) PARSONS, T.: "El Sistema Social", op. cit., cap. XI.

ma. Al definir su sistema como un sistema en equilibrio, es decir como un sistema que "mantiene sus límites", indica Parsons que en relación con las fluctuaciones de los factores del medio ambiente, el sistema mantiene cierta constancia de pauta, sea ésta estática o móvil.

Tomando como punto de referencia el estado de equilibrio define el primer tipo de procesos dinámicos, es decir, los procesos de cambio "dentro" del sistema, como "aquellas series de eventos por los que tal estado (de equilibrio) se mantiene mediante el intercambio de inputs y outputs tanto sobre sus límites como entre las unidades o subsistemas que constituyen el sistema en cuestión". (51) Dicho de otro modo, los cambios relativamente pequeños dentro del sistema "tienden a ser 'contraactuados' por los efectos de sus repercusiones sobre otras partes del sistema, de tal manera que el estado original tiende a ser restaurado". (52)

El segundo tipo de procesos dinámicos, los que producen cambios "en" la estructura del sistema, si bien a largo plazo restauran también el equilibrio del sistema, no lo hacen retornándolo a su estado original. Como escribe Parsons:

"La transición entre dos estados de equilibrio estructural diferentes implica períodos de desequilibrio y/o equilibrio inestable. El criterio de estado inestable consiste en que incluso una pequeña variación relevante de

(51) PARSONS, T. y SMELSER, N.J.: "Economy and Society", op. cit., pág. 242.

(52) Ibidem, pág. 247.

tal estado conduce, no a tendencias a restaurar el estado original, sino a variar más. Tal variación continúa hasta que un estado diferente de equilibrio relativamente estable es alcanzado." (53)

De esta forma, su sistema social se presenta como un modelo tendiente siempre al equilibrio. Su origen radica en la misma concepción del sistema de interacción, donde la tendencia a mantener estables los procesos de orientación mutua dentro de los roles complementarios, es una característica fundamental de la acción como sistema. A nivel del sistema social, la interdependencia funcional de los elementos del sistema, el mantenimiento de los límites del sistema, exige la complementariedad de los cambios y el retorno a la situación de equilibrio.

El cambio estructural es concebido, de acuerdo al modelo sistémico y sus exigencias, como un proceso de diferenciación estructural-funcional. Las "nuevas unidades" surgidas del proceso de diferenciación "no son ni estructural ni funcionalmente equivalente, sino que cada una aporta diferentes ingredientes especializados, a una función más general". (54) No se trata, pues, de una simple "segmentación" de alguna unidad en unidades más pequeñas con estructuras y funciones equivalentes a la que les dió origen, sino de estructuras y funciones nuevas.

¿Cómo explica Parsons el origen de este proceso de diferenciación estructural-funcional? En el "Sistema Social" confiesa que "una teoría de los procesos de cambio de los

(53) Ibidem, pág. 248.

(54) Ibidem, pág. 256.

sistemas sociales no es posible en el presente estado de la ciencia". (55) Ello, sin embargo, no le impide afirmar de su teoría que "no hay ninguna razón para creer que no sea igualmente aplicable a los problemas de cambio".

(56)

Basado en los presupuestos funcionales de su modelo sistémico, aboga en esta obra Parsons por una concepción pluralista de los orígenes del cambio a la que sólo la investigación empírica podrá poner límites. Frente a las teorías que dan prioridad a algún factor dominante escribe:

"Nosotros proponemos lo que se puede llamar la concepción de la pluralidad de los posibles orígenes del cambio, en el entendimiento de que el cambio puede originarse en cualquier parte del sistema social -descrito en términos de estructuras o en términos de variables- y de que las restricciones a la generalidad de esta afirmación sólo pueden ser introducidas como resultado de una demostración empírica de que las relaciones de interdependencia son tales que ciertas partes no pueden ser fuentes independientes de los ímpetus hacia el cambio". (57)

Es en el desarrollo posterior de su obra, -con la introducción de la idea de una jerarquía cibernética de los sistemas de acción-, donde podemos hallar su respuesta al problema del origen de la diferenciación. Su solución consiste en otorgar una direccionalidad a los procesos de cambio en las sociedades. Tal direccionalidad viene dada me-

(55) PARSONS, T.: "El sistema social", op . cit., pág. 485.

(56) Ibidem, pág. 529.

(57) Ibidem, pág. 492.

diante la influencia ejercida por el sistema cultural en la jerarquía cibernética. El propio autor afirma:

"En el sentido, y sólo en el sentido, de enfatizar la importancia de los elementos cibernéticamente más altos en modelar los sistemas de acción, yo soy un determinista cultural, más que un determinista social. Similarmente, creo que, dentro del sistema social, los elementos normativos son más importantes para el cambio social que los 'intereses materiales' de las unidades constitutivas". (58)

De esta forma, el proceso de cambio social viene a ser un proceso evolutivo cuya "dirección es dada por los valores culturales", (59) y cuyo resultado es una mayor "capacidad adaptativa" de la sociedad, es decir, un mayor "control social sobre sus ambientes". (60)

Respecto a los procesos de cambio del sistema económico, Parsons parece especialmente preocupado por dar cuenta de la génesis y significación de la forma de economía "occidental" o de "mercado".

(58) PARSONS, T.: "Societies: Evolucionary and comparative perspectives", op. cit., pág. 113. Subrayado del autor.

(59) PARSONS, T.: "The evolution of societies" Englewood Cliffs, N.J.: Prentice Hall, 1.977, pág. 8. Esta obra constituye una versión combinada (editada, y con una introducción de J. Toby) de las obras de Parsons: "Societies: Evolutionary comparative perspectives" y "The system of modern societies".

(60) Ibidem, pág. 11.

4.3.2.- El surgimiento y desarrollo de la economía occidental.

La referencia Parsoniana para explicar el surgimiento de la economía occidental de mercado es la idea de diferenciación funcional, entendida como la tendencia de los sistemas a desarrollarse en estructuras cada vez más avanzadas y racionales. En este sentido, el mercado es la estructura diferenciada de acción que representa el proceso de capacidad adaptativa creciente del sistema. Este proceso implica, desde el punto de vista del sistema social, la diferenciación real de la economía con relación a las estructuras no económicas, es decir, la constitución de una esfera de relaciones sociales específicamente económica. Parsons indica que: "Sólo a un nivel avanzado de desarrollo económico ésta (la economía) alcanza un alto grado" de diferenciación respecto a los otros subsistemas de la sociedad.

(61)

Este proceso de diferenciación creciente de la economía occidental capitalista, significa, desde el punto de vista del sistema de valor de la economía, un proceso de "racionalidad económica" creciente, entendiendo por tal, la creciente "valoración de las metas de producción y de los controles apropiados sobre el comportamiento" para la consecución de esa producción. (62)

(61) PARSONS, T. y SMELSER, N.J.: "Economy and Society", op. cit., pág. 178.

(62) Ibidem, pág. 176.

Ello no quiere decir que la "racionalidad económica" constituya la peculiaridad de la economía occidental puesto que, para Parsons, aquélla es "la característica primaria de cualquier subsistema económico cuando es considerado como un sistema social", (63) y, por consiguiente, "todas las sociedades son económicamente racionales". (64) La peculiaridad del desarrollo económico occidental hay que colocarlo ante todo en el adjetivo "creciente". En esta sociedad el grado de racionalidad económica es el máximo históricamente alcanzado.

En el planteamiento de Parsons, el sólo concepto de "diferenciación estructural" no es suficiente para explicar el peculiar proceso occidental. Tal concepto exige además un nuevo concepto capaz de explicar porqué unas sociedades, las occidentales, han llegado a ser estructuralmente más diferenciadas que otras. Tampoco el concepto de "racionalidad económica" es suficiente, puesto que se refiere únicamente al valor dominante del subsistema económico considerado como sistema social y, como tal, es común a todas las sociedades. (65) Este concepto requiere además otro concepto que explique el surgimiento de ese mayor grado de racionalidad económica.

(63) Ibidem, pág. 175.

(64) Ibidem, pág. 177.

(65) Este concepto de racionalidad económica no se refiere a peculiares características psicológicas de los individuos de una sociedad. Parsons es bien explícito a este respecto cuando escribe: "Tratamos de la racionalidad económica, no como una generalización psicológica, sino como un sistema de valor apropiado para la economía como un subsistema diferenciado de la sociedad, es decir, institucionalizado en la economía e internalizado en las personalidades, en sus roles, como agentes económicos." Ibidem, pág. 302.

Tal nuevo concepto se encuentra de hecho en la concepción Parsoniana del sistema de valor dominante al nivel de la sociedad y su efecto jerárquico en crear las condiciones de aparición de los procesos funcionales de diferenciación estructural. Es decir, son los procesos ideacionales de direccionalidad cultural quienes crean las condiciones que permiten explicar el éxito de la diferenciación estructural del sistema social. Como establece Parsons: "el sistema de valor de la sociedad define la importancia relativa de las funciones económicas (y por tanto la racionalidad económica) en la jerarquía de funciones por parte de la sociedad." (66)

Así pues, la economía de mercado, la más avanzada y diferenciada forma de actividad económica, debe su aparición en Occidente, y no en otro lugar, al cumplimiento del requisito del desarrollo de un adecuado sistema de valores. Esta tesis, aunque cercana a la concepción Weberiana de la evolución de los sistemas de valores o procesos de racionalización, no debe, sin embargo, ser confundida con ella. Ello es claro en el propio comentario de Parsons a la tesis de Weber:

"Quisiéramos reformular el proceso de racionalización como la tendencia de los sistemas sociales a desarrollar progresivamente más altos niveles de diferenciación estructural bajo la presión de las exigencias adaptativas" (67) derivadas de su relación con la situación.

(66) Ibidem, pág. 176.

(67) Ibidem, pág. 292.

La direccionalidad cultural tiene, por tanto, en Parsons, una referencia a un sistema de acción diferente, el sistema social y sus subsistemas. La noción de racionalización se refiere a la creciente eficiencia del sistema en su relación con la situación. Esta relación no es reducible a la relación entre valores y orientaciones ya que los valores no son expresados en la acción, aparte de su relación para con formas orgnizacionales dadas.

Pasando a considerar ahora el proceso histórico de la sociedad occidental, Parsons advierte dos momentos distintos en este proceso de diferenciación estructural-funcional de la "estructura feudal". El primero correspondería al capitalismo clásico que, contrariamente a lo apuntado por Schumpeter, estaría caracterizado por una peculiar articulación entre la política y la economía, diferente por supuesto a la feudal, pero también al capitalismo moderno. A este respecto, Parsons escribe:

"Contrariamente a muchas opiniones previas, nosotros consideramos que 'el capitalismo clásico', caracterizado por el dominio del papel del propietario en el proceso productivo, no es un caso de 'emancipación' completa de la economía con respecto al control 'político', sino más bien un modo particular de tal control".(68)

El segundo momento de diferenciación vendría dado por la separación entre la esfera económica y la política, separación nacida de la Revolución Francesa. La separación de "la estructura del Estado" -con su consiguiente democra

(68) Ibidem, pág. 287.

tización y progresiva burocratización- de "la estructura de linaje de las clases más altas" condujo a la separación, y consiguiente racionalización, de las estructuras y funciones políticas y económicas. (69)

En resumen, pues, el surgimiento y posterior desarrollo de la estructura de la sociedad capitalista occidental son explicados por Parsons como un proceso de diferenciación de la estructura feudal en virtud de las exigencias adaptativas de un peculiar sistema de valores de esta sociedad. Tal proceso no tuvo lugar en las "sociedades primitivas", ni en las denominadas "sociedades intermedias" (antiguo Egipto, Mesopotamia, China, India, Roma y el Imperio Islámico), debido a la ausencia de "desarrollo de un orden legal generalizado como garantía especial de la modernidad". (70)

Como último punto expositivo, intentaremos explicitar a continuación, como lo hicimos con Marx y Weber, la visión teórica de Parsons del problema del subdesarrollo.

(69) Ibidem, pág. 287.

(70) PARSONS, T.: "The evolution of societies", op. cit., pág. 13.

4.4.- EL PROBLEMA DEL SUBDESARROLLO

Si bien Parsons no teorizó directamente sobre el problema de las sociedades subdesarrolladas, a nadie se le escapa el enorme influjo ejercido por su perspectiva estructural-funcional y su modelo sistémico. Basta considerar su conceptualización del proceso de desarrollo occidental como proceso de creciente racionalización del sistema, y la significación universal que otorga a este proceso de diferenciación funcional, para darse cuenta de ello.

Si "desarrollo" equivale a alcanzar las características de las sociedades occidentales avanzadas, el subdesarrollo podrá ser caracterizado por la ausencia de tales características. Si el proceso en occidente tuvo su origen en el adecuado sistema de valores a nivel social, también las sociedades subdesarrolladas deberán adaptar sus valores a los de las sociedades occidentales (aunque el proceso puede iniciarse en diferentes partes del sistema social).

Pese a no haber teorizado expresamente acerca del problema, podemos, sin embargo, encontrar suficientes alusiones en su obra en la dirección que acabamos de indicar. Especialmente sus análisis históricos, tanto de las sociedades modernas como de las primitivas e intermedias, apuntan en tal sentido.

De acuerdo con su modelo teórico, el problema del desarrollo económico de las sociedades subdesarrolladas radica en que, en ellas, "la economía está 'fusionada' espe-

cialmente con pautas de mantenimiento, pero también con otras, en una simple matriz multifuncional". (71) Para lograr su diferenciación, -y puesto que el desarrollo se identifica con el tipo de sociedad avanzada occidental de economía de mercado-, una política de desarrollo, sugiere Persons, implicaría comenzar por la "introducción de un mercado, y con él los mecanismos monetarios de intercambios". (72)

Ahora bien, el proceso de desarrollo económico no puede quedar reducido a un simple crecimiento económico cuantitativo, sino que implica, al menos a largo plazo, cambios en la estructura institucional y en el conjunto de la sociedad, puesto que los cambios en la economía afectan a los demás subsistemas. (73) En otras palabras, el desarrollo económico implica la modernización, o mejor la occidentalización, de las sociedades subdesarrolladas.

Esta concepción de la necesidad de un desarrollo global de la sociedad, sin márgenes de variabilidad sustancial al final del proceso con respecto a la sociedad capitalista occidental, viene dado por su análisis del proceso de diferenciación estructural-funcional y las características asignadas a todo sistema social. Ya que como él mismo indica: "Debe haber limitaciones en el rango de compatibilidad de los valores variables diferentes en el mis-

(71) PARSONS, T. y SMELSER, N.J.: "Economy and Society", op. cit., pág. 283.

(72) Ibidem, pág. 283.

(73) Ibidem, págs. 292-3.

mo sistema al mismo tiempo". (74)

Las sociedades subdesarrolladas son vistas en el esquema evolutivo de Parsons como situadas en una etapa anterior a la de la modernidad. Es esta modernidad, entendida como creciente capacidad adaptativa de la sociedad o control sobre su ambiente, la que marca la dirección progresiva, y, en última instancia, también deseable, de la evolución social. (75)

Las causas de su "atraso" deben buscarse en su inadecuado sistema cultural, el cual, mediante la legitimación del orden normativo vigente, impide un desarrollo de la diferenciación estructural-funcional del sistema similar al de la sociedad capitalista occidental.

(74) Ibidem, pág. 248.

(75) PARSONS, T.: "Societies: Evolutionary and comparative perspectives", op. cit., pág. 26.

4.5.- CRITICA Y CONCLUSIONES

Pocos autores habrán sido tan comentados, y recibido tantas críticas, como Parsons. Paradójicamente, sin embargo, ningún otro autor ha ejercido un influjo comparable al suyo en la sociología americana, y ello, como ha puesto de manifiesto G. Rocher, no sólo entre sus seguidores, sino también entre sus detractores. (76)

No siempre, sin embargo, las críticas a su teoría han sido adecuadamente dirigidas. Muchas de las objeciones puestas a su obra, al menos en los términos en que han sido planteadas, pueden de hecho ser respondidas por el autor. Así por ejemplo, algunos teóricos del conflicto han criticado la incapacidad del estructural-funcionalismo para explicar el conflicto y, con él, el cambio social. (77)

De hecho, tal crítica, sólo parcialmente afecta al modelo teórico de Parsons ya que, si bien es verdad que él estuvo interesado fundamentalmente en el problema del orden y no prestó la adecuada atención al problema del conflicto, su modelo, como más claramente han puesto de manifiesto otros autores, puede dar cuenta de la existencia

(76) ROCHER, G.: "Talcott Parsons and american sociology", N.Y.: Barnes and Nobles, 1.975, págs. 152-4.

(77) Ver por ejemplo, DAHRENDORF, R.: "Toward a theory of social conflict" en ETZIONI, Eva y Amitai (eds.): "Social change: Sources, patterns, and consequences" N.Y.: Basic Books, Inc. Publishers, 1.973, cap. 12.

del conflicto producido en la estructura social. (78)

Otras críticas, como las del "escolasticismo estéril" o "la imposibilidad de deducir hipótesis empíricas", ni si quiera pueden considerarse tales. Si con ello se hace referencia a la dificultad que el discurso teórico Parsoniano entraña, y no sólo a su pesada prosa, tal crítica sólo refleja pereza intelectual.

En la sociología americana, son quizás los denominados sociólogos radicales, como C.W. Mills (79) y A.W. Gouldner (80), quienes más duramente han criticado diferentes aspectos de la obra de Parsons, especialmente, la tendencia conservadora derivada de su aproximación al problema del orden y de la centralidad otorgada en su modelo al concepto de equilibrio.

Por último, hay que señalar, en este breve repaso de

(78) Como ejemplo significativo podemos mencionar la obra de N.J. Smelser y muy especialmente la de S.N. Eisenstadt. De este último puede verse: "Ensayos sobre el cambio social y la modernización". Ed. Tecnos, Madrid 1.970.

(79) MILLS, C.W.: "The Sociological Imagination", Harmondsworth: Penguin Books 1.971. Este autor termina su comentario sobre la "Gran Teoría" (cap.2) con las siguientes palabras: "¿Es la gran teoría tal como está representada en "El Sistema Social" meramente palabrería o es también profunda? Mi respuesta a esta cuestión es: Es sólo aproximadamente un 50 por ciento palabrería; un 40 por ciento es sociología de texto conocida. El otro 10 por ciento, como Parsons pudiera decir, quiero dejarlo abierto a vuestras propias investigaciones empíricas. Mis propias investigaciones sugieren que el 10 por ciento restante es de posible -aunque bastante vago- uso ideológico". Ver op. cit. pág. 59.

(80) GOULDNER, A.W.: "The coming crisis of western sociology" N.Y.: Basic Books, 1.970.

críticas dirigidas al modelo de Parsons, la de quienes acertadamente, desde diferentes perspectivas, han criticado la primacía concedida en él a los aspectos normativos de la acción. Tal primacía se sitúa en la base del edificio Parsoniano al considerar a los roles como las unidades básicas de los sistemas sociales. A. Giddens por ejemplo, plantea y critica correctamente la reconciliación Parsoniana entre acción y estructura, vía normas, cuando expresa que:

"La reconciliación se alcanza mediante la influencia de los valores normativos en dos niveles: como elementos de la personalidad y como componentes centrales de la sociedad. Como 'internalizados' en la personalidad, los valores proveen los motivos y disposiciones de necesidades que impelen la conducta del actor; mientras que a nivel del sistema social, como normas institucionalizadas, los valores forman un consenso moral que sirve para integrar la totalidad. El 'voluntarismo' aquí, por tanto, llega a quedar reducido a hacer sitio en la teoría social para tener en cuenta la motivación, conectada, vía normas, a las características de los sistemas sociales. La conducta de los actores en la sociedad es tratada como el resultado de una conjunción de determinantes sociales y psicológicos, en los que los primeros dominan a los últimos mediante la influencia clave atribuida a los elementos normativos. Esto efectivamente excluye ciertos componentes esenciales de la teoría de la acción ...". (81)

(81) GIDDENS, A.: "Central problems in social theory", op. cit., págs. 51-2.

Antes de pasar a exponer los principales problemas y deficiencias que invalidan el discurso Parsoniano en términos de su teoría general y, más concretamente, en relación al problema que nos ocupa, el del desarrollo, conviene señalar algunos de sus méritos.

En primer lugar, su intento de construir una teoría de los sistemas de acción, aunque como demostraremos fallido, resulta cuando menos encomiable, sobre todo si se compara con la banalidad de tantos estudios dirigidos por el más burdo empirismo. Como indica G. Rocher: "No es necesario estar de acuerdo con las teorías de Parsons para reconocer que por más de cuarenta años, con gran tenacidad y constancia, ha forzado a la sociología americana a enfrentarse a los problemas teóricos y a liberarse del empirismo en el que una vez pareció probable que quedara atrapada". (82)

En este sentido, su pretensión de crear una teoría social general no puede, en sí, ser considerada un error, sino por aquéllos a quienes, o bien la miopía empiricista ha deformado la imagen científica, o bien el desaliento por los escasos resultados obtenidos ha conducido al escepticismo o a la renuncia intelectual.

En segundo lugar, como también señala Rocher, el esfuerzo de Parsons por romper el estrecho marco de la especialización, y su intento de crear las bases para una deseable y necesaria colaboración entre las distintas dis

(82) ROCHER, G., op. cit., pág. 153.

ciplinas sociales, aunque inadecuadas sobre los fundamentos por él contruidos, no debería ser desoído. (83)

Finalmente, debemos afirmar, frente a quienes sólo han visto en la obra de Parsons una farragosa repetición de viejos tópicos, que, si bien su obra es enormemente deudora tanto de la teoría clásica sociológica europea como de la economía neoclásica (fundamentalmente de A. Marshall) y del "interaccionismo simbólico" americano, el resultado final constituye sin duda una síntesis altamente original.

Veamos, en primer lugar, dónde radican los principales problemas del modelo teórico general elaborado por Parsons, para criticar, después, su concepto y explicación del proceso de desarrollo como diferenciación, y las negativas implicaciones de lo que ha sido llamado su funcionalismo evolucionista.

a) Los prerequisites funcionales y el postulado de equilibrio

Una brevísimas síntesis del modelo nos ayudará a enfocar la crítica. El punto de partida de la construcción teórica Parsoniana lo constituye el postulado de que la acción humana, ofrece siempre las propiedades de un sis-

(83) Ibidem, págs. 163-4.

tema. (84) Ello implica el cumplimiento de tres condiciones: una estructural (ciertos requerimientos organizacionales de las unidades del sistema y del sistema mismo), o tra funcional (ciertos prerequisites necesarios para el mantenimiento del sistema), y finalmente, la dinámica interna del sistema (ciertos principios reguladores de los cambios sistémicos).

El primer problema sistémico es resuelto mediante las variables-pauta. Su respuesta al segundo es establecida me diante los cuatro prerequisites funcionales del sistema. Finalmente, la solución al tercer problema la encuentra en el principio de la diferenciación y la consiguiente posterior integración. Mediante esta concepción sistémica de la acción ha pretendido Parsons reconciliar el nivel individual con el nivel estructural de la acción.

Esta reconciliación tiene lugar en su modelo mediante su clasificación de los tipos de variables-pauta que definen las orientaciones de los roles. Es esta clasificación la que le permite hablar de diferentes tipos de estructura. Ahora bien, una vez organizadas estas variables pautas, Parsons ofrece como prueba de que su combinación no se produce al azar la existencia real de sistemas particulares de roles. ¿Por qué existen determinados conjuntos empíricos?, se puede preguntar. La respuesta sería sim plemente descriptiva si no se introdujera el supuesto de

(84) Parsons evita cuidadosamente el identificar la acción social con el comportamiento individual. Como indica G. Rocher: "Por el contrario, generaliza la idea para cualquier entidad, individual o colectiva, cuyo comportamiento pueda ser analizado en términos del significado que conlleva". ROCHER, G., op. cit., pág. 29.

la existencia de determinados prerequisites funcionales del sistema como necesarios para el mantenimiento de esa estructura.

A su vez, para establecer estos requisitos funcionales, y no otros, Parsons asume la existencia de la estabilidad y el equilibrio en el sistema. No hay, por tanto, tampoco una auténtica teorización del paso de las categorías descriptivas de la acción a la teoría de los prerequisites funcionales del sistema, como no sea, -como lo hace Parsons-, mediante el supuesto de la estabilidad y el equilibrio del sistema.

El supuesto del equilibrio y la estabilidad conduce al postulado de la "consecución de la meta" como necesidad funcional del sistema. Ello le permite trasladar la noción de racionalidad al nivel estructural, y distinguir los sistemas de acción de los de no acción, como el biológico o físico. El supuesto anterior exige postular la exigencia de la "integración" del sistema para que la interacción persista. Una vez que las nociones de racionalidad e integración han sido introducidas, sin prueba, en el nivel estructural, los otros dos imperativos, la "adaptación" y el "mantenimiento" se siguen como corolarios necesarios para los dos primeros.

Así pues, el problema general del discurso teórico Parsoniano radica en la ausencia de una auténtica teorización que le permita pasar del análisis categorial descriptivo al explicativo. Su solución reside en el supuesto del equilibrio y en la postulación de los imperativos funcionales. Ambos conceptos, sin embargo, como expresa John G. Taylor:

".... están mutuamente determinados mediante una tautología cuyos elementos no están teorizados. Por una parte, el estado de equilibrio sólo puede ser asegurado mediante el adecuado funcionamiento de los conjuntos de variables-pauta estructurados por las necesidades de los imperativos funcionales, y, por otra, para que estos conjuntos de variables-pauta existan y se interrelacionen adecuadamente, debe haber allí un estado de equilibrio". (85)

Esta fundamental deficiencia del modelo de Parsons limita seriamente tanto su carácter explicativo como predictivo. Por eso no es de extrañar que, como sus críticos han señalado a menudo, "a pesar de la terminología de la acción que Parsons usa, los agentes humanos reconocibles parecen eludir el seguir su guión: el escenario está puesto, el libreto escrito, los papeles establecidos, pero los autores están, curiosamente, ausentes de la escena". (86)

b) El "principio" de la diferenciación

La crítica de este segundo punto no es menos importante que la anterior, puesto que de la adecuada, o inadecuada, teorización del denominado principio de diferenciación se seguirá la validez teórica, o no, de la explicación Parsoniana del cambio.

(85) TAYLOR, J.G.: "From modernization to modes of production", London: The MacMillan Press Ltd, 1.979, pág. 24.

(86) GIDDENS, A.: "Central problems in social theory", op. cit., pág. 253.

El esquema básico del proceso de diferenciación asume también, como punto de partida, una situación sistémica de equilibrio. El proceso de diferenciación es un proceso de perturbación del equilibrio del sistema, que si ha de persistir tras ella, y por definición, requiere una nueva reintegración de sus elementos en otro nivel de equilibrio. Con la readaptación al nuevo nivel de funcionamiento, el sistema se halla, de acuerdo a los postulados Parsonianos, más diferenciado y puede, por tanto, realizar tareas más especializadas que anteriormente.

Conceptualizado así, el proceso de diferenciación implica la creciente eficiencia adaptativa del sistema a su ambiente, o dicho más brevemente, su creciente "racionalización". Establecer esta equivalencia resulta ya altamente problemática a nivel empírico. Pero lo que resulta más problemático a nivel teórico es el hecho de que el requisito de la necesidad de adaptación del sistema, postulado por Parsons, parece, por una parte, fundamentar la dirección del desarrollo de la diferenciación y reintegración, mientras que, por otro lado, es visto como el resultado de ese proceso de diferenciación. En otras palabras, la necesidad de adaptación del sistema parece constituir a la vez la causa y la consecuencia de la diferenciación.

El modelo de Parsons y su principio de la diferenciación, así expuesto, sólo permite analizar "las respuestas" del sistema a las alteraciones originales de la situación de equilibrio asumida. La perturbación inicial permanece, no obstante, sin teorizar.

El modelo Parsoniano pretende, sin embargo, ir más allá al otorgar, como hemos visto, una determinación "cul-

tural" al sistema. Este paso, desde su propia conceptualización de los diferentes sistemas, tampoco parece adecuadamente explicado.

El sistema cultural consiste en las representaciones simbólicas de las relaciones del hombre con lo que el autor denomina "la realidad última". (87) Estas representaciones en su modelo general llegan a constituirse en sistemas estables organizados, y diferenciados de los sistemas sociales. Es decir, como indica A.D. Smith: Parsons sitúa a "la cultura en un sistema externo a la sociedad". (88)

Pero al pretender mostrar cómo ese sistema cultural, surgido del social, se convierte en determinante de la transformación de esa estructura social, Parsons recurre a la metáfora cibernética. Evidentemente, la utilización de una metáfora no constituye una explicación adecuada. Más bien parece ser un medio para ocultar el carácter teleológico del que, en definitiva, se halla dotado su sistema.

c) Las implicaciones evolutivas del modelo

El concepto de diferenciación ha servido a Parsons no sólo para tratar de explicar el desarrollo, sino también para clasificar a las sociedades. Ello, no sería en

(87) PARSONS, T.: "The evolution of societies", op. cit., pág. 10.

(88) SMITH, A.D.: "The concept of social change", London: Routledge and Kegan Paul, 1.973, pág. 39.

sí problemático si no implicase, -como de hecho lo hace, y además necesariamente-, una clara connotación etnocéntrico-ideológica. Cuando decimos, implicaciones ideológicas no nos referimos a ninguna intencionalidad conservadora por parte del autor, sino a una característica inherente a su propio modelo evolutivo de diferenciación. Por su importancia trataremos de expresar esta idea más explícitamente.

Parsons, al clasificar a las sociedades en un "continuo" evolutivo (89) que va desde las sociedades "primitivas" (las menos diferenciadas) hasta las sociedades "modernas" (las más diferenciadas), pasando por las sociedades "intermedias", (90) no sólo está considerando a las modernas sociedades capitalistas occidentales como estructural-funcionalmente más diferenciadas (lo cual en términos de una mayor especialización de tareas puede considerarse cierto), sino que está atribuyendo a este tipo de sociedades una "superioridad racional" que, aunque sólo fuera en términos adaptativos del sistema, está muy lejos de haber sido demostrada, e implica una clara deformación etnocéntrica.

Tal deformación etnocéntrica no debe de ser vista como un simple sesgo introducido por la particular ideología del autor, sino que constituye una característica esencial del modelo Parsoniano, atribuible, más concretamente, a la forma en que su principio de diferenciación ha sido teori-

(89) Decimos continuo puesto que al ser su modelo, "teórico" y no empírico, sus tres "tipos" de sociedades admiten un rango de variabilidad.

(90) Ver PARSONS, T.: "Societies: Evolutionary and comparative perspectives", op. cit.

zado.

En este sentido, las premisas de su pretendido "realismo analítico" parecen haber sido continuamente traicionadas. Su modelo, pese a las reiteradas proclamaciones de exclusiva pretensión de validez "analítica universal", y no empírica, parece más bien un modelo de la sociedad capitalista occidental, elaborado bajo las premisas "positivistas". (91)

Si consideramos, por otra parte, que el proceso evolutivo natural conduce a las sociedades a adoptar las formas características de las denominadas sociedades "modernas", y que alcanzar esta modernidad es así deseable, las implicaciones ideológicas del modelo Parsoniano aparecen con claridad.

Las consecuencias teóricas y prácticas, derivadas de este modelo, para el estudio del problema del desarrollo de las sociedades "subdesarrolladas" serán puestas de manifiesto más explícitamente al analizar, seguidamente, las teorías de la "modernización" entroncadas con él.

(91) La posición metodológica "positivista" de Parsons ha sido puesta de manifiesto, entre otros, por KEAT, R. y URRY, J., op. cit., pág. 91.

IIa PARTE

EL DESARROLLO DESDE LA PERSPECTIVA NACIONAL

Aunque como ya hemos visto, el problema del desarrollo económico-social constituyó desde el pasado siglo una de las cuestiones clave frente a la que las distintas conceptualizaciones teóricas, adoptando perspectivas diferentes, elaboraron distintos modelos teóricos, es sólo tras la Segunda Guerra Mundial, con el advenimiento de las nuevas naciones surgidas del movimiento descolonizador, cuando el problema del desarrollo adquiere una nueva dimensión, una dimensión universal.

En un primer momento, el desarrollo se plantea más como un problema de interés político que como un problema intelectual. Durante los primeros años, el papel fundamental recae sobre las nuevas instituciones internacionales, -las Naciones Unidas, sus Comisiones regionales y Agencias especializadas- cuyos Secretariados llevaron a cabo los primeros estudios empíricos. La reacción del mundo académico, tratando de ofrecer explicaciones de una situación concebida inicialmente como de atraso económico, no se haría esperar.

El lugar geográfico principal de los estudios sobre el desarrollo se traslada del continente europeo al nuevo centro hegemónico, -consolidado como potencia dominante tras la Segunda Guerra Mundial-, a los Estados Unidos. Y aunque evidentemente el debate seguirá ligado a la tradición europea, la nueva situación internacional con la emergencia de la Unión Soviética como potencia rival le imprimirá nuevos acentos. En este sentido es indudable que la división del mundo en dos bloques con ideologías e intereses contrapuestos y expansionistas han coloreado el debate con fuertes tintes ideológico-políticos.

De hecho, el estudio del desarrollo durante la década del 50 y parte de los años 60 estuvo dominado fundamentalmente por dos modelos teóricos contrapuestos. Por un lado, y de forma dominante, el modelo estructural-funcional Parsoniano que dará origen a una variada gama de teorías denominadas de la modernización y por otro, -aunque con escaso interés por la investigación empírica-, al modelo marxista al que se incorporan algunas aportaciones de Lenin. (1)

Tanto las teorías de la modernización como el marxismo ortodoxo se aproximan al estudio del desarrollo y el subdesarrollo de una manera dualista. Mientras que el "desarrollo" es visto como un "proceso", aquél que ha llevado a las sociedades avanzadas o desarrolladas (industrializadas) a su situación actual, el "subdesarrollo" es contemplado como un "estado" o situación original de atraso. Ambos fenómenos son vistos como independientes y su explicación radica en la presencia o ausencia de ciertas condiciones. Evidentemente, éstas son de distinta naturaleza de acuerdo a los distintos modelos utilizados y a la importan-

(1) Hay, por supuesto, y ya desde la década de los 50, interpretaciones contrarias a las de las corrientes dominantes y que contradicen algunos de sus supuestos. Tal es el caso, por ejemplo, de G. Myrdal respecto al supuesto del equilibrio de la teoría económica neoclásica, o de P. Baran respecto a los supuestos efectos del imperialismo. Ver MYRDAL, G.: "Economic Theory and Underdeveloped Regions" op. cit., y BARAN, P.: "The political economy of growth", New York: Monthly Review Press, 1.968 (1ª ed. 1.957).

cia concedida en ellos a unos u otros factores.

El hecho, sin embargo, de que ambas corrientes adopten una perspectiva común respecto al nivel de análisis, tomando como unidad de análisis el marco de las fronteras políticas estado-nacionales, y extraigan ciertas consecuencias erróneas comunes en cuanto al proceso de desarrollo y subdesarrollo, nos permite encuadrarlas bajo el común de nominador de lo que denominamos, "el desarrollo desde la perspectiva nacional". Por otra parte, el hecho de que sus modelos teóricos difieran sustancialmente en cuanto a sus elementos y relaciones consideradas, nos obliga a una revisión individualizada de cada una de ellas en capítulos independientes.

5.- EL DESARROLLO COMO MODERNIZACION .

Las primeras aproximaciones económicas al problema del desarrollo en su dimensión nacional, mediana la década de los 40, atribuían las disparidades existentes entre diferentes países a distintos aspectos relacionados con un mal funcionamiento de la economía internacional. La condición fundamental para la puesta en práctica de políticas adecuadas para el desarrollo era la consecución de la estabilidad internacional. Los medios necesarios para lograr el desarrollo económico había que buscarlos en la potenciación de las ventajas comparativas de los diferentes países mediante la práctica del libre comercio, y en la ayuda y la inversión extranjera como estímulos y aceleradores del proceso en los países subdesarrollados. Todo ello requería, -y así fue hecho- la creación de "una superestructura institucional internacional (el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio) con poderes de supervisión indirecta" que asegurara que las políticas nacionales admitían la prioridad de los objetivos de la estabilidad internacional, y potenciara, mediante préstamos y ayudas, los recursos de los países subdesarrollados que se avenían a ello. "Los Estados Unidos, -como indica Furtado-, buscaron de este modo revivir el plan de estructurar un sistema económico mundial sobre la base de un centro nacional dominante, como el Reino Unido había intentado hacerlo un siglo antes".

A los estudios económicos sobre el desarrollo lleva-

(2) FURTADO, C.: "Development", op. cit., pág. 639.

dos a cabo por estas y otras instituciones internacionales cuya finalidad era eminentemente política, pronto vendrían a sumarse las aportaciones de historiadores, sociólogos y otros científicos sociales tratando de situar el problema en una perspectiva social más amplia pero sin alterar sustancialmente los presupuestos económicos-liberales en los que había sido planteado.

El nuevo concepto utilizado para sintetizar y dar cuenta de las transformaciones sociales globales que el proceso de desarrollo implicaba era el de "modernización". La perspectiva general desde la que se elaboraban las distintas teorías incluía tres aspectos básicos. En primer lugar, el desarrollo era concebido como un camino lineal que todos los países atravesaban. En segundo lugar, se consideraba que los atributos de la modernidad constituían un todo consistente y aparecían así en racimos o "clusters", más que aislados. Los cambios por tanto en una esfera de actividad producían cambios similares en otras esferas. Y por último, se asumía que el cambio era immanente a la unidad que lo experimentaba, aunque en el caso de los países subdesarrollados el impulso inicial provenían de la "difusión" de ciertos atributos de la modernidad desde los países desarrollados. (3)

(3) Esta aproximación al problema del "subdesarrollo" como "estado pasivo" más que como "proceso activo" es todavía patente en 1.968 cuando se publica la "Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales" bajo la dirección de D.L. Sills. En este sentido no deja de ser significativo que en ella no haya ningún artículo sobre el "subdesarrollo". En la entrada a dicho concepto, simplemente se nos remite a otros conceptos como Crecimiento económico, Modernización, Estancamiento y Asistencia técnica. Cf. SILLS, David L. (Ed.): "International Encyclopedia of the Social Sciences", The Macmillan Company and The Free Press, 1.968, vol. 16, pág. 187. Por su parte la Edición Español-

Aunque el modelo básico sobre el que se elaboran las diferentes teorías es el modelo estructural-funcional Parsoniano, -muchas veces simplificado con fines empíricos-, es posible, sin embargo, distinguir dos tendencias teóricas fundamentales. La primera agrupa a aquellos autores que siguiendo más fielmente la perspectiva del "sistema social" Parsoniano acentúan los factores institucionales, mientras que la segunda, intentando entroncar más directamente con la tradición Weberiana, adopta la perspectiva de la personalidad individual y acentúa los factores sicosociológicos.

la de esta obra (bajo la dirección de Vicente Cervera Tomás) además de remitirnos a los conceptos anteriores ha incluido en la lista la referencia al concepto de "Industrialización". Cf. "Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales", Aguilar, S.A. de Ediciones, Madrid, 1.977 vol. 10, pag. 173.

5.1.- MARCO GENERAL FUNCIONALISTA

El origen de las teorías de la modernización se sitúa, como ya hemos indicado, en la necesidad de dar una respuesta intelectual a los problemas del desarrollo económico y construcción nacional de los países surgidos del proceso de descolonización. El desarrollo económico es concebido fundamentalmente como un proceso de industrialización, mientras que la formación nacional constituye ante todo un problema político en el que la organización del Estado y la creación de las instituciones políticas que aseguren la lealtad de los ciudadanos ocupan un lugar preeminente. La solución global a estos problemas viene dada, desde esta perspectiva, por el imperativo de la modernización.

El término modernización en su acepción más amplia, tal como es definido por ejemplo por Marion Levy Jr., se refiere al "uso de fuentes inanimadas de energía y al uso de instrumentos para multiplicar el efecto del esfuerzo" humano en la sociedad. (4) Más expresamente, tal como lo define M. Nash: "la modernización es el proceso de crear sociedades, culturas e individuos receptivos al au-

(4) LEVY JR, Marion J.: "Modernization and the Structure of Societies: A setting for international affairs", New Jersey: Princeton Univ. Press, 1.970, pág. 11.

mento de conocimientos probados, y a su utilización en los asuntos ordinarios de la vida diaria". (5)

Definido así el concepto, basta con dirigir la mirada al proceso histórico de industrialización para darse cuenta de que en tiempos recientes la transformación inicial hacia la modernización tuvo lugar en el occidente europeo. Por eso aunque, como dice Lerner "la modernización" sea "un término en boga para un viejo proceso -el proceso de cambio social por el que las sociedades menos desarrolladas adquieren las características comunes a las más desarrolladas....-", (6) su aplicación a las sociedades actuales estará profundamente marcada por la interpretación que del proceso de industrialización europeo se haga.

De hecho, el concepto de modernización en la perspectiva que analizamos adquiere una doble connotación histórica. Se refiere, por una parte, al proceso histórico europeo a partir de aproximadamente el siglo XVI, y por otra, "al impacto en tiempos recientes de los países más avanzados sobre los menos avanzados", coincidiendo en este segundo aspecto con los conceptos de "Occidentalización" o "Europeización". (7)

(5) NASH, M.: "Social pre-requisites to economic growth in Latin America and South East Asia" en Economic Development and Cultural Change, Vol. XIII, nº 3, Abril 1.964 pág, 226.

(6) LERNER, D.: "Modernization: Social aspects" en SILLS, David L.(ed.) "International Encyclopedia of the Social Sciences", New York: Crowell Collier and Macmillan, 1967,

(7) BLACK, C.E.: "The Dynamic of Modernization: A Study in comparative history", New York: Harper and Row Publishers, 1.967, pág.6.

Ambos procesos históricos son vistos, sin embargo, como esencialmente coincidentes. Como escribe Lerner: "El modelo desarrollado en el Occidente es un hecho histórico.... el modelo básico reaparece en prácticamente todas las sociedades que se modernizan en todos los continentes del mundo, sin tener en cuenta las variaciones de raza, color, credo.....". (8)

Abstraído así de sus peculiaridades históricas europeas, el proceso de modernización es generalizado y puede ser definido como "el proceso por el que las instituciones que evolucionan históricamente, se adaptan a las funciones rápidamente cambiantes que reflejan un crecimiento sin precedentes en el conocimiento humano que acompañó a la revolución científica, permitiendo el control sobre su ambiente". (9)

Esta definición pone inmediatamente de manifiesto el modelo funcionalista desde el que las transformaciones, tanto europeas como de los países sometidos a su impacto, van a ser analizadas. El proceso de cambio social será examinado en términos de "adaptación" de las instituciones sociales a "funciones cambiantes". (10) C.E. Black expone claramente este enfoque cuando afirma que: "es útil pensar en la modernización como un proceso por el que las instituciones tradicionales se adaptan a las funciones modernas".(11)

(8) LERNER, D.: "The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East", The Free Press, 1.958, pág.46.

(9) BLACK, C.E., op. cit.,pág. 7.

(10) BLACK, C.E., op. cit.,pág. 8.

(11) BLACK, C.E., op. cit., pág. 46.

Evidentemente, no se trata de volver a aplicar los mismos conceptos y esquemas del funcionalismo clásico, sino de un funcionalismo remozado, un neo-funcionalismo, para lo cual la nueva síntesis sistémica de Parsons (1.951) ofrecía, -reducida a sus elementos esenciales-, el marco teórico más adecuado. De hecho, algunos de sus más brillantes discípulos y colaboradores encabezarían las listas de figuras prominentes en esta corriente del estudio de la modernización. (12) Más adelante tendremos ocasión de ver este influjo Parsoniano especialmente entre quienes adoptando una perspectiva sistémica de la estructura social son conocidos dentro de la corriente de la modernización como "teóricos de la diferenciación".

Antes de pasar a presentar el contenido de las diferentes teorías de la modernización conviene situar su análisis en la perspectiva histórica de la teoría sociológica de la cual es heredera y de la que son extraídos algunos de sus elementos fundamentales. Ello nos permitirá ver su entronque con la Sociología clásica, a la par que poner de manifiesto que, en muchos casos, pese a las repetidas reclamaciones de entroncar con la tradición Weberiana, los teóricos de la modernización, siguiendo más que a Weber a la reformulación Parsoniana de Weber, actualizan, -más que repiten-, los modelos evolucionistas clásicos.

(12) Así podemos mencionar entre otros a Marion J. Levy cuya obra "La estructura de la sociedad" constituye una excelente aplicación del modelo estructural-funcional Parsoniano, y que dedica sus obras "Modernización y la estructura de las sociedades" y "Modernization: Latecomers and survivors" al análisis de lo que él denomina "sociedades relativamente no modernizadas". (LEVY, M.J.: "Modernization and the Structure of Societies: A setting for international affairs", op. cit., pág. 9; y "Modernization:La

5.2.- ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO DE LA MODERNIZACION

5.2.1.- La dualidad sociedad tradicional - sociedad moderna

Estudiar el proceso de modernización según el modelo estructural-funcional requería como paso previo la ca racterización de la estructura social "antes -y- después" de iniciado el proceso. (13) En definitiva, puesto que la modernización de los países atrasados era vista esencialmente como un proceso de cambio desde un estado de equilibrio a otro estado también de equilibrio, aunque fuera dinámico, era necesario definir previamente de qué situación a que situación se producía ese cambio.

Para ello la tradición sociológica decimonónica, especialmente Toennies y Durkheim, había acuñado en el estudio de la transformación industrial de la sociedad europea algunos términos dicotómicos que podían, en cierta medida, ayudar a definir la nueva situación.

tecomers and survivors" New York: Basic Books, Inc., Publishers, 1.972, pág.3), a SMELSER, N.J., principal estudio so de la modernización económica, y a G. Almond, cuya aplicación del esquema Parsoniano al estudio de la política es suficientemente conocido. (ALMOND, Gabriel A.: "Introduction: A Functional approach to comparative politics", en ALMOND, G.A. and COLEMAN, James S. (eds): "The politics of the developing areas", New Jersey: Princeton University Press, 1.960).

(13) BENDIX, Reinhard: "Tradition and Modernity Reconsidered" en Comparative Studies in Society and History, Vol. IX, nº 3, Abril, 1.967, pág. 309.

Toennies había descrito, un tanto nostálgicamente, este proceso de desarrollo como la "disolución" de las formas espontáneas y naturales de la "comunidad" en las formas convencionales e impersonales de la "sociedad": "... las formas colectivas originales de la *Gemeinschaft* se han desarrollado en la *Gesellschaft* y la voluntad racional de la *Gesellschaft*" (14), había escrito.

Durkheim, con un tono más optimista, había considerado el paso de la "solidaridad mecánica" (solidaridad de lo similar) a la "solidaridad orgánica" (solidaridad de lo complementario) como un avance progresivo en la organización social. En "La división del trabajo en la sociedad" constataba que "es una ley histórica que la solidaridad mecánica que al principio es la única, o casi la única pierde progresivamente fundamento, y la solidaridad orgánica llega a ser, poco a poco, preponderante" merced a la creciente división del trabajo en la sociedad. (15)

Por supuesto no sólo la Sociología había tendido a establecer términos bipolares en el estudio del cambio social. También otras ciencias sociales habían sido proclives a este tipo de clasificaciones dicotómicas. Aunque no entre dentro de los límites de este estudio una revisión de la concepción del desarrollo y la modernización desde el punto de vista de la Antropología cabe, a modo de ejemplo,

(14) TOENNIES, F.: "Community and Society - *Gemeinschaft und Gesellschaft*", texto citado en Eva Etzioni y Amitai Etzioni (eds.): "Social Change: Sources, Patterns and Consequences" (2nd ed.), New York: Basic Books, Inc. Publishers, 1.973, cap. 9, pág. 56.

(15) DURKHEIM, E.: "The division of labour in society" en R. Bellah (ed.): "E. Durkheim on morality and society: Selected writings", Chicago: The University of Chicago Press, 1.973, pág. 63.

señalar la dicotomía típico-ideal, "sociedad folk" - "sociedad urbana", establecida por R. Redfield el año 1.947. En su conocido ensayo "la sociedad folk" en el que entre otros revisa las aportaciones de Toennies y Durkheim, establece el contraste entre la sociedad primitiva o folk, "pequeña, aislada, no literata, homogénea" y con un fuerte sentido de solidaridad de grupo, y la moderna sociedad urbana con opuestas características. (16)

Siguiendo esta tradición, y reclamando para sí una cierta legitimidad en la continuación de la obra Weberiana y su distinción entre acción tradicional y acción racional (17), la moderna escuela funcionalista estableció en los años 50 una nueva dicotomía, la dicotomía entre sociedad tradicional y sociedad moderna. No se trataba simplemente de substituir los conceptos clásicos por otros nuevos, sino de transformar sus contenidos mediante la utilización de definiciones típico-ideales de las situaciones antes y después del proceso de modernización.

Es sin duda en este punto, donde la interpretación normativa de los sistemas de acción de Parsons, y especialmente su caracterización de los diferentes tipos de orientación de la acción, -sus conocidas variables-pauta-, ejerció una influencia más generalizada. Una y otra vez, los diferentes autores pertenecientes en mayor o me-

(16) REDFIELD, R.: "The folk society" en American Journal of Sociology, Vol. L II, nº 4, Enero 1.947, pág. 293.

(17) Ver, por ejemplo, HOSELITZ, Bert: "Main concepts in the analysis of the social implications of technical Change" en NESS, Gayl, D. (ed.): "The sociology of economic development: A reader " New York: Harper and Row Publishers, 1.970, pág. 18. Este mismo artículo puede verse en Bert F. Hoselitz and W.E. Moore (eds.): "Industrialization and Society", New York: Humanities Press 1.963, págs. 11-31.

dida a esta corriente de la modernización insistirán en su caracterización de las sociedades por el tipo de orientación de la acción predominante en ellas. La nueva división Parsoniana será considerada como: "un modo de clasificar los valores más sensible que los más antiguos conceptos polares de la Sociología tales como el folk-urbano, mecánica-orgánica, primaria-secundaria, o Gemeinschaft-Gesellschaft, etc.". (18)

Sin pretender ser exhaustivos podemos poner algunos ejemplos de entre las figuras más sobresalientes. Así G. Almond en su perspectiva funcional del proceso político caracteriza "la solución moderna a los problemas del dualismo cultural, como una penetración de los estilos tradicionales de difusión, adscripción, particularismo y afectividad, por los estilos racionales de especificidad, universalidad, logro y neutralidad afectiva". (19) B. Hoeselitz, por su parte, considera que la explicitación Parsoniana de "la dicotomía racionalismo-tradición" (20) permite caracterizar "los aspectos estructurales sociales de la diferenciación entre economías avanzadas y subdesarrolladas", siendo los rasgos más sobresalientes de estas últimas "el particularismo, la difusión funcional y el princi-

(18) LIPSET, S.M.: "The first new nation: The United States in historical and comparative perspective", New York: Basic Book Inc., 1.963, pág. 210.

(19) ALMOND, G. y COLEMAN, J. (eds.): "The politics of developing areas", New Jersey: Princeton University Press, 1.960, pág. 63. Subrayado de los autores.

(20) HOSELITZ, B.: "Main concepts in the analysis of the social implications of technical change" en Gayl D. Ness (ed.), op. cit., pág. 22.

pio de adscripción. (21) También S.M. Lipset cree que la clasificación Parsoniana es fundamental tanto para el estudio de las nuevas naciones modernas (22) como para la comprensión de la situación de atraso en la que se encuentran otras. (23) La misma explicitación de la modernidad en términos de las variables-pauta Parsonianas encontramos en Marion Levy Jr. (24). La lista podría seguir alargándose más y más.

En definitiva, pues, el punto de partida de los teóricos de la modernización lo constituye la división dicotómica entre sociedad tradicional y sociedad moderna, y la caracterización típico-ideal de cada una de ellas en términos de la orientación valorativa de la acción predominante en cada una de ellas. Por otra parte, aunque tal caracterización se realiza en términos bipolares contrapuestos, sólo la investigación empírica dictaminará la posición de una determinada sociedad en el posible continuo tradicional-moderno. (25)

(21) HOSELITZ, B.: "Aspectos sociológicos del desarrollo económico" Ed. Hispano-europea, Barcelona, 1.962, pág. 37. Subrayado del autor.

(22) LIPSET, S.M.: "The first new nation: The United States in historical and comparative perspective" op. cit., pág. 210.

(23) LIPSET, S.M.: "Revolution and counter-revolution: Change and Persistence in Social Structures" (Revised Edition) New York: Anchor Books, 1.970, cap. 3.

(24) LEVY JR, M.: "Modernization and the Structure of Societies: A Setting for international affairs", op. cit., págs. 60-1.

(25) HOSELITZ, B.: "Main concepts in the analysis of the social implications of technical change", op. cit., pág. 23.

5.2.2.- La Racionalización:

El segundo elemento clave en las teorías de la modernización es el concepto de racionalidad. Tras señalar el punto de partida y el de llegada, - el antes y el después de la modernización-, era necesario establecer la direccionalidad del proceso y el mecanismo explicativo del cambio. Aquí los teóricos de la modernización, como veremos, dividirán sus opiniones entre quienes describan el proceso como "diferenciación" y quienes insistan en la "comunicación", pero detrás de todos ellos se encuentra siempre un principio directivo común último, el de la racionalidad.

Evidentemente, la respuesta venía ya dada implícitamente en la propia conceptualización de la modernidad. Al ser ésta caracterizada por los sistemas valorativos de orientación de la acción, el mecanismo regulador último del proceso no podía ser sino un principio ideal. Y por otra parte, al concebir las formas orientativas modernas como más racionales y contrapuestas a las tradicionales, este principio no podía ser otro que el de la racionalidad.

Aquí también, la referencia a un clásico, Max Weber, tanto por parte de quienes adoptan la perspectiva institucional de la modernización del sistema, como por parte de aquellos cuyo foco de atención se centra en la modernización de la personalidad individual, es continua.

La racionalidad es concebida entre los primeros, siguiendo la interpretación Parsoniana, más como una cualidad o propiedad de los sistemas sociales que evolucionan

hacia la modernidad, que como una cualidad de sus miembros integrantes. En palabras recientes de uno de sus más destacados exponentes, N.J. Smelser, más como "un valor institucionalizado" que como un "postulado sicológico". (26) También D. E. Apter, considerando la modernidad fundamentalmente como "un hecho cultural", la identifica con la racionalidad. La modernidad implica fundamentalmente elección y "la elección implica racionalidad", escribe. (27) Más recientemente, y para no alargar más los ejemplos, cabe mencionar un autor, Wilbert Moore, quien, aunque pionero en los estudios de la modernización, siempre mantuvo un cauto distanciamiento frente a los presupuestos teleológicos del neo-evolucionismo y la convergencia. Pues bien, en su obra "La modernización mundial", este autor identifica modernización con "el proceso de racionalización del comportamiento social y de la organización social", con la "institucionalización de la racionalidad". (28)

Menos directamente mediatizados por la interpretación Parsoniana de la racionalidad de la acción de Weber, y más directamente conectados con la obra "La ética protestante" se hallan quienes consideran la modernización desde la óptica socio-sicológica. Algunos como David McClelland explícitamente sitúan el origen de su investigación

(26) SMELSER, Neil J.: "On the relevance of economic sociology for economics" en T. Huppés (ed.): "Economics and sociology: Toward an integration", Leiden: Martinus Nijhoff Social Science Division, 1.976, pág. 3.

(27) APTER, David E.: "The politics of Modernization", Chicago: The University of Chicago Press, 1.965, pág. 10.

(28) MOORE, W.E.: "World modernization: The limits of convergence", New York: Elsevier, 1.979, págs. 29-30.

en esa obra: "A medida que leía la descripción de Weber del comportamiento de esas gentes (los calvinistas) concluía que debían haber tenido ciertamente un alto nivel de (necesidad) de logro". (29) La misma influencia expresan A. Inkeles y D.H. Smith cuando se proponen una "aproximación socio-psicológica a la modernización" en términos del "proceso de cambio en los modos de percibir, expresar y valorar", en definitiva, en términos de un "ethos". (30) También la obra de E. Hagen puede ser considerada en esta línea, aún cuando el autor insista en que no escribe bajo la inspiración de "La ética protestante" y considere esta obra obsoleta. (31)

En resumen pues, la dicotomía sociedad tradicional - sociedad moderna como estados fundamentalmente estables, y la racionalidad, asignada al sistema social, -como en la versión Parsoniana-, o a la acción individual, -como en la expresión Weberiana-, constituyen los elementos claves para el análisis de la modernización.

A continuación pasaremos a exponer los contenidos generales de las principales teorías sociológicas hasta ahora agrupadas en torno al común denominador de la moder-

(29) McCLELLAND, David C.: "The achievement motive in economic growth" en el capít. 4 de FINKLE, Jason L. y GABLE, Richard W. (eds.): "Political development and social change", New York: John Willey and sons Inc., 1.966, pág. 141.

(30) INKELES, Alex y SMITH, David H.: "Becoming modern: Individual change in six developing countries" Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1.976, pág. 93.

(31) HAGEN, Everett E.: "On the theory of social change: How economic growth begins", Homewood, Ill.:Dorsey Press, 1.962, pág. 93.

nización. Ahora bien, puesto que no es el objetivo de este estudio el análisis de las aportaciones de los diferentes autores individuales, -sin duda en muchos casos originales-, sino la conceptualización y marco general de análisis del desarrollo desde esta perspectiva, las diversas teorías serán clasificadas, -aún a riesgo de no hacer plena justicia a muchos autores-, en torno a los criterios ya mencionados anteriormente. Una primera división separará la perspectiva "institucional" de la modernización del sistema social, de la perspectiva "individual" de la modernización. Dentro de la primera, -que por otra parte ha constituido el principal foco de interés-, una nueva subdivisión será establecida entre los denominados teóricos de la "diferenciación" y los conocidos como teóricos de la "comunicación".

5.3.- TEORIAS SOCIOLOGICAS DE LA MODERNIZACION

5.3.1.- La Modernización desde la perspectiva institucional del sistema social

La modernización, desde esta perspectiva, constituye un proceso de transformación gradual y global por el que las diferentes partes del sistema social, -sus instituciones-, "se adaptan" a las "funciones cambiantes" del sistema (32) hasta llegar a adquirir los rasgos que configuran a las modernas sociedades actuales (occidentales). Estas son caracterizadas fundamentalmente por su "comparativamente alto grado de urbanización, amplia extensión del alfabetismo, comparativamente alto ingreso per cápita, amplia movilidad geográfica y social, relativamente alto grado de comercialización e industrialización de la economía, extensa y penetrante red de medios de comunicación de masas, y, en general, por la amplia participación de los miembros de la sociedad en los procesos económicos y sociales modernos" (33), a lo que se añaden también determinadas características demográficas y familiares, así como la secularización de los valores y otros rasgos, dependien

(32) BLACK, C.E.: "The dynamics of modernization", op. cit., págs. 7-8.

(33) COLEMAN, James: "The political systems of the developing areas" en G. Almond and J. Coleman (eds.), op. cit., pág. 532.

do del particular foco de atención del autor. (34)

El marco común a esta perspectiva lo constituye, como hemos indicado, el funcionalismo, pero un funcionalismo encuadrado en el nuevo marco de la teoría sistémica. Su supuesto básico, no sólo establece "la interrelacionalidad fundamental de todas las formas de comportamiento social" (35) y la "creciente sistemidad" (36), sino la progresiva "coherencia sistémica" de sus instituciones. (37) Es en este nuevo marco donde los elementos anteriormente expuestos se integran con el fin de iluminar el proceso de cambio contemporáneo.

Para esta perspectiva, esa transformación evolutiva,

(34) Para una descripción -y clasificación en términos de condiciones, concomitantes y consecuencias de la industrialización- puede verse la obra de MOORE, Wilbert "The impact of industry", Englewoods Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1.965; y una versión más resumida en MOORE, W.: "Cambio Social", ed. UTEHA, año 1.966, cap. V.

(35) LIPSET, S.M. (ed.): "Politics and the social sciences" New York: Oxford University Press, 1.969, "Introduction", pág. xiii.

(36) CHODAK, Szymon: "Societal development: Five approaches with conclusions from comparative analysis", New York: Oxford University Press, 1.975, pág. 54.

(37) Un ejemplo claro lo constituye la obra de LERNER, D.: "The passing of traditional society". Como comenta R. Bendix a propósito de esta obra: "Lerner cree que la alta asociación entre urbanización, alfabetismo, participación en medios de comunicación y participación política en las sociedades modernas apunta hacia una coherencia subyacente, sistémica (lo que Lerner llama "el estilo de vida participante")...". En BENDIX, Reinhard: "Tradition and modernity reconsidered" en Comparative studies in society and history, vol. IX, nº 3, Abril, 1.967, pág. 310. Tal creencia no significa sin embargo demostración sino supuesto previo.

gradual, que en Occidente tuvo su origen en factores exclusivamente endógenos al sistema social, tiene hoy lugar en las sociedades en vías de desarrollo merced al estímulo de factores exógenos, de diferente tipo, procedentes de los países desarrollados y modernos. Ello no significa asignar un papel determinante y exclusivo de este cambio a los factores externos. Al contrario, desde la perspectiva de la modernización, el proceso por el que las sociedades tradicionales dan paso a las sociedades modernas es visto esencialmente como un proceso desde dentro en el que el ambiente externo interviene sólo para proveer un estímulo a la adaptación. Cualquiera que sea el origen del proceso, esta perspectiva asume siempre la necesidad de adaptación y cambio interno de los sistemas sociales. (38)

El hecho de que la caracterización del estado de "modernidad" se haga en base a la extrapolación de determinados rasgos de las sociedades occidentales desarrolladas no significa, aunque se tienda a ello, postular un modelo de convergencia perfecta de las instituciones, ni tampoco vaticinar el éxito del proceso de modernización para todos los sistemas sociales encuadrados en el marco de las fronteras políticas nacionales, aunque el optimismo sea una nota característica de esta corriente. (39) Como indica uno de los mejores exponentes de esta perspectiva, S.N. Eisenstadt, la ruptura, el estancamiento y las regresiones en el proceso son posibles, y "el supuesto de que la evolución es unidireccional en cualquier etapa de la diferencia-

(38) Cf. MOORE, W.E.: "World modernization: The limits of convergence", op. cit., pág. 29.

(39) MOORE, W.E., op. cit., págs. 25-27.

ción es insostenible". (40)

La subdivisión que a continuación establecemos entre los teóricos de la diferenciación y los de la comunicación, no debe ser considerada como una rígida separación entre ellos, sino, más bien, como una clasificación basada en el acento puesto por unos u otros en el modelo de la diferenciación o en el de la comunicación, al conceptualizar el proceso de modernización.

a) Los teóricos de la diferenciación

Uno de los principales modos de conceptualizar el proceso de desarrollo en la teoría sociológica ha girado en torno al concepto de la diferenciación. Entre los teóricos de la modernización, numerosos autores (Parsons, Smelser, Bellah, Moore, Shils, Eisenstadt) han utilizado el modelo de la diferenciación para dar cuenta de los procesos de cambio social en las sociedades contemporáneas.

Evidentemente este modelo tiene inmediatas resonancias clásicas. H. Spencer en sus "Principios de Sociología" había descrito el proceso evolutivo desde la sociedad militar a la sociedad industrial como un proceso de diferenciación estructural basado en los "cambios de las

(40) EISENSTADT, S.N.: "Social change, differentiation and evolution" en American Sociological Review, Vol. 29, nº 3, Junio 1.964, pág. 386. También puede verse EISENSTADT, S.N.: "Breakdowns of political modernization" en Eva y Amitai, ETZIONI, (eds.): "Social Change: Sources, patterns and consequences", op. cit., cap. 30.

funciones". (41) La diferenciación era vista como un movimiento de la "homogeneidad incoherente" a la "heterogeneidad coherente", (42) es decir, como un movimiento de lo simple, no especializado e informal, a lo complejo, especializado y formal. Prescindiendo de su marcada concepción biologicista y su acentuado evolucionismo orgánico, el modelo Spenceriano, junto con las posteriores aportaciones de Durkheim en "La división del trabajo social", constituyen, -como el propio N.J. Smelser lo atestigua-, la base de los modelos de diferenciación estructural. (43)

Los procesos de diferenciación estructural-funcional ocupan, como ya vimos, un lugar central en la conceptualización Parsoniana del cambio y la evolución social. Esta perspectiva neo-evolucionista, asociada al modelo de la diferenciación, no ha estado ausente entre algunos teóricos de la modernización. R. Bellah define la evolución "como un proceso de creciente diferenciación y complejidad de organización que provee al organismo, al sistema social, o a cualquiera que sea la unidad en cuestión, con una mayor capacidad para adaptarse a su ambiente de tal manera que es en algún sentido más autónomo con relación a su ambiente que lo eran sus menos complejos antepasados". (44) Y aplicando este esquema al estudio histórico de la evolución religiosa encuentra cinco etapas típico-ideales (primitiva,

(41) SPENCER, H.: "The principles of sociology", New York: D. Appleton and Company, 3 vol., 1.898, pág. 485.

(42) Ibidem, pág. 596.

(43) SMELSER, Neil J.: "On the relevance of economic sociology for economics", op. cit., pág. 15.

(44) BELLAH, Robert N.: "Religions evolution" en American Sociological Review, Vol, 29, nº 3, Junio 1.964, pág. 358.

arcaica, histórica, temprana moderna, y moderna) (45) en las que, sucesivamente, "la libertad de la personalidad y de la sociedad en relación a las condiciones ambientales" va siendo mayor. (46)

No todos los teóricos de la modernización han llevado tan al extremo la perspectiva evolucionista asociada a la diferenciación. W. Moore, entre otros, considera "el supuesto evolucionista de ininterrumpida adaptación" como algo carente de fundamento y que no se ajusta a los hechos, mientras que acepta la concepción "evolucionista del progreso de lo simple a lo complejo", como una formulación que "se ajusta al recorrido histórico de la tecnología!"

(47)

Quizá sea Smelser, quien mejor haya elaborado el modelo de la diferenciación aplicada al cambio histórico reciente, y más haya contribuido a su difusión. Desde su estudio de la Revolución Industrial inglesa, que constituye el intento de aplicación histórica del modelo de diferenciación económica elaborado junto con Parsons en "Economía y Sociedad", toda su "Sociología de la vida económica" gira en torno a esta conceptualización del cambio social.

Como teoría abstracta del cambio, el modelo de diferenciación estructural es descrito por Smelser en su obra "Cambio Social en la Revolución Industrial" en los siguientes términos: "Cuando un rol social o una organización llega a ser arcaica bajo circunstancias históricas cambiantes,

(45) BELLAH, Robert N.: "Religions evolution" en American Sociological Review, Vol. 29, nº 3, Junio 1.964, pág. 361.

(46) Ibidem, pág. 374.

(47) MOORE, W.E.: "World modernization: The limits of convergence", op. cit., pág. 71.

se diferencia mediante una definida y específica secuencia de sucesos en dos o más roles u organizaciones que funcionan más efectivamente en las nuevas circunstancias históricas. Las nuevas unidades sociales son estructuralmente distintas de cada una de las otras, pero tomadas juntas son funcionalmente equivalentes a la unidad original". (48)

Profundizando más su modelo, elabora Smelser un tipo de cambio estructural en el que es posible señalar tres momentos del proceso, sin que su orden asuma el supuesto de la "precedencia causal en el cambio social" de ninguno de ellos. (49) El primer momento viene dado por la "diferenciación estructural" es decir, por el establecimiento de unidades sociales más especializadas y más autónomas", el segundo por "la integración" la cual "cambia su carácter a medida que el viejo orden social se hace obsoleto por el proceso de diferenciación", y finalmente, "las perturbaciones sociales", las cuales "reflejan los avances desiguales de la diferenciación e integración". (50)

Conceptualizado el proceso de cambio estructural como proceso de diferenciación-integración-perturbación, el desarrollo adquiere las características de un proceso total,

(48) SMELSER, Neil J.: "Social Change in the Industrial Revolution: An application of theory to the British Cotton Industry", Chicago: University of Chicago Press, 1.959, pág. 2.

(49) SMELSER, Neil J.: "Mechanisms of change and adjustment to change" en Jason L. Finkle and Richard W. Gable (eds.): "Political development and Social change", New York: John Wiley and Sons, Inc., 1.966, pág. 39.

(50) SMELSER, Neil J.: "Mechanisms of change and adjustment to change", op. cit. pág. 29. También en "The sociology of economic life" (2 nd edit.), Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall, Inc., 1.976, pág. 150.

en cierto modo conflictivo, por el que las distintas partes institucionales del sistema social, -economía, familia, religión, política, etc., se diversifican y especializan en un nuevo orden social más complejo e interdependiente.

(51)

Aunque Smelser describe el proceso en términos de las consecuencias estructurales del avance tecnológico, la comercialización agrícola, la urbanización y la industrialización, cuidadosamente señala que estos cambios estructurales no constituyen una "simple función de la industrialización" (52) Indica asimismo que su conceptualización del cambio estructural no da cuenta "de los determinantes del desarrollo económico mismo". (53) Según él, el proceso puede tener su origen en cualquier esfera del sistema social por causas internas o externas. Ahora bien, una vez iniciado en alguna de sus partes, dada la interdependencia funcional del sistema, el proceso de diferenciación integración-perturbación tiende a ramificarse extendiéndose a todo el conjunto de la vida social. Ello no implica, sin embargo, el supuesto de la convergencia de los sistemas sociales nacionales tras el proceso de modernización ya que las "fuentes de variación" nacionales imponen peculiaridades al proceso. (54)

(51) Cf. SMELSER, Neil J.: "The sociology of economic life" (2nd edit.), op. cit. págs. 150-164.

(52) Ibidem, pág. 159.

(53) SMELSER, Neil J.: "Mechanisms of change and adjustment to change", op. cit., pág. 39.

(54) Cf. Ibidem, págs. 29-31.

b) Los teóricos de la comunicación

Los medios de comunicación han constituido el segundo foco importante en torno al que los teóricos de la modernización, tanto sociólogos como científicos políticos, han examinado el proceso de cambio contemporáneo. El importante papel jugado por estos medios de comunicación en difundir la información y los valores considerados indispensables para el éxito de los programas de modernización, ha conducido a algunos autores (D. Lerner, L. Pye, Deutsch, I. de Sola Pool), a tratar de articular una teoría de la comunicación que dé cuenta de los procesos de cambio asociados a la modernización. El hecho de que la mayoría de estos se hallasen vinculados al MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts), donde el modelo cibernético había sido desarrollado por N. Wiener y sus asociados, da cuenta del origen particular de esta corriente.

Basados en el supuesto teórico de que "la modernidad es un sistema de comportamiento interactivo", (55) los teóricos de la comunicación intentan conceptualizar la totalidad de la vida social como un proceso de comunicación entre sus miembros. El modelo de comunicación es gráficamente expuesto por Lucian Pye en los siguientes términos:

".... la comunicación es la trama de la sociedad humana. La estructura de un sistema de comunicación con sus más

(55) LERNER, Daniel: "Toward a communication theory of modernization : A set of considerations" en PYE, Lucian W. (ed.): "Communications and Political Development", Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1.963, pág. 329.

o menos bien definidos canales es de algún modo el esqueleto del cuerpo social que lo envuelve. El contenido de la comunicación es, por supuesto, la propia sustancia de la interrelación humana. El flujo de las comunicaciones determina la dirección y la marcha del desarrollo social dinámico".

Y concluye señalando que: "por tanto, es posible analizar todos los procesos sociales en términos de estructura, contenido y flujo de las comunicaciones". (56)

La ventaja de este modelo, según el propio L. Pye radica en que permite estudiar bajo una misma perspectiva tanto los "problemas estructurales" de la sociedad como los "individuales" de sus miembros, es decir, las cuestiones relativas a sus "actitudes y valores". (57) Por ello se puede situar a esta corriente en una posición intermedia entre la perspectiva anterior de la diferenciación y la perspectiva individual que se expondrá a continuación.

El problema de la modernización de las nuevas naciones se convierte así en el problema del establecimiento de un adecuado sistema de comunicaciones. Si fueron éstas las que difundiendo la información y transmitiendo los nuevos valores y actitudes llevaron a cabo "el derribo de la sociedad tradicional", es claro que lo decisivo en determinar el éxito de la modernización de las nuevas naciones "será la creación de nuevos canales de comunicación y la aceptación del nuevo contenido de las comunicaciones". (58) Como cate-

(56) PYE, Lucian W. (ed.): "Communications and political development", op. cit., pág. 4.

(57) Ibidem, pág. 10.

(58) Ibidem, pág. 3.

góricamente afirma D. Lerner, la modernización sólo puede tener éxito, "sí, y sólo sí, una clarificante teoría y práctica de la comunicación son activadas". (59)

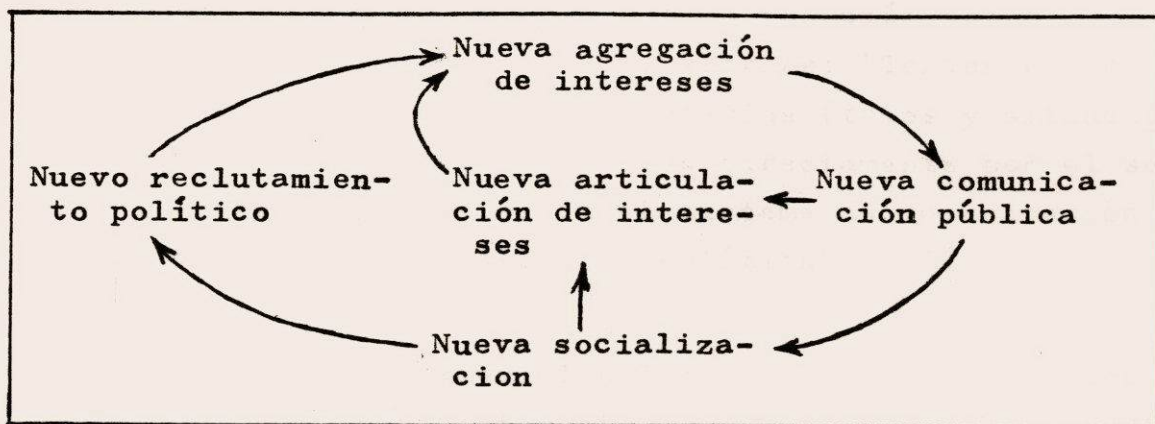
Desde esta perspectiva, el proceso de modernización de las nuevas naciones es contemplado en un doble nivel, el "internacional" y el "doméstico". (60) A nivel internacional, la modernización viene a ser un proceso de difusión de información, y valores y actitudes modernas desde los países desarrollados hacia los subdesarrollados y su aceptación por las élites de esos países, mientras que a nivel interno, la modernización constituye un proceso de diseminación y expansión de los nuevos contenidos, y consiguientemente de las nuevas aspiraciones, desde esas élites nacionales a la gran masa de la población de esos países. Todo ello exige la creación de una adecuada red de medios de comunicación en dichos países.

Paralelando el ciclo de crecimiento económico esquematizado por algunos economistas, Daniel Lerner ha intentado esbozar una teoría de la comunicación de la modernización en el siguiente modelo ideal. (61)

(59) LERNER, Daniel: "Toward a communication theory of modernization: A set of considerations", op. cit., pág. 335.

(60) PYE, Lucian W. (ed.): "Communications and political development", op. cit., pág. 9.

(61) LERNER, Daniel, Ibidem, pág. 348.



El proceso de modernización comienza, según Lerner, con la nueva comunicación pública, es decir, con la difusión de nuevas ideas e información, las cuáles, estimulando nuevos comportamientos, conducen a una nueva articulación de intereses, a la par activan nuevos modos de socialización. El segundo paso consiste en la transformación de los nuevos intereses privados en instituciones públicas. Para ello es necesario un nuevo reclutamiento político de las generaciones socializadas en los nuevos valores. De esta manera la nueva agregación de intereses en instituciones puede ser mantenida y desarrollada.

Este modelo ha sido particularmente utilizado en el estudio de los problemas relacionados con la modernización política de las nuevas naciones. Ello no tiene nada de extraño pues si, como indica L. Pye, "los dos problemas más generales y fundamentales en la modernización política son precisamente los de cambiar actitudes y reducir la distancia entre las élites gobernantes y las masas menos modernizadas", (62) es evidente que los medios de comunicación

(62) PYE, L. (ed.): "Communications and political development", op. cit.,pág. 13.

juegan ahí un papel decisivo. Es más, el problema del desarrollo político viene a ser el problema de la comunicación. Hasta tal punto es estrecha la relación entre comunicación y democracia que Lerner escribe: "Teniendo y expresando opiniones sobre tales materias (temas y situaciones que no han sido experimentadas directamente por el sujeto) la persona participa en el sistema de comunicación pública, así como en la decisión política". (63)

El problema fundamental del modelo radica, como los propios autores conscientemente indican, en que "la condición para la expansión de los medios de comunicación y con ellos la modernización y el desarrollo democrático" es precisamente "el desarrollo económico" de esos países. (64) Es decir que, por una parte, "los desarrollos en las comunicaciones son llevados a cabo por la evolución económica, social y política", mientras que, por otro lado, las comunicaciones "están entre los principales creadores y portadores de esa evolución". (65)

(63) LERNER, D.: "Toward a communication theory of modernization: A set of considerations", op. cit., pág. 343.

(64) Ibidem, pág. 335.

(65) SCHRAMM, Wilbur: "Communication development and the development process" en PYE, L. (ed.): "Communications and political development", op. cit., pág. 30.

c) Agentes y agencias del proceso de modernización

Indicados el marco general del análisis de la modernización, -el neo-funcionalismo-, señalados los puntos de partida, -la sociedad tradicional-, y de llegada, -la sociedad moderna-, y descrito el proceso de cambio de una a otra en términos de creciente diferenciación y/o comunicación, es necesario establecer las "agencias" y "agentes" que causan ese proceso de cambio, pues, como ya hemos indicado, sus máximos exponentes reconocen que ninguno de los modelos de por sí da cuenta de los orígenes del cambio.

Para dar una respuesta a este problema no basta con asignar un papel fundamental a los factores exógenos, -en definitiva, la difusión de la modernización desde su foco original, el occidente-, ya que, como hemos indicado, el proceso de cambio es un proceso esencialmente interno al sistema social. Por supuesto, el desarrollo o modernización de Occidente constituye para esta perspectiva un pre-requisito para la modernización de las todavía sociedades tradicionales.

Siendo el predominio de ciertos tipos de orientación de la acción la característica última que distingue a las sociedades modernas de las tradicionales, -lo que, en definitiva, posibilita y produce las diferentes manifestaciones institucionales de uno y otro tipo de sociedad-, es claro que el origen del proceso de cambio debe radicar en la transformación de la orientación de la acción de algún grupo social. Tal como lo ha planteado B. Hoselitz, la clave de la respuesta se halla en determinar, en primer lugar, las clases de conducta disidente de lo tradicional,

-las "agencias" podemos decir-, que tienen como consecuencia la transformación de un sistema dominado por el particularismo, la difusión funcional, la orientación egocéntrica de la élite y la adscripción, por otro dominado por otras orientaciones, y, en segundo lugar, el grupo de individuos, -los "agentes"-, que será capaz de llevar a cabo la conducta innovadora así como las condiciones de su surgimiento. (66)

Respecto el primer punto, aunque algunos autores, -especialmente los teóricos de la comunicación-, han insistido en el papel capital de los medios de comunicación de masas, y de la urbanización y educación, como agencias difusoras de los nuevos valores, éstas parecen suponer y requerir, como sus mismos exponentes indican, una cierta puesta en marcha del proceso de cambio económico. Por ello, y porque en definitiva la modernización requiere la industrialización, aunque ambos conceptos no se identifiquen plenamente, el centro de atención se dirige hacia los factores capaces de promoverla.

Aquí las respuestas, cuando no se exponen en términos de "condiciones" derivadas de particulares investigaciones empíricas, se adelantan en forma puramente hipotética en base a la experiencia extraída de determinados países hoy desarrollados. Así, a las agencias anteriormente citadas se añade ahora la importancia de la "monetarización" de la economía, (67) el "nacionalismo" como "instrumento ideoló-

(66) HOSELITZ, Bert: "Aspectos sociológicos del desarrollo económico", op. cit., pág. 42.

(67) MOORE, W.: "World modernization: The limits of convergence", op. cit., pág. 35.

gico", (68) la burocratización de los procedimientos gubernamentales y productivos", (69) la planificación gubernamental, (70) la comercialización de la agricultura, etc. etc., todo ello casi siempre sin ser enmarcado en un cuerpo teórico coherente.

En este sentido, es sin duda, B. Hoselitz quien más sistemáticamente ha intentado elaborar una teoría del desarrollo económico desde la perspectiva de la modernización, basado en la teoría de la desviación y en el concepto de marginalidad. (71) Este autor sugiere hipotéticamente que la clase de conducta disidente de la tradicional que llevará a cabo la transformación en los países en vías de desarrollo "es probable que proceda de los planes de progreso económico ya formulados y parcialmente en curso de ejecución" en ellos. (72)

Generalizando su interpretación del proceso de desarrollo capitalista occidental considera Hoselitz, también hipotéticamente, que el grupo capaz de llevar a cabo esta innovación debe ser una élite distinta a la tradicional. Así, escribe: "una reestructuración de las funciones de responsabilidad y autoridad exige el traspaso de este último po-

(68) HOSELITZ, B.: "Main concepts in the analysis of the social implications of technical change" en NESS, Gayl D. (ed.): The sociology of economic development: A reader", New York: Harper and Row Publishers, 1.970, pág. 20.

(69) Ibidem.

(70) HOSELITZ, B.: "Aspectos sociológicos del desarrollo económico", op. cit., pág. 43.

(71) Ver la obra ya citada: "Aspectos sociológicos del desarrollo económico", especialmente los capítulos 2 y 3.

(72) Ibidem, pág. 43.

der (el político) desde la élite que actualmente lo ejerce a otra diferente, así como la reorganización simultánea del sistema de categorías sociales, de forma que a los nuevos dirigentes económicos se les proporcione una influencia y un poder que por lo menos iguale a los del grupo precedente".(73) Los miembros de esta nueva élite dirigente no tienen por qué ser personas venidas del exterior, pueden ser nativos de esas poblaciones, "pero es probable", -añade Hoselitz-, que los miembros de esa clase dirigente ya hubiesen ocupado cargos de marginalidad étnica, lingüística o social en el sistema anterior. (74)

Aunque el común denominador en la determinación de los agentes del cambio lo constituye, para esta perspectiva, la especificación de las "élites" capaces de poner en marcha con su conducta innovadora el proceso de cambio que conduce a la disolución del "dualismo", en definitiva, a la modernización de las masas, no hay, sin embargo, acuerdo alguno sobre cuál debe ser este específico grupo. Mientras que se habla de los nuevos empresarios, o de los nuevos líderes económicos, se habla también de los nuevos líderes políticos, asumiendo la necesidad fundamental de la intervención directa e indirecta del Estado-, y no faltan tampoco quienes en este sentido asignan un papel modernizante clave a los militares. (75)

En resumen, pues, podemos decir que la perspectiva institucional de la modernización no ofrece un punto de vista teórico coherente sobre las causas del cambio en los sistemas sociales de los países subdesarrollados.

(73) HOSELITZ, B.: "Aspectos sociológicos del desarrollo económico", op. cit., pág. 44. Subrayado del autor.

(74) Ibidem.

(75) PYE, W.: "Armies in the process of political modernization" en FINKLE, Jason L. y GABLE, Richard W. (eds.), op. cit., págs. 379-385.

5.3.2.- La modernización desde la perspectiva
sicosocial

El hecho de que ni los teóricos de la diferenciación, ni los de la comunicación, -con quienes esta nueva perspectiva se halla más directamente conectada-, pudiesen ofrecer desde su perspectiva estructural una explicación del origen del proceso de desarrollo económico y de la modernización, ha inducido a algunos autores a buscar esta explicación en las especiales características psicológicas de algunos de los individuos que integran el sistema social.

A diferencia de las corrientes anteriores que adoptaban como punto de partida la perspectiva del sistema nacional, la nueva corriente sicosociológica se centra en el análisis del carácter de los individuos que lo componen. Su intento no va dirigido tanto a la descripción del proceso evolutivo social moderno cuanto al análisis de las actitudes y valores de los individuos que hacen posible y "explican" el surgimiento de ese proceso de desarrollo. En este sentido, su aportación pretende ser más una complementación, dando cuenta de los orígenes individuales del proceso, que una refutación de las teorías anteriores, sobre todo de las aportaciones de los teóricos de la comunicación en cuya tradición se sitúan.

Nombres como los de E. Hagen, D. McClelland, A. Inkeles y D. Smith figuran entre los más eminentes impulsores de esta nueva perspectiva que vamos a exponer. Su foco común radica en la pregunta por las características psicológicas, actitudes y valores, del hombre moderno bajo el su-

puesto de que "la difusión a través de la población de las cualidades del hombre moderno.... es la esencia del desarrollo nacional mismo". (76) Las diferencias entre sus enfoques particulares y entre los resultados y explicaciones ofrecidas son, sin embargo, lo suficientemente amplios como para imponernos una breve exposición separada de cada uno de ellos.

a) La retirada del respeto al status de un grupo

El punto de partida de la teoría de E. Hagen (77) lo constituye la dicotomía sociedad tradicional - sociedad moderna, caracterizadas por la presencia en cada una de ellas de un tipo de personalidad diferente, autoritaria o innovadora.

La sociedad tradicional se caracteriza por el tipo de "personalidad autoritaria, una estructura social autoritaria, y un ambiente físico percibido como amenazante y no controlable". (78) La personalidad autoritaria evita la ansiedad que produce el pensamiento independiente y la decisión creadora frente a nuevas situaciones mediante el recurso a la "tradicición" y a la "autoridad". (79) Sumiso y

(76) INKELES, Alex y SMITH, David H.: "Becoming modern: Individual change in six developing countries", Cambridge, Mass.: Harvard Univ. Press, 1.976, pág. 316.

(77) Un resumen de su más amplia obra aquí citada puede verse en FINKLE, Jason L. y GABLE, Richard W. (eds.), op. cit. capítulo 4, págs. 129-139. Asimismo en el Journal of Social Issues, 19, January, 1963 pp. 20-34.

(78) HAGEN, Everett E.: "On the theory of social change: How economic growth begins", Homewood, Ill.: The Dorsey Press, Inc., 1.962, pág. 175.

(79) Ibidem, págs. 72.73.

obediente a sus superiores exige la misma sumisión de sus subordinados. (80) De esta forma, la sociedad tradicional dominada por la personalidad autoritaria, tiende a perpetuar sus situación de estancamiento y atraso al no fomentar ni tolerar la respuesta innovadora y el cambio.

En contraste a la personalidad autoritaria, la personalidad innovadora es esencialmente una personalidad creativa, abierta a nuevas experiencias y con confianza en sus capacidades. Esta personalidad percibe el mundo como coherente, explicable y por tanto controlable. Busca soluciones nuevas a los problemas y posee un sentido de la responsabilidad y el deber que le lleva a buscar su consecución. Aunque la ansiedad no está ausente, ésta le conduce a buscar una mayor creatividad. (81) De esta forma, la sociedad dominada por la personalidad innovadora constituye un mundo en perpetuo cambio e innovación.

Ahora bien, si la sociedad tradicional es una sociedad que tiende a autoperpetuar su estado y reproducir el tipo de personalidad autoritaria, "¿qué influencias harán que un grupo emerja con necesidades, valores y conocimientos distintos" -se pregunta Hagen- que permitan romper esa situación?. Y su respuesta es: "la causa básica de tal cambio es la percepción por parte de los miembros de algún grupo social de que sus propósitos y valores en la vida no son respetados por grupos de la sociedad a quienes ellos respetan y cuyo aprecio ellos valoran", es decir, "la reti

(80) HAGEN, Everett E.: "On the theory of social change: How economic growth begins", Homewood, Ill.:The Dorsey Press, Inc., 1.962, pág. 98.

(81) Ibidem, págs. 88-95.

rada del respeto a su status". (82)

En la sociedad tradicional el status de cada grupo, su "identidad", es respetada por los demás grupos de tal forma que "para cada grupo no sólo su propio status sino la estructura de la sociedad como un todo es buena", (83) y, por tanto, no hay interés en cambiarla. En determinadas circunstancias puede producirse, sin embargo, una retirada del respeto al status de un grupo. Hagen tipifica exhaustivamente los casos de retirada del status en cuatro clases: "cambio en la estructura de poder", como es el caso del desplazamiento de una élite tradicional por otra; "derogación de la actividad institucionalizada sin cambio en la estructura de poder", como cuando los símbolos y creencias de un grupo subordinado son despreciados e incluso prohibidos por otro superior; "la contradicción entre los símbolos de status", fundamentalmente la inconsistencia entre el status económico y otros status; y finalmente, "la no aceptación del status esperando en la emigración a una nueva sociedad". (84)

En cualquier caso, la retirada del respeto al status de un grupo produce siempre frustración y resentimiento en ese grupo. Su descontento con el orden establecido y el resentimiento acumulado se van transmitiendo de generación en generación. Los efectos que esta situación va creando sobre la personalidad los describe Hagen mediante el modelo de la

(82) Ibidem, pág, 185.

(83) Ibidem, pág. 186.

(84) Ibidem, 187-193.

adaptación individual de Merton. (85) El resentimiento y la ansiedad producen cambios de personalidad en sucesivas generaciones: al "retraído" le sucederán el "ritualista" y el "innovador", dando lugar, finalmente, al "reformista", cuya personalidad es típica de la sociedad moderna.

Hagen, asumiendo que la personalidad adulta queda constituida en los primeros años de la infancia, atribuye a la educación dada por las mujeres de esos maridos "retraídos" y "débiles" a sus hijos varones, el factor decisivo en ese cambio de la personalidad. Ante el retraimiento y debilidad de sus maridos, las mujeres tratarán de educar a sus hijos en un clima de auto-confianza, inculcándoles el deseo de superar la situación y demostrar su valía. Con el tiempo, y en circunstancias favorables, los individuos creativos, viendo la "habilidad tecnológica" como un camino para la satisfacción de sus necesidades, orientarán hacia ella los valores de la nueva generación. Establecerán nuevos roles, retarán así a la élite tradicional, y surgirá el crecimiento económico. Ello requiere dos condiciones: en primer lugar, "que la movilidad social hacia arriba, por nuevos medios, sea posible" y, en segundo lugar, "que no sea posible la movilidad social hacia arriba por los canales tradicionales". (86)

En resumen, pues, el modelo de cambio hacia el crecimiento económico y más ampliamente el modelo de cambio social que Hagen presenta es, en sus propias palabras, "un modelo que acentúa la cadena de causación que va desde la

(85) Ibidem, pág. 193.

(86) Ibidem, pág. 242.

estructura social a través del comportamiento de los padres al ambiente de la niñez y luego desde el ambiente de la niñez a través de la personalidad al cambio social".

(87)

b) La necesidad de logro

En una línea similar a la de Hagen, D. McClelland intenta explicar el crecimiento económico de las naciones, -como él mismo expresa-, no en los "sucesos externos" de la Historia, sino en "los intereses psicológicos internos que a largo plazo determinan lo que sucede en la Historia". (88)

Generalizando la idea de Weber de que la Etica Protestante constituye un factor decisivo en el surgimiento del desarrollo económico occidental, intenta McClelland mostrar "que la hipótesis de Weber representa un caso especial de una relación más general", (89) la que existe entre una alta motivación de logro en los individuos de una nación y el desarrollo económico del país. (90)

Su tesis central, pues, establece que el desarrollo económico, en cualquier parte del mundo y en cualquier período

(87) Ibidem, págs. 8-9.

(88) McCLELLAND, David C.: "The achieving society", Princeton, N.J.: D. Van Nostrand Company, Inc., 1.961, pág. 105.

(89) Ibidem, pág. 57.

(90) Un resumen de su obra "The Achieving society" puede verse en McCLELLAND, D.: "The achievement motive in economic growth" en FINKLE, Jason L. y GABLE, Richard W. (eds.), op. cit., cap. 4, págs. 139-156.

do histórico, fué, y es, una consecuencia del aumento y extensión de la "necesidad de logro" (en adelante n Ach) entre sus miembros. Cuanto más alto y más extendido entre los individuos de una sociedad se halle el motivo del logro, más probable será el desarrollo económico de esa sociedad.

La prueba y explicación de esta ambiciosa tesis suponía confirmar, en primer lugar, la relación histórica y presente entre un alto nivel de n Ach y un rápido aumento del desarrollo económico de una sociedad, y, en segundo lugar, explicar el mecanismo mediante el que tal proceso tiene lugar. Con el fin de probar lo primero, McClelland y su equipo desarrollaron numerosas técnicas con las que analizaron y midieron la motivación de logro tanto en sociedades del pasado como en actuales, encontrando que "la evidencia empírica.... tomada como un todo tiende a apoyar la creencia de que la motivación de logro es un importante factor que afecta a la tasa de crecimiento económico". (91)

Si esta relación existe, se pregunta a continuación McClelland, "¿de qué forma específica un alto nivel de n logro resulta en un más rápido desarrollo económico?". Y su respuesta es: "la conexión es obviamente el empresario, el hombre que organiza la firma (la unidad de negocio) y/o aumenta su capacidad productiva". (92)

El hecho constatado de que los hombres de negocios obtuvieran puntuaciones en n Ach más altas que los dedica-

(91) McCLELLAND, D.: "The achieving society", op. cit., pág. 61.

(92) Ibidem, pág. 205.

dos a otras profesiones no constituye, sin más, una prueba de la secuencia causal alto n Ach - desarrollo económico, ya que bien pudiera el alto n Ach ser una consecuencia de la peculiar actividad empresarial. Para probar que tal secuencia es real, McClelland examina las características de los individuos con alto n Ach. Tales personas muestran, según él, un gran interés en hacer bien las cosas, y en mejorar la actuación en tareas de moderada dificultad, (93) prefieren la responsabilidad personal, (94) y buscan la innovación para mejorar su actuación. (95) Pues bien, estas cualidades se ajustan y corresponden a las de la tarea empresarial. Por eso, el aumento en la motivación de logro de una sociedad no afecta por igual a todas las ocupaciones sino especialmente a las relacionadas con los negocios, ya que los individuos con alto n Ach tienden a dedicarse a ellas en mayor medida. Del aumento en el número de individuos con alto n Ach dedicados a los negocios deduce McClelland el crecimiento económico.

Es importante notar que la "motivación de logro" no equivale a la "motivación del beneficio" según este autor. La n Ach significa, eso sí, interés en el dinero y el beneficio, pero no como un fin en sí mismo sino como "una medida de éxito". (96) Su teoría pretende trascender así los límites de la sociedad capitalista y extender su validez al desarrollo económico de los países comunistas. (97)

(93) Ibidem, pág. 216.

(94) Ibidem, pág. 230.

(95) Ibidem, pág. 225.

(96) Ibidem, pág. 237.

(97) Ibidem, pág. 253.

Una vez determinado el factor clave del desarrollo económico, el n Ach, (la n de Poder y la n de Afiliación no presentan correlaciones significativas con el desarrollo económico) la pregunta se dirige hacia las causas de las variaciones constatadas en el nivel de n Ach en diferentes sociedades y períodos históricos. La importancia de la respuesta radica en que de demostrarse la posibilidad de inocular o desarrollar ese "virus mental" se deriva la posibilidad de fomentar y acelerar el desarrollo económico.

McClelland cree que puesto que se trata de un motivo, el mecanismo de su inculcación y desarrollo reside en el aprendizaje, sobre todo, en la educación familiar durante la infancia. Así escribe: "... razonablemente altos standards de excelencia impuestos al tiempo en que los hijos puedan alcanzarlos, una disposición a dejarle alcanzarlos sin interferencia, y una satisfacción emocional real con sus logros sin sobreprotección e indulgencia" (98), parecen ser las mejores condiciones para el desarrollo de un alto motivo de logro. Ello no significa que esta motivación no pueda ser desarrollada durante la etapa adulta mediante un adecuado entrenamiento. Como el propio autor, en su obra "Motivando el logro económico", expresa tras exponer los diversos programas de entrenamiento llevados a cabo en la India por su equipo: "... la implicación más estimulante de los resultados de esta investigación es que los adultos aparentemente pueden ser cambiados bastante fácilmente por métodos educacionales directos". (99) El desarrollo econó-

(98) Ibidem, pág. 356.

(99) McCLELLAND, D. y WINTER, David G., et Alii: "Motivating economic achievement", New York: The Free Press, 1.971, pág. 350.

mico de los países atrasados para así a ser un fenómeno manipulable mediante adecuados programas educativos.

c) El síndrome de la modernidad

La obra de A. Inkeles y D. Smith se sitúa en una perspectiva similar a la de los dos autores anteriores, Hagen y McClelland, pero con un enfoque e interés diferente. Partiendo de que "una nación no es moderna a menos que su gente sea moderna", (100) estos autores dirigen su investigación hacia las actitudes, valores y comportamientos de ese hombre moderno, con la pretensión de "reenfocar los estudios del desarrollo nacional, poniendo al individuo, en particular al hombre común más que a la élite, más próximo al centro de atención". (101) En este sentido, su intención no es la de explicar el desarrollo económico mediante las peculiares características psicológicas de unos individuos sino, en primer lugar, construir una escala que permita medir la modernidad individual, -el "síndrome de modernidad"-, por encima de las diferencias culturales y del tiempo histórico, (102) y en segundo lugar, ofrecer una explicación del proceso de cambio "por el que la gente pasa de tener una personalidad tradicional a constituirse en personalidades modernas". (103)

. Mediante un minucioso estudio llevado a cabo en seis

(100) INKELES, Alex y SMITH, David H.: "Becoming modern: Individual change in six developing countries" Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1.976, pág. 9.

(101) Ibidem, pág. 8. El subrayado de los autores.

(102) Ibidem, pág. 292.

(103) Ibidem, pág. 5.

diferentes países (Nigeria, Bangladesh, India, Chile, Argentina e Israel) los autores descubren la existencia real de ese síndrome de modernidad, complejo y multidimensional, cuyas características esenciales están reflejadas en su "escala OM" ("Overall Modernity"), y que es por tanto susceptible de medición mediante ella. (104) Como ellos mismos subrayan: "la modernidad individual es verdaderamente un síndrome, una cualidad personal compleja y difusa manifiesta en actitudes, valores y comportamiento en numerosos campos de la acción social. Ningún elemento es indispensable. Ningún atributo simple de la persona ... puede quedar sólo como el indicador que representa el síndrome total". (105)

¿Cuáles son, pues, las características que tomadas conjuntamente definen esa modernidad individual? De su estudio empírico se deducen las siguientes: el deseo de información y participación ciudadana; valoración de la responsabilidad individual y del planeamiento, incluido el familiar; valoración de la educación y de la habilidad técnica; aspiración al mejoramiento económico; apertura al cambio social y a nuevas experiencias, incluidas las de la vida urbana y el empleo industrial; confianza en la eficacia humana y personal; libertad de sumisión a la autoridad tradicional y desarrollo de más amplias lealtades; y finalmente, respeto a la autonomía y derechos de las personas con status y poder inferiores, tales como las mujeres y los grupos minoritarios. (106) La presencia, o ausencia, en mayor o menor medida de este conjunto de cualidades en un in-

(104) En los apéndices A y B de la citada obra pueden verse los cuestionarios de las diferentes escalas de modernidad OM, escala completa o abreviada, elaboradas por los autores.

(105) Ibidem, pág. 109.

(106) Ibidem, págs. 108-109.

dividuo definen, pues, su grado de modernidad o, en su caso, de tradicionalidad.

Ahora bien, si como indican los autores "la difusión a través de la población de las cualidades del hombre moderno.... es la esencia del desarrollo nacional mismo", (107) es importante conocer los factores que provocan la difusión de ese síndrome a nivel nacional. Su respuesta es clara: ".... los hombres cambian bajo la influencia de las instituciones modernizantes, ... mediante la incorporación de las normas implícitas en tales organizaciones en su propia personalidad". (108) Es decir, a medida que un país adquiere y difunde más ampliamente las características "exteriores" de la modernidad, su población adquiere las características modernas "interiores" anteriormente señaladas, (109) lo que a su vez facilita el desarrollo institucional moderno posterior. Como ya había escrito anteriormente A. Inkeles, la transformación del hombre constituye, pues, tanto "un medio para el fin de un mayor crecimiento", como "uno de los grandes fines mismos del proceso de desarrollo". (110)

Si bien podemos decir, en general, que la sociedad mo-

(107) Ibidem, pág. 316.

(108) Ibidem, pág. 307.

(109) Esta afirmación no contradice, según Inkeles, los descubrimientos de Hagen y McClelland sino que los sitúa como "un caso especial de un modelo mucho más general. A. INKELES: "Understanding and misunderstanding individual modernity" en COSER, Lewis A. y LARSEN, Otto N. (eds.): "The uses of controversy in sociology", New York: The Free Press, 1.976, cap. 6, pág. 119.

(110) INKELES, A.: "The modernization of man" en Myron Weiner (ed.): "Modernization: The dynamics of growth", New York: Basic Books, Inc., pág. 138.

derna (industria a gran escala, intensamente urbanizada, transporte rápido, medios de comunicación de masas, organizaciones burocráticas racionales, educación y cultura de masas) estimula el desarrollo del tipo de hombre que su funcionamiento efectivo requiere, el grado de influencia de sus distintas instituciones sobre el individuo, no es, sin embargo, igual. Los autores descubren que la experiencia de trabajo en la fábrica constituye la gran "escuela efectiva de modernidad" en la que los adultos experimentan un mayor cambio personal. (111) No importa de qué tipo de empresa se trate, -grande o pequeña, moderna o tradicional, etc.-, lo que realmente determinan el cambio es el tiempo invertido por el trabajador en ella. (112) Efectos similares se detectan en el trabajo en organizaciones burocráticas y en las cooperativas agrícolas. (113) También la escuela, por supuesto, ejerce una poderosa influencia en el cambio individual, (114) mientras que, sorprendentemente, la exposición a un ambiente urbano, de por sí, contribuye muy poco (al menos en los países en desarrollo) a hacer al hombre moderno, (115) y el efecto de los medios de comunicación parece ajustarse mejor al modelo de retroalimentación. (116)

En resumen, pues, no sólo la personalidad del niño puede, mediante la educación escolar, ser cambiada, sino que

(111) Ibidem, pág. 174.

(112) Ibidem, pág. 190.

(113) Ibidem, pág. 208.

(114) Ibidem, pág. 143.

(115) Ibidem, págs. 226-7.

(116) Ibidem, pág. 52.

también la personalidad del hombre adulto puede ser sustancialmente transformada, y de hecho lo es, si entra en contacto suficiente con aquellas instituciones que inculcan modernidad en los hombres maduros. La razón por la que ambas, la escuela y la fábrica, ofrecen los mismos resultados hay que verla, según A. Inkeles, en que las dos "exponen a los individuos a ciertos principios comunes de organización, procedimientos para asignar poder y prestigio, modos de conceder recompensas y castigo, y aproximación al control del tiempo". (117)

(117) INKELES, A.: "Understanding and misunderstanding individual modernity", op. cit., pág. 122.

5.4.- CRITICA Y CONCLUSIONES

La exposición que acabamos de hacer de la teoría de la modernización ha supuesto, sin duda, una abstracción de los numerosos estudios particulares enumerados en esta corriente y una generalización de los elementos esenciales, paradigmáticos, que definen la perspectiva común desde la que los problemas del desarrollo social, particularmente de los países denominados subdesarrollados o en vías de desarrollo, son analizados. Es evidente, sin embargo, que bajo tal generalización se ocultan necesariamente diferencias entre los autores, no sólo metodológicas y de enfoque particular, sino incluso a veces de contenido teórico sustantivo, (algunas de las cuales han sido señaladas a lo largo de la exposición anterior).

Al intentar evaluar ahora la aportación de las teorías de la modernización mantendremos también nuestra crítica al mismo nivel de generalización sin descender al análisis concreto de las aportaciones particulares. Ello se justifica no sólo en base a los límites propuestos en este estudio, sino en el hecho suficientemente demostrado en la exposición anterior, de que los elementos paradigmáticos comunes que determinan lo problemático y su marco de estudio, superan las posibles divergencias entre los autores, y son los que en último término deben ser sometidos a una crítica radical.

Muchas, y desde distintos frentes, han sido las críticas dirigidas a esta fundamentalmente, aunque no exclusivamente, corriente sociológica americana. Ya en 1967,

R. Bendix criticaba el abuso y mal-interpretación que de la caracterización de las sociedades tradicionales y modernas en términos típico-ideales se hacía en muchos estudios, llamaba la atención sobre la confusión reinante en muchos estudios empíricos entre causas y consecuencias de la industrialización, y rechazaba el generalizado supuesto de la universalidad del proceso. (118) Progresivamente, y con el creciente influjo de las nuevas corrientes latinoamericanas, otros muchos se sumaban al coro de los críticos de la que se pensaba así misma como Sociología con status científico adulto. A las críticas de "ethnocentrismo" (119) y empirismo estéril, se añadían las que ponían de manifiesto el carácter "ideológico" de muchos supuestos, como la ausencia de una auténtica perspectiva internacional del proceso, etc..

Ninguna crítica ha tenido, sin embargo, un impacto tan demoledor, quizás por provenir de antiguos estudiosos de esta corriente, como la realizada por A. Gunder Frank e I. Wallerstein. El primero de ellos, en un duro ensayo titulado "La sociología del desarrollo y el subdesarrollo de la sociología", escrito en 1.967, confronta las diferentes teorías de la modernización con la realidad latinoamericana en la que trabaja, y concluye que esa sociología es: "empíricamente inválida cuando es confrontada con la realidad, teóricamente inadecuada en términos de sus propios standards científicos sociales clásicos, y políti-

(118) BENDIX, Reinhard: "Tradition and Modernity Reconsidered" en Comparative Studies in Society and History, Vol. IX, nº 3, Abril 1.967, págs. 292-346.

(119) Ver por ejemplo BERNSTEIN, Henry: "Modernization theory and the sociological study of development" en Journal of Development Studies 7, 1.970, págs. 141-160.

cos, y políticamente inefectiva para perseguir sus supuestas intenciones de promover el desarrollo de los países subdesarrollados". (120) El segundo, en un epitafio a la modernización, titulado "Modernización: Requiescat in pace", pondrá de manifiesto que "no vivimos en un mundo que se moderniza sino en un mundo capitalista", (121) y tras exponer la nueva perspectiva desde la que el problema del surgimiento y desarrollo del capitalismo debe ser analizada, concluirá diciendo: "Este es el tema de la modernización, si uno quiere usar semejante palabra sin contenido". (122)

La breve exposición de algunas de las críticas dirigidas a la perspectiva de la modernización ha puesto de manifiesto, cuando menos, la problematicidad de la conceptualización del desarrollo como modernización y la cuestionabilidad de su aplicación a los procesos de cambio de los países subdesarrollados.

Por nuestra parte, habiendo realizado ya la crítica teórica de los modelos de Parsons y Weber en capítulos anteriores, el interés crítico fundamental se centra en la revisión de las modificaciones que la corriente de la modernización introduce en estos modelos, de los que se dicen

(120) FRANK, Andre Gunder: "Sociology of development and underdevelopment of Sociology" en COCKROFT, D., FRANK, Andre G. y JOHNSON, Dale L.: "Dependence and underdevelopment: Latin America's political economy", New York: Anchor Books, 1972, cap.12, pág.321. Originalmente publicado bajo el mismo título en Catalyst, University of Buffalo, 1967, nº 3.

(121) WALLERSTEIN, Immanuel: "Modernization: Requiescat in pace" en COSER, Lewis A. y LARSEN, Otto N. (eds.): "The uses of controversy in sociology" New York: The Free Press, 1976, pág. 132. También publicado en WALLERSTEIN, I.: "The capitalist World-Economy: Essays", Cambridge University Press, 1979, cap. 7.

(122) Ibidem, pág. 133.

deudores, con el fin de ver si mediante ellas se superan las deficiencias en ellos encontradas.

Para ello examinaremos, en primer lugar, la validez de la caracterización de la dualidad sociedad moderna-sociedad tradicional, así como las consecuencias que la introducción de esta dicotomía tiene para el análisis estructural-funcional. En segundo lugar, consideraremos las que parecen ser dos interpretaciones de la racionalidad y sus efectos sobre la teorización del cambio. Finalmente, resumiremos los principales problemas y deficiencias que esta perspectiva presenta.

a) Sobre la validez de la dicotomía sociedad tradicional - moderna

El primer problema que la conceptualización de la dicotomía sociedad tradicional - sociedad moderna, es decir, de los estados previo y final del cambio, en términos típico-ideales de los conjuntos de variables-pauta Parsonianas, es su dudosa validez. Como ya ha sido puesto de manifiesto por diferentes autores, los dos tipos de sociedad a los que los teóricos de la modernización se refieren cuando hablan de sociedad moderna y tradicional parecen mostrar elementos de ambos conjuntos de acciones. Por otro lado, tales elementos parecen contribuir a la reproducción de ambos tipos de sociedades, todo lo cual limita enormemente el posible valor heurístico de las definiciones de tales sociedades en términos típico-ideales. En este sentido, al no haber conseguido caracterizar la situación antes -y- después, en términos de las diferencias esenciales entre los estados previo y final, debemos concluir que la teoría de la

modernización no ha superado, como pretende, las dicotomías clásicas. (123)

En segundo lugar, el hecho de que tales definiciones de la sociedad moderna y tradicional se asuman como dadas, y se abandone la teorización de los determinantes estructurales del surgimiento y cambio en los conjuntos de orientación de la acción, conduce a la investigación empírica a una mera descripción de las variaciones encontradas en diferentes momentos del proceso, sin que sea posible articular los diferentes resultados en un cuerpo teórico explicativo. Tal división entre acción y estructura en nada contribuye al desarrollo teórico de las limitaciones del modelo estructural-funcional Parsoniano.

Esta imposibilidad de explicar el proceso en términos de los propios determinantes estructurales del cambio conduce a tomar prestada una generalización extraída de una interpretación de los procesos de cambio ocurridos en las sociedades occidentales para aplicarla a las nuevas sociedades. En este sentido, la acusación, tantas veces dirigida a las teorías de la modernización, de "ethnocentrismo" o "Eurocentrismo" u "Occidentalismo", se halla plenamente justificada pero no sólo porque la teoría asuma que el resultado final del proceso de modernización de los países subdesarrollados conducirá a estas sociedades a presentar los rasgos de las sociedades occidentales, cosa no demostrada desde el momento en que la caracterización de los conjuntos

(123) Ver por ejemplo el estudio sobre la asignación de los puestos de trabajo en las sociedades modernas de WILENSKY, Harold L. y LAWRENCE, Anne T.: "Job Assignment in Modern Societies: A Re-examination of the Ascription - Achievement Hypothesis" en HAWLEY, Amos H.(ed): "Societal Growth", op. cit., págs. 202-248.

de orientación de la acción se separa de sus determinantes estructurales, sino por el supuesto de que los mecanismos explicativos son, en definitiva, los mismos. Para aclarar más este punto veamos lo que supone para el análisis estructural-funcional de estas sociedades, la introducción del principio de la racionalidad como explicativo de la direccionalidad del proceso.

b) Sobre el supuesto de la racionalidad

En el análisis crítico que anteriormente hacíamos del modelo teórico Parsoniano indicábamos cómo el supuesto de la racionalidad venía a otorgar la direccionalidad necesaria a su modelo evolutivo reforzando su carácter teleológico. Pues bien, el mismo problema volvemos a encontrar en los teóricos de la modernización que tratan de aplicar su modelo al estudio del proceso de desarrollo de las nuevas naciones. En cierta medida podríamos decir que ahora el problema es mayor, pues la racionalidad es definida en base a las características de las sociedades occidentales que se asume constituirán el estado final, la modernidad, de las restantes sociedades. De este modo, como ha indicado John G. Taylor: "el problema de nuevo viene a ser el de la evaluación empírica en base a una analogía ex-post-facto con las normas del cálculo del mercado históricamente requeridas por la industrialización capitalista". (124)

Esta definición de la racionalidad, en términos de medios adecuados "para alcanzar unas metas que no están e-

(124) TAYLOR, John G., op. cit., pág. 39.

llas mismas derivadas del cálculo racional", (125) es altamente problemática. Como le sucede a W. Moore en su obra "World Modernization", esta conceptualización conduce a inconsistencias que ponen de manifiesto el carácter prefijado del estado de racionalidad institucional al que se alude. Este autor, después de establecer las metas cuya consecución requiere, si la sociedad ha de denominarse moderna, la utilización de un comportamiento instrumental racional, indica que "el planeamiento es casi un sinónimo de acción racional". (126) Tal planeamiento sólo le parece admisible, sin embargo, a nivel individual, familiar o corporativo, y no a nivel nacional puesto que aquí "la implementación efectiva de los planes requiere el control por el estado de los procesos y metas intermedias que conducen a las metas finales", lo cual "disminuye seriamente la libertad". (127)

La inconsistencia de tal argumentación es evidente. Con el mismo argumento puede uno preguntarse si el planeamiento corporativo no ejerce el mismo control de los procesos y metas intermedias y no disminuye por tanto la libertad. No es mi pretensión aquí defender una u otra forma de racionalidad instrumental sino poner de manifiesto la imposibilidad en la práctica de separar medios y fines, e indicar que consecuentemente el supuesto de una determinada forma de racionalidad instrumental lleva aparejada el supuesto de una determinada racionalidad sustantiva. En el caso de los teóricos de la modernización la racionalidad así introducida refuerza el carácter ethnocéntrico de su

(125) MOORE, W.: "World modernization: The limits of convergence", op. cit., pág. 104.

(126) Ibidem, pág. 100.

(127) Ibidem.

conceptualización del proceso y resultado final.

Por otra parte, es preciso señalar que el abandono de la teorización de los determinantes estructurales de la acción en favor del análisis empírico de la descripción de los tipos de orientación de la acción conduce muchas veces a los teóricos de la modernización a centrar el problema de la racionalidad en el plano psicológico individual, asumiendo que la modernidad surge de determinadas características psicológicas de los individuos que orientan su conducta de forma particular. En este sentido hay que decir que, incluso si se acepta la importancia de determinados tipos de personalidad para la modernización de las nuevas naciones, el problema fundamental sigue siendo el de los determinantes estructurales. Por más individuos potencialmente aptos para ocupar roles innovadores que haya, ello no producirá ningún efecto sobre el desarrollo de un país a menos que cambios en la estructura económica del país permitan la creación de tales roles. El problema fundamental es, por tanto, estructural.

Tratando de salvar la brecha entre la perspectiva individual y los factores estructurales, uno de los aspectos en los que más ha insistido la teoría de la modernización es en la importancia de la educación formal en la promoción del desarrollo económico. Acentuando, por un lado, la cualidad de los recursos humanos y la importancia de las orientaciones y valores para el desarrollo económico, y señalando, por otro, el papel fundamental de la educación en influenciarlos, pretendía, en definitiva, ofrecer una explicación causal del desarrollo económico en términos de la influencia educativa.

Nadie niega, por supuesto, la importancia de la mano de obra educada y cualificada, e incluso se reconoce que, como tal, ello es una condición necesaria para el desarrollo. Hoy, sin embargo, tras más de dos décadas de muchas investigaciones sobre el tema, la insuficiencia de tal planteamiento aparece clara. No se puede discutir la relación entre educación y desarrollo sin tener en cuenta los lazos entre la estructura del sistema educativo y el carácter económico y social de las sociedades en las que se inserta. (128) En este sentido, los valores transmitidos por el sistema educativo pueden estar orientados a la modernidad tanto como a la tradición. Es más, se puede decir con toda propiedad que el sistema educativo refleja las estructuras socioeconómicas de las sociedades en las que opera, y tiende a perpetuar, reforzar y reproducir dichas estructuras. (129)

(128) Los primeros estudios comparativos establecían una relación positiva entre el nivel de educación en un país dado y el nivel de su desarrollo económico. Ver EDDING, F.: "Expenditure on education" en ROBINSON, E.A.G. and VAIZEY, J.E. (eds.): "The economics of education", London: Macmillan 1966, págs. 24-25. Pero el establecimiento de una correlación no equivale a una conexión causal. Tampoco basta establecer una relación entre la educación en un cierto momento y el desarrollo económico en un momento posterior. Ver PEASLEE, A.C.: "Primary, school enrolments and economic growth" en Comparative Education Review, 11, año 1967, págs. 57-67. Mientras no se mantengan constantes los niveles económicos previos, bien pudiera ser que el crecimiento económico posterior de estos países no fuera sino el resultado de su previo desarrollo económico, que ha afectado también al sistema educativo, más que el resultado de la educación por sí misma. Hoy puede afirmarse que la relación causal entre ambos dista mucho de haber sido demostrada. Ver FARREL, J.P.: "A reaction to the macroplanning of education", Comparative Education Review, 19, año 1.975, págs. 202-9.

(129) Para una más amplia exposición de los problemas relativos a la educación y el desarrollo en los países del Tercer Mundo, así como más abundante bibliografía sobre el tema, puede verse, TODARO Michael, op. cit., cap. 11.

c) Carácter ahistórico

Uno de los aspectos más duramente criticados de la modernización ha sido el carácter ahistórico mediante el que las generalizaciones sobre la transición y consecución de la modernidad, así como los mecanismos para ello, han sido elaborados. Paradójicamente, frente al cúmulo inmenso de investigaciones empíricas llevadas a cabo en países del Tercer mundo, la teoría de la modernización ha sido incapaz de explicar la situación de estos países y las razones estructurales de su limitado desarrollo capitalista. Como el propio W. Moore confesaba hace algunos años: "a pesar de la extensa literatura sobre este tema (la modernización), a la cual he contribuído mi parte, pienso que es justo decir que una sucinta y comprensiva teoría causal no existe". (130)

Una de las razones fundamentales de este fracaso consiste en el sistemático alejamiento de los procesos reales históricos que tanto los países desarrollados como subdesarrollados han experimentado desde el surgimiento del capitalismo en Europa. En este sentido, la elección de las fronteras político-nacionales como unidades de análisis de los procesos de transformación del sistema social, no hace sino exacerbar el carácter ahistórico del modelo Parsoniano.

Tal elección crea la ilusión, en el análisis comparativo, de la existencia de "etapas" por las que los diferenen

(130) MOORE, W.E.: "The singular and the plural: The social significance of industrialism reconsidered" en Nancy Hammond (ed.): "Social Science and the new societies: Problems in cross-cultural research and theory building", Michigan State University, 1.973, pág. 119.

tes países desarrollados han llegado a la meta común de la modernidad, lo cual, unido al supuesto de la repetibilidad del proceso, conduce a planteamientos políticos erróneos. Como ya ha sido puesto de manifiesto por A.G. Frank (131), y más recientemente por I. Wallerstein (con cuyos nombres se asocia el movimiento reciente de la Sociología del Desarrollo americana hacia una nueva perspectiva, aunque como veremos los orígenes de esta corriente se remontan a las teorías del imperialismo), la verdadera unidad de análisis para una teoría del desarrollo no la constituyen las actuales fronteras político-nacionales sino la economía-mundial capitalista. La unidad que se desarrolla, como se expondrá más adelante, es el "sistema mundial" en el que los distintos países se insertan.

En este sentido, una teoría del desarrollo que dé cuenta de los procesos históricos debe romper con la conceptualización dualista inherente a la teoría de la modernización. Dualismo expresado tanto a nivel internacional como interno a los países que se desarrollan.

d) En conclusión

Nuestra atención en la exposición y crítica de las teorías de la modernización ha estado centrada en el interés por descubrir si los nuevos elementos introducidos y los logros obtenidos ofrecían una superación de las deficiencias encontradas anteriormente en los modelos teóricos

(131) Ibidem, pág. 338.

generales en los que se enmarcan. En este sentido es preciso primero indicar que, pese a las constantes apelaciones a la obra Weberiana, el marco teórico en el que las teorías de la modernización se encuadran lo constituye el modelo estructural-funcional Parsoniano o, si se prefiere, la interpretación Parsoniana de Weber, y no propiamente la teorización Weberiana. Dicho esto, podemos concluir que las teorías de la modernización, en sus diferentes versiones, no consiguen superar las deficiencias explicativas encontradas en el modelo de Parsons. Más aún, en ciertos casos, la vuelta a una concepción social atomista dificulta todavía más la comprensión y explicación de los procesos de cambio social. (132)

Lo indicado no significa, por supuesto, rechazar como falsa cualquier aportación generada en esta perspectiva. En este sentido, el balance poco positivo concedido en esta crítica podría sin duda ser mejorado si consideramos algunas de sus contribuciones sobre todo en el aspecto descriptivo.

En cualquier caso, las dificultades expuestas parecen aconsejar el abandono del concepto de modernización y la búsqueda de nuevas perspectivas y modelos para el análisis del proceso de desarrollo histórico de los países

(132) Incluso desde un punto de vista empírico, es preciso concluir, como lo hace E. Etzioni concretizando esta perspectiva en la obra de McClelland, que: "Las conclusiones de McClelland deben por tanto ser aceptada (si es que lo son) por fe, más que por la fuerza de la evidencia empírica independiente". ETZIONI - HALEVY, Eva: "Social change. The advent and naturation of modern Society" London: Routledge and Kegan Paul, 1.981, pág. 79.

subdesarrollados, puesto que como ha puesto de manifies-
to un gran estudioso de los procesos de cambio económico,
-uniéndose al ya ingente número de los que así opinan-,
A. Gerschenkron: "El concepto de modernización(.....) es
altamente problemático y obstruye más que promueve la com-
prensión de los procesos de cambio económico. (133)

(133) GERSCHENKRON, A.: "Europecentrism and other horrors:
A review article" en Comparative Studies in Society and
History, Vol. 19, nº 1, Enero 1.977, pág. 111.

6.- EL DESARROLLO DESDE EL MARXISMO ORTODOXO

El desarrollo del marxismo en los años posteriores a la muerte de Marx (1.883) pone de manifiesto la posibilidad de interpretaciones diversas del pensamiento de Marx, así como la dificultad de derivar una praxis política del proletariado acorde con dicha teoría. Las disputas entre Kautsky, Lenin, Luxemburg, y muchos otros, -particularmente la polémica revisionista-, así como la división del movimiento socialdemócrata, son tan sólo algunos ejemplos de ello.

Si ampliamos la panorámica al casi un siglo transcurrido desde aquella fecha, la imagen del marxismo no resulta menos conflictiva. Los cambios habidos en el desarrollo capitalista con la culminación del proceso de expansión mundial, y el triunfo, primero en Rusia, y después en otros países, de las denominadas revoluciones proletarias, indujeron al marxismo a desarrollos posteriores que trataban de complementar los análisis de Marx.

El segundo hecho, el triunfo de la revolución bolchevique en Rusia, marca un hito fundamental en la historia del pensamiento marxista. No me refiero a la aportación original, y por supuesto discutible, de algunos de sus líderes, sino particularmente a la importancia que tal hecho tuvo en la creación de una ortodoxia oficial marxista. El marxismo soviético, con la autoridad que concede la experiencia de un estadio superior de desarrollo, ejerció una poderosa influencia sobre los intelectuales marxistas de la época.

Esto no significa que el marxismo quedara reducido al "oficial", evidentemente el desarrollo del marxismo, sobre todo entendido como una filosofía crítica, continuó ejerciendo la influencia iniciada en los años 20, en Europa Occidental, por pensadores como Korsch, Luckas, Gramsci, y la escuela crítica.

No es el propósito, sin embargo, de este trabajo el analizar los abatares y desigual desarrollo del marxismo durante su siglo largo de polémica existencia. Centrados únicamente en el problema de la conceptualización sociológica del desarrollo es preciso dedicar este breve capítulo al análisis crítico de la concepción del desarrollo ofrecida por ese marxismo al que hemos denominado "ortodoxo-oficial". La razón para ello es la enorme influencia que esta creación de una poderosa ortodoxia Marxista, -en la URSS y a través del movimiento comunista internacional-, tuvo sobre los pensadores marxistas tanto de los países avanzados como de los atrasados, y contra la que se alzaría el estallido renovador de los años 60.

Es preciso notar desde ahora que este marxismo oficial sólo indirectamente, mediante la teoría del imperialismo, se ocupa del análisis del proceso de desarrollo en los países atrasados. En este sentido, este marxismo, europeo de nacimiento, -el proletariado industrial de los países capitalistas avanzados era el agente revolucionario cuya misión histórica era derribar el capitalismo y construir una nueva sociedad sin clases-, comprometido en la lucha revolucionaria europea y preocupado por discernir la estrategia adecuada para ello, prestó escasa atención a los procesos de desarrollo en los países atrasados. En definitiva, como veremos, esta ortodoxia "que

reclamó ser una ciencia social.... no era más que, -en palabras de T. Bottomore-, un dogma político". (1)

En este capítulo tomaremos como punto de referencia para el análisis de esta concepción del desarrollo la visión que este marxismo oficial ofrece del mundo surgido de la Segunda Guerra Mundial. Evidentemente, tal criterio no responde a especiales contenidos teóricos de la época cuyos fundamentos hay que buscarlos en la "ideología del Leninismo" creada por Stalin durante varias décadas. Por ello, las referencias bibliográficas marxistas, directas o indirectas, en la presentación de esta interpretación no se limitarán a dicho período. Tal punto de partida, sólo tiene la finalidad de ofrecer una contraposición a las teorías de la modernización desarrolladas durante este mismo período de la postguerra desde una óptica liberal. Ello nos permitirá, a la par que ver las profundas diferencias existentes entre ellas, descubrir ciertos supuestos comunes que, a nuestro entender, invalidan las conclusiones obtenidas.

(1) BOTTOMORE, T.: "Marxist sociology", op. cit., pág. 30.

6.1.- MARCO GENERAL: EL MATERIALISMO HISTORICO COMO
FILOSOFIA DE LA HISTORIA

Hasta años relativamente recientes, -década de los 60-, a partir de la cual se produce una enorme revitalización de los estudios marxistas, la interpretación dominante en el ámbito marxista, -particularmente durante el período Staliniano-, del esquema de los diferentes modos de producción presentados por Marx en el "Prefacio" era la de que tales modos de producción correspondían a otras tantas sucesivas y superiores etapas de la historia de la humanidad.

Esta versión, emanada del marxismo "oficial", sobre todo ruso, interpretaba la teoría de Marx, el materialismo histórico, como una filosofía de la historia universal. Por supuesto que el apelativo de "Filosofía", reservado en ese pensamiento marxista para las interpretaciones rivales, sobre todo idealistas y subjetivistas, era rechazado ya que, aduciendo el descubrimiento por parte de Marx de las causas y mecanismo reales que rigen el desarrollo histórico, se hablaba en nombre de la "ciencia".

Según esta interpretación pretendidamente científica, la historia -que es una historia natural- se desarrolla en una forma unilineal desde las formas sociales más bajas hasta las superiores. El factor clave en este proceso evolutivo les corresponde a las fuerzas productivas cuya expansión agudiza su contradicción con las relaciones de producción y consiguientemente el conflicto y la lucha de clases. Mediante ésta, las formaciones sociales

avanzan desde la esclavitud al feudalismo y de éste al capitalismo. La destrucción de esta última etapa de la sociedad de clases dará comienzo a la verdadera historia de la humanidad, la de la sociedad sin clases. La historia es así, una historia de revoluciones graduales sacudidas periódicamente por revoluciones sociales violentas que marcan el nacimiento de etapas superiores.

Este esquema, difundido desde los textos soviéticos, no sólo consideraba las categorías lógico-analíticas de Marx, sus conceptos de modo de producción y formación social, como categorías histórico-cronológicas, sino que pretendía que todas las sociedades, todas las formaciones sociales concretas, habían pasado, -al parecer a aproximadamente el mismo tiempo-(2) por los mismos estadios. Como ejemplo de esta filosofía de la historia emanada del marxismo oficial soviético baste una cita del texto de 1.961, "Fundamentos del Marxismo-Leninismo". En él se dice:

"... todos los pueblos recorren lo que básicamente es el mismo camino... El desarrollo de la sociedad procede mediante la sucesiva sustitución, según leyes definidas, de una formación socio-económica por otra... la

(2) Por ejemplo, según el historiador soviético Y. Zubitsky el modo de producción esclavo debió cubrir toda la tierra: En su obra "A short History of Precapitalist Society" escribe lo siguiente: "los estados despóticos que poseían esclavos... fueron las formaciones estados más típicos del período histórico de la esclavitud, y estuvieron extendidas por Asia, Africa y América", citado por GANDI, Daniel R.: "Marx and History: From primitive society to the communist future", Austin: University of Texas Press, 1.979, pág. 4.

humanidad como un todo ha pasado por cuatro formaciones, comunal primitiva, esclava, feudal y capitalista y está ahora viviendo en la época de transición a la próxima formación, cuya primera fase se llama socialismo". (3)

Evidentemente, esta interpretación rígida de la historia, abrazada por el marxismo oficial durante el período Staliniano y que tanta esterilidad sembró sobre el pensamiento marxista durante esta época, acompañó a la obra de Marx desde el comienzo de su difusión. El propio Marx, a propósito del debate surgido en torno a la situación rusa y sus condiciones objetivas para la revolución socialista, protesta contra la interpretación rígida de su esquema hecha por Nikolai Mikhailowsky. Marx escribe: "El cree que debe metamorfosear absolutamente mi esbozo histórico de la génesis del capitalismo en Europa Occidental en una teoría histórico-filosófica del camino general que cada pueblo está destinado a pisar, cualesquiera que sean las circunstancias históricas en las que se encuentre". (4)

También Lenin, en 1.894, critica la afirmación de Mikhailowsky de que los marxistas ofrecieran un esquema histórico inmutable según el cual Rusia debería pasar por una etapa de desarrollo del capitalismo antes de al-

(3) KUUSINEN, Otto: "Fundamentals of Marxist-Leninism", Moscow: Foreign Languages Publishing House, 1.961, págs. 153-4.

(4) MARX-ENGELS WERKE, vol. 19, pág. 111, citado por GANDI, Daniel R. en op. cit. pág. 9.

canzar el socialismo. Lenin dice: "Ningún marxista ha argumentado nunca en ninguna parte que debe haber capitalismo en Rusia porque hubo capitalismo en el Oeste, y cosas así. Ningún marxista ha visto nunca la teoría de Marx como un esquema filosófico de la historia universalmente requerido, como algo más que una explicación de una formación socio-económica particular". (5) Sin embargo, es el propio Lenin quien al final de su vida, en 1.919, en su conferencia sobre "El Estado" a los estudiantes de la universidad de Sverdlov parece aceptar el esquema comunismo primitivo, esclavitud, feudalismo y capitalismo como "los grandes períodos en la historia de la humanidad". (6)

A la vista de ello, los historiadores soviéticos buscaron evidencias para probarlo y, ya en 1.938, J.V. Stalin consideró zanjada la cuestión. Así en su obra "Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética" presenta ya los cinco modos de producción como una secuencia universal para la humanidad. (7)

Por su parte, la China comunista, bajo una notable influencia soviética durante su primera época, también adaptó esta concepción de la historia. Ya en su Sexto Congreso del Partido, en 1.928 proclamaba que China había pasado las etapas del comunismo primitivo, la esclavitud y el feudalismo, y se encontraba, ya en el siglo 20, en un pe-

(5) LENIN, V.I.: "What the friends of the people are and How they fight the social-democrats" en "Collected Works" Vol. I (1.893-4), Moscow: Foreign Languages Publishing House, 1.960, pág. 192.

(6) LENIN, V.I.: "The State" en op. cit., Vol. 29, (Marzo-Agosto 1.919), pág. 477.

(7) STALIN, J.V.: "History of the Communist Party of the Soviet Union (Bolsheviks)", Toronto: Francis White, 1.939, cap. 4.

ríodo de transición del feudalismo al capitalismo. En este sentido, es interesante, el resumen que Mao Tse-Tung hace de la historia china en su obra de 1.939, "La revolución china y el partido comunista chino". Mao escribe así:

"Desarrollándose siguiendo las mismas líneas que muchas otras naciones del mundo, el pueblo chino experimentó muchos miles de años de vida en las comunas primitivas sin clases. Han pasado unos 4.000 años desde la caída de estas comunas primitivas y desde la transición a la sociedad de clases que tomó primero la forma de sociedad esclavista y luego de sociedad feudal... Esta sociedad feudal duró aproximadamente 3.000 años. (8) Y más adelante añade:

"Puesto que la sociedad feudal china había desarrollado una economía de mercancías y así llevaba dentro de sí misma la semilla del capitalismo, China se hubiera desarrollado por sí mismo, lentamente, en una sociedad capitalista incluso sin el impacto del capitalismo extranjero. La penetración del capitalismo extranjero aceleró este proceso". (9)

Curiosamente, ninguna referencia se hace en esta versión unilineal del proceso de desarrollo histórico ofrecida por el marxismo oficial, al modo de producción Asiático, concepto creado por Marx para caracterizar el desarrollo de algunas sociedades no europeas. Tal modo de producción

(8) MAO TSE-TUNG: "Chinese revolution and chinese communist party" en "Selected Works of Mao Tse-Tung", Vol. II, Peking: Foreign Languages Press, 1.967, págs. 306-7.

(9) MAO TSE-TUNG, op. cit., pág. 309.

queda eliminado como posible etapa histórica del desarrollo de formación social alguna y su contenido es asimilado dentro de las etapas esclavista o feudal.

Al parecer, el hecho de que Marx considerase que el modo de producción Asiático se hubiese extendido hasta Rusia, -aunque algunas veces tratara el despotismo zarista como una forma que llegó a ser semi-feudal en el siglo XVII-, así como las posibles semejanzas y continuidades que pudieran ser establecidas entre el despotismo oriental y el régimen instaurado por Stalin, no constituyeron motivos menores en la decisión de su eliminación. (10)

Antes de analizar las implicaciones que esta filosofía de la historia tiene para el análisis teórico-práctico del proceso de desarrollo -particularmente en lo que se refiere al origen, evolución y destrucción del capitalismo- es conveniente presentar, siquiera esquemáticamente, la visión que del desarrollo mundial contemporáneo ofrece este marxismo oficial. Ello nos permitirá poner de manifiesto, sobre la realidad histórica concreta, los falsos supuestos y las consecuencias erróneas que de esta concepción de etapas se derivan.

(10) A este respecto es interesante la obra de WITTFOGEL, Karl: "Oriental despotism", New Haven: Yale University Press, 1.957.

6.2.- LA VISION "OFICIAL" DEL MUNDO

Nos referimos en este apartado a la caracterización de los estados de desarrollo de los diferentes países del mundo, a partir de la Segunda Guerra Mundial, hecha por el marxismo oficial, sobre todo soviético, pero que por su influencia sobre el pensamiento marxista general trasciende sus límites. En este sentido, aunque su elaboración corresponde al período Staliniano rebasa las fronteras soviéticas y los límites temporales de este período.

Por otra parte, tal concepción es elaborada, como se verá más adelante, sobre la base de algunos de los elementos de la obra de Marx y sobre todo de Lenin.

Según esta visión, el mundo surgido de la Segunda Guerra Mundial aparece dividido en tres grandes grupos de países. Por una parte está el pequeño grupo de los países capitalistas avanzados que mantiene unas relaciones imperialistas con un segundo grupo constituido por un amplio número de colonias precapitalistas (fundamentalmente feudales), semicolonias y dependencias. Por otro lado se halla el bloque de países socialistas, encabezados por la URSS, constituido fundamentalmente por los países del Este europeo pero al que pronto se unirán China y las áreas liberadas de Korea, Vietnam, etc.

Implícita a esta caracterización del mundo contemporáneo está la consideración del desarrollo como un rígido proceso de etapas sucesivas por las que deben pasar cada una de las unidades, -las sociedades particulares que

constituyen entidades político-administrativas independientes, o con capacidad de serlo-, que componen el sistema mundial. Evidentemente, en tal proceso ascendente son las sociedades socialistas, particularmente la URSS, (11) las que ocupan el escalafón superior, mientras que las sociedades coloniales, sometidas al yugo imperialista como consecuencia del desarrollo del capitalismo en los países avanzados, permanecen en una etapa de desarrollo inferior, feudal o semifeudal.

Las perspectivas futuras que de esta concepción de etapas del desarrollo nacional deducían sus exponentes han sido claramente expresadas por los editores de Monthly Review en una recapitulación de sus posiciones, abiertamente anti-oficiales, con motivo del 25 aniversario de la fundación de la revista, en 1.974. Según éstos, la caracterización presentada por el marxismo oficial de la post-guerra y mantenida hasta la fecha, preveía:

En primer lugar, que "los países capitalistas estarían plagados de continuas y cada vez más intensas crisis y depresiones, originando una radicalización de sus clases trabajadoras".

En segundo lugar, que "los países precapitalistas serían el escenario de revoluciones burguesas respaldadas, y en algunos casos quizás incluso guiadas, por las clases trabajadoras; de ahí en adelante, seguirán el mismo camino

(11) A este respecto, ya en 1.936 Stalin declaraba que "no existen ya clases antagónicas" en la Unión Soviética. Citado por CAMERON, Kenneth Neil: "The Fallacy of the superstructure", Monthly Review, Vol. 31, nº 8, Enero 1.980, pág. 33.

que los países ya capitalistas". (12)

Finalmente, respecto a los países del bloque socialista, esta visión oficial aventuraba como resultado futuro un rápido desarrollo económico hasta alcanzar y rebasar a los países capitalistas avanzados, así como el progresivo incremento del número de países integrantes del bloque, dadas las cada vez más frecuentes revoluciones socialistas triunfantes. Estos países, una vez eliminadas las clases, "estarían libres de intereses y ambiciones nacionales conflictivas y tendrían todo el incentivo para unirse en una cooperación económica cada vez más cercana y en una eventual unión política. El final de este período histórico estaría, por tanto, marcado por la formación de un estado socialista mundial. Tras ello vendría el período de la transición del socialismo al comunismo a escala mundial". (13)

La historia mundial, de las últimas décadas se ha encargado de desmentir tan optimistas previsiones. Las clases trabajadoras no parecen haberse radicalizado en los países de capitalismo avanzado, los partidos comunistas de los países subdesarrollados esperaron en vano las revoluciones democrático-burguesas que permitieran crear las condiciones objetivas para su transición al socialismo, y el modelo de desarrollo soviético perdió su atractivo al menos para una parte de los grupos y pueblos que luchan por la transformación de sus sociedades, a la par que sus relaciones con otros países del bloque socialista eran considera-

(12) SWEEZY, Paul y MAGDOFF, Harry: "Twenty-five eventful years", Monthly Review, Vol. 26, nº 2, June 1.974, pág.2.

(13) Ibidem, pág. 2.

das por algunos de sus miembros como "imperialistas".
(14)

Evidentemente, a todo ello, los defensores de esta concepción podrán oponer el indudable progreso habido en los países del bloque socialista, la consolidación de la Unión Soviética como potencia mundial, el éxito de los movimientos de liberación colonial en el mundo, así como de ciertas revoluciones socialistas. Y por encima de todo, siempre será posible aducir el desarrollo de determinadas tendencias históricas, la aparición de nuevos elementos, que "expliquen" el fallo de ciertas anticipaciones.

No es, sin embargo, en el terreno de la acción política, ni en el de sus previsiones, donde deseamos discutir el valor de la conceptualización del desarrollo elaborado por el marxismo oficial. (15) Convencidos de que los fallos en las previsiones revelan defectos de planteamiento, es preciso poner de manifiesto los errores teóricos que esta interpretación del marxismo conlleva. No se trata de ocultar la realidad para descubrir y dar cuen

(14) China tras su ruptura con la URSS ha acusado a ésta, como indica I. Wallerstein, de practicar el "imperialismo social". En WALLERSTEIN, Immanuel: "Imperialism and development", cap. 2 de Albert Bergesen (ed.): "Studies of the Modern World-System", Academic Press, Inc., 1.980, pág. 19.

(15) Es cierto, como indica Harry Braverman, que dada la naturaleza de la teoría marxista, los éxitos y los fracasos "han sido juzgados por standards muy diferentes de los del mundo académico. Han sido juzgados en la arena de la acción política. Y desde este punto de vista, el marxismo como teoría del cambio revolucionario ha estado en condición de crisis extrema durante un número de décadas", BRAVERMAN, Harry: "Looking backward and forward", Monthly Review, Vol. 26, nº 2, June 1.974, pág. 40.

ta de las apariencias, sino de profundizar en el conocimiento de la realidad para explicar lo que aparece. Por eso, antes de criticar la interpretación del pensamiento de Marx implícita en esta visión oficial es preciso poner de manifiesto los supuestos que esta interpretación conlleva acerca del desarrollo del capitalismo y su transformación.

6.3.- EL DESARROLLO NACIONAL: LA CONCEPCION DE ETAPAS

El cuadro del desarrollo mundial ofrecido por el marxismo oficial presenta una visión del mundo en la que coexisten diferentes países en diferentes estadios de desarrollo. Por un lado están las formaciones sociales capitalistas y las formaciones sociales precapitalistas constituyendo un sistema económico mundial dominado por unas relaciones imperialistas. Por otro lado se halla el bloque de países socialistas, con diversos grados o en diversas fases de desarrollo interno en el proceso de construcción del socialismo, constituyendo un sistema socialista, -cualitativamente diferente al anterior-, en el que la cooperación y la solidaridad internacional constituyen el eje de sus relaciones.

Implícitos en tal representación hay dos supuestos que han constituido la fuente de numerosos errores y falsos problemas. En primer lugar, el supuesto de que el desarrollo tiene lugar a través de etapas universales y necesarias, y en segundo lugar, el supuesto de que tales etapas tienen lugar en las sociedades nacionales. Dicho brevemente y agrupando ambos en una proposición que correspon

dería al análisis oficial de la situación contemporánea: las unidades que "naturalmente" experimentan la transformación de sociedades precapitalistas feudales en capitalistas primero, y posteriormente en socialistas, son las sociedades nacionales. (16)

Es importante esclarecer, antes de criticar tales supuestos, las implicaciones que la proposición anterior conlleva, tanto para el análisis del desarrollo histórico capitalista, como para el análisis del denominado período de construcción del socialismo.

6.3.1.- El desarrollo del capitalismo

En el análisis que Marx realizó de la transición del modo de producción feudal al capitalista, puso de manifiesto tanto la importancia de los "Grandes Descubrimientos" que facilitaron la acumulación de capital y ampliaron el mercado, como la disolución de las relaciones feudales que posibilitaron la aparición del proletariado. Todo ello aceleró la producción manufacturera cuya dinámica desembocó en el desarrollo industrial. Este proceso tuvo lugar en una formación social, la europea, y no en un país concreto particular.

(16) Todo según el modelo dialéctico elaborado por Marx para el análisis del surgimiento y desarrollo del capitalismo europeo, pero al que se ha despojado de su orientación temporal y de su unidad de análisis.

Contra esto, asumir que la unidad de análisis del proceso de desarrollo capitalista lo constituyen los estados-nación implica suponer que el proceso de transición del feudalismo al capitalismo tiene lugar en diferentes momentos históricos según países. Respecto a la transición original y única Europea, el intento de determinación de tales momentos supone la reificación de lo que constituye un proceso histórico global, no susceptible tampoco de localización temporal fija.

Hablar por otra parte, de sucesivos surgimientos de capitalismo nacionales en otras tantas partes del mundo supone negar la evidencia histórica de que el capitalismo es un producto único de las peculiaridades históricas del desarrollo europeo. Hablar de "transiciones" al capitalismo, como ha puesto de manifiesto I. Wallerstein, (17) supone confundir lo que fue la "transición" única a un capitalismo mundial, con las sucesivas "incorporaciones" de nuevos territorios y poblaciones a ese único sistema mundial. Ello sólo puede hacerse negando los mecanismos que operan en ese proceso de desarrollo del capitalismo.

El resultado de esta visión es la representación de un sistema capitalista como un conjunto o agregado de estados capitalistas, unidos, eso sí, por relaciones inter-

(17) WALLERSTEIN, Immanuel: "From feudalism to capitalism: transition or transitions?" Social Forces, 55: 2 Diciembre 1.976, págs. 273-83. También publicado en I. Wallerstein: "The Capitalist World-Economy: Essays", Cambridge University Press and Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1.979, cap. 8, págs. 138-151.

dependientes y hasta desiguales, (18) en el que las contradicciones y conflictos fundamentales operan a nivel de esta dos particulares. Claro que si las previsiones llevadas a cabo en base al análisis "interior" fallan siempre es posible echar mano de las relaciones "exteriores" para dar cuenta de ello.

Esto es lo que parece haber hecho esta interpretación del desarrollo capitalista. Concebida fundamentalmente como una teoría para dar cuenta de los procesos interiores de los países capitalistas avanzados, se vió forzada, ante el retraso en el cumplimiento de las expectativas revolucionarias en ellos, a traer a escena la situación de los países atrasados. Ello, en definitiva, no porque tal situación fuera en sí mismo importante, sino como una explicación de los desarrollos habidos en el capitalismo avanzado. Es aquí donde el recurso al "imperialismo", o sus variantes, "sub-imperialismo", "neo-imperialismo", etc., tiene lugar. El entronque con la interpretación Leninista del fenómeno del imperialismo es clara. Por el influjo que el paradigma Leninista ha tenido en la interpretación del subdesarrollo actual, expondremos a continuación sus principales ideas.

(18) Un ejemplo claro de esta concepción lo constituye el artículo de WARREN, Bill: "Imperialism and capitalist industrialization", New Left Review nº 81, Set-Oct. 1.973, págs. 3-44.

6.3.2.- La fase imperialista

Utilizando la obra del liberal Inglés J.A. Hobson, "Imperialism: A study" (1.902), "con todo el cuidado que, en mi opinión, este trabajo merece", -según sus propias palabras-, (19) elabora Lenin su teoría del imperialismo como fase superior del desarrollo del capitalismo.

Aunque escrita fundamentalmente para explicar la guerra de 1.914-18, Lenin se refiere en esta obra al Imperialismo como una nueva fase del desarrollo del capitalismo (como el propio título de su obra indica), es decir, como una etapa en la que a pesar de la aparente continuidad dentro del sistema capitalista se producen cambios de naturaleza cualitativa. Como él mismo escribe: "El Imperialismo surgió como el desarrollo y continuación directa de los atributos fundamentales del capitalismo en general. Pero el capitalismo únicamente llegó a ser imperialismo capitalista en una definida y muy alta etapa de su desarrollo". (20)

Tal consideración no significa, por supuesto, negar la existencia anterior de una política colonial imperialista, sino afirmar que "la política colonial del capitalismo en sus etapas previas es esencialmente diferente de la política colonial del capital financiero". (21) Es precisamente

(19) LENIN, V.I.: "Preface to the Russian Edition" de la obra "Imperialism: The highest stage of capitalisms", New York: International Publishers, 1.939, pág. 7.

(20) LENIN, V.I.: "Imperialism: The highest stage of capitalism", op. cit., pág. 88.

(21) Ibidem, pág. 82. Subrayado del autor.

el surgimiento y desarrollo de este capital financiero lo que conduce al capitalismo a esta nueva fase.

Según Lenin, el surgimiento de los monopolios que destruyen la competencia conduce a la concentración del capital y al dominio total de éste sobre la producción. Esta dominación del capital financiero que no encuentra "inversión beneficiosa" en los países avanzados, "debido al estado de atraso de la agricultura y a la situación de empobrecimiento de las masas", (22) junto con la creciente necesidad de materias primas, (23) fuerzan una política de adquisición colonial y exportación de capitales.

Lenin sintetiza las características económicas esenciales de esta fase imperialista en los siguientes puntos:

"1) La concentración de la producción y del capital se desarrolló tan altamente que creó los monopolios, los cuales juegan un papel decisivo en la vida económica.

2) La fusión del capital bancario con el capital industrial, y la creación sobre la base de este capital financiero, de una oligarquía financiera.

3) La exportación de capital, que ha llegado a ser tan extremadamente importante, como distinta de la exportación de mercancías.

4) La formación de monopolios capitalistas internacio-

(22) Ibidem, pág. 63.

(23) Ibidem, pág. 82.

nales que comparten el mundo entre ellos mismos.

5) Se completa la división territorial del mundo entero entre los más grandes poderes capitalistas". (24)

El desarrollo de esta fase imperialista tiene consecuencias económicas y sociales importantes, según Lenin. La primera y más evidente es la "intensificación extrema de los antagonismos existentes" entre los países imperialistas quienes, ante la imposibilidad de establecer alianzas durables, se ven abocados a la guerra interimperialista. (25) No menos importantes son, sin embargo, los cambios "interiores" que la nueva fase acarrea. En los países imperialistas, la política colonial, "merced a los grandes beneficios obtenidos-", "crea la posibilidad económica de corromper a los estratos altos del proletariado", (26) lo cual, cuando es efectivamente practicado, tiende "a dividir a los trabajadores, a estimular el oportunismo entre ellos y a causar un decline temporal en el movimiento de la clase trabajadora". (27) Los países coloniales por su parte, pese a la explotación a la que se ven sometidos, ven acelerado el desarrollo del capitalismo en su interior en virtud de la exportación de capitales desde los países avanzados. (28)

(24) Ibidem, pág. 89.

(25) Ibidem, págs. 119-120.

(26) Ibidem, pág. 104.

(27) Ibidem, pág. 106.

(28) Ibidem, pág. 65. Según esto, sólo parcialmente puede afirmarse, como lo hace B. Warren, que fué el propio Lenin "quien inició el proceso ideológico a través del cual fue borrado del Marxismo el punto de vista de que el capitalismo podía ser un instrumento de avance social en las sociedada

El resultado de todo ello es un crecimiento mucho más rápido que antes del sistema capitalista como un todo. Crecimiento, sin embargo, cada vez más desigual no sólo entre los países imperialistas y sus colonias, sino incluso entre los primeros y que se manifiesta "en la decadencia de los países que son más ricos en capital (tal como Inglaterra)". (29)

En definitiva, los monopolios, la oligarquía financiera, la lucha por la dominación, la explotación de un creciente número de pequeñas y débiles naciones, fuerzan a Lenin a definir el imperialismo capitalista como "capitalismo parasitario o decadente", (30) y también, como "capitalismo en transición o, más precisamente, capitalismo moribundo". (31) Ello no significa el anuncio de su muerte inminente, (32) ya que "puede continuar en un estado de

des precapitalistas". Ver WARREN, Bill: "Imperialism: Pioneer of capitalism" (ed. por John Sender), Londo: NLB, 1980, págs. 7-8. De hecho, este autor, reivindicando una más auténtica aproximación al problema del subdesarrollo y el desarrollo según el pensamiento de Marx, no hace sino repetir en sus recientes estudios la perspectiva ortodoxa -oficial que estamos exponiendo. Para ello aporta una serie de datos empíricos de cuya certeza no dudamos, pero cuya validez interpretativa descansa en los supuestos que criticamos.

(29) Ibidem, pág. 125.

(30) Ibidem, pág. 124.

(31) Ibidem, pág. 126.

(32) La mayoría de los marxistas han interpretado esta obra de Lenin, a causa de su título, como una descripción de la "última" etapa del capitalismo. KENNETH J. TARBUCK por el contrario, basado en el tentativo título dado por Lenin al borrador original de este libro y que reza: "Características Principales del Moderno (Reciente Etapa del) Capitalismo", señala que "Lenin no intentó que su libro fuera tomado como la última palabra sobre la materia, ni que la fase del desarrollo que él esquematiza fuera la última del capitalismo". TARBUCK, Kenneth J. (ed. e introd.): "Rosa Luxemburg: The accumulation of capital-An anticritique and Nikolai I. Bukharin: Imperialism and the accumulation of capital", New York: Monthly Review Press, 1.972, "Introduction", nota a pie de la página 36.

decadencia durante un período bastante largo", aunque sí pone de manifiesto la inevitabilidad de su destrucción en virtud de la creciente contradicción que implica la "socialización de la producción", cada vez mayor en esta fase, y el mantenimiento de las "relaciones de propiedad privadas". (33)

Esta caracterización del Imperialismo como una "nueva fase" histórica del desarrollo del capitalismo, permite al marxismo oficial, particularmente a la ideología del Leninismo elaborada en el período Staliniano, explicar la situación de los países capitalistas avanzados. Como indica A. Foster-Carter: "el quietismo de los trabajadores occidentales requería la teoría de la aristocracia del trabajo, la cual, a cambio, requería las colonias. El nuevo mundo era traído para rectificar el equilibrio del viejo, y por ningún otro propósito". (34)

La conclusión política de todo ello es la necesidad de las clases trabajadoras de oponerse al imperialismo. En los países Imperialistas, porque al responder el imperialismo a los intereses de la clase capitalista, -y dada la contradicción de intereses entre ambas-, en nada beneficia a los intereses históricos del proletariado. En los países coloniales, donde es necesario desarrollar, -previamente a la revolución proletaria-, una revolución democrático-burguesa que posibilite las condiciones para la futura etapa socialista, los distintos intereses de clase del proleta-

(33) Ibidem, pág. 127.

(34) FOSTER-CARTER, Aidan: "Neo-marxist approaches to development and underdevelopment" en DE KADT, Emmanuel y WILLIAMS, Gavin (eds.): "Sociology and development", London: Tavistock Publications, 1.974, pág. 73.

riado convergen con los de la burguesía en la lucha por la liberación nacional del imperialismo.

Mao Tse-Tung, adoptando esta visión de "etapas" nacionales, en 1.939 y antes de su ruptura con el pensamiento oficial de la Unión Soviética, considera que el progreso de la revolución socialista "sólo puede ser llevado a cabo después de que el primero [el proceso de revolución democrática] ha sido completado". (35) De ahí que, según el mismo Mao, dadas las características feudales de China, la revolución en aquella etapa tuviera un carácter democrático-burgués contra el imperialismo y los señores feudales y no socialista proletaria, (36) aunque su meta última fuera ésta última. Por eso Mao prevee que "un cierto grado de desarrollo capitalista será un resultado inevitable de la victoria de la revolución democrática en una China atrasada económicamente". (37)

No son menos problemáticas que la conceptualización de las fases o etapas del desarrollo del capitalismo, algunas de las ideas que el marxismo oficial expone acerca del período de transición al socialismo y que expondremos a continuación.

(35) MAO TSE-TUNG, op. cit., págs. 330-31.

(36) Ibidem, pág. 336.

(37) Ibidem, pág. 329.

6.3.3.- La transición al socialismo.

El problema de la transición del capitalismo a una nueva forma de sociedad, a un nuevo modo de producción, ha suscitado siempre un amplio debate entre los pensadores marxistas.

Marx centró su análisis en la contradicción inherente al gran desarrollo de las fuerzas productivas (inmenso desarrollo de los medios de producción y socialización del trabajo) creado por el capitalismo, y el mantenimiento de unas relaciones de producción limitadoras e inadecuadas para su desarrollo posterior. En base a su análisis vaticinó la necesidad e inevitabilidad de la destrucción del modo de producción capitalista, y el nacimiento de un nuevo modo de producción, gestado en su interior: el comunista. Expuso la necesidad de la revolución proletaria, pero poco dijo acerca del período-revolucionario.

Correspondió a Lenin una elaboración explícita de la teoría de la dictadura del proletariado (en "El estado y la Revolución") poco antes de la toma del poder por los bolcheviques, así como el inicio de la puesta en práctica de la política de transformación en Rusia.

El amplio debate surgido en torno al problema de la transición estuvo centrado en la teoría del "socialismo en un país" a la que los partidarios de la "revolución permanente" y su "teoría de la ofensiva bajo todas condiciones" se oponían. No es mi intención desarrollar aquí los contenidos y supuestos de tales posiciones sino poner de manifiesto la complejidad del problema, la posibilidad de dife-

rentes interpretaciones en torno a la exposición de Marx, y las implicaciones que la perspectiva nacional y la conceptualización de etapas tiene para el análisis del proceso de desarrollo.

El debate en torno a la transición condujo conceptualmente a la distinción entre dos etapas del desarrollo histórico, la socialista, realizable en el presente, y la comunista, en el futuro. (38) La primera realizable en un sólo país (39), mientras que la segunda requeriría la transformación a escala mundial. (40)

Según N. Bukharin, (41) la construcción del socialismo

(38) BUKHARIN, Nikolai I.: "Economics of the transformation period (with Lenin's critical remarks)", New York: Bergman Publishers, Inc., 1.971, páginas: 170-173.

(39) Ibidem, pág. 167.

(40) Ibidem, pág. 173.

(41) BUKHARIN, Nikolai I. es considerado por Lenin -según escribe en su testamento- "el teórico más valioso y más importante del Partido" aunque críticamente apostilla que "creo que nunca entendió completamente la dialéctica", citado en "Lenin's Remarks", obra anterior pág. 211. A este respecto es preciso notar que, aunque con algunas reservas acerca de la metodología y terminología empleada en la obra "The economics of the transformación period", escrita en 1.920, Lenin está de acuerdo en todos los problemas fundamentales de la economía del estado revolucionario planteados por Bukharin. Aunque, de hecho, el programa de reconstrucción económica, "NEP", anunciado por Lenin poco más tarde, constituye el abandono de la mayoría de las características que, según Bukharin, son fundamentales para la transición al socialismo, particularmente la restauración del sistema salarial, ello no fue considerado por Lenin como una invalidación del contenido teórico del libro, ya que el NEP se planteó como una medida temporal causada principalmente por las derrotas de todos los intentos revolucionarios en la Europa de la post-guerra. Por otra parte, aunque de hecho la obra fue utilizada como base teórica por los adversarios del "socialismo en un sólo país" (contra quienes Lenin dirigió

requiere "la toma revolucionaria del poder por el proletariado y la revolución en el modo de producción". (42) Bajo la dictadura del proletariado es posible llevar a cabo el proceso revolucionario, "ideológico", "político", "económico" y "tecnológico" (43) que ese cambio requiere. La simple toma del poder no significa evidentemente la realización del proceso revolucionario.

Es más, según Bukharin, puede establecerse como "principio universal" que a nivel mundial "la velocidad del asalto de la revolución se halla en proporción inversa a la maduración de las relaciones capitalistas" (44) es decir, la toma del poder político por el proletariado es más fácil en aquellos "sistemas parciales" con más bajo nivel de desarrollo capitalista. Ello en definitiva dificulta la tarea de culminación del proceso revolucionario (como es el caso de Rusia) puesto que "la centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo" que constituyen la "base del nuevo modo de producción" "florecen al mismo tiempo, con y dentro del modo de producción capitalista". (45) De ahí que sea necesario en estos países de capitalismo no avanzado donde ha triunfado la revolución proletaria un período de "acumulación primitiva socialista", basado en "la

su "Left-Wing Communism-an Infantile Disorder"), es de notar que Bukharin rechazó tal interpretación (ver el "Prefacio" a la edición alemana de 1.921, en la obra citada págs. 202-3) y Lenin tampoco la consideró así. De hecho, hasta la introducción de los planes quinquenales en 1.928, que coinciden con la caída de Bukharin como líder del Comintern la obra fue considerada como una gran aportación teórica cercana en importancia a "El estado y la Revolución" de Lenin.

(42) Ibidem, pág. 167.

(43) Ibidem, págs. 70-1.

(44) Ibidem, pág. 167.

(45) Ibidem, pág. 62.

movilización de la fuerza productiva viva", (46) que imponga, bajo la dirección del proletariado, la racionalización de la producción. (47)

Correspondió al Stalinismo la puesta en práctica de la construcción del socialismo en un país: la rápida industrialización, la colectivización y la revolución cultural. "Desde su convicción -como indica P. Chattopadhyay- de que se habían hecho cargo de las relaciones de producción mediante la toma del poder político por el proletariado y la transformación jurídica de las relaciones de propiedad", los sucesores de Lenin asumían que "lo que quedaba para el fortalecimiento del socialismo era el avance de las fuerzas productivas" para lo cual era preciso dar prioridad a la industria pesada sobre la ligera, y a todo ello sobre la agricultura. (48)

El resultado del modelo de desarrollo soviético ha sido sin duda un crecimiento económico del país, aunque como indica S. Amin, los resultados de ese crecimiento "han sido desiguales, más lentos de lo previsto y no en confor-

(46) Ibidem, págs. 110-11.

(47) Consecuente con su análisis rechaza Bukharin las categorías de mercancía, valor, salario, beneficio y plusvalía como inadecuadas para el análisis económico del período de transformación en el que también, "el dinero deja de ser un equivalente universal y llega a ser un símbolo convencional -y por tanto altamente imperfecto- de la circulación de los productos". De esta forma desaparecen "los velos del fetichismo de la mercancía", lo que permite "la observación de la sociedad y sus partes como sistemas de elementos en su forma natural". N.I. BUKHARIN, op. cit., págs. 145-147.

(48) CHATTOPADHYAY, Paresh: "Marxism: Looking backward and forward" en Monthly Review, Vol. 26, nº 2, June 1.974, pág. 51.

midad con los planes". (49) Ha dejado, sin embargo la Unión Soviética de ser capitalista?. ¿Ha cambiado el modo de producción?, ¿Son las denominadas sociedades socialistas, sociedades en transición al denominado modo de producción comunista?. Todas estas preguntas no tienen una respuesta fácil.

La visión del mundo que presenta, su defensa de que los distintos Estados socialistas procederán separadamente en efectuar la transición al comunismo y las manifestaciones de sus Congresos de Partido acerca de su situación, indican una respuesta afirmativa a estas cuestiones por parte del marxismo oficial soviético. La China de Mao, al menos desde el debate acerca de la "Transición gradual al comunismo" de los años 50, no parece, sin embargo, estar muy de acuerdo con esa respuesta (50) cuando considera el modelo ruso como "un capitalismo monopolista de estado" (reservando el término "capitalismo monopolista" para las sociedades occidentales). En esta misma línea de argumentación Samir Amin escribe:

"La experiencia Soviética nos ha enseñado que la transición al socialismo no conduce necesariamente al comunismo. El debate sobre la naturaleza y leyes de la sociedad Soviética está todavía abierto. Yo he mantenido que esta socie-

(49) AMIN, Samir: "Class and nation, historically and in the current crisis", New York: Monthly Review Press, 1.980, pág. 212.

(50) Un análisis de las implicaciones de este debate chino-ruso, así como interno en China, puede verse en WALLERSTEIN, I.: "The rise and future demise of the world capitalist system: concepts for comparative analysis" en WALLERSTEIN, I.: "The Capitalist World-Economy: Essays", op. cit., cap. 1, págs. 10-13.

dad de clases era de un nuevo tipo porque la centralización estatal del capital constituía un salto cualitativo. Suprimía ciertas leyes básicas del capitalismo, que fluyen de la fragmentación del control, y particularmente la dominación de la instancia económica que está relacionada con ello". (51)

Las denominadas sociedades socialistas, según Amín, "no son socialistas sino constituyen un nuevo grupo de sociedades de clase basadas en el modo de producción estatal" (52) que sólo "parcialmente" trascienden al capitalismo.

Esta diversidad de posiciones marxistas en torno a la situación de las llamadas sociedades socialistas, y en general en torno a la cuestión de la transición del capitalismo, ponen de manifiesto la necesidad de clarificar la "unidad de análisis" -en expresión mil veces repetida por I. Wallerstein- del proceso de desarrollo capitalista. Si, como indicaremos más adelante, tal unidad no puede quedar delimitada por las fronteras político-nacionales sino que está constituida por el sistema mundial, "un modo de producción socialista sólo puede surgir una vez que el sistema -mundial, o al menos el mayor equilibrio de fuerzas en él, ha organizado una producción cooperativa a nivel internacional, no sólo a nivel nacional". (53)

(51) AMIN, Samir, op. cit., pág. 207.

(52) AMIN, Samir, op. cit., págs. 218-9.

(53) CHASE-DUNN, Christopher K.: "Socialist States in the capitalist world-economy", Social Problems, Vol. nº 5, June 1.980, pág. 505.

6.4.- CRITICA Y CONCLUSIONES

En la exposición que de la doctrina del marxismo oficial acabamos de hacer, hemos tratado de resaltar, por las negativas consecuencias teóricas que de ello se derivan, dos aspectos fundamentales. En primer lugar, su conceptualización de las "etapas" del desarrollo histórico social en su doble referencia. Por un lado, como grandes períodos históricos en el desarrollo progresivo de las sociedades, -períodos correspondientes a los sucesivos modos de producción, primitivo, esclavista, feudal, capitalista y comunista-, y por otro lado, como "fases" definidas en el proceso de desarrollo progresivo de la etapa capitalista, -surgimiento del capitalismo como modo de producción dominante (período de acumulación primitiva y revoluciones burguesas), fase mercantilista del capitalismo, fase competitiva del capitalismo industrial, fase imperialista del capitalismo monopolista-. En segundo lugar, la "unidad de análisis" correspondiente a esos procesos de desarrollo, la cual, si bien a nivel de las grandes etapas del desarrollo histórico su delimitación puede aparecer confusa por la ambigüedad de términos tales como sociedades, pueblos o formaciones sociales, en el análisis del desarrollo del capitalismo, -que es el que más particularmente nos interesa-, viene dada por el agregado de las unidades político-nacionales, los estados-nación, en el interior de cada una de las cuales tienen lugar los procesos fundamentales.

La conceptualización del proceso de desarrollo desde esta perspectiva, lleva aparejada la idea de que el subdesarrollo actual de muchos países es un fenómeno "independen-

diente" del proceso de desarrollo de otros (dualismo) y cuya explicación hay que buscarla en la pervivencia en tales sociedades de unas relaciones de producción feudales o semifeudales. El subdesarrollo es así concebido como una "situación" o un estado de atraso (en una etapa inferior) del que sólo se puede salir mediante un proceso interno (supuesto endogenista) de transformación de las fuerzas productivas (industrialización) y de cambio (lucha de clases) en las relaciones de producción, de feudales a capitalistas. En este sentido, la existencia de sectores atrasados, feudales o semifeudales, (dualismo interior) es un impedimento que hay que remover para alcanzar el desarrollo capitalista necesario para aspirar a una transformación posterior en una etapa superior. Este proceso natural puede ser acelerado por la intervención imperialista que se convierte así, -como reza el título de la obra de B. Warren en "pionero del capitalismo".

Por ello, nuestra crítica en este apartado se dirigirá, en primer lugar, contra la concepción unilineal de la historia, implícita o explícitamente expuesta en la conceptualización de las grandes etapas del desarrollo histórico, para centrarnos, seguidamente, en los problemas que la conceptualización de las fases o etapas del desarrollo capitalista conlleva.

a) La concepción unilineal de la historia

Ya en la exposición del pensamiento de Marx, hemos tenido ocasión de criticar la interpretación que ha visto en su obra una descripción cerrada de las etapas del desarrollo de la humanidad y una explicación, mediante la contradicción fuerzas productivas/relaciones de producción,

de sus sucesivas grandes transformaciones. Sin duda, la elevación de la figura científica de Marx, estimulada por Engels, a la categoría de nuevo Darwin de las ciencias sociales debió contribuir a la difusión de esta interpretación. Por nuestra parte, como ya lo indicábamos, preferimos pensar que, si bien tal versión encuentra su fundamento en determinados pasajes de la obra de Marx, no puede ser considerada una aportación fundamental. El hecho de que las recientes interpretaciones hayan abandonado completamente la idea de un desarrollo unilineal como propio de Marx, es prueba fehaciente de ello.

Esta interpretación considera al materialismo histórico como una teoría general y universal de la historia, en definitiva, como una teoría evolutiva, aunque dialéctica, del proceso de desarrollo social. Su aceptación supondría que el marxismo no sólo ha logrado caracterizar a las distintas sociedades históricas según sus rasgos diferenciadores esenciales, sino que habiendo establecido los mecanismos que operan en su funcionamiento y transformación, ha llegado a formular exitosamente las leyes causales que rigen el proceso de desarrollo histórico. Evidentemente, todo ello, hoy por hoy, dista mucho de haber sido demostrado. Es más, en la forma en que tales etapas universales han sido expuestas, tal concepción aparece como manifiestamente falsa.

Por ello, hemos denominado a esta interpretación como "filosofía de la historia" ya que sólo desde la "creencia", -por más racional que alguno la considere-, en su aportación de una definitiva introspección en el curso y destino de la historia puede ser aceptada. En este sentido, el marxismo oficial, -y también por supuesto algunos aspec-

tos de la obra de Marx en clara conexión con el pensamiento decimonónico-, sólo bajo el supuesto de un final preconcebido, la sociedad comunista, puede pretender ofrecer una interpretación universal del desarrollo social.

En este sentido, puede decirse que la frecuente acusación marxista del carácter teleológico de otras concepciones evolucionistas del desarrollo social es también en cierta medida aplicable a esta versión del marxismo. Porque, aunque no es el "principio" de la racionalidad, u otro, el que dé sentido al curso histórico, es el supuesto de ese final preconcebido, la sociedad sin clases, el que de hecho imprime direccionalidad al movimiento del desarrollo evolutivo social. Evidentemente, asumida previamente esta filosofía se puede argumentar que la determinación de esa etapa futura no constituye un a priori sino una deducción del propio análisis histórico del desarrollo del capitalismo. Tal deducción, sin embargo, dista mucho de estar probada. A este respecto T. Bottomore indica que aunque hay evidencia de una tendencia en el mundo moderno a lo que él denomina el "colectivismo":

"... éste [el colectivismo] puede asumir, y ha asumido, muy diversas formas: entre ellas el estado corporativo fascista; la autocracia Stalinista, y la sociedad altamente regulada, dominada por un partido único, que le ha sucedido; la economía mixta de los estados capitalistas del bienestar en la que algunos importantes sectores de la economía son de propiedad pública, existe una vasta red de servicios sociales administrados y financiados públicamente, y la economía nacional es regulada y parcialmente planeada por el Estado quien ahora emplea a una substancial y creciente proporción de la población activa; y el sistema yugoeslavo de autogestión en una economía que es amplia

mente de propiedad pública".(54)

Por supuesto, también a esto se puede responder catalogando a cada una de estas u otras formas de sociedad como variantes del modo de producción capitalista o/y como sociedades en transición al modo de producción comunista. Tal respuesta, de nuevo, vuelve a asumir lo que habría que demostrar, es decir, que al modo de producción capitalista le sucede "necesariamente" un modo de producción comunista.

Lo dicho no significa evidentemente la renuncia a captar las principales tendencias del desarrollo histórico, si no el simple reconocimiento de la imposibilidad de determinar la forma de su desarrollo futuro. A éste respecto T. Bottomore acertadamente indica que:

"Sólo si la Sociología Marxista fuera concebida en un sentido positivista fuerte, y al mismo tiempo creyéramos que había formulado exitosamente algunas leyes causales muy generales que nos permitieran predecir el futuro desarrollo de la sociedad como un todo y en detalle, o alternativamente, si fuera concebida como una filosofía de la historia que proveía una definitiva, incontrovertible introspección en la meta final de la historia, podríamos tratar la posibilidad de una transición al socialismo como una necesidad. Ninguna de estas dos posiciones me parece defendible a la luz de todas las dificultades no resuel-

(54) BOTTOMORE, T.: "Political sociology", New York: Harper and Row Publishers, 1.979, págs. 90-91.

tas en la construcción, puesta a prueba, y comparación de las teorías sociológicas; y por otra parte, ambas tienden a estimular la afirmación dogmática más que la investigación crítica".(55)

Lo expuesto, preciso es volver a repetirlo, significa fundamentalmente el rechazo de una interpretación, en último término, determinista de la historia, y más generalmente, significa el rechazo de una interpretación que exacerba los problemas inherentes a la misma obra de Marx, cuyo valor radical reside fundamentalmente en su método de aproximación al análisis histórico, particularmente del capitalismo.

Ahora bien, si como hemos indicado, en contra de la versión oficial del marxismo, no existe una historia universal con etapas de desarrollo claramente diferenciadas y universales, sino historias separadas de áreas diferentes del mundo, y sino es posible determinar el curso necesario de las sociedades actuales ¿cuál es la tarea sociológica del análisis del desarrollo? Tal análisis debe comenzar por determinar las unidades correspondientes a particulares desarrollos históricos. Sólo así será posible caracterizar adecuadamente a tales unidades, estudiar sus orígenes, los mecanismos que explican su desarrollo y las tendencias inherentes a él, así como establecer un adecuado análisis comparativo que ponga de manifiesto las peculiaridades originales de ciertos desarrollos históricos y las similitudes o paralelismos existentes entre otros. Parti-

(55) BOTTOMORE, T.: "Marxist Sociology", op. cit., págs. 60-1. Subrayado del autor.

cularmente importante es en este sentido poner de manifiesto la peculiaridad del desarrollo europeo que dió origen al capitalismo que habría de abarcar el globo entero como sistema económico mundial. En este sentido creemos que los intentos de Weber y Marx de captar esta "peculiaridad", aunque con resultados desiguales, apuntaban en la dirección correcta. De ahí que extrapolar de alguna manera sus conclusiones para explicar otros desarrollos históricos signifique convertir su análisis histórico en una teoría ahistórica incapaz de cualquier explicación.

b) La "unidad de análisis" del desarrollo capitalista

Marx, en su estudio del Capital, analizó el proceso de desarrollo del capitalismo tratando de descubrir las leyes que rigen el proceso de acumulación capitalista y las tendencias históricas inherentes a ese proceso, dicho de otro modo, trató de exponer la lógica interna operante del modo de producción capitalista. Este análisis sólo fue posible una vez que el capitalismo alcanzó un cierto grado de madurez y tomando como punto de partida su lugar de desarrollo modélico, la Inglaterra de su tiempo. ¿Significa esto que el desarrollo del capitalismo, sus leyes y tendencias, tiene lugar en el marco de esta nación? ¿Quiere ello decir que al lado de un capitalismo francés, otro alemán, etc., existe un capitalismo Inglés cuyo análisis histórico, -por hallarse este último en un estadio más avanzado-, revela y ejemplifica lo que constituye un proceso y destino común? Dicho de otro modo, ¿cuál es la unidad de análisis del proceso de desarrollo del capitalismo para Marx?.

Ciertamente la indicación de Marx de la necesidad de tomar como punto de partida a Inglaterra como "principal ejemplo" pudiera prestarse a equívocos. El propio Marx claramente indica, sin embargo, que el objeto de su estudio lo constituye el modo de producción capitalista, no el capitalismo inglés. En ello es consecuente con su método histórico según el cual es necesario partir de lo histórico específico para descubrir, mediante la determinación de los elementos históricos anteriores, las causas reales que, ocultas por las apariencias, explican esa realidad y orientan la acción para transformarla.

La unidad que se desarrolla y cuyos procesos Marx intentó analizar, no es por tanto, la formación social concreta Inglesa, sino la formación social capitalista, una entidad que, según él, corresponde en sus orígenes a la formación social europea y que tiene vocación universal para extenderse hasta ocupar todo el globo. Tal afirmación, el establecimiento de la unidad correcta de análisis del proceso de desarrollo capitalista por parte de Marx, no significa por supuesto la validación de su análisis. De hecho, como indicaremos más adelante, tanto en la caracterización del capitalismo como en la indicación de las tendencias de su desarrollo, su análisis parece a veces prisionero de ese marco Inglés al que toma como punto de partida.

Por su parte, la caracterización hecha por el marxismo oficial del sistema capitalista como agregado de capitalismos nacionales, implícitamente al menos, toma como punto de partida de su análisis a las entidades nacionales. Tal representación viene indudablemente facilitada por la concepción evolucionista de las grandes etapas universales del desarrollo social anteriormente criticada. Si en definitiva las unidades que experimentan el proceso de de-

sarrollo son las sociedades enmarcadas en los estados-na-
ción, -aunque evidentemente tal desarrollo pueda estar
limitado o favorecido por las relaciones internacionales-,
es posible diferenciarlas según la "etapa" del desarrollo
en la que se encuentran, feudal, capitalista, o en transi-
ción al comunismo. El resultado es la representación del
sistema mundial moderno anteriormente expuesta.

Tal perspectiva, aparte de plantear falsos problemas
como los de cuándo se produce la "transición" del feuda-
lismo al capitalismo en cada país, si es posible "saltar
etapas", si la transición a un nuevo modo de producción
puede tener lugar "en un sólo país", etc., supone una rei-
ficación ahistórica de las partes que constituyen el sis-
tema económico capitalista mundial, cuyos procesos sólo
pueden ser comprendidos precisamente como partes de esa to-
talidad histórica que se transforma. Esto no significa por
supuesto la negación de las peculiaridades históricas na-
cionales, al contrario significa iluminarlas poniéndolas
en su debida perspectiva, en la del desarrollo del sistema
como totalidad.

La representación del marxismo oficial, al "reificar
partes de la totalidad" (56) en unidades que esencialmen-
te son analizadas como constituyendo totalidades, aunque
sean interrelacionadas, convierte el pensamiento de Marx
en una ciencia social ahistórica.

Pudiera parecer que la posición aquí indicada de la

(56) WALLERSTEIN, I.: "The rise and future demise of the
world capitalist system: concepts for comparative analy-
sis" en WALLERSTEIN, I.: "The Capitalist World Economy:
Essays", op. cit., pág. 3.

imposibilidad de analizar los procesos de las sociedades nacionales como historias separadas (naturales), contradice la afirmación, anteriormente expuesta, de la no existencia de una historia universal, de la existencia de historias separadas de diferentes áreas del mundo. Claramente tal contradicción no existe. La primera afirmación se refiere a la pretensión de diseñar etapas universales que abarcan la totalidad de la historia de la humanidad, mientras que la segunda se refiere exclusivamente al análisis de una etapa concreta de esa historia, la del surgimiento y desarrollo del capitalismo, en definitiva, de la sociedad y sistema mundial moderno.

c) Las etapas o fases del desarrollo capitalista:
el imperialismo

El marxismo oficial, ofrece, como indicábamos, una tipificación histórica del proceso de desarrollo del capitalismo, -basada en la lógica del proceso de acumulación capitalista expuesta por Marx-, según la cual la formación social capitalista (agregado o suma de los diferentes capitalismoes nacionales) ha atravesado diferentes fases o etapas históricas. No se trata evidentemente de cambios radicales que supongan una transformación del modo de producción capitalista, sino de cambios que afectan a la organización de la producción capitalista. Se trata en definitiva de cambios que implican una creciente expansión de las fuerzas productivas, la cada vez mayor socialización del trabajo, y la concentración creciente de la propiedad de los medios de producción en menos manos.

Según esta tipificación, el capitalismo, cuyo surgi-

miento se sitúa en las transformaciones internas habidas en diferentes países europeos, tras un período mercantilista, alcanzó su madurez en la fase competitiva del capitalismo industrial correspondiente a la hegemonía Británica. Ya en el último cuarto del siglo XIX aparecería la etapa imperialista del capitalismo monopolista que conduciría, comenzando con la Primera Guerra Mundial, a la crisis global del capitalismo-imperialismo. A partir de ahí, y comenzando con la revolución rusa de 1.917, se entraría ya en el período de la expansión de la revolución proletaria y de la difusión del socialismo que marcaría la transición hacia la futura sociedad comunista.

Dos cuestiones surgen de inmediato ante esta periodización, -necesariamente esquematizada y simplificada aquí-, del desarrollo capitalista. ¿Responde esta tipificación de etapas o fases (que, por supuesto de alguna manera se superponen y no es posible por tanto delimitar fechas de transición) al desarrollo histórico del capitalismo? ¿Constituyen los fenómenos a que se refieren tendencias seculares de ese desarrollo? Más aún, ¿existen fases o etapas en el desarrollo histórico del capitalismo?.

No es mi intención dar aquí una respuesta detallada a estas preguntas, sino, admitiendo que ello no es fácil, señalar por ahora, que efectivamente existen etapas en el proceso de desarrollo capitalista y es posible determinarlas, pero que, sin embargo, la esquematización anterior, aun respondiendo a fenómenos reales de ese desarrollo, no acierta a señalar sus tendencias seculares. Ello está en gran parte motivado porque al centrar su análisis en el proceso de acumulación de capital desde una perspectiva nacional, descuida y margina otras estructuras básicas del sistema, lo que le conduce a confundir ciertas tendencias cíclic-

cas con tendencias seculares.

Esto es al menos lo que sucede, -como han puesto de manifiesto G. Arrighi e I. Wallerstein, (57) en la caracterización del imperialismo como "fase superior" del desarrollo del capitalismo elaborado por Lenin y abrazada ciegamente por el marxismo oficial.

I. Wallerstein ha señalado tres aspectos problemáticos que cuestionan el mantenimiento del paradigma Hobson-Lenin, como él lo denomina. En sus propias palabras son los siguientes:

"En primer lugar, si el colonialismo es el resultado inevitable del surgimiento de los monopolios, ¿cómo podemos explicar el fenómeno, posterior a la Segunda Guerra Mundial, de la 'descolonización'? Puesto que los 'monopolios' persisten, pero el colonialismo parece haber desaparecido. Uno puede hacer esto lógicamente consistente atribuyendo este fenómeno a la victoria de las fuerzas anti

(57) ARRIGHI, Giovanni, en su excelente obra "The geometry of imperialism", London: NLB, 1.978, ha puesto de manifiesto claramente "los límites del paradigma de Hobson", -como reza el subtítulo de la obra-, en el que se sitúa básicamente el análisis de Lenin. Su estudio revela las diferentes formas (imperialismo nacional, imperialismo formal, imperialismo informal e imperialismo tout court) que la afirmación hegemónica, de un poder dado, sobre el sistema internacional, ha adquirido históricamente dependiendo de las circunstancias generales y particulares. Por otra parte, el artículo de WALLERSTEIN, I., "Imperialism and development" en Albert Bergesen (ed.): "Studies of the Modern-World-System", Academic Press, Inc., 1.980, cap. 2, constituye una crítica del paradigma Hobson-Lenin así como la elaboración de un paradigma alternativo para el estudio del imperialismo consecuente con la perspectiva del sistema mundial moderno elaborada en su obra principal "The Modern World-System". La perspectiva de este autor es la que adoptamos claramente en esta crítica.

imperialistas, anti-colonialistas. Pero si esta es la explicación, no podemos luego concebir el resultado de la 'descolonización' como 'neoimperialismo', ya que el 'neoimperialismo' como concepto sugiere que las poderosas fuerzas capitalistas tuvieron un interés activo, positivo, en la descolonización, como sin duda lo tuvieron.

Segundo, el paradigma de Hobson-Lenin nos imposibilita analizar el papel político-económico de la URSS y otros estados socialistas en la economía mundial contemporánea...

Tercero, es altamente cuestionable qué cantidad de exportación de capital ha habido en el siglo XX desde los países imperialistas a las colonias directas o a los estados periféricos independientes. En cualquier caso, está lejos de ser claro el que la exportación de capital americano a mediados del siglo XX o la exportación de capital británico a finales del siglo XIX fuese proporcionalmente algo mayor o económicamente más significativa que la exportación holandesa a finales del S. XVII y durante el XVIII".
(58)

No se trata con éstas y otras críticas (que a las cinco características esenciales del capitalismo imperialista pueden dirigirse)(59) de negar el fenómeno real del imperia

(58) WALLERSTEIN, I.: "Imperialism and development", op. cit., págs. 18-19. Subrayado del autor.

(59) Como ya es conocido, el desarrollo posterior del capitalismo ha conducido, por ejemplo, a un flujo creciente de capital desde los países subdesarrollados a los más desarrollados, inverso al señalado por Lenin. Por otro lado, como Sweezy y Baran han indicado, las corporaciones multinacionales operan como unidades cuasi-autosuficientes de decisión y acción frente a la acumulación de capital, lo que obliga a replantear, como señala Cardoso, "las nociones previas del control bancario sobre la industria". Ver

lismo iniciado a finales del siglo pasado. Tal hecho fue acertadamente puesto de manifiesto y denunciado, -aunque con diferentes prognosis por supuesto-, tanto por liberales como por marxistas a comienzos de este siglo. Se trata únicamente, -lo cual implica mucho-, de poner de manifiesto que "el imperialismo" no constituye una nueva "fase" o etapa del desarrollo capitalista sino un "fenómeno cíclico" del capitalismo. Como explica Wallerstein, el imperialismo "es simplemente una referencia a aquellas actividades de los estados más fuertes hacia los estados más débiles que deriva de una de las antinomias fundamentales del capitalismo, la existencia de una división económica del trabajo que tiene fronteras mucho más amplias que cualquier estructura estatal particular". (60)

Afirmar el carácter cíclico, y no secular, del fenómeno del imperialismo, no significa hacer de él una especie de "ley de la naturaleza", una variedad del "Darwinismo social", (61) sino situarlo en el contexto específico, histórico, en el que se origina, en determinados momentos históricos del proceso de desarrollo del sistema económico mundial capitalista. En este sentido, el estudio de A. Bergesen y R. Schoenberg sobre los grandes movimientos de expansión y contracción colonial es revelador. (62)

CARDOSO, Fernando Henrique: "Dependency and development in Latin America" en New Left Review 74, Julio-Agosto, 1.972, pág. 87.

((60) WALLERSTEIN, I.: "Imperialism and development", op. cit., pág. 21.

(61) Ibidem, pág. 12.

(62) Ver BERGESEN, Albert y SCHOENBERG, Ronald: "Long waves of colonial expansion and contraction, 1.415-1.969" en A. Bergesen (ed.): "Studies of the modern world-system", op. cit., cap. 10, págs. 231-277.

Partiendo de la perspectiva del sistema-mundial iniciada por Wallerstein, estos autores estudian las relaciones entre los cambios en la distribución del poder en el "centro" y los cambios en la naturaleza de las relaciones centro-periferia, encontrando que a los cambios cíclicos a largo plazo de distribución del poder, períodos de rivalidad seguidos de períodos de hegemonía, corresponden cambios en los mecanismos de control de las relaciones centro-periferia. El "colonialismo" particularmente, se asocia con momentos históricos en los que el sistema como un todo aparece como "multicéntrico", es decir, no existe un poder hegemónico sino que varios estados rivalizan por el control hegemónico del poder. En estos períodos, "el centro es inestable; el sistema como un todo responde reordenando y reorganizando sus relaciones estructurales fundamentales. La jerárquica división del trabajo centro-periferia es restablecida mediante mecanismos extraeconómicos, como el colonialismo y las políticas de comercio mercantilistas". (63)

El colonialismo, del que la denominada "fase imperialista" no constituye sino uno de sus momentos cíclicos, aparece así empíricamente relacionado, como indica R. Rubinson, con las restantes tendencias cíclicas fundamentales del sistema como un todo, con las grandes olas de crecimiento y recesión y con los grandes ciclos en la distribución del poder, rivalidad-multicentrismo o hegemonía-unicentrismo. Resumiendo estas tendencias, este autor indica que "los períodos de expansión culminan en el surgimiento de un poder hegemónico central y controles informales, mientras que los períodos de recesión económica conducen

(63) Ibidem, pág. 242.

a la competición entre los poderes centrales y a más directos controles de tipo colonial". (64)

Conceptualizar el imperialismo de finales del S. XIX, no como una "nueva fase" del desarrollo capitalista, sino como una "variación" del fenómeno cíclico del colonialismo, -en definitiva como una forma de control, mediante mecanismos extraeconómicos, de las relaciones del sistema capitalista mundial-, no significa negar la especificidad histórica de este período dentro del movimiento secular expansivo del sistema. Ello permite, por otra parte, una mejor comprensión del fenómeno subsiguiente, el del "neo-imperialismo", -en definitiva, una forma de control de las relaciones del sistema mediante mecanismos económicos- correspondiente a períodos de dominación hegemónica de un país. Como señalan A. Bergesen y R. Schoenberg: "Cuando la inestabilidad pasa, los medios extraeconómicos de integración se retiran, y el libre comercio emerge. Esto no significa que la dominación y la dependencia cesen. El neo-colonialismo y el imperialismo de libre comercio funcionan para reproducir la básica división del trabajo centro-periferia y el desarrollo desigual a escala mundial. Lo que es diferente es que los mecanismos extraeconómicos, como el colonialismo, son menos comunes". (65)

La consideración de los fenómenos de la colonización y descolonización, imperialismo y neo-imperialismo como tendencias cíclicas del sistema-mundial capitalista, no

(64) RUBINSON, Richard: "Introduction" a la obra por él editada "Dynamics of world development", (Vol. 4, Political economy of the world-system annuals), SAGE Publications Inc., 1981, pág. 13.

(65) BERGESEN, A. y SCHOENBERG, R., op. cit. pág. 242.

significa, como hemos indicado, negar la especificidad y particularidad de cada uno de estos fenómenos en diferentes períodos históricos. Más aún, desde esta perspectiva, y situados estos fenómenos en conexión con las tendencias seculares del sistema (tendencias a la expansión global, tendencia al aumento en la proletarización, la mercantilización y la concentración del capital, y tendencia al incremento de la mecanización), sin lo cual no es posible su explicación, es posible indicar la existencia de una progresiva tendencia, a medida que el sistema como un todo se desarrolla, a la utilización de controles económicos ya que los mecanismos de control extraeconómicos, como el colonialismo, "son crecientemente innecesarios". (66)

d) Sobre la etapa socialista

La caracterización de las denominadas sociedades socialistas y el problema teórico-práctico más general de la superación del capitalismo y del surgimiento de una nueva formación social constituye probablemente uno de los temas más debatidos y conflictivos entre los pensadores marxistas. Para algunos, como los marxistas oficiales, el asunto parece ofrecer pocas dudas. Situados en una perspectiva del desarrollo "nacional", y asumida una filosofía evolutiva, o mejor "revolutiva", de la historia, no les resulta difícil caracterizar a las actuales sociedades socialistas como formaciones sociales concretas no-capitalistas, sino en "transición progresiva" ha-

(66) BERGESEN, A. y SCHOENBERG, R., op. cit., pág. 271.

cia el que Marx denominó modo de producción comunista.

Para la China de Mao, con su acusación a la URSS de haber reinstaurado el capitalismo y practicar el imperialismo social, el tema no parece tan sencillo. Por su parte, los neo-marxistas que acentúan los problemas teóricos derivados del "intercambio desigual" entre los países, han puesto en cuestionamiento no sólo las conclusiones sino muchos de los presupuestos del marxismo oficial. La revisión alcanza no sólo a la concepción unilineal de la historia, y sus etapas definidas, sino incluso a la propia caracterización de los modos de producción. Samir Amin, por ejemplo, califica a la URSS como una formación social con un nuevo modo de producción, el "capitalismo de estado". P. Sweezy, -por no citar sino otro caso ya que más adelante podrán verse alguna "nuevas" formulaciones sobre éste y otros problemas relacionados-, desde una posición siempre crítica respecto a la "ortodoxia" marxista, ha señalado que "ninguna de las así llamadas sociedades socialistas se comporta como Marx pensó que lo haría", lo que implica la necesidad de reconocer "que una revolución proletaria puede dar origen a una sociedad no socialista". Ahora bien, puesto que tampoco, según él, es "posible analizar su desarrollo en términos de las "leyes del movimiento del capitalismo" es preciso admitir la posibilidad de desarrollos alternativos no contemplados en el esquema de Marx. Es sus propias palabras, "hipotéticamente, la única alternativa al socialismo no tiene por qué ser el capitalismo". (67)

(67) SWEEZY, Paul M.: "A crisis in marxian theory" en Monthly Review, vol. 31, nº 2, Junio 1.979, pág. 24.

No insistimos aquí en las diferencias "de fondo" existentes entre las diversas posiciones en torno a este punto. Indicaremos nada más que tales diferencias van en algunos casos, más allá de mera acentuación del carácter explotativo de las relaciones de producción frente el incapié en el carácter explotativo del intercambio desigual, y conducen a definiciones y caracterizaciones diferentes del capitalismo.

Señalaremos asimismo que si tenemos en cuenta los procesos de desarrollo del capitalismo como un todo, el problema de la transición a una nueva forma de sociedad, aunque no se resuelve, al menos se ilumina. Desde esta perspectiva es posible dar cuenta del hecho incuestionable de la participación de esas sociedades socialistas en el sistema capitalista mundial, lo que no significa la negación de sus peculiaridades nacionales. Por otra parte es posible imaginar un nuevo sistema mundial con un nuevo modo de producción basado en relaciones sociales cooperativas. Esta "posibilidad" viene dada por el propio desarrollo del capitalismo, aunque su "necesidad" sólo vendrá dada por la acción de los hombres capaces de transformar nuestra sociedad capitalista.

6.5.- CONCLUSION: LA PERSPECTIVA NACIONAL

La exposición y crítica que de la "modernización" y del "marxismo oficial" acabamos de hacer, han puesto de manifiesto la existencia -bajo las profundas diferencias habidas entre sus modelos teóricos generales correspondientes, -el estructural-funcionalismo Parsoniano y el materialismo histórico de Marx-, de una perspectiva común en cuanto a la unidad de análisis del proceso de desarrollo. Ambas asumen que las naciones-estado constituyen fundamentalmente las unidades que experimentan los procesos de cambio y desarrollo.

Esta semejanza, por supuesto, no puede hacernos olvidar las diferencias sustantivas existentes entre ellas. Mientras que para los teóricos de la modernización el nivel de desarrollo "nacional" viene determinado por la presencia o ausencia de ciertas condiciones entre las que figuran como más importantes los atributos de los individuos (enfoque sico-sociológico) y los atributos de la sociedad o de la economía (enfoque socio-cultural o socio-económico), para los marxistas ortodoxos ese desarrollo viene determinado por la presencia o ausencia de un tipo de relaciones de producción correspondientes a un cierto grado de desarrollo de sus fuerzas productivas.

También es cierto, que el acento puesto por el marxismo, en el análisis de los procesos de desarrollo nacional, en la importancia de las interrelaciones entre las diferentes unidades nacionales, supera con mucho el indudable descuido, como indica T. Skocpol, "de las estructuras

transnacionales" por parte de los teóricos de la modernización. (68)

Esto no significa por supuesto que los teóricos de la modernización nieguen el influjo de las relaciones internacionales en el desarrollo nacional. Significa, eso sí, que partiendo de una concepción neo-clásica del mercado mundial, asumen que cada país, mediante el acceso independiente a ese mercado mundial (comercio, transferencia tecnológica, migración, etc.), puede maximizar su producción e ingreso nacional como consecuencia de la maximación de la producción e ingresos mundiales. La consecuencia de esta concepción para la interpretación de la situación mundial es claramente expresada por R. Bach cuando concluye: "Dados estos mecanismos, el grado de desigualdad entre naciones, en el orden-mundial, era debido a la asumida desigual distribución de los recursos naturales (presencia o ausencia de ciertas condiciones) o a la ventaja temporal de un participante". (69)

Ello tampoco significa que el análisis más realista de las relaciones internacionales llevado a cabo por el marxismo, llegue a superar una concepción del desarrollo mundial como conjunto o agregado de diferentes unidades. Es más, aún a nivel de las relaciones internacionales, su

(68) SKOCPOL, Theda: "Wallerstein's world capitalist: A theoretical and historical critique", en American Journal of Sociology 82, 1.977, pág. 1.075.

(69) BACH, Robert L.: "On the holism of a world-system perspective" en Terence HOPKINS, K. and WALLERSTEIN, Immanuel (eds.): "Processes of the World-System", (Vol.3: Political economy of the world-system annuals), Beverly Hills and London: SAGE Publications, 1.980, cap. 14, pág. 291. Subrayado del autor.

análisis, -centrado en los procesos de desarrollo habidos en los países capitalistas avanzados-, ofrece serias limitaciones para la comprensión del proceso total, así como para el entendimiento de los efectos habidos en cada una de las partes.

Desde esta, básicamente común, perspectiva "nacional" del desarrollo, ambas conceptualizaciones teóricas, derivan, con modelos teóricos opuestos, a similares falsas consecuencias. La más inmediata de todas es el establecimiento de determinadas etapas del desarrollo. Si se asume la existencia de un desarrollo nacional, es decir, si se asume que cada sociedad o formación social concreta es la unidad que experimenta el proceso de desarrollo, lógicamente se deduce la posibilidad de establecer comparaciones "nacionales" con el fin de clasificar a las distintas entidades nacionales y determinar los factores (presencia o ausencia de condiciones) que explican las diferencias. Más aún, mediante esa comparación y el análisis de la situación y los procesos de cambio experimentados por las sociedades colocadas en el punto más avanzado de esa supuesta escala de progreso, es posible determinar "etapas" generales del desarrollo -aunque admitidamente pueden ser abreviadas o alargadas por el influjo de las nuevas condiciones históricas- aplicables a las distintas sociedades.

La determinación de esas etapas, como hemos visto, es evidentemente distinta en los teóricos de la modernización y en el marxismo oficial. Mientras que entre los primeros proliferan diversas versiones del supuesto cambio básico desde una tradicional a otra moderna (versiones que difieren según los criterios económicos, políticos, etc., utili-

zados para definir la modernidad, (70) los segundos clasifican a las sociedades en feudales y capitalistas -y en su caso socialistas-, según el tipo de relaciones de producción imperantes en ellas. Claro está que con su énfasis en las relaciones de dominación imperialista, esta versión marxista añade complejidad al problema al reconocer la existencia de una organización que condiciona el desarrollo de los respectivos estados-nación. En este sentido, tal versión parecería superar las limitaciones propias de la perspectiva nacional. Tal superación es, sin embargo, tan sólo aparente. En realidad, aún cuando las naciones-estado aparezcan como estructuras políticas inmersas en una organización internacional más amplia que condicione su desarrollo, la unidad básica de análisis siguen siendo las estructuras parciales, los estados-nación. El hecho de que las relaciones entre esas partes estén pautadas no supone una ruptura de perspectiva, no supone una perspectiva de la totalidad.

Esta concepción de etapas universales del desarrollo ha sido criticada en numerosas ocasiones, -y nosotros lo hemos hecho anteriormente en este trabajo-, por deducir tales etapas del análisis particular del proceso de desarrollo acontecido en los países hoy avanzados o desarro-

(70) Una de las interpretaciones más renombradas y difundidas de esta versión modernizadora de las etapas del desarrollo es la ofrecida por ROSTOW, W.W. en "Las etapas del crecimiento económico". Intentando emular la obra de Marx, -como su subtítulo "Un manifiesto no comunista" indica-, mediante una generalización alternativa de la historia Inglesa, esta obra constituye quizás el más claro ejemplo de lo que estamos criticando. Ver ROSTOW, W.W.: "The stages of economic growth: A non-communist manifesto", Cambridge University Press, 1.960.

llados. Tal interpretación, decíamos, implicaba un claro "etnocentrismo" o mejor "eurocentrismo", al transponer unas categorías derivadas de un pretendido análisis histórico del desarrollo occidental a contextos históricos espacio-temporales radicalmente diferentes. Esta crítica, aún siendo válida, debe, sin embargo, ser llevada más adelante hasta poner de manifiesto la raíz del carácter ahistórico de la concepción de etapas. Dicho brevemente, el error fundamental de esta ciencia social ahistórica radica en, -con palabras de I. Wallerstein-, "reificar partes de la totalidad en tales unidades [de las que las etapas son retratos sincrónicos] y luego comparar estas estructuras reificadas". (71)

En este sentido, la gráfica afirmación de que tanto la modernización como el marxismo oficial (incluyendo también aquí algunos aspectos de la obra del mismo Marx) han visto la historia mundial con ojos europeos, en lugar de ver la historia europea con ojos mundiales, expresa con toda claridad el carácter ahistórico de tales perspectivas. Carácter ahistórico que si bien es más patente en el enfoque de la modernización, es también aplicable a estas interpretaciones marxistas como claramente indica un autor, poco sospechoso de "modernizador", cuando escribe: "la discusión del desarrollo, sin embargo, es con bastante frecuencia ahistórica (en ambas sociologías marxista y bur

(71) WALLERSTEIN, I.: "The Capitalist World-Economy: Essays", op. cit., pág. 3.

guesa)". (72)

En definitiva, el error fundamental de perspectiva, común a ambas conceptualizaciones, y del que se derivan falsas concepciones de etapas universales radica en asumir precisamente lo que está en cuestión: la existencia de un desarrollo nacional.

(72) BIRNBAUM, Norman: "The crisis in marxist sociology" en Social Research, Vol. 35, nº 2, Summer, 1.968, pág. 360.

